"Mereces que te cuiden con tanto cariño como todo el mundo."

Cuando Fuimos Extraordinarios



Elen Chase

Cuando Fuimos Extraordinarios

ROMANCE MADE IN ITALY

LIBRO TRES

ELEN CHASE

TRADUCIDO POR

GEE ROTHVOSS

ELENCHASE.COM

Índice

1. Kim
2. Alec
3. Kim
4. Alec
5. Kim
6. Alec
7. Kim
8. Alec
9. Kim
10. Alec
11. Kim
12. Alec
13. Kim
14. Alec
15. Kim
16. Alec
17. Kim
18. Alec
19. Kim
20. Alec
21. Kim
22. Alec
23. Kim
24. Alec
25. Kim
26. Alec
27. Kim
28. Alec
29. Kim
30. Alec

31. Kim
32. Alec
33. Kim
34. Alec
35. Kim
36. Alec
37. Kim
38. Alec
39. Kim
40. Alec
41. Kim
42. Alec
43. Kim
44. Alec
45. Kim
46. Alec
47. Kim
48. Alec
49. Kim
50. Alec
51. Kim
52. Alec
53. Kim

Epílogo

"Cuando fuimos solo amigues"
Acerca del Autor
Otras obras de Elen Chase

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con cualquier hecho real es pura coincidencia.
Este libro está protegido por las leyes de derechos de autor de Italia. Cualquier reproducción o uso no autorizado del material o del arte en él está prohibida sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Copyright © 2022 Elen Chase
Editado por Kate Mac
Traducido por Gee Rothvoss
Ilustración de la portada realizada por Elen Chase

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798271502545

Para todas las personas que alguna vez han sentido que se salen de la norma.
Sois válidas, y sois extraordinarias.

A veces uno se cree incompleto, y es solamente joven.

Italo Calvino, *El vizconde demediado*

Kim

Pocas cosas me sacaban más de quicio que el cliché tan trillado del amor a primera vista que, de pequeño, veía en todos los culebrones cutres que echaban en la televisión. Al final no era más que una mentira edulcorada con la que mostrarle a la gente una magia en el fondo inexistente; una ilusión.

Una mentira, incluso, porque cuando de pronto el plano ocurre a cámara lenta a la vez que suena una balada sentimentaloide de fondo… ¿Qué es lo que está pasando?

La feliz pareja se mira bajo una luz más tenue mientras el mundo se desvanece a su alrededor.

¿A que es tentador llamar a eso amor?

Menuda estupidez más grande nos han vendido.

De amor nada. Lo que quieren esos dos es echar un polvo, y punto.

—Jesús, tienes al menos tres llamadas perdidas —me susurró mi amigo Francesco, inclinándose para acercarse un poco más a mí. Su piel clara, iluminada por la suave luz de la televisión, se tiñó de matices verdosos que también se reflejaron en sus ojos de color avellana.

Me había hablado en voz baja para no distraer a nuestros tres amigos, que estaban concentradísimos viendo el partido de fútbol desde el sofá. Sintiéndome algo incómodo, me revolví en el asiento antes de echarle un vistazo al teléfono, que llevaba un rato largo vibrando. Pero como yo me negaba a responder llamadas de números desconocidos, me limité a silenciarlo.

—Y… ¡GOOOOL! —vociferó el comentarista que retransmitía el partido, al que enseguida se unieron los escandalosos de mis amigos, el barrio entero y casi seguro que toda la ciudad de Milán. Quizás incluso toda Italia.

Al otro lado de la ventana, que había dejado abierta para refrescar un poco el salón aprovechando la brisa nocturna, a alguien le dio por empezar a tocar la vuvuzela. La condenada vuvuzela a las 10 de la noche. Pese a que el partido ni siquiera era de fase eliminatoria, sino solo un preclasificatorio de no sé qué campeonato europeo que me daba exactamente igual, aquella euforia italiana por el *calcio* era algo que había terminado por aceptar tras ocho años viviendo en Milán. Daba igual que fuese un partido amistoso sin mayor trascendencia. Cada vez que jugaba la selección, todo el país contenía el aliento sin importar de qué equipo fuese cada uno, o si les importaba siquiera el fútbol.

Roberto y Elisabetta, que habían pegado un brinco como si les quemase el culo cuando Italia marcó el que bien podría convertirse en el gol que zanjase aquel partido, se estaban abrazando mientras le gritaban a la televisión "¡SÍ!" y "¡Chupaos esa!" a pleno pulmón. Un derroche de madurez, vamos.

Tras quedarse a gusto, Betta empezó a servirnos otra ronda de cerveza con la que brindar por el gol mientras Rob se giraba a mirarnos a los demás con expectación con los brazos abiertos. Fra y yo intercambiamos una mirada fugaz antes de girarnos hacia James, que por fin captó la indirecta de su pareja y se levantó para darle un abrazo.

A sus veinte añitos, nuestro estadounidense preferido no era muy fórofo del fútbol. Más bien James era de la opinión de que no se le hacía tan tedioso cuando los jugadores se quitaban la camiseta, así

como el tipo de persona que adora ver a su novio feliz tanto como para no aguarle la fiesta.

Hacían una pareja increíble. Bajo cualquier estándar de belleza occidental, Roberto era tan atractivo que bien podría pasar por el hermano Hemsworth perdido. Con su tez olivácea, su pelo oscuro y unos ojos verdes de infarto, reunía todos los rasgos típicos de Italia del sur. Por su parte, James era adorable hasta decir basta, con una vitalidad juvenil enmarcada por su melena ondulada rubia, sus grandes ojos azules y sus labios rojo cereza. Aunque parecían una pareja sacada de Hollywood, a mí lo que de inmediato me gustó de su relación fue la complicidad íntima que compartían.

Betta, nuestra pequeña pero matona pelirroja preferida, nos tendió los vasos de cerveza, derramando parte sobre los envases de comida para llevar que cubrían la mesita de café por el camino. Maravilloso. Ahora mi casa olía a cebolla frita, queso gorgonzola *y* cerveza. Intenté consolarme pensando que, por lo menos, mi sofá había salido indemne. Que yo supiera, claro.

Suspiré e intercambié una mirada de complicidad con Fra, que puso los ojos en blanco ante el desmadre celebratorio que estaban montando los dos hinchas del fútbol en mi sillón. Cuando estiró los brazos para desperezarse, le cayeron unos pocos mechones de suave pelo castaño sobre la frente. Me fijé en que Rob se las había apañado para lograr que su primo, al igual que James, se pusiera la camiseta azul de la selección. No había hecho falta persuadir a Betta, sin embargo, que había llegado al extremo de pintarse las mejillas con los colores de la bandera italiana y recogerse la melena en un moño con una pinza pintada de verde, blanco y rojo.

Huelga decir que conmigo ni se molestó en intentarlo.

—¿Te ha molestado? —le pregunté a Fra.

Durante unos instantes se limitó a mirarme fijamente con cara de confusión.

—¿El numerito de Rob? —Asintió en dirección a su primo—. Qué va. Después de criarme con él, ya estoy curado de espanto.

Aquello me hizo reír.

—No, hombre, no. Me refiero a lo de mi teléfono.

—¡Ah, ya! —exclamó con una sonrisa—. Mentiría si dijese que había pensado que igual no te habías dado cuenta de que te estaban entrando llamadas sin parar. Pero no, no era porque me molestase, sino porque soy un chismoso. Tenía curiosidad por saber quién demonios te llama a estas horas. ¿No tendrás un amante bandido por ahí, no?

Lo miré fijamente.

—Bueno, no puedo hablar en nombre de todas las personas asexuales del planeta, pero la mayoría no tenemos un harén de follamigos llamándonos desde un número privado a las tantas de la noche.

—Quien ha mencionado el harén has sido tú, no yo. ¿No será que no voy mal encaminado?

—Puede ser que sí, puede ser que no…. —me burlé. Le estaba tomando el pelo.

—Te está tomando el pelo —se chivó Eric, el sexto miembro de nuestra reunión futbolera improvisada, de pie tras el sofá—. Vale, ya veo que habéis marcado un gol. Me lo imaginaba por el griterío que estaba oyendo desde la cocina.

A Eric, como a mí, no le podía importar menos el fútbol. Ni siquiera aquel partido en concreto, que Italia jugaba contra su tierra natal: Francia.

Sentándose al lado de Fra, Eric le tomó de la mano con aire distraído, llevándosela a los labios para besarle los nudillos fugazmente. Casi me caigo de culo al suelo de la impresión. ¿Un besamanos? ¿¡En pleno siglo veintiuno!?

¿Por qué le estoy dando tanta importancia? No es para tanto. Para de mirarlos fijamente, joder.

—¿Cómo está tu hermana? —le preguntó Fra en voz baja.

—Bien. Han tenido que salir corriendo al hospital porque Gabriel se había dado un golpe en la nuca, así que le han dado tres puntos y los han mandado de vuelta a casa.

En cuanto Eric mencionaba a su sobrino de cuatro años, le cambiaba la cara por completo. Aún más aquella noche; hacía siglos que no lo veía tan relajado. Me fijé en que sus ojos oscuros parecían brillar mientras se pasaba una mano por el sedoso pelo negro. Quizá

fuera el milagroso efecto de tener a su pareja junto a él. Hacía nueve años que lo conocía, y solo lo había visto así de tranquilo cuando estaba Fra a su lado.

Solía reírse de lo bien que nos llevábamos él y yo pese a ser como la noche y el día, pero a mí no me parecía que fuésemos tan diferentes. Al final, los dos éramos una gran decepción a ojos de nuestras familias tóxicas, de las que ambos habíamos huido en cuanto se presentó la oportunidad. Nuestro aspecto era, quizá, lo único en lo que éramos polos opuestos. Los genes persas de Eric lo habían bendecido con una alta estatura, una tez morena y una nariz recta que habría resultado horrorosa en cualquier otro rostro pero resultaba perfecta en el suyo. Mientras que yo… Bueno, no me podía quejar de lo que mis genes surcoreanos me habían dejado como herencia: piel clara de porcelana, ojos más grandes de lo habitual, estructura ósea suave y una delgada nariz respingona. Pese a que todos mis amigos eran más altos que yo, y como dijo una vez aquella lesbiana que intentó tirarme la caña en un bar, yo poseía una belleza asiática muy dulce. Sí, la chica pensó que yo era una mujer. No, la gente sobria no suele asumir mi género como femenino.

—¡GOOOOL!

Rob y Betta se levantaron de un salto otra vez, y esta vez él la cogió en brazos, dando vueltas sobre sí mismo hasta que un tropiezo nos los tiró encima a los demás.

De alguna forma, Rob se las apañó para derramar de una patada la cerveza de James sobre la camisa de Eric. Por su parte, Betta terminó encajonada entre el brazo de Fra y mi hombro, haciendo volar por los aires una bolsa de patatas fritas que nos cubrió de migajas saladas mientras el árbitro pitaba el final del partido.

Ahogándose de la risa, Rob se cayó del sofá. Los demás terminamos acribillándolo con los restos de las patatas fritas, pero pronto la situación escaló hasta convertirse en un todos contra todos mientras Fra se quejaba sobre semejante desperdicio de comida a la vez que Betta empezaba una guerra de agua de la que James se defendió con cerveza.

—Os juro que como me echéis a perder el tapizado del sofá, os vais a acordar —amenacé mientras le vaciaba la botella de agua en

la cabeza a Betta. No me hacía ilusiones de que me escuchasen, pero tampoco me *importaba,* a decir verdad. No con ellos a mi lado.

—Espera. —Eric me tocó de repente el hombro—. Tienes algo en la cara.

Con una sonrisa bobalicona, Eric me rozó la mejilla con el pulgar antes de que me diese tiempo a buscar un espejo.

—¡Ajá! Kétchup —anunció triunfal, mostrándome la yema del dedo.

No alcancé a decir nada antes de que se metiera en la cocina para coger un mantel del cajón, cubriendo a toda prisa con él mi sillón.

—Ahora tu sofá está a salvo —anunció, gesticulando con el entusiasmo de un artista exhibiendo su nueva obra.

Fue entonces cuando me dejó de funcionar el cerebro por un momento.

Me estaba escuchando.

Como siempre.

Si Eric se hubiese fijado en mi expresión, me habría dicho que tenía cara de error 404, tirando de su humor de desarrollador rarito. Por suerte, no se fijó.

Me dije a mí mismo que para nada acababa de cortocircuitar por él, a sabiendas de que era una mentira lamentable. Casi tan patética como los siete años que llevaba colgado de mi mejor amigo.

—Pues… ¿Gracias, supongo?

—No hay de qué —respondió, dándome un manotazo de broma en el hombro. Se giró para seguir la guerra campal contra los demás, y yo decidí que me encontraba bien.

Me encontraba genial, de hecho..

Perdido entre los almohadones del sofá, mi teléfono siguió sonando.

Alec

De: Prof. Gilipollas Supremo Asociado
25 de junio, 2021 - 08:54

alessandro…! buenas noticias!! 🤪 nos han aceptado el abstract 👍 asi q vamos a presentar nuestra investigación en las jornadas d dispositivos Médicos Biocompatibles y equipos Innovadores!!!!!🕺💥 invita a unas cañas al equipo cuando salgais d trabajar x el exitazooooo.....corren d MI CUENTA..!!😉

Enviado desde mi iPhone

Le eché un vistazo fugaz al e-mail antes de continuar la carrera escaleras arriba hacia el tercer piso de aquel edificio de finales del Renacimiento, saltándome un escalón con cada zancada como si me fuese a ayudar a llegar antes al laboratorio. Con cada pisada a todo meter notaba la dureza del mármol bajo las suelas de las pantuflas. *A lo mejor,* me dije para mis adentros, *si subo los escalones de tres en tres, la bendita gravedad me ayudará a poder notar el fresquito*

del suelo en las plantas de los pies. Pero igual es más fácil que me quite los zapatos y punto, porque en realidad, ¿cuál es la probabilidad de que me dé un chungo espectacular solo por subir descalzo por una escalera del siglo dieciséis?

Cómo no; mi mente iba a mil por hora. Decidí echarle la culpa al aire húmedo de aquella lluviosa mañana de junio, que me encharcaba hasta el alma, en lugar de al TDAH.

Había algo que me estaba tocando las pelotas sin que supiese ponerle nombre. *Hora de poner un poco de orden ahí arriba, Ale,* me dije a mí mismo, parafraseando lo que mi padre me decía cuando era pequeño y la sobreestimulación hacía que me empezase a echar chispas el cerebro.

Enjuagándome el sudor de la frente a la vez que me apartaba unos mechones de pelo castaño que se me habían escapado del viril y masculino semi-recogido que me había hecho a toda prisa, empecé a hacer lo que mejor se me daba. Recoger datos, analizarlos y buscar una solución.

1. *Que alguien reforme la Constitución para prohibir a los boomers usar emojis, por Dios bendito;*
2. *Poner tu nombre en mi paper no significa que seamos amiguis, Tontopollas Honoris Causa;*
3. *Cómo que NUESTRA investigación, so capullo, es MI investigación por mucho que te quieras colgar la medallita presentándola en las jornadas más prestigiosas de la disciplina como si tu contribución hubiera ido más allá de dar por culo;*
4. *Eres un sinvergüenza, haciendo pasar mi trabajo por el tuyo solo porque me esté doctorando con una plaza en tu empresa de mierda;*
5. *¿A que ni siquiera vas a tener la decencia de llevarme a las jornadas, eh?*
6. *Tienes los huevazos del Minotauro para decir que invitas a birras. Pero si aún me debes la pasta de la comida china*

que pedimos cuando nos tocó quedarnos hasta tarde hace dos meses.

Datos recogidos.

¿Conclusión del análisis? Vaya puta mierda.

¿Solución? Aguantar lo que me quedaba de doctorado, defender la tesis y dejar la empresa de ese desgraciado con un grandísimo "que te jodan" a modo de despedida.

Cuando abrí la puerta del laboratorio me recibió un soplo de aire frío en la nuca. El becario, Giulio, se estaba sacando un selfie junto a la máquina de café de la entrada. Se había repeinado la melenita rubia, y debajo de la bata blanca vi que llevaba puesta una camisa de manga larga planchada a la perfección y pantalones largos de color negro que disimulaban su figura enclenque. Tenía la sospecha de que su altura era el motivo por el que le apodaban "Espagueti".

—Apaga ese trasto, por el amor de Dios, que nos congelamos. —Señalé el aparato de aire acondicionado.

Uy, mierda. Primero debería haberle dado los buenos días. Fallo mío.

Giulio, que estaba escribiendo un mensaje en el teléfono, me indicó con un gesto que le diese un segundo. Tuve que esperar a que lo mandase para que se dignara a darse la vuelta y mirarme de la cabeza a los pies, sujetándose las gafas de pasta rectangulares.

—Si no supiera que trabajas aquí, te echaría sin pensarlo —rezongó. Me miré.

—Antes de que te pongas histérico, que sepas que esta mancha de la camiseta es del *cappuccino* que me he tomado. Nada del otro mundo.

Por toda respuesta recibí una mirada de asco. Inmerecida, en mi opinión.

—La mancha es lo de menos. Bueno, más bien es la guinda del pastel que acaba de rematar tus pintas. Son la camiseta, los pantalones cortos y… Pero ¿qué clase de chalado viene al trabajo en zapatillas de andar por casa?

—No seas cateto. Se llaman chancletas —repliqué, enfundándome la bata de laboratorio. Que no era ni mucho menos obligatoria, pero jamás se tienen suficientes bolsillos y, por otro lado, en el laboratorio hacía un frío de pelotas.

Espagueti me siguió hasta la habitación de al lado, que era donde teníamos nuestro laboratorio montado, y puso los ojos en blanco cuando lo ignoré en favor de revisar mis últimos cultivos.

—Haz el favor de afeitarte, por lo menos.

Aquello me hizo resoplar.

—Tío, que tampoco es para tant… Uy.

Giulio me plantó un espejo delante de la cara. Me pregunté por un momento de dónde demonios lo habría sacado, y luego recordé que Sabri lo había traído hacía unos meses para un experimento.

Bueno, vale, *a lo mejor* se me había ido un poquito de las manos.

—¡Puedo trenzarme la barba! ¡Como los vikingos!

—Ni se te ocurra —replicó Espagueti, negando con la cabeza.

—¡Buenos días, bombones! —canturreó Sabrina desde la entrada. Oí una especie de frufrú, que probablemente se debiera a que se estaba poniendo la bata, y en apenas un par de segundos apareció en el umbral de la puerta.

Aquella mujer era un ángel. Perdón, no; era una diosa de talla grande venida a rescatarme del Averno que era el laboratorio, con la melena ondulada de color avellana ondeando al viento y su perfecto rostro salpicado de pecas adorables que elevaban aún más su encanto. Noté un dulce olor a chocolate con leche y cruasanes en cuanto entró, y de inmediato me rugió el estómago. Cada mañana, sin falta, Sabri nos traía el desayuno, que los miércoles en concreto consistía en cruasanes rellenos de sabores diversos.

¿Cómo se las apañaba para ser tan detallista, adorable e increíble todo el tiempo? Desde luego, menuda santa que estaba hecha.

—¿Sabri? —la llamé—. ¿Alguna vez te he dicho la potra que tiene tu novio?

Sonriéndome con dulzura, Sabri me lanzó la bolsa de papel marrón para llevar que contenía mi cruasán.

—Tantas veces, de hecho, que ni siquiera suena creíble. Pelota.

—Oye, que no lo digo por decir —repliqué. ¿Por qué nadie me tomaba en serio?

Nos sentamos a la mesa y empezamos a comernos los bollos. Sabri le dio unos toquecitos a la pantalla del teléfono antes de mostrarme un post de Instagram. Resultó ser un *selfie* que Espagueti había subido justo cuando llegué yo al laboratorio.

—Hashtag ChicoDeCiencias, hashtag SéElCambioQueQuieresVerEnElMundo… —leyó Sabri, con una sonrisa que delataba que se estaba aguantando a duras penas la risa.

Me giré para mirar con desdén a Giulio.

—Joder con el rollo hipster.

Noté cómo me daba una patada por debajo de la mesa.

—Si vas a juzgar a la gente, al menos hazlo después de ducharte.

—Oye, no te pago para que me mandes duchar como si fueras mi madre.

—No me pagas, a secas.

—*Touché.*

Apenas nos alcanzaba para cubrir nuestros gastos y el mantenimiento del equipo con la financiación que nos daba la universidad. Según solía recordarnos don Tontopollas Honoris Causa, bastante era que a fin de mes aún quedase una cochina miseria con la que pagarnos un "sueldo" a Sabri y a mí. Sabri carraspeó.

—Por desgracia, la ciencia está muy mal pagada en Italia. —Después se dio la vuelta para sonreírme—. Oye, ¿qué tal si mañana te traigo uno de mis jabones?

Puse los ojos en blanco.

—¿Tú también? ¿¡TÚ!? *Tu quoque, Brute, fili mi!*

Lo dije con un acento del Lacio que tiraba de espaldas. Traicionado, un día más, por mi Roma natal. Mientras Sabri se descojonaba, con esa risa cantarina suya que era música para mis oídos, intenté consolarme pensando en que al menos había podido lucirme con la única cita en latín que recordaba del instituto.

—Ay, perdón, es que me ha dado la risa floja —se excusó.

En ese momento sonó el timbre de la entrada. Los tres miramos entre nosotros, como si quisiéramos confirmar que en efecto habíamos oído lo mismo, porque era muy raro que alguien se dejase caer por nuestro laboratorio. Se nos pasó la duda al cuarto o quinto timbrazo, y nos acercamos de puntillas a la puerta. Fuera quien fuese, seguro que no venía en son de paz.

—Abre tú —le susurré a Espagueti—, y si es el casero le lloras porque llevo dos meses desaparecido en combate.

—Ni de coña pienso abrirle yo al casero, que siempre me mira fatal.

—Menudo par… Ya voy yo —suspiró Sabri—. Oye, ¿qué hago si viene porque se ha dado cuenta de que los dos últimos cheques del alquiler eran fraudulentos?

—¿¡Que eran QUÉ!? —vociferó en un susurro Espagueti.

—Es que los microscopios están muy caros —explicó ella.

—Y nos hacía falta *urgente* uno nuevo —agregué yo.

Volvieron a llamar al timbre, pero esta vez vino acompañado de una voz que me resultaba familiar.

—Ábreme ahora mismo. Sé que estás ahí dentro.

Oh.

Eso sí que no me lo esperaba.

—O me abres, o tiro la puerta abajo.

Kim

—O ME ABRES, o tiro la puerta abajo —dije, en un derroche de cordialidad. Tanto que nadie habría adivinado, al oírme, lo cabreado que estaba.

Aunque, en realidad, mi forma de hablar casi nunca reflejaba cómo me sentía. En su momento, Eric me intentó explicar que el truco era aprender a distinguir los subtonos de inexpresividad vocálica o no sé qué, pero nunca sentí la necesidad de pedirle que me lo explicase al detalle.

—Vale, estás de mala hostia. ¿Qué he hecho ahora? —me preguntó Alessandro, abriéndome la puerta.

Irónico, porque el casero me había frito el teléfono a llamadas y mensajes la noche anterior por lo que Alessandro *no* había hecho.

No pude evitar fruncir el ceño al ver las pintas que tenía. Menudo cuadro. Cuando lo conocí, Alessandro parecía la versión joven de un cruce entre Jack Sparrow y el Doctor House y tenía vibras de pirata rockero jugando a ser científico loco. ¿Ahora? Era como tener delante la versión vagabunda del hijo ilegítimo de Thor con el doctor Frankenstein.

Por lo menos seguía teniendo ese rollo de científico desquiciado, me dije. Parte del encanto que aún conservaba se debía a sus grandes ojos de color avellana, así como a los tatuajes que cubrían por completo ambos brazos. Fijándome en el desastroso moño que llevaba, calculé que el pelo le debía de llegar por los hombros, como mínimo. Ahora, que no se me ocurría ninguna razón por la que de

repente su barba, que solía llevar recortada con esmero, se había convertido en un nido de ratas.

Enseguida me dije que no era asunto mío arreglar aquella debacle estética.

—¿Acaso os ha dado por criar pingüinos aquí dentro? —decidí preguntar. Hacía un frío espantoso en aquel sitio.

Alessandro abrió la boca, la cerró de inmediato, y volvió a abrirla mientras me señalaba con el dedo.

—Bueno, por poder, podríamos.

Me crucé de brazos. No tenía tiempo para tonterías.

—Vuestro aparato de aire acondicionado pierde agua por algún lado, así que no para de gotear. Tanto que anoche los del primero se quejaron al casero —le expliqué.

—Joder —musitó, rascándose la barba. Después se giró—. Colega, ¿quién se dejó el aire acondicionado puesto anoche?

—Eso es lo de menos —le interrumpí—. La cuestión es que llevas un mes para llamar al técnico.

Mi academia de italiano era un negocio pequeño en toda regla, que contaba tan solo conmigo, una secretaria, dos profesores y tres grupos de estudiantes. No me podía permitir perder a un solo alumno por culpa de la dejadez de este gilipollas.

Aquel laboratorio, que en teoría pertenecía a la empresa privada del profesor que le dirigía la tesis a Alessandro al que yo había visto solo un par de veces por el edificio, ya había estado ahí cuando yo empecé a estudiar en la academia de la que ahora era director. Por aquel entonces, sabía que en el ático estaba haciendo prácticas un universitario que iba a defender ese mismo año su trabajo de fin de grado, que ocho años después seguía metido en el laboratorio con la excusa del doctorado. *Ocho años.* Llevaba ocho malditos años soportando ruidos raros, un escape de gas, humedades, aquella explosión por la que nos tuvieron que evacuar de madrugada y un sinfín de bromas pesadas que, por supuesto, no tardé en comenzar a devolverle multiplicadas por diez.

—Un mes… —farfulló, pensativo—. Igual me estoy confundiendo con las fechas, pero ¿no hablamos de esto justo el día que emborrachaste a mi perro?

Hice acopio de todo el buen rollo del universo para no poner los ojos en blanco.

—Por enésima vez. Que no emborraché a tu chucho. —Al menos, no adrede.

—Ya, eso díselo a Pongo.

—¡Hola, Kim! —gritó Sabrina, la otra investigadora del programa de doctorado, desde el pasillo del piso. A diferencia de Alessandro, siempre había sido una vecina de lo más agradable. Incluso me había llevado un trozo de tarta alguna vez, como si eso fuera a compensar el escape de gas que me obligó a suspender las clases durante dos días—. Ven, entra, anda. Espagueti, hazle un café al vecino.

—Descuida, me acabo de tomar uno. Estás en medio —añadí, apartando a Alessandro para poder entrar en el laboratorio.

—¿Así que estabas esperando a que te invitase alguien a entrar, eh? Hala, misterio resuelto. Nuestro vecino es un chupasangres, con inmunidad vampírica al envejecimiento.

Ignorando sus estupideces, abrí la puerta que daba a la sala de experimentos al final del pasillo, tiritando. Dentro me encontré con varias mesas cubiertas de probetas, tubos de ensayo y frascos. También había una serie de trastos metálicos enormes que me sonaban de haberlos visto antes… Casi seguro que en *Breaking Bad*.

—Anda, resulta que en vez de pingüinos os ha dado por cocinar metanfetamina.

—Joder, ojalá —rezongó el chico delgaducho al que Sabrina se había referido como 'Espagueti'.

—Bueno, por poder… —repitió Alessandro.

Ignorándolo, crucé la habitación en dirección a la puerta de cristal que daba a un pequeño balconcito. Era bastante diminuto en comparación con el patio que teníamos en el bajo, que nos había dado para colocar unas pocas mesas plegables en las que tomar el café de media mañana.

Al salir al balcón me di cuenta de que no había gran cosa. Un par de suculentas y una triste planta de albahaca. Me había hecho ilusiones de encontrar cannabis, pero no había nada turbio que justificase otra llamada a la policía. Qué decepción.

Me incliné, apoyado en la barandilla del balcón, para echarle un vistazo al aparato del aire acondicionado, y enseguida vi que había una maceta de cerámica colgando de él, sujeta por una cuerda mugrienta que colgaba del manguito como una soga. Echando chispas, me giré para fulminar con la mirada al imbécil de Alessandro.

—Ahora dirás que la maceta la colgó el técnico. Pero ¿tú estás bien de la cabeza?

—¡Funciona perfectamente! Si ayer a Espagueti no se le hubiese olvidado apagar el aire acondicionado, aquí paz y después gloria. Ni gotera, ni hostias.

Se acercó a mí, y le dio un empujón a la maceta para enseñarme lo maravilloso que era aquel sistema. Parte del agua que había dentro se derramó con el movimiento, regándome el patio, pero Alessandro no lo vio porque estaba ocupado dedicándome una sonrisa deslumbrante que me dio ganas de romperle de un puñetazo.

—¿Ves?

Entonces la cuerda se partió.

Durante un segundo que se me hizo eterno vi a cámara lenta cómo la condenada maceta se precipitaba al vacío, dando vueltas como una noria de tal manera que lo puso todo perdido de agua. Se hizo pedazos en cuanto se estrelló contra el suelo del patio, con un estruendo espantoso que seguro que hizo a más de un vecino infartarse pensando que había habido un atentado terrorista en el barrio.

Respiré hondo, concentrando todo el estrés y rabia acumulados durante ocho años en el capullo integral que tenía delante. Cuando por fin dije algo, lo hice hincándole el dedo en el pecho para subrayar todas y cada una de mis palabras.

—Te. Vas. A. *Cagar.*

Alec

—Vale, así que volvemos a querernos asesinar el uno al otro. De locos. Ni siquiera recuerdo que estuviésemos de tregua, así que… —balbuceé, pisándole los talones a Kim mientras bajaba por las escaleras del edificio. No se dignó a mirarme, siquiera—. Joder, relájate un poco. ¿Es que nadie te ha dicho nunca que te metes demasiada presión? Cualquier día te da una crisis histérica, colega.

Silencio absoluto.

—O, como solía decir mi abuelo, 'Ríe mientras puedas, que nunca se sabe cuándo vas a presentar suelas'.

Joder, menos mal que las miradas no mataban.

—Te juro que en dialecto romano ese dicho es graciosísimo —musité.

Empecé a acojonarme con la falta de respuestas bordes por parte de Kim, porque solo podía significar que estaba cabreado de verdad. Cosa que no era habitual en él. Me pregunté si, quizá, habría alguna otra movida por la que estuviera de mal humor. Igual que aquella vez, en enero de ese año, que le dejé una muñeca hinchable en la entrada a su academia con un cartel dando la bienvenida a sus estudiantes. A Kim pareció sudársela; yo me había preparado para que me reventase los retrovisores o escribiera mi número de teléfono en la puerta de cualquier baño público mugriento, pero nada.

Unos días después me enteré de que a uno de sus mejores amigos lo habían tenido que ingresar de urgencia.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté con cuidado.

Aunque el rostro de Kim no reflejó ningún tipo de emoción, me di cuenta de que le tembló el labio inferior de esa forma que, en Kim, significaba 'No me apetece hablar, estoy hasta las pelotas de oír tu voz y hasta tener que compartir el aire que respiramos me está amargando el día'. Vamos, que si ocurría algo, no era nada demasiado grave. Menos mal.

Había tenido que refinar el noble arte del lenguaje no verbal de Kim, porque casi desde el primer día que lo vi en 2013 nos habíamos llevado a matar. *Casi*. Aún recordaba las pocas semanas, cuando Kim todavía estaba aprendiendo a hablar italiano y todavía era un universitario más o menos satisfecho con la vida, que pasamos desayunando juntos en el bar de al lado cada mañana. Yo le enseñé un generoso repertorio de obscenidades y gestos groseros, que él decidió poner en práctica con desconocidos a los que no les hizo tanta gracia como a mí. Por supuesto, fue entonces cuando empezó a odiarme.

—¡Hola, Ale! —me saludó la recepcionista cuando Kim y yo entramos en la academia de idiomas.

—Pamela, qué tal —respondí, haciendo un gesto vago con la mano. Pese al puto calor infernal que hacía, llevaba suelta la larga melena lisa, tenía impecable el maquillaje y se había enfundado un vestidito planchado a conciencia. Claro que se llevaba genial con Kim, me dije. Nada como el perfeccionismo patológico para forjar amistades.

—Jesús, ¿qué te ha pasado? —se preocupó ella.

—¿Eh? ¿Me hablas a mí?

—Toma —interrumpió Kim, plantándome una fregona y un cubo en las narices.

Alcé la mirada, encontrándome con que un puñado de alumnos se había acercado a la puerta de su aula para cotillear. Su profesora les llamó la atención.

—Oye, ¿no se estarán riendo de mí?

—Ni lo sé, ni me importa —me chistó Kim.

Mientras cruzábamos el pasillo en dirección al patio, me di cuenta de que había una diana para jugar a los dardos junto a la máquina

expendedora, con el blanco cubierto por una fotografía mía.

—¿Así es como informas a tus alumnos de que eres un psicópata? —pregunté, dejando el cubo en el suelo cuando llegamos a la terraza.

Kim me estaba asesinando con la mirada. Se había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta de algodón entallada de color azul pastel que llevaba puesta aquel día sobre una camiseta blanca *oversized* y pantalones estrechos de color beige. También me fijé en que llevaba puestas una cadena plateada y una negra para rematar el modelito.

Si se me hubiese ocurrido a mí salir de casa con esas pintas, o a cualquier otro ser humano, habría sido el peor ridículo imaginable. Pero Kim estaba espectacular; aquel conjunto le daba un aire profesional e interesante, que a mí me ponía que te cagas.

—Qué va, esa es la de Pam —replicó, ladeando la cabeza—. Yo tengo la mía en el despacho.

—¿Para poder verme la cara cada vez que me eches de menos, bribón?

—Para dejar tu estúpida jeta como un alfiletero.

—Tú sí que sabes cómo enamorar a un caballero, ¿eh?

Kim se metió de nuevo en la academia y cerró la puerta que daba al patio. Busqué con la mirada la manija que… ¿Eh? No había forma de abrir la puerta desde fuera.

—Tú de ahí no sales hasta que el patio haya quedado más seco que las dunas del desierto —me informó Kim desde el otro lado de la puerta.

—¿¡Estás gilipollas!? ¡Pero cómo vas a dejarme aquí fuera! ¡Me voy a morir de una insolación!

Asintiendo, Kim fingió apuntarse algo en la mano con un bolígrafo invisible.

—Con que tienes miedo al sol, ¿eh? Hala, misterio resuelto. Nuestro vecino es un chupasangres.

Oyendo aquello, solté un resoplido.

—Suena más gracioso cuando lo digo *yo*.

—Más quisieras. —Kim se giró sobre los talones y comenzó a alejarse.

—¡Vuelve aquí, desgraciado, que hace un calor de la rehostia! —vociferé, logrando que se detuviera para mirarme.

—Eso que te ahorras tener que fregar.

Dicho lo cual volvió a darse la vuelta y echó de nuevo a andar, metiéndose dentro de un aula sin decir una palabra más.



Tras pasarme dos horas fregando el suelo y restregando lejía contra la pared en la que la gotera había hecho que empezara a salir moho, me permití por fin tomarme un merecido descanso en las mesas plegables que había en un rincón del patio. Dejándome caer en una silla, me froté la cara con el brazo, intentando secarme el sudor.

—Buenos días —dijo alguien a mis espaldas. Al darme la cuenta me encontré con un chico que debía de tener veintipocos, y me estaba ofreciendo una sonrisa tímida. Entre los rizos rubios y los ojazos azules, parecía recién salido de una serie de Netflix rodada en Alemania, o así—. Te traigo esto de parte de Kim. Dice que has hecho un buen trabajo.

Dejó sobre la mesa una *cedrata* y un triste sándwich de pan de molde. No hablaba un italiano perfecto, pero saltaba a la vista que le estaba poniendo empeño. Resultó que tenía acento estadounidense, en vez de noreuropeo. Me reí por lo bajo, y aparté con el pie una silla para que se pudiera sentar conmigo.

—Ni de coña. ¿Qué es lo que ha dicho en realidad?

Con gesto de disculpa, el chico tomó asiento.

—Um… 'Si has terminado de una vez, cómete el sándwich y vete a tomar por culo de una vez'.

Desenrosqué el tapón de la botella de *cedrata* para darle un sorbo. Era mi bebida favorita, aunque dudaba que Kim lo supiese.

—Eso ya me suena más a Kim. Gracias, esto…

—James —respondió el chico—. Soy amigo de Kim. Bueno, y alumno también.

—Un placer, James. Imagino que tú ya sabrás quién soy, considerando que al parecer soy toda una celebridad en esta

academia.

—Más o menos. Oye, me encanta la camiseta.

—Gracias. Es de una…

—...banda de heavy metal finlandesa —me interrumpió, terminando por mí la frase—. Es el grupo favorito de mi amiga Jenn.

Primera vez en toda mi vida que alguien reconocía quiénes eran.

—¿Sabías que van a dar un concierto aquí, en Italia? Además, es en septiembre, así que no queda nada.

Aquello pareció llamarle la atención.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Van a tocar en el Festival de Rock Internacional. Lo celebran en una isla que hay cerca de Roma, al lado de mi pueblo.

—Te quedan dos minutos de descanso, James —intervino Kim desde el umbral de la puerta. En cuanto lo dijo, James se puso en pie.

—¡Voy! —Se giró para mirarme—. Muchas gracias, luego lo busco en Internet.

Me despedí de él con un asentimiento de cabeza y una sonrisa. Majísimo, el chico.

—Oye, me cae bien —le confié a Kim—. Dice que es amigo tuyo, así que más te vale no pegarle esa cara de estreñido.

—Tú tranquilo, que debe de ser inmune si no se ha contagiado de tu chapucería tras aguantarte diez minutos de reloj. Eso sí que es infeccioso.

—Pues qué curioso que a *ti* no se te haya pegado, entonces.

—Le llevo ocho años de ventaja a James. Yo ya tengo anticuerpos.

Me quedé mirándolo fijamente, sin parpadear.

—Ocho años —repetí despacio—. Joder, claro, va a hacer ocho años a principios de julio. Y sabes lo que eso significa, ¿no?

Kim miró a ambos lados antes de volver a asesinarme con la mirada.

—Sea lo que sea lo que estás maquinando…

—Tenemos que celebrarlo por todo lo alto.

—Ni de coña.

—¡Es nuestro rivalniversario, joder! —exclamé, gesticulando con las manos—. La relación más larga de mi vida, literalmente.

—Y lo más triste que he oído yo en la mía, literalmente.

—Me acuerdo como si hubiera sido ayer. Tu primer día en la academia fue el uno de julio, que además era un lunes. —Me puse de pie para acercarme a él, de manera que Kim tuvo que alzar la cabeza para mirarme a los ojos. Tenía una presencia tan imponente que solía olvidárseme que era un retaco hasta que me tocaba agachar la cabeza para hablar con él. Aunque el flequillo le cubría parte de la frente, podía verle la cara de muñeca de porcelana sin problema—. Con lo adorable que eras antes. ¿Qué cojones te pasó para acabar convertido en un gilipollas insoportable?

—Que tuve la desgracia de conocerte.

—Mi pobre corazoncito. —Eché mano de la botella y el envoltorio de sándwich vacíos, que había dejado sobre la mesa, para tirarlos a la papelera amarilla—. Quedamos en el bar de Mario este primero de julio, a las ocho y media. Como se te ocurra no venir, te vuelvo a llenar la casa de papel higiénico.

Kim arqueó las cejas, y noté que curvaba sutilmente los labios en una sonrisa.

—Suerte con eso, campeón. Vivo en un piso.

—Perfecto. De vez en cuando me gusta un buen reto, así que no me busques porque me encuentras. Bar de Mario a las ocho y media.

Hubo un largo silencio, durante el que prácticamente pude ver que Kim estaba intentando adivinar si yo estaba de coña o no en base a nuestros ocho años haciéndonos la vida imposible.

—Vale —se rindió al final, y me pareció oír que suspiraba.

Kim

—¿¡Cómo que tienes una cita con tu archienemigo!?

El imbécil de Eric llevaba riéndose de mí todo el día. Nuestro grupo al completo se había reunido otra vez en mi piso para los últimos preparativos antes de ir al Desfile del Orgullo. Yo estaba sentado en una silla del salón mientras dejaba a Rob maquillarme, y Eric estaba poniendo la mesa a nuestro lado. Fra y James estaban haciendo la comida en la cocina, mientras que Betta había tenido que irse un momento para recoger a su hija del colegio y llevarla con la niñera.

Pese a que le había pedido a mis amigos que cocinasen algo simple, se habían puesto a preparar *bruschette* con tomate, aceite de oliva y orégano a modo de aperitivo, más *gnocchi al pesto* como plato principal y *gelato* de postre.

—Que no, pesado, que no es una cita. Solo vamos a quedar para tomarnos unas cervezas. Igual hasta pedimos algo de picar.

—A eso en mi pueblo lo llamamos tener una cita —comentó Rob.

—¡Que no! —insistí—. Pero si lo más probable es que uno de nosotros termine por asesinar al otro antes de que amanezca.

—Vale, espera, que yo me entere. Llevas echando pestes de este tío desde tiempos inmemoriales, pero ¿le has dicho que sí a tomar algo porque…? —preguntó Eric. Fue una de esas raras ocasiones en que no supe muy bien qué responder.

En los diez segundos que tardé en decidir qué contestarle a Alessandro cuando me propuso quedar, lo cierto es que se me

pasaron muchas cosas por la cabeza. Pensé que no tenía buen aspecto, y que sí que debía de sentirse solo si me estaba invitando a *mí* a tomar algo. Fue precisamente esa soledad lo que me conmovió.

Me hizo acordarme de aquella noche de septiembre, hacía siete años, en que Eric y yo conocimos a Betta, Fra y Rob en la fiesta que celebraron por el vigésimo cumpleaños de Fra. Aún recordaba haber visto a Eric y Fra charlar en la cocina, absortos el uno en el otro como si fuera el episodio piloto de un drama coreano. Yo jamás había sido de los que creían en el amor a primera vista, así que sabía que no se habían enamorado ni nada por el estilo, pero era innegable que entre ellos había *algo.* Supe que iba a perder a mi mejor amigo, sin que hubiese nada que yo pudiera hacer para evitarlo, en cuanto vi cuánta química había entre ellos. Cosa que me dejó *confuso*, porque por alguna razón no podía dejar de pensar en que mi amistad con Eric tenía los días contados. Se me secó la boca, y en ese momento me aterrorizó darme cuenta de que no era capaz de descifrar lo que estaba sintiendo. Así que me tragué las ganas de chillar, y me tocó comerme mis celos sin saber a qué se debían.

¿Era porque Eric era *mi* mejor amigo, o se trataba de algo más? Aunque, en el fondo, creo que no quise saberlo.

Aquella noche me fui temprano de la fiesta, pese a que estaba diluviando, y me llevé el paraguas de Eric. Recordar ese pequeño detalle me hizo sonreír. Había sido muy consciente de que iba a perder a Eric, así que había querido quedarme con algo suyo. Un recuerdo, por así decirlo, de cuando nuestra amistad había sido suficiente para ambos.

Tener su paraguas escondido bajo la cama me atormentó durante días. Después de pasar una semana espantosa mientras intentaba autoengañarme pensando que no era más que una fase que se me pasaría antes o después, tuve que sincerarme conmigo mismo y aceptar el hecho de que, en el fondo, lo que ocurría era que me había enamorado de Eric. Aceptarlo me hizo sentir la paz suficiente para comprender qué era lo que debía hacer. Ya que estaba enamorado de Eric, tenía que dejarlo marchar.

Durante siete años fui el mayor apoyo de Fra y Eric. Los vi quererse, hacerse daño, romper, vivir a medio gas ahogándose en

remordimientos, madurar, resolver poco a poco sus inseguridades y enamorarse el uno del otro por segunda vez.

Yo jamás hubiera podido hacer tan feliz a Eric como Fra, así que no hubiese sido capaz de vivir conmigo mismo si no los hubiese reunido de nuevo.

Para mí, mis amigos eran la única familia que tenía. Quería demasiado a esos dos como para dejar que un estúpido enamoramiento me los arrebatase.

Daba igual cuántas veces estuve a punto de confesarle lo del paraguas, que por cierto seguía escondido a buen recaudo en mi casa. Daba igual que Eric siempre se acordase de cada estupidez que salía por mi boca. Daba igual que compartiéramos mil y un secretos y anécdotas vergonzosas.

Tenía que pasar página y dejar atrás esa parte de mí que pedía "más", así que pensé que cualquier distracción sería buena con tal de no pensar en Eric.

Para bien o para mal, Alessandro había sido una excelente distracción de todos mis problemas durante ocho años. Cuando estaba agobiado por los exámenes, me dejaba caer por la academia para echar una mano como voluntario, y tomaba cualquier ocasión que se me presentase de tocarle las pelotas al vecino de arriba. Cuando asumí la dirección de la academia y tuve que empezar a hacer horas extra todos los días para asentarme en el puesto, sabía que podía contar con aquel imbécil para alegrarme el día haciendo el peor de los ridículos, como aquella vez que no conseguía abrir la puerta del laboratorio mientras vestía un pijama que, por lo que fuese, había decidido ponerse para ir al trabajo, y tuvo que trepar por la ventana desde mi patio.

Pero ni de coña iba a contarle todo esto a Eric, ni a ninguna otra persona. Iba a llevarme el secreto a la tumba.

Necesitaba inventarme alguna excusa. Siempre se me había dado de miedo mentir inventándome cualquier trola, así que ¿por qué aquelía tenía la mente en blanco?

Alguien me cubrió el hombro con la mano, en un gesto tranquilizador. No era Rob, que se había levantado para lavar las brochas de maquillaje. Era James.

—Conmigo fue muy amable —intervino, acudiendo a mi rescate —. Me dijo lo del concierto que da en septiembre Throne of Worms.

Rob, Eric y yo lo miramos con recelo.

—¿Me estás diciendo en serio que hay un grupo llamado trono de gusanos? —dijo Rob, confundido.

—Sí —confirmó James. Apartó la mano de mi hombro para dejarse caer en el sofá, de rodillas mientras se apoyaba con las manos en el respaldo—. Es por el Tequila Worm. Porque son finlandeses, así que hace un frío que pela y suelen emborracharse para entrar en calor. Suelen mencionarlo en sus canciones. —Dado que nos limitamos a seguir mirándolo fijamente, siguió parloteando —. Ah, bueno, y casi seguro que no tiene nada que ver, pero no se llevan muy bien que digamos con Jesucristo.

Después de intercambiar conmigo una mirada, Rob se giró hacia James.

—Amor, siento decirte que mi tía no va a dejar, ni de coña, que Jennifer vaya contigo al concierto.

Jennifer, la mejor amiga de James, era otra prima de Rob y Fra. Cuando los conocí, tardé dos días en darme por vencido con su interminable árbol genealógico.

—Pero ¿por qué? ¡Las entradas son su regalo de graduación! Además, Jenn tiene diecinueve años, así que es adulta. Puede ir adonde le dé la gana.

Aquello hizo que Rob se frotase la nuca.

—No funciona así en Italia. La gran mayoría de familias opina que mientras vivas bajo su techo, las normas las ponen ellas, y si no te gusta ya sabes dónde está la puerta. ¿A que sí, Fra? —Levantó la voz para dirigirse a su primo, que seguía en la cocina y enseguida sacó la cabeza por el marco de la puerta asomándose al salón.

—No te sé decir. Fue cumplir los dieciocho y que a mis padres empezase a darles igual lo que hiciese con mi vida.

Decidí compadecerme de Rob por una vez.

—Cierto, pero a cambio fueron bastante negligentes —señalé, haciendo reír a Fra.

—Gracias, Kim —respondió con una sonrisa divertida—. Al menos nunca tuve que terminar con antidepresivos por su culpa.

Abrí unos ojos como platos. No es que evitásemos el tema, pero era la primera vez que Fra mencionaba su depresión con total naturalidad.

—¿Entonces ya podemos bromear al respecto? —pregunté, esperanzado.

—No. Aquí el único que puede hacer chistes sobre el tema soy *yo.* Los demás os tendréis que conformar con mirar al suelo con cara de estar en un funeral. —Dicho eso, volvió a meterse en la cocina.

Eric y yo nos miramos fijamente, hasta que él comenzó a reírse por lo bajo.

—Vaya humos —suspiró, sacudiendo la cabeza—. Dios mío, es que es el amor de mi vida.

No supe qué decir al respecto.



Pasé las siguientes horas embotado. Según Rob, nacido y criado en el sur de Italia, Milán era una ciudad gris. Aunque a mí no me parecía que fuese nada distinto a cualquier otra gran ciudad europea, sí que entendía qué quería decir. Esta ciudad llevaba un ritmo que no esperaba a nadie, solía tener el cielo encapotado y estaba a rebosar de gente borde.

Pero ese día Milán parecía otra ciudad diferente, habiéndose transformado en un carnaval de color y energía. Aquella calurosa tarde de junio estaba siendo testigo de un extraordinario despliegue de banderas arcoíris, que colgaban de la mayoría de ventanas y balcones de los edificios de la ciudad para dar la bienvenida a visitantes de todos los rincones de Italia que habían venido al desfile del Orgullo.

Al mirar por la ventana del salón me fijé en un grupo de jóvenes que se había sentado en círculo junto a la tienda que hacía esquina, y estaba inflando globos con los colores de la mayoría de banderas del colectivo. No pude evitar una sonrisa al fijarme en una de las chicas del grupo, que daba saltitos de ilusión con su globo negro, gris, blanco y morado.

Mis colores.

Mi bandera.

—Ponme otra aquí, venga, así.

La voz de Betta me obligó a devolver mi atención a la zona de guerra en la que se había convertido mi salón. James y ella se habían pasado casi media hora trasteando con extensiones de colores para rematar su atuendo del Orgullo de 2021. Pero ni siquiera la emoción combinada de ambos era rival para la de Rob, que había diseñado camisetas a juego para todos y ahora había decidido autocoronarse como maquillador del grupo. En aquel momento estaba tratando de camelar a Fra para que le dejase embadurnarle la cara igual que a mí.

Pobre iluso. No tenía ni media posibilidad de que Fra le permitiera dar rienda suelta a su creatividad con la pupurina como había hecho conmigo.

No quisiera sonar arrogante, pero dudaba que ninguno de ellos pudiese brillar tanto como yo. Quizá Rob, si se esforzaba lo suficiente, pudiera acercarse.

—Pareces una estrella del pop —me dijo Eric, como si me hubiera leído la mente.

—Soy un *ace*[1] en la manga —respondí con una sonrisa torcida, dejándome caer a su lado en el sofá.

—Ya lo creo. En varios sentidos, además. —Mi mejor amigo me devolvió una sonrisa que no se reflejó en sus ojos, lastrados por el cansancio. Odiaba que él, en concreto, pareciese tan exhausto.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. ¿Es por lo del banco?

—Sí. No logro encontrar la solución, y me está pasando factura. —Negó con la cabeza y, antes de que pudiera apartarme, me tomó la mano para mirar fijamente la palma—. Tienes una manita diminuta —me informó, con una leve sonrisa que me dio la misma sensación que una patada en el estómago—. Oye, y ahora que lo pienso, al final no me contaste nunca qué te dijo aquella adivina a la que vimos en Londres. ¿Te acuerdas de ella, no? Menudo cabreo tenías después de que te leyese la mano.

Veo que, en este momento, aquel al que amas pertenece a otra persona.

Me encogí de hombros.

—A saber qué se inventaría. Pero oye, ya que hablamos de aquel viaje, creo que me sigues debiendo cien libras.

—Qué memoria más selectiva tienes.

—Le dijo la sartén al cazo.

Aquello le arrancó una risita a Eric, que seguía sin soltarme la mano.

—Vale, ya lo pillo. Te juro que te devolveré las cien libras algún día.

—Hombre, es lo mínimo después de que por tu culpa nos echasen de tres bares en la misma noche.

Puso los ojos en blanco.

—¿Es que me lo vas a estar recordando hasta que me muera? No he vuelto a beber tantísimo como aquella Nochevieja. Fue justo después de romper con Fra, y estaba destrozado.

—Lo sé. —Aparté la mano con delicadeza, sentándome sobre ambas manos con disimulo. No se me iba a olvidar aquella noche en toda mi vida. Con la ayuda del alcohol fui capaz de confesarle por fin lo que sentía por él, y también con la ayuda del alcohol, él no se enteró de nada de lo que estaba intentando decirle—. Bueno, ¿así que sigues dando vueltas al tema del banco?

—Sí, aunque no debería estarlo rumiando ahora mismo. Le prometí a Fra que no iba a volver a hablar del tema hasta que hayan pasado nuestras semanas de vacaciones.

—Te he oído —le informó Fra, acercándose a nosotros. Tal y como yo había predicho, Rob había perdido la batalla por la purpurina. Ahora parecía entretenido sacándose fotos con James, quien estaba a todas luces muy satisfecho de haberse vestido a juego con su novio.

—Lo siento, amor —se disculpó Eric, tomando a Fra de la mano para besársela.

Aparté la mirada, tragándome el molesto nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Y si te casas con el primer tío que pilles por la calle? —le sugirió Fra a Eric—. Te resolvería el problema.

Me quedé de piedra. Cuando le miré para confirmar que estaba insinuando lo que yo creía, me lo encontré observando con cuidado cómo reaccionaba Eric.

—Pues en realidad —se rió Eric—, ¡no es mala idea!

Si las miradas matasen, habríamos tenido que cancelar el Orgullo para organizar el funeral de Eric. La decepción patente en el rostro de Fra era tan obvia que no sabía si me hacía gracia o me daba lástima.

—Colega, eres tontísimo —le dije a Eric.

Fra y yo nos miramos.

—¿Qué he hecho ahora? —protestó Eric, que no se enteraba de nada.

Suspiré, cansado, y miré a Fra.

—Tenemos que hablar. ¿Podrías esperarme en el cuarto de invitados?

En serio, ¿qué habrían hecho estos dos si yo no los hubiera juntado?

—Claro —respondió Fra, saliendo del cuarto de estar sin mirar a Eric a la cara.

—¿Qué acaba de pasar? —me preguntó Eric, confuso.

Le clavé una mirada venenosa.

—Más te vale estar tratando bien a ese hombre, ¿me oyes?

—¿Qu…? Pero si lo tengo en un pedestal. Además, eres *mi* mejor amigo. ¿No deberías decirle eso a él, en vez de a mí?

—No me hace ninguna falta. Fra tiene mi plena confianza. A ver si te crees que, si no fuera así, le habría confiado a…

Me atraganté con mis propias palabras.

—A Kimchi, ¿no? —supuso Eric.

Por un momento temí no ser capaz de mantener mi rostro indiferente.

Sin embargo, conseguí mirar a Eric a los ojos sin dudar.

—Evidentemente.

Luego me puse de pie y me metí en la cocina. Igual que me había metido en su relación cuando estaba en ruinas, y ahora

estaban a punto de pasar por el jodidísimo altar siempre y cuando Eric espabilase de una vez.

Sabía que se lo merecían.

Sabía que Fra merecía lo mejor.

Porque, si no fuera así, no le habría confiado al único hombre del que me había enamorado en toda mi vida.

---

1 N. de la T.: Juego de palabras intraducible. El término *ace*, en inglés, no solo alude al as de una baraja de cartas, sino que también se utiliza coloquialmente como diminutivo de *asexual*. Aquí, Kim está empleando un refrán popular con doble sentido, dado que al mismo tiempo se describe a sí mismo como el as bajo la manga de su mejor amigo y hace alusión a su asexualidad. Puedes encontrar más información sobre el espectro de la asexualidad en AVENes (https://es.asexuality.org) o en la Associació Catalana d'Asexuals (https://asexualitat.cat), ambas en español.

Alec



Esperé a Kim durante veinte minutos en el bar de Mario antes de concluir que lo de proponerle que quedásemos había sido una idiotez por mi parte. Una que bien merecía una botella de ginebra, por supuesto.

Antes de que a mi cerebro le diera tiempo a recitarme el sinfín de motivos por los que yo no era más que un perdedor de mierda, hice un esfuerzo consciente por hacerme una lista de las cosas buenas que me habían pasado aquel día.

1. *Me he dado una ducha, que por cierto resulta que es una experiencia mucho más agradable de lo que recordaba. Pues sí que debe de hacer tiempo que no me daba una;*
2. *Sabri ha dicho que la barba trenzada me queda que te cagas. Me la suda que Espagueti dijese lo contrario, porque el niñato tiene el gusto en el culo;*
3. *Los vaqueros me siguen haciendo un culazo tremendo;*
4. *Resulta que una chaqueta puede elevar hasta la camiseta más guarra de* Juego de Tronos *a la categoría de "smart casual", qué cosas;*
5. *Acabo de cobrar, así que si me fundo el sueldo en cogerme un pedazo de coma etílico, por lo menos Mario se llevará una sorpresa la mar de agradable cuando le pida la cuenta.*

Me desinflé al darme cuenta de que aquella lista no me hacía sentir ni la mitad de bien de lo que me esperaba.

—¡Hola! ¿Esperas a alguien? —me preguntó de repente una chica.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor para asegurarme de que me hablaba a mí, porque quién sabe, igual estaba con colegas y necesitaban el taburete en el que estaba yo apoltronado. Ah, pues no, estaba sola. Volví a mirar a aquella chica de pelo corto castaño, que llevaba una espesa capa de maquillaje y un vestido tan corto que apenas le cubría la mitad superior de los muslos.

—Qué va. Solo estamos mi amiga y yo —respondí con una sonrisa, empujando hacia ella la botella con un gesto melodramático que pareció hacerle muchísima gracia.

—¿Ah, sí?

—Deja que os presente —dije, haciéndole un gesto al camarero para que trajese otro vaso—. Esta es mi amiga Ginebra —expliqué mientras le servía una ronda—, y yo me llamo Alessandro.

—Erika, con 'k'.

Me resultó entrañable que se molestara en mencionar ese detalle, pero también un poco insultante que lo viera necesario. La mayoría de las Erikas nacidas tras la década de 1940 eran Erikas con 'k'.

—Imagino que a tus abuelos les pareció un espanto.

—Pues sí —admitió—. Y la mitad de mis amigos piensa que es con 'ck', así que…

Muchacha, pero ¿tú con qué clase de imbéciles te juntas?

—Ah. Bueno, y ¿estás aquí tú sola? —pregunté.

—Yep. Me he escapado de casa, porque mi madre estaba insoportable y no la aguanto más por hoy. —Puso los ojos en blanco.

—Uf. Es que las madres… —asentí, incómodo.

Joder. No será menor, ¿no? Como resulte que le he comprado alcohol a una cría…

Antes de que se llevase el vaso a los labios, le sujeté la muñeca.

—Perdón, pero ¿cuántos años tienes, Erika?

No me esperaba que se riese, la verdad.

—¿Tan joven te he parecido? Me voy a sonrojar.

Pero ¿y si está mintiendo como una bellaca?

—Veintidós, por cierto —añadió—. Suelo pasarme por aquí. Mario te lo puede confirmar, si así te quedas más tranquilo.

Eché un vistazo furtivo al otro extremo de la barra y vi que Mario nos miraba. Al ver que alzaba ambos pulgares, suspiré de alivio.

—Lo siento. Pareces muy joven, y lo que has dicho antes de escaparte de casa…

—¡Ah, ya! Lo entiendo, tranqui —me aseguró—. Me refería a que me he tenido que escaquear, porque se supone que no puedo salir de casa.

Fruncí tanto el ceño que empezó a dolerme la cabeza.

—¿Tan estricta es tu madre, que no puedes salir a dar una vuelta?

—Qué va. —Asegurándose de que no hubiera nadie cerca, se inclinó hacia mí para susurrarme en el oído—. Estoy bajo arresto domiciliario. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale?

¡JODER! ¡Abortamos misión, abortamos misión!

—Buenas. —Alguien me tocó el hombro, y me giré tan rápido que de milagro no me caí del taburete.

Resultó que mi salvador no era ni más ni menos que el gilipollas que me había dado plantón. Me fijé en que Kim tenía el flequillo alborotado sobre la frente, en vez de habérselo peinado con gomina como solía hacer para ir a trabajar. Llevaba una camiseta con capucha de color rosa buganvilla que no se había remetido en la cinturilla de los vaqueros *skinny*, con lo que parecía más joven. Incluso más que Erika con 'k'. Esbozó una sonrisa más falsa que un billete de tres euros, y no tuve ni idea de qué era lo que estaba haciendo hasta que decidió abrir la boca.

—Cuánto tiempo. Pensé que seguirías en el hospital por el herpes genital. —Tras decir esto, miró a Erika—. Ay, mierda, ¿es tu chica? Igual no debería haber dicho nada.

La expresión horrorizada de Erika me hizo querer morirme. Bueno, y reírme también, siendo sincero.

—Oh, no pongas esa cara, cielo, que no pasa nada. Cuando desaparecen las llagas y ampollas, ni se nota. Mejor no te digo cómo lo sé, ¿eh?

El mamonazo de él tuvo los cojones de guiñarme el ojo como colofón.

Tras el apoteósico final, Erika optó por hacer lo más sensato y se dio media vuelta para largarse casi a la carrera.

—Serás… —Escupí, sin saber ni por dónde empezar a decirle lo que pensaba. Si bien Kim había vuelto a su expresión neutra habitual, no se me escapó el brillo perverso que iluminaba su mirada.

—A la próxima, avisa de que tengo que traer compañía —replicó.

—¿Qué tal si avisas tú de que vas a llegar media hora tarde?

—Perdona, pero he sido puntual como un reloj suizo. Dijiste que quedábamos a las ocho y media.

Le eché un vistazo al reloj *smart* que llevaba en la muñeca.

—Dije que a las ocho en punto —me defendí, intentando no achantarme ante esos ojos oscuros que me traían por la calle de la amargura.

—No, dijiste que a las ocho y media.

Joder, ya la había vuelto a cagar. Llevaba una racha horrorosa; que si llegaba tarde a todos lados, que si se me pasaban distintos compromisos, que si no había forma de que cumpliese con mis fechas de entrega… Por no mencionar que tenía a medio reescribir la tesis doctoral desde ni recordaba cuándo, porque don Tontopollas Honoris Causa me tenía explotado con un volumen de trabajo demencial en el laboratorio. Hala, ya había vuelto a perderme en mis pensamientos.

—Da igual —suspiré—. Además, me has salvado el culo. Menuda lianta debe de ser esa tal Erika-con-'k'.

—¡Ja! Mira quién fue a hablar.

Tardé unos instantes en darme cuenta de que le estaba sonriendo de oreja a oreja. Acerqué con el pie otro taburete que había junto a la barra para que Kim se sentase.

—¿Por qué tengo la terrible sospecha de que te has vestido de esa guisa con la esperanza de que me arresten? —pregunté, ofreciéndole el vaso con ginebra que Erika no había tocado siquiera.

—¿Algún problema con el rosa?

—Más bien con estarte invitando a ginebra mientras llevas pintas de quinceañero. Bastante he tenido con la chavala de antes.

A juzgar por la sonrisa malévola que esbozó Kim, debía de estar maquinando otra jugarreta retorcida con la que torturarme. Decidí adelantarme antes de que dijese nada.

—Deja que adivine. Vas a empezar a llamarme 'papito' a pleno pulmón mientras cronometras cuánto tarda alguien en llamar a la policía, ¿no?

Eso pareció hacerle gracia, porque soltó una risita.

—¿Tan predecible me he vuelto? Parece que estoy perdiendo mi toque.

—Bueno, sí que pareces… —Dejé lo que iba a decir en el aire. ¿Y si se enfadaba?

—¿Parezco qué?

—No lo sé, más irritable que de costumbre. Tienes aspecto de estar cansado.

Kim frunció el ceño.

—¿Que *yo* qué? Pero ¿tú te has mirado en un espejo?

—De hecho, esta misma noche. —Hice un gesto con la mano para señalarme—. Y no estoy nada mal.

Mirándome de arriba a abajo, Kim arrastró el taburete para acercarse a mí. Parecía muy serio cuando se inclinó, mirándome fijamente a los ojos.

—Ja. Estás bastante mejor de lo que me esperaba, pero ni la mitad de lo bien que pareces pensar.

Uy. Ni tan mal, entonces.

—¿Sabes? Para no tener ningún interés por el sexo, tiras la caña que da gusto.

Por supuesto, Kim ni siquiera pestañeó al oírme. Seguramente le resbalaba.

—Vale, genio, vamos a ver. Para empezar, "no tener ningún interés por el sexo" ni siquiera es una buena definición, porque la atracción y el deseo son dos cosas distintas. Para seguir, ligar es muchísimo más divertido cuando no estás pensando en si la otra persona se querrá acostar contigo o no. Y, para terminar, ¿no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor solo estoy tomándote el pelo?

—Descuida, que estoy cien por cien seguro de que te estás cachondeando de mí. Lo que no sé por qué.

—Porque así es más fácil robarte la cartera —respondió él, con tal inocencia que me costó creerle aun después de que me restregase por las narices que, en efecto, se había hecho con mi cartera. Pero qué cojones…

—Qué mal rollo das —señalé.

—¡Lo dice el que sacó una copia de mis llaves el año pasado!

—Total, para lo que me sirvió… No tardaste nada en cambiar la cerradura.

—Joder, por qué sería.

—Vaya, touché. —Alcé ambas manos en señal de rendición.

Abriendo mi cartera como si le perteneciera, Kim pidió un par de raciones que pagó con el sueldo que *yo* había ganado con el sudor de *mi* frente.

—¿Sabes? Puedes aprender mucho de una persona por lo que lleva en la cartera.

—¿Ah, sí? Sorpréndeme. —Asentí, dándole permiso para fisgonear. No tenía un solo secreto ahí dentro.

Empezó por el monedero.

—Nada de calderilla, más allá de una triste moneda de un euro. Apuesto a que la usas para el carrito del supermercado. —Continuó con el compartimento interior para billetes—. Dos billetes de cincuenta nuevecitos. Tanto que sospecho que los has ido a sacar del cajero hoy mismo, así que imagino que eres más pobre que las ratas.

—¡No jodas, Sherlock!

—Pero —continuó, ignorándome—, esta tarjeta de prepago está hecha polvo. Así que tiene pinta de que no sueles llevar efectivo, porque prefieres pagarlo todo con tarjeta. Sin embargo, hoy has retirado estos dos billetes, de manera que tiene pinta de que estás intentando ser más responsable con tu dinero. Algo que tiene pinta de no ser tu fuerte, así que intuyo que sueles preferir pagar con tarjeta para evitar pensar en cuánto te estás gastando. Debe de ponerte de los nervios lo de llegar a fin de mes.

Nada que objetar, por el momento. Incómodo, me revolví en mi asiento.

—Guardas toda la documentación en el mismo sitio. Carné de conducir, DNI, tarjeta sanitaria… Jesús, ¿cuántos años hace que te sacaste esta foto? —se burló, mirando mi carné de conducir.

—Ahí tenía dieciocho. ¿Por?

De eso hacía ya diez años, así que iba siendo hora de renovarlo. Como no me lo apuntara en algún lado, se me iba a olvidar seguro.

Kim se estaba riendo tanto que tuvo que secarse las lágrimas de los preciosos ojos almendrados que tenía. Le sentaba bien, tanto que debería hacerlo más a menudo. Quizás lo hiciera solo cuando yo no estaba delante.

—¡No jodas, pero si llevo ocho años viéndote con esta camiseta andrajosa! ¡Te la pusiste hace dos días!

Hice un puchero.

—Bueno, es que no voy a tirarla mientras me siga entrando. Como tú mismo has tenido la amabilidad de recordarme, soy pobre como las ratas.

—Vale —aceptó Kim, respirando hondo para serenarse—. A ver, por dónde iba. No te gustan los cambios. Imagino que porque no te fías de tu capacidad para recordar dónde está cada cosa, así que prefieres que todo tenga un lugar fijo.

Asentí.

—Me declaro culpable.

Pasó a fisgar en el bolsillo interior, sacando todo lo que había dentro de golpe.

—Venga ya —jadeó, y por un momento me pregunté si iba a voler a reírse en mi cara. Cosa que tampoco me hubiera molestado —. ¿Llevas una estampita de san Francisco de Asís en la cartera?

—El mismito —confirmé, sonriendo al ver el trozo arrugado de cartulina—. Mi madre me tiene prohibido salir de casa sin ella mientras viva solo en la gran ciudad.

—Me parece tierno que lleves de verdad la estampita a todos lados.

Tierno. *¿Tierno?*

Pasó a escudriñar una vieja fotografía Polaroid que tenía garabateado "2002". En ella aparecían cuatro chavales de picnic en un pinar. El más mayor sonreía educadamente a la cámara, mientras que el segundo chico estaba poniendo un careto horroroso mientras ocultaba el brazo tras el tercero, sacando los dedos índice y meñique por detrás de su cabeza como si fueran cuernos. Sin darse cuenta de aquello, ese tercer crío parecía algo distraído, quizás porque había estado leyendo el cómic que sostenía, abierto, entre las manos. Completaba la escena un niño bastante más pequeño, de cinco años o así, que se estaba metiendo media mano en la boca.

—Supongo que será tu familia, ¿no? ¿Tus primos, a lo mejor?

Fue mi turno de reírme.

—Sí y no. Esos somos mis hermanos y yo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Tienes tres hermanos?

—Tres hermanos, más una hermana que aún no había nacido por aquel entonces. Mis padres querían una niña, así que no pararon hasta conseguirlo.

—Guau —comentó—. Este de aquí eres tú, imagino.

Dio unos toquecitos con el dedo sobre el tercer crío, el del cómic. Yo me limité a asentir por toda respuesta.

—Así que eres el tercero de los cinco.

—Sip. El del medio, como Malcom —añadí—. ¿Sabes de qué serie te hablo, no?

—Me suena haber oído hablar de ella, pero no la he visto.

Resoplé al oír semejante crimen.

—¡Joder, Kim! Tenemos que arreglar eso cuanto antes. Eso sí, te aviso de que la mitad de los chistes han envejecido como el culo.

Había tenido la vaga esperanza de que se cansara de cotillear mis cosas y decidiera prestar atención a algo más interesante, pero no hubo suerte. Kim observó la última foto, sin decir nada mientras miraba al hombre de mediana edad que sonreía con el pelo hecho un desastre, la barba desaliñada y un moreno envidiable.

Como no tenía ni un pelo de tonto, Kim no tardó en darle la vuelta a la fotografía para leer, en silencio, las fechas de nacimiento y muerte que había apuntadas en el reverso.

—Ese era mi padre —señalé, como si no fuera obvio, con una sonrisa tirante. No sabía por qué, pero siempre que alguien se enteraba de que había perdido a mi padre era yo el que se sentía como el culo por la otra persona. Como si no fuera yo el que se había quedado huérfano en el instituto, ¿sabes?

—Lo siento mucho —dijo Kim, con sencillez.

Aquel era el momento en que a la gente le daba por preguntarme cómo murió, y la conversación se volvía la hostia de incómoda. Siempre me hacía sentir triste que lo único que a la gente le interesase saber de mi padre fuera cómo murió, como si morirse fuese lo único importante sobre él. Como si no hubiera sido una persona más allá de la fotografía.

—Te pareces mucho a él.

Levanté la mirada, encontrándome con que Kim me la devolvía. En sus ojos no había ni rastro de lástima o curiosidad morbosa. No era más que el Kim de siempre.

Pese a que de pronto me había quedado sin aliento, solté una risilla débil antes de asentir con la cabeza.

—Ya. Me lo suelen decir, sí.

Kim

Disfruté muchísimo aquel Orgullo. Era el único evento en el calendario que cada año esperaba con ilusión porque, a diferencia de otras fechas señaladas, no consistía en celebrar una patraña. Se trataba de celebrarse, de quererse y respetarse. El Orgullo era una reivindicación del derecho a vivir nuestra identidad de manera auténtica, a poder amar a quien más felices nos haga. A no tener por qué enamorarnos para tener una vida plena y para poder gozar de los mismos derechos, así como del mismo valor y dignidad, que cualquier otra persona.

Pero la conversación que había tenido con Fra me persiguió el resto del día, como si fuera un clavo que me había atravesado el cráneo para enterrarse en mi cerebro.

Había sabido que era cuestión de tiempo que Eric y él comenzaran a hablar de si casarse. Se habían querido con locura durante siete años, y ahora que por fin volvían a estar en brazos del otro, no era ninguna sorpresa que se planteasen dar otro paso más en su relación para afianzarla. Así que pasé de hacerme el sorprendido.

Cuando Fra y yo nos metimos un momento en la habitación de invitados para charlar, empecé a hablar en cuanto nos sentamos al borde del colchón, mirándolo a los ojos fijamemnte.

—Mira, Fra, voy a ir al grano: Eric es idiota perdido. Por mucho que le guste ir de tío intuitivo, no captaría una indirecta aunque se la escribieses con luces de neón en un cartel de tres metros de alto por

siete de largo. Así que no va a entender por dónde vas a menos que se lo digas directamente.

Algo que yo sabía de primera mano. No se me había olvidado aquella única vez en siete años que intenté confesarle a Eric cuáles eran mis verdaderos sentimientos y no lo entendió. Cosa que, echando la vista atrás, era un alivio.

Fra se mordisqueó el labio inferior.

—Ya, pero tampoco quiero ponerme pesado. Me aterra pensar que, si le insisto demasiado, pueda pensar que *tiene* que casarse conmigo, ¿sabes?

—Venga ya. —Puse los ojos en blanco—. Se casaría mañana mismo si creyera que eso te hará feliz, Fra. Bastará con que menciones el tema para que esta noche se arrodille para pedirte matrimonio delante de toda la ciudad. Me lo imagino alquilando un espacio publicitario en la *piazza* Gae Aulenti, o coreografiando un *flashmob*. O ambas a la vez.

Casi me ahogué de risa al ver la expresión de espanto que puso Fra.

—Lo peor es que lo veo capaz de hacer algo semejante —musitó —. Creo que me daría el peor ataque de ansiedad de mi vida.

Nos miramos a los ojos, y ambos nos reímos con disimulo.

Sin pensarlo, le apoyé una mano en el brazo. Supongo que intuí que necesitaba un poco de apoyo moral. Francesco había sufrido mucho, y había sido muy valiente pese a las zancadillas que le ponían la depresión y la ansiedad una y otra vez. Había muy pocas personas a las que admirase y respetara más que a él.

—Kim —susurró en voz muy, muy baja—, ¿tú crees que me estoy precipitando? Sé que estoy enamorado hasta las trancas de Eric, pero me aterra la idea de que toda esta intensidad me esté impidiendo pensar con claridad. Tengo miedo de equivocarme con la decisión más importante de mi vida. Ni siquiera le he dicho nada todavía a Rob.

Guau, espera un momento. ¿Significa eso que le estoy robando el puesto de mejor amigo a Rob? Por otro lado, ¿por qué me hace tan feliz esa posibilidad?

—Creo —empecé a decir— que ya os habéis comprometido de muchas maneras a pasar el resto de vuestras vidas juntos. Para empezar, vais a compraros una casa.

—En realidad, un piso.

—Hasta donde yo sé, eso cuenta como una casa. Mira, si nos ponemos cínicos, al final un certificado de matrimonio no es más que un trozo de papel que os abre la puerta a muchas comodidades. No es más que un trámite, aunque entiendo que te dé ansiedad. Es otra forma más de hacer oficial vuestra relación, así que no es ninguna tontería. Pero, a la vez, creo que será lo que más valore Eric de cara a tomar una decisión. Además, Fra, resulta evidente que Eric va a perder el culo por casarse. Jamás he conocido a alguien que tenga tanto potencial como marido.

—¿Qué hay de mí? ¿Y si yo no soy suficiente para ser *su* marido?

Se me escapó una amplia sonrisa. Aquella faceta insegura de Fra era tan adorable que no podía evitar que me enterneciera.

—Digamos que, como se le ocurra no casarse contigo, yo estaré encantado de pasar por el altar.

Aquello le curvó los labios en una sonrisa enmarcada por sus hoyuelos.

—Trato hecho.

~

Darle aquel chute de confianza a Fra había sido lo correcto.

No había ninguna razón por la que debiera sentirme inquieto, ni para seguir dando vueltas a aquella conversación dos días después.

Así que cuando entré en el bar de Mario y vi a Alessandro tirándole los tejos a aquella chica, estuve encantado de tomármelo como una oportunidad para distraerme un poco. Quizá hasta me echase unas risas.

Pero lo raro fue darme cuenta de que me lo había pasado bien de verdad.

No me esperaba, en absoluto, que me resultase tan fácil soltarme con Alessandro, o que me fuera a resultar alguien tan

interesante. Ni siquiera intentó gastarme ninguna de sus bromas pesadas durante la velada, de manera que yo tuve la misma deferencia con él. Y eso que había acudido al bar con arsenal de sobra.

—Confieso que llevo un bote de salsa de tabasco en el bolsillo. Por si acaso se te ocurría intentar escupirme en la bebida, o algo —admití, bajándome un chupito de vodka de un solo trago.

Llevábamos horas en aquel bar, y casi todos los demás clientes se habían ido a sus casas o estaban en ello. Pese a tener una tolerancia al alcohol espectacular, me di cuenta de que iba contentillo. Hora de parar. Por su parte, Alessandro había dejado atrás esa fina línea entre "contentillo" y "borracho" hacía tres chupitos.

—Joder, lo siento —se rió, con voz ronca—. Tío, la mayoría de putadas que te he hecho fueron sin querer. ¿Recuerdas la vez que te pinté una polla en el cartel de la aco… Acaaa… Academia?

—¿Te importa explicarme cómo se pintan pollas sin querer?

—Nooooo. Déjame terminaaar. La dibujé queriendo, pero no sabía que el señor con bigote del Ayuntamieeento… El que se llama señor Alcalde, ¿sabes quién te digo? Pueees no sabía que el señor Alcalde iba a darte un premio ese día.

El muy perro se estaba ahogando de risa, hasta tal punto que se dobló mientras se sostenía el abdomen. Pero me sentía incapaz de cabrearme de verdad aquella noche.

—Yo también hice algunas cosas sin querer. —Me mordí el labio, indeciso—. Emborraché a Pongo con bombones de licor caducados.

Casi se le desencaja la mandíbula. Me observó fijamente un rato.

—¡Lo sabía!

—¡Que fue un accidente! Ese día, cuando fui a sacar la basura tu perro estaba en el pasillo, y empezó a olfatear como loco las bolsas. Me entró una llamada que tuve que atender, así que me distraje un momento y…

Alessandro soltó una risita antes de estallar en otra carcajada. Bueno, me dije, qué más daba. Total, si por la mañana seguro que no se acordaba de nada.

—Eso explica que le entrase la cagalera de la muerte.

Qué asco. Sonaba bastante horrible.

Alessandro negó con la cabeza.

—¡Ocho años ya, eh! Ni siquiera sé quién empezó pero aquí estamos, colega, celebrando que hace ocho años que no te soporto.

—Empezaste tú —puntualicé—. Te pareció divertidísimo dejarme en ridículo al ver que no hablaba bien el idioma. Eso fue una guarrada.

—¡No era mi intención! Pensé que lo primerísimo que querrías aprender serían las palabrotas. Desde luego, para *mí* son lo más importante cuando aprendo otro idioma.

—¿Ah, sí? ¿Cómo explicas, entonces, lo del nombre? —Me vino a la mente un recuerdo que ya daba por olvidado, o reprimido. Hacía años que no pensaba en aquello, así que quizás me estuviera subiendo el alcohol más de lo que pensaba. Decidí, en vista de lo confuso que parecía Alessandro, explicarle a qué me refería—. No sabía pronunciarlo, ¿recuerdas?

Viendo que no me respondía, decidí refrescarle la memoria.

—Pensaba que te llamabas Alexandro, con 'x', así que empecé a llamarte 'Alec' porque la 'x' era una auténtica pesadilla. ¿Tú sabes cómo me sentí cuando me dijeron que no te llamabas así, y me di cuenta de que llevaba *dos meses* diciendo mal tu nombre?

Humillado. Me sentí humillado, pero no era capaz de decirlo en voz alta siquiera. Por aquel entonces, cuando todavía me estaba asentando en Italia, Alessandro había sido mi mayor apoyo, pero enseguida me quedó claro que no era mutuo. Yo no le importaba lo suficiente como para molestarse en explicarme cuál era su nombre y cómo pronunciarlo. Debía de haberse echado unas buenas risas a mi costa.

Pero al alzar la mirada vi que la sonrisa de Alessandro había muerto en sus labios.

—No, yo… Me gustaba mucho —balbuceó, con una expresión que era un cóctel de enfado, decepción y ebriedad—. Joder, no quise decirte nada porque me gustaba que solo tú me llamases 'Alec'. Claro que me acuerdo.

Oyendo aquello, me quedé atónito. Había asumido que…

Alessandro se frotó la nuca, y sin querer deshizo parte del moño de forma que le cayeron algunos mechones sobre la cara.

—Muy bien, ya la he vuelto a cagar. Soy gilipollas —se dijo entre dientes.

—No, yo… —musité, sin saber qué decir a continuación.

Con un suspiro hondo, Alessandro me cubrió un hombro con la mano mientras me miraba a los ojos. Tuve que contenerme para no apartarlo de un manotazo. *No me voy a acostumbrar a lo sobones que son los italianos en mi vida, ¿eh?*

—Ni por un instante quise burlarme de que aún no dominases el idioma, Kim. Lo siento muchísimo. Mierda, seguro que es el acento romano, ¿a que sí? Por mucho que nos guste pensar que sonamos simpáticos, al final resulta que parecemos unos capullos.

—Qué va. No tengo nada en contra de tu acento —respondí. De pronto fui muy consciente de lo grandes que eran los ojos de Alessandro. Hacían que su mirada resultase muy… Intensa—. Siempre me ha parecido gracioso, en realidad, oírte llamar a la gente ‘*aò´* a gritos o decir palabros raros como *‘daje´*.

—En mi defensa diré que *‘daje´* es imposible de traducir al italiano.

—O a cualquier otro idioma. Ahora, si no te importa, quítame la mano de encima, porque me están dando ganas de saltarte los dientes de un puñetazo.

Bajando la mirada a la mano que aún tenía sobre mi hombro, parpadeó un par de veces antes de apartarla despacio. Suspiré para relajar la tensión, y Alessandro puso cara de haberse llevado un broncazo de campeonato por parte de su madre.

—Ea, vamos a dejarte en casa —sugerí, sonriendo.

Aunque no estaba ebrio, ni de coña se me hubiera ocurrido coger el coche tras los chupitos, así que paré un taxi y le di la dirección de Alessandro. No me fiaba de que fuera capaz de encontrar la puerta de su apartamento sin acabar cayéndose de culo en algún arbusto, así que decidí acompañarlo hasta su casa por si las moscas. La verdad era que el edificio en el que vivía era resultón. Pese a que tenía pinta de haber sido construido en la década de los ‘80, estaba muy bien cuidado. Debían de haber reformado el recibidor hacía

poco, aunque la planta sótano, que era en la que vivía Alessandro… No le hubiera venido mal un poco de cariño. Era bastante lúgubre, y olía a humedad.

Como a Alessandro se le resistían las llaves, terminé por quitárselas de las manos y abrir yo mismo la puerta. Salió a recibirnos su pug, Pongo, meneando con ganas la cola. O intentándolo, más bien, porque en realidad estaba sacudiendo el culo entero.

—¡Hombre, amigo! —lo saludó Alessandro, abriendo los brazos para darle un achuchón al perro y rascarle el cuello. En cuanto lo soltó, Pogo vino corriendo a decirme hola a mí también. Le acaricié la suave cabeza de color beis mientras Alessandro se pisaba los talones de los zapatos para quitárselos y, después, se calzaba las zapatillas de andar por casa. No se molestó en recoger las deportivas del salón.

Su apartamento era un desastre. Tenía una montaña de facturas e informes sobre la mesa del comedor Desplazadas por el caos de papeles, la botella de agua y la cesta con fruta en la que Alessandro también metía las cajas de medicación estaban en el fregadero, y los trastos del fregadero habían sido exiliados a la mesita de café, donde tenían un sinfín de recipientes para llevar y envoltorios de plástico haciéndoles compañía.

Vamos, que yo tenía razón y a Alessandro le pasaba algo.

—¿Crees que te apañarás bien solo? —le pregunté—. Voy a dejarte aquí las cosas, así que cuando me vaya solo tienes que acordarte de echar la llave.

—Nunca cierro con llave. Si me muero en este agujero, qué menos que ponerle las cosas fáciles a Pongo para que alguien lo rescate.

Me acerqué a él y levanté la mirada para observar su rostro.

—¿Qué te hace pensar en esas cosas?

Apretando los labios, se pasó una mano por la cara.

—Ya, es una gilipollez. Perdón. Cuando bebo digo estupideces. Olvídalo.

—Alec. —Se me hacía raro volver a llamarlo por ese nombre. Sonó más suave de lo que me había esperado, pero por lo menos

había captado su atención—. Necesito que mañana hagas una cosa por mí.

Resopló con sorna.

—¿Otra vez con la gotera?

—No es eso —le aseguré.

—Ah. Pero… ¿Me necesitas? ¿A *mí*?

—Sí —confirmé—, esto solo puedes resolverlo tú.

Vi que sonreía durante un instante.

—Iba a marcharme a casa, pero primero quiero saber si puedo confiar en ti para estar en la academia mañana a las once. De una pieza, a ser posible.

Tragando saliva, Alec asintió de inmediato.

—Vale, genial —susurré.

Hubo unos segundos de silencio. Fue él quien habló primero.

—Buenas noches, entonces. —Pero justo cuando me giré para marcharme, noté que me sujetaba el brazo—. Kim.

Alec se inclinó hacia delante, hasta que su frente prácticamente rozó la mía. Tomé aire de forma brusca, tentándome de inmediato.

—¿Mañana vamos a volver a lo de siempre?

No tenía claro a qué se refería. ¿Acaso él quería que todo volviera a ser como hasta aquella noche? Y, de todos modos, ¿en qué consistía 'lo de siempre'?

—Buenas noches, Alec —musité tras aclararme la garganta.

Sin mirar atrás, me marché de su apartamento para salir a toda prisa del edificio, y dejé que se cerrase la puerta de la entrada a mi espalda antes de apoyarme contra ella.

Me gustaba que solo tú me llamases 'Alec'. Claro que me acuerdo.

Alec



Casi me mata de un susto la alarma del teléfono, que empezó a chillarme a las diez de la mañana. ¿Por qué cojones la había dejado puesta? No tenía la más mínima intención de dejarme caer por el laboratorio. Dado que ni siquiera teníamos que fichar, bastaba con enviarle a Sabri un mensaje avisando de que no iría a trabajar ese día.

Me latía un dolor punzante en las sienes, y noté un sabor rancio asqueroso en la boca. Intenté ponerme de pie, pero tenía la espalda entera contracturada. Eso me pasaba por no haberme molestado en desvestirme o arrastrarme hasta mi cama, porque ya no tenía edad de quedarme frito en el sofá sin pagarlo caro. Debía de haber sudado como un cerdo, porque estaba pegajoso, y había algo que se me estaba clavando en el costado con tanta fuerza que me pregunté si no me habría perforado un riñón. Sospechaba que igual era una botella de salsa de soja, de la última vez que pedí sushi a domicilio, o uno de los juguetes de Pongo, o de los *míos*, pero al final resultó ser el mando de la Xbox. Tiré de él para quitármelo de debajo de las lumbares, intentando moverme lo menos posible, y tras dejarlo en el suelo respiré hondo.

El sofá olía a Pongo.

Y, después de dormir la mona en el sofá, ahora *yo* también olía a Pongo.

Debería darme una ducha. Debería ponerme algo limpio. Debería afeitarme este nido de mierda en el que se había convertido mi

barba.

Pero no hice nada de eso, sino que me quedé tendido en el sofá. Como tenía un brazo colgando, rozaba el suelo con las uñas, y enseguida apareció Pongo al trote deseoso de chuparme las yemas de los dedos como si fueran piruletas.

—Tienes que salir a la calle, ya lo sé. Enseguida vamos.

Cogí a mi perro en brazos para rascarle las orejas, esbozando una sonrisa tierna al ver aquella carita tan mona de idiota que tenían los pug. Tuve que cerrar los ojos al poco rato, notando la cabeza a punto de explotar.

¿Es porque tengo una resaca de tres pares de cojones, o es por otra cosa?

Joder, ¿y yo cómo sé si es un dolor de cabeza normal o si es demasiado? ¿Debería llamar a una ambulancia, a lo mejor? Porque vamos a ver, supongo que si estuviera a punto de darme un aneurisma lo sabría, pero papá no se dio cuenta. ¿Igual él también pensó que no era más que un dolor de cabeza?

No me hacía gracia la deriva que estaban tomando mis pensamientos.

Debería haber seguido durmiendo.

Quizá fuera buena idea echar un sueñecito, aunque fuera solo un ratito…

¿Para qué cojones puse la alarma ayer por la noche, si se puede saber?

Ayer por la noche… La verdad es que no estuvo nada mal.

Recuerdo que Kim incluso me trajo a casa. A casa…

Hostias.

Me levanté de un salto, asustando tanto al pobre Pongo que empezó a ladrarme.

—¡Lo siento, colega! —vociferé, corriendo en dirección a la ducha.

~

Pese a que me di toda la prisa que pude, terminé llegando a la academia de Kim a las doce y media de la mañana. Nada más verme, Pamela me fulminó con la mirada desde su escritorio. No me quitó ojo ni siquiera para coger el teléfono y llamar a Kim, que por lo visto estaba en su hora de descanso y se había ido a comer por ahí.

—Sí, escucha. Tengo aquí a Quien-Tú-Sabes —dijo, en tono confidencial—. ¿No sé qué historias dice sobre que habéis quedado, o…? Espera, ¿cómo que es verdad? ¿Y yo qué hago ahora con él? —Durante unos instantes, Pamela se quedó callada—. ¿Seguro? Vale, vale. —Me dedicó una sonrisa radiante, más falsa que el cartón-piedra, antes de darse la vuelta y cubrirse la boca con la mano en un intento de que no la oyese—. ¿Le doy la dirección del restaurante, o lo mando a cualquier otro lado? ¿*En serio*? Bueno, pero no quiero que luego me llores.

Puse los ojos en blanco mientras hundía las manos en los bolsillos del pantalón. Al mismo tiempo, Pam terminó la llamada y volvió a mirarme. La sonrisa no le llegaba a los ojos, cosa que me acojonó profundamente.

—Dice Kim que está terminando de comer en el *Tesoro*. Si quieres pasarte por allí, se ha ofrecido a tomarse un café contigo.

Tuve la tentación, por unos instantes, de informar a Pam de que había oído lo que le había dicho a Kim mientras me daba la espalda, pero al final preferí callarme. Después de todo, si las cosas de verdad habían cambiado la noche anterior, igual era buena idea dejar de comportarme como un perfecto cretino con Pam y con Kim.

—Genial, gracias —respondí, dándome la vuelta para marcharme.

Una vez fuera de la academia, le eché un vistazo al teléfono, donde vi que tenía un mensaje de Sabri diciéndome *'oki'* en respuesta al aviso de que no iba a ir a trabajar aquel día. Tanto Espagueti como ella estaban en el ático, trabajando. Quizás debería pasarme a saludar. Me daba tiempo a ponerme la bata y dejar en paz a Kim…

Pero había dicho que necesitaba pedirme algo.

Llevaba un tiempo muy raro. Era como si se estuviera obligando a ser todavía menos expresivo de lo habitual.

Así que, sabiendo que me necesitaba… Debería intentarlo, por lo menos. Aunque fuera a fracasar, conociéndome, pero no perdía nada por hacer el esfuerzo.

Había intentado hacer lo que me pedía el mes anterior, cuando intenté arreglar la fuga de agua que tenía el trasto del aire acondicionado, pero Kim había dado en el clavo. ¿Qué clase de chapuza mierdera había sido aquello? Tendría que haberme esforzado más.

Un poco de por favor, Alessandro, que estás sacándote un doctorado en Ingeniería Biomédica y no eres capaz ni de arreglar una mierda de manguito. ¡Bueno, y si solo fuera eso, ni tan mal! Pero qué va. Ni siquiera puedes ser amable con la única persona que te ha estado aguantando estos últimos ocho años. Muy a su pesar, vale, pero joder…, que Kim ha estado ahí en todo momento.

Tras echarme una merecida bronca, respiré hondo y empecé a bajar las escaleras.

Kim

AQUEL SITIO no se llamaba *Tesoro*, en realidad, sino *Dal Duca* en honor al viejo Ducado de Milán.

Su dueña, la señora Vittoria, era una anciana de edad indefinida que había sabido lucrarse con su personalidad amistosa. Contaba con muchos clientes habituales, dado que la mayoría de los que veníamos a trabajar al barrio preferíamos almorzar bajo su techo. Pese a que nos conocía de vista a todos, no se acordaba de casi ningún nombre, de modo que llamaba a todo el mundo 'tesoro' y asunto resuelto. De ahí el sobrenombre por el que todo el mundo se refería al restaurante.

—Para ti los *fettuccine,* perfecto —confirmó la señora Vittoria, anotando en su bloc de comandas mi comida. Después miró a James —. ¿Qué te apetece a ti, tesoro?

James estaba observando el menú con atención, como si fuera un mapa 3D. Cada vez que quedaba con él para comer juntos le costaba un buen rato decidirse por un plato, que por otro lado era lo habitual para cualquier extranjero recién llegado a Italia.

—Tomaré los *ravioli burro e salvia* —terminó por decir.

Después de charlar unos minutos con él, la señora Vittoria felicitó a James por su nivel de italiano. Había mejorado muchísimo, sin duda, y a mí me enorgullecía saber que en parte había sido gracias a mi trabajo como profesor. Estaba más que preparado para empezar la universidad en octubre.

—¡Menuda fiera estás hecho! —insistió la señora Vittoria—. Has aprendido tanto en tan poco tiempo que sospecho, jovencito, que estás practicando fuera de clase. Seguro que te has echado una novia de aquí.

Aquello hizo que James se sonrojase levemente.

—En realidad, comparto piso con mi novio…

—¡Lo mismo da! —asintió la señora Vittoria—. Como solía decir mi profesora de español, 'lo que no se aprende en clase se aprende en la cama'.

Casi me atraganto con el vaso de agua. Por su parte, James puso cara de no estarse enterando de nada.

—Perdón, no estoy seguro de qué quiere decir eso…

—Significa que la mejor forma de aprender un idioma es buscarte una pareja que lo hable —explicó ella, guiñándole un ojo.

Debíamos de hablar españoles diferentes, porque aquello no era lo que yo había entendido, pero bueno. Mientras esperaba a que la señora Vittoria nos dejara solos, le di vueltas a la conversación que necesitaba tener con James. Necesitaba que saliese bien.

Para que mi plan saliese adelante me hacía falta una buena baza, que había tenido la esperanza de conseguir pedirle a Alec esa mañana. Sin embargo, y como era de esperar, se le había olvidado por completo que habíamos quedado. Me consolaba saber que no era algo personal. Había llamado al laboratorio con una excusa absurda al ver que no aparecía por la academia, y Sabrina me había dicho que acababa de recibir un mensaje suyo que decía que no iba a poder ir a trabajar. No pasaba nada. ¿Qué más daba que se le hubiera olvidado? Tampoco le había dado ningún detalle memorable.

—Tenemos un problema —gimoteó James, enterrando la nariz en el menú—. Sé que quiero pedirme algo de postre, pero esto es misión imposible. ¿Cómo voy a decidir si tengo más ganas de una tarta de queso con arándanos o de un tiramisú de fresa?

Ah, así que *ese* era el "problema". Bendita inocencia.

—¿Ya estás pensando en el postre? Pide ambos, anda, que pago yo.

Levantando la mirada, James se mordisqueó el labio inferior antes de dejar el menú sobre la mesa.

—Kim, ¿por qué hemos quedado?

Arqueé las cejas.

—No sé, ¿para comer juntos?

—Estás muy raro. ¿Hay algo que me tengas que contar?

¿Cómo demonios me había llegado a conocer tan bien en tan solo unos meses?

Suspirando, desvié la mirada, fijándome con desgana en las baldosas marrones de estilo *vintage* que cubrían el suelo, el mobiliario de madera y los manteles de papel. Tras unos instantes, me obligué a confesar.

—Necesito que me ayudes con algo.

James asintió.

—Vale, te escucho.

—Fra y Eric se van a casar.

Casi se cae de la silla de la impresión.

—¿¡QUÉ!? Desde cuándo…

—Aún no saben que van a pasar por el altar —interrumpí, temiendo que le diese por llamar a felicitarles o algo así.

Si tuviera el más mínimo talento artístico, habría inmortalizado la confusión de James sobre un lienzo y lo habría colgado en la pared del salón.

—Kim, ¿vienes del futuro o algo? —preguntó, tan serio que no supe si estaba de broma o no. ¿Merecía la pena responder a esa pregunta con sinceridad?

—Ja, ja, me parto contigo —respondí en su lugar—. Mira, la cuestión es que sé que van a hablar de ello a lo largo de esta semana, y… Ambos sabemos cómo va a acabar esa conversación.

Durante unos instantes, James pareció pensárselo.

—Ya, me lo puedo imaginar… Va a ser el evento del año, después de todo.

—Exacto —confirmé yo—. A Rob y Betta se les va a ir la pinza. Me apuesto lo que quieras a que Betta tendrá contratado a un organizador de bodas antes de que Fra termine de decir "oye, que nos casamos".

—Suena a algo que haría Betta, sí. Lo que todavía no entiendo es qué pinto yo en todo este asunto.

—Necesito que me eches una mano, porque… Conociéndolos, no creo que vayan a querer celebrarlo por todo lo alto. No es su estilo, sobre todo en el caso de Fra. Tirar la casa por la ventana con la ceremonia no va a ser más que un agobio innecesario. Así que he pensado que, a lo mejor, podemos ayudarle a llegar a esa conclusión por sí mismo. Que se dé cuenta de que no pasa nada si prefieren algo más… Discreto.

Por algún motivo, de repente James se había quedado boquiabierto. Tras lo que me parecieron los minutos más largos de mi vida, por fin respondió.

—A ver si me he enterado bien. ¿Quieres que te ayude a convencer a Fra y Eric para no celebrar por todo lo alto una boda de la que ni siquiera han hablado, porque crees que es posible que decidan casarse en algún momento no tan lejano?

—Exacto.

—Kim, ¿tú estás totalmente seguro de que no vienes del futuro?

—Conozco a esos dos, ¿vale? —insistí—. Solo quiero que hagan lo que es mejor para ambos.

—Yo… —James se quedó callado cuando la señora Vittoria nos trajo la comida y nos deseó buen provecho. Cuando nos volvió a dejar solos, mascó distraído un *ravioli* con expresión pensativa—. No lo sé, Kim, me sabe mal. No me gusta manipular a la gente.

Manipular. ¿Acaso era eso lo que yo estaba intentando hacer? Joder, ¿y si al final no era más que una fotocopia de mi padre? Casi podía oírle gritándome otra vez. *«Quien sabe lo que te conviene soy yo, y harás lo que se te mande».*

—No estoy hablando de manipularlos para que no se casen, James. Lo único que quiero es que sean conscientes de que tienen otras opciones más allá de la típica boda a lo grande, y sí, agradecería que me ayudases a hacérselo ver. Por lo demás, quienes tomen la decisión van a ser ellos.

Eso sonaba mucho mejor.

—Bueno, si era eso lo que tenías pensado, vale —claudicó—. Pero ¿para qué? No entiendo qué necesidad hay de que nos metamos donde no nos llaman.

Para ahorrarme tener que ir a su boda… Sería demasiado para mí.

Después del Orgullo, supe que no podía autoengañarme más por mucho que me repitiese que me alegraba de que se fuesen a casar. No quería acabar bebiéndome mi peso en vodka en un intento de ahogar mis penas.

—Te suplico que no me hagas explicarte el motivo —susurré.

James sacudió la cabeza.

—E imagino que querrás que esta conversación quede entre nosotros, ¿no?

—Imaginas bien.

Parecía incómodo.

—Si quieres que le oculte algo así a Rob, voy a necesitar una explicación, Kim.

—No puedo dártela —insistí, notando un pinchazo en el pecho—. Pero sí puedo ofrecerte algo a cambio.

Al oír aquello, James me miró como si me hubiera puesto a hablar en otro idioma.

—¿Estás intentando sobornarme? —preguntó con cautela.

De hecho, eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Joder. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que involucrar a James en esto es buena idea? ¿Qué coño me pasa en la cabeza?

Estaba agotado. Siete años de agonía en silencio me habían empezado a pasar factura, y sentía que me ahogaba lenta pero inexorablemente. Dejé caer la cabeza hacia delante, enterrando el rostro en las manos mientras clavaba los codos sobre la mesa. Me permití cerrar los ojos un momento.

Tranquilízate. Estás a tiempo de negarlo todo. Dile a James que era una broma pesada, y no lo vuelvas a mencionar. Vas a ir a la condenada boda, y si te lo piden vas a ser el padrino, y se acabó. Todo va a ser como siempre.

Esto no es nada.

—Mira, déjal…

—Cuenta conmigo.

Volví a abrir los ojos, y me costó unos instantes enfocar la mirada. Frente a mí, los *fettuccine* seguían intactos encima del plato,

y casi seguro que se habían quedado helados. Al alzar la vista para mirar a James, me encontré con que parecía muy preocupado. Casi de inmediato me ofreció una sonrisa dulce que no me merecía en absoluto, y me sirvió un vaso de agua.

—Confío en ti —dijo—, y en que haces esto por una buena razón. Así que dime, ¿qué decías que ibas a darme a cambio?

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué había cambiado de opinión tan drásticamente?

—¿Estás segu…?

—Sí —me interrumpió, con una expresión solemne que no admitía réplica—. Por favor, bebe —añadió, acercándome el vaso—. Tienes los labios secos, y estás… Pálido.

Con cada palabra su voz se tornaba más y más débil.

—Vamos a terminar de comer —sugirió James al final—. Pero que sepas que me tienes intrigado con eso que me quieres ofrecer, ¿eh?

Atacamos nuestros respectivos platos, y yo evité el tema hasta que la señora Vittoria nos trajo los postres. Lejos de insistir, James sugirió que partiésemos a la mitad la tarta de queso y el tiramisú, porque así podía probar ambos. Sospeché que era su forma de intentar animarme.

—Podría ir contigo al concierto de Throne of Worms —sugerí al final—. Sé que la madre de tu amiga Jenn se niega a dejar que vayáis los dos solos, pero Rob tampoco se puede coger unos días libres para acompañaros en septiembre porque hay no sé qué gran evento del mundo de la alta costura ese mes. Así que puedo…

—¡AY, DIOS MÍO! —A James le brillaban los ojos como diamantes. Estaba tan ilusionado como si fuese lo mejor que le había pasado en la vida—. ¡Es lo mejor que me ha pasado en la vida! —chilló, como si me hubiera leído la mente. Me cogió la mano, en un arrebato de entusiasmo—. ¡Graciasgraciasgracias, Kim! Esto es… ¡Dios, Jenn no se lo va a creer cuando se lo diga!

—No tienes que agradecerme nada —respondí, sin que fuese por modestia. ¿Por qué iba a darme James las gracias? Era *él* quien estaba haciéndome un favor a *mí*—. Iba a haber buscado información sobre dónde es el concierto esta mañana, pero se me

fue el santo al cielo. Buscaré en Internet más información esta noche.

De repente me interrumpió mi tono de llamada, y vi que se trataba de Pam. Igual era algo serio que había pasado en la academia, así que descolgué de inmediato.

Resultó que a Alec no se le había olvidado que habíamos quedado.

Alec

Me estaba muriendo de hambre cuando por fin llegué al *Tesoro*. Saludé a la vieja Vittoria antes de acercarme a la mesa a la que estaban sentados Kim y James. Acababan de terminar los postres, así que imaginé que estarían a punto de pedir un café. Vi que James estaba parloteando con entusiasmo mientras Kim lo escuchaba en silencio. Quizás *demasiado* en silencio. ¿Había pasado algo? ¿Era por mi culpa?

¿Por qué cojones iba a ser culpa tuya? Sácate la cabeza del culo, Ale.

Nada más acercarme a ellos supe de qué hablaban. Del festival de rock en el que iba a tocar Throne of Worms.

—Buenas —saludé, antes de mirar a James—. Así que ¡en dos meses va a ser el concierto del año! ¿Vas a ir?

—Hola —respondió, con una sonrisa adorable—. Mejor todavía. ¡*Vamos* a ir!

Me sorprendió ver que señalaba con entusiasmo a Kim.

—¡Anda! —miré a mi vecino—. Pensé que no te gustaba el metal.

—Es una larga historia. Coge una silla.

Vittoria se acercó a la mesa para preguntar si alguien quería café. No tuve tiempo ni de abrir la boca.

—James, tú quieres un *espresso*, ¿no? —preguntó Kim. Viendo que el chico asentía, miró de nuevo a Vittoria—. Un *espresso*, un café con ginseng, y para ti… —Me observó con atención—. ¿Un *macchiato* en taza pequeña, no?

—¿Todavía te acuerdas de cómo pido el café? —balbuceé, como si no fuera obvio.

Ignorándome, Kim asintió en dirección a Vittoria.

—Y un *macchiato* en taza pequeña. ¿Podrías traernos también un poco de azúcar, por favor?

Con una sonrisa deslumbrante, la mujer tomó nota.

—¿Qué celebramos hoy, que no estáis intentando saltaros a la yugular?

—Todavía queda mucho día por delante —rezongué, ganándome al instante una de las miradas asesinas de Kim. A juzgar por la expresión de James, aquello le parecía de lo más divertido. Antes de que se marchase nuestra querida camarera, decidí preguntar—. Oye, Vittoria, vida mía y luz de mis noches, dime que la cocina sigue abierta.

—Qué va —respondió ella—, pero siempre puedo hacerte una ensalada.

—Échale todo lo que pilles en la cocina, te lo suplico. Me muero de hambre.

—Dalo por hecho, tesoro.

Tras guiñar un ojo, Vittoria nos dejó a solas. Cómo le gustaba guiñar el ojo a esa mujer, Dios mío.

—¿Hace mucho que conoces a la señora Vittoria? —me preguntó James.

—¿Mucho? Ese ángel del Señor lleva ocho años alimentándome. Me deja todo lo que hay en la carta a cinco euros.

—¿Incluso lo que cuesta menos de cinco euros? —se mofó Kim, con una sonrisa perversa. Le sostuve la mirada.

—No me toques las pelotas, que entiendes lo que quiero decir. —Volví a mirar a James—. Bueno, ¿y qué tal esos nervios pre-concierto?

—En realidad —intervino Kim—, eso era lo que quería pedirte hoy. Dijiste que tu pueblo está cerca de donde…

—Correcto.

—Genial, ¿sabes de algún sitio para…?

—¿...pasar la noche, porque está todo reservado?

—¿¡Me quieres dejar hablar!? —se indignó Kim.

—¿Era eso lo que ibas a preguntar?

Puso los ojos en blanco.

—Sí.

—Tengo un colega que ha abierto un hostal *bed & breakfast* en la otra punta de la isla, que a diferencia de la ciudad donde celebran el festival no estará hasta el culo de gente. Está a unos veinte minutos en tren, nada más.

—Suena perfecto —asintió James.

—Gracias —dijo Kim—. ¿Te importa darme…?

—Tengo una idea mejor —le interrumpí de nuevo. Kim puso cara de estarse planteando muy en serio la opción de estamparme la cabeza contra la mesa—. ¿Qué os parece si reservo habitaciones para los cuatro, y vamos juntos al festival desde allí?

—Ni de puta coña —replicó Kim, sin pensárselo siquiera.

—Mi colega nos hace descuento en las habitaciones, y pagamos a medias el peaje y la gasolina —insistí.

—Pues a mí me suena bien —opinó James—. ¿Kim?

Kim se había quedado muy quieto, y tenía la mirada perdida en alguna mesa que había detrás de James, así que me incliné para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Sabes que estoy más pobre que una rata —susurré, y aunque continuó con la misma postura rígida como si tuviera un palo metido por el culo, me miró—. En serio, no me vendría nada mal un poco de caridad.

Intenté sonreír, pero lo que de verdad estaba pensando era que no me vendría nada mal tener compañía. Conducir solo durante tantas horas no me ayudaba a sentirme mejor sobre mí mismo. No cuando me dirigía de regreso a mi pueblo siendo un puto fracasado que rozaba la treintena sin saber hacer nada bien. Ojalá hubiera un manual que te dijese cómo vivir ciñéndote a un presupuesto o alguna manera de acordarte de pedirle cita a tu médico de cabecera.

¿Por qué cojones no he pedido cita en el centro de salud, si cada vez que me duele la cabeza estoy al borde de un ataque de ansiedad?

—Vale —terminó por decir Kim.

Le dediqué una sonrisa de oreja a oreja, y durante un segundo me pareció verlo algo confuso. Eso me descolocó muchísimo. Kim se llevaba a matar con la confusión. Él parecía tener muy claro en todo momento qué decir, qué hacer y cómo sentirse, así que me chocaba verlo tan callado aquel día.

¿Recordaba lo que habíamos hablado la noche anterior? No se había pasado con el alcohol ni la mitad que yo, así que si yo me acordaba, él también. ¿Había cambiado algo entre nosotros, entonces? ¿O íbamos a seguir como siempre, en la misma dinámica con la que llevábamos ocho años siendo un grano en el culo del otro?

Charlé con James un ratito mientras ellos se tomaban el café y yo me zampaba el bol de ensalada. Se levantaron para marcharse antes de que me diera tiempo a acabar de comer, pero yo no lograba quitarme de encima esa sensación de que había algo pendiente entre Kim y yo. Así que me levanté a toda prisa, y conseguí agarrar a Kim por la muñeca cuando se disponían a salir por la puerta del restaurante.

—Espera —dije, avergonzado, soltándole el brazo de inmediato.

Kim odiaba que lo tocasen, así que sabía que no debería haberlo hecho sin su permiso. Se aclaró la garganta para pedirle a James que le esperase fuera un momento.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunté, arrepintiéndome de inmediato. Podía haber dicho lo mismo de otra forma.

—No sé, ¿qué cojones te pasa a *ti*?

—Tengo dolor de cabeza —dije, con tono de disculpa.

—Se llama 'resaca'.

—Cada día aprendo algo nuevo contigo. —Clavé la mirada en el suelo mientras me mordía el labio—. ¿Kim?

—¿Qué?

—Hoy no me has llamado por mi nombre.

Entreabrió la boca, sorprendido.

—Ah… Bueno, supongo que tampoco se ha presentado ninguna oportunidad.

—¿Podrías decirlo otra vez? Es decir, no ahora mismo, claro. Otro día. Si eso. En vez de 'Oye', 'Tú' o 'Gilipollas'.

Eso le sacó una sonrisa.

—Yo nunca te he llamado 'Gilipollas'. Por lo menos, no a la cara.

—Ah. Más bien he sido yo el que te lo ha llamado a ti, ¿no?

—En efecto.

—Lo siento mucho.

—Ya lo sé.

Hubo un momento incómodamente largo de silencio.

—Bueno, pues igual te veo mañana —terminó diciendo él—. En el trabajo.

—Igual, sí —asentí—. Ten un buen día.

—Lo mismo digo.

Aunque había tirado de la puerta para abrirla, Kim no se movió de donde estaba.

—¿Alec?

Juro por Dios que se me olvidó cómo respirar.

—¿...sí? —balbuceé al final.

Pero Kim se limitó a sacudir la cabeza.

—Nada, estaba… Practicando. Nos vemos.

—Ha… Hasta luego.

Aunque enseguida me cerró la puerta en las narices, no conseguí despegar los ojos de donde Kim había estado hasta hacía solo unos instantes.

Cuando por fin lo logré y me di la vuelta, me encontré con que Vittoria me estaba mirando mientras levantaba ambos pulgares.

PRIMER ACTO.— Fin

Mientras mis pensamientos se ahogan en esta inmensidad,
Pienso en lo dulce que es poder hundirme en este océano.

Giacomo Leopardi*, L'infinito*

Kim

13 de julio de 2021

BETTA I DE ITALIA CAMBIÓ EL NOMBRE DEL GRUPO DE “GRUPO DEL TRABAJO NADA SOSPECHOSO (CUMPLE DE JAMES 🎂)” A “NO SE ME OCURRE UN NOMBRE INGENIOSO 🤧”.
BETTA I DE ITALIA AÑADIÓ A NEPO STUDENT (JAMES).

NEPO STUDENT (JAMES) - 18:31

OOOO así q ahora tenemos un grupo?? 🥰

BETTA I DE ITALIA - 18:31

Creo q es muy útil para ocasiones especiales

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 18:32

Espera, estás embarazada o algo!?

PLAYBOY INTELIGENTEN’T (ROB) - 18:32

HOSTIAAA BETTA OTRA VEZ PREÑADA!?!?

ERIC EL INNOMBRABLE - 18:33

@Betta I de Italia ya t vale tía, eso no se suelta x un grupo como si nada 🙈

pero felicidades!!!

BETTA I DE ITALIA - 18:33

Se puede saber q tonterías decís

Q NO ESTOY EMBARAZADA PEDAZO DE IMBÉCILES

ERIC EL INNOMBRABLE - 18:34

😞 q pena

@Fra AKA Futuro Sugar Daddy estaba yendo a ver si le sigue valiendo la camiseta q dice “voy a ser tío”

BETTA I DE ITALIA - 18:34

Awwww @Fra AKA Futuro Sugar Daddy la sigues teniendo!!? 🥰

Pero nO, NO Y NO

Bastante tengo con mi pequeña gremlin

Pero sí q tengo algo q decir…….

Pablo se va a mudar a Italia definitivamente!!

Dana se ha puesto súper contenta xq vayamos a vivir juntos los tres 😊

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY- 18:35

Enhorabuena!! 🍾

KIM - 18:36

¡Felicidades, @Betta I de Italia! 🎉

Tú no te preocupes @Fra AKA Futuro Sugar Daddy, que antes de

que nos queramos dar cuenta tendrán otro crío en camino

BETTA I DE ITALIA - 18:36

@Kim 😑

PLAYBOY INTELIGENTEN’T (ROB) - 18:36

@Kim 🤣🤣🤣

15 de julio de 2021

NEPO STUDENT (JAMES) - 19:34

🖼️ Imagen

ya estamos x el sur!! (cosa q igual se nota en la foto?? pq es surrealista la cantidad d comida q hace esta gente) @Kim @Betta I de Italia espero q todo vaya bien x milán mientras estamos fuera <3

KIM - 19:37

Ni que nos fuéramos a intentar asesinar mientras no miráis, @Nepo Student (James)

BETTA I DE ITALIA - 19:38

ay xcierto @Kim creo q me he pasado haciendo pasta, t apetece venirte a cenar?? 😊

KIM - 19:38

Te escribo por privado, @Betta I de Italia

16 de julio de 2021

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 09:55
BUENO GENTE, PUEEEEEES...

ERIC EL INNOMBRABLE - 09:55

...ESTE AÑO SE CELEBRA BODORRIOOOOOOO 🎉

🖼️ Imagen

BETTA I DE ITALIA - 10:19

QUÉEEE

AHORA QN ESTÁ SOLTANDO LAS COSAS X UN GRUPO COMO SI NADA!!??!?

SINVERGÜENZAS

PLAYBOY INTELIGENTEN'T (ROB) - 10:22

La vdd @Betta I de Italia queríamos ver cómo te lo tomabas 🤣🤣🤣

James y yo ya lo sabíamos

NEPO STUDENT (JAMES) - 10:22

x cierto, felicidades tb x aquí chicos 🥰

luego nos vemos en la playa!! (la madre d Rob está haciendo comida para un ejército lol)

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 10:25

La tita Rosa siendo la tita Rosa @Nepo Student (James)

Espera que te llamo @Betta I de Italia

KIM - 13:35

¡Felicidades a los dos! 🎉

Me deprime pensar que al final no seré yo quien te espere en el altar, @Fra AKA Futuro Sugar Daddy

ERIC EL INNOMBRABLE - 13:37

@Fra AKA Futuro Sugar Daddy @Kim qUÉ

PERDÓN!? 💀💀💀

BETTA I DE ITALIA - 13:38

Espera un momento!?

Oye tú @Fra AKA Futuro Sugar Daddy

M prometiste q t casarías CONMIGO si seguíamos solteros a los 30!!

Ven aquí a explicarte pedazo de embustero

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 13:38

No pienso decir nada sin mi abogado presente

PLAYBOY INTELIGENTEN'T (ROB) - 13:38

AJJAAJAJAAJJA menudo harén se ha montado Fra en un momento lmaooo

Y tú sin esperarte esta competencia @Eric el Innombrable

NEPO STUDENT (JAMES) - 13:39

pero xq t extraña?? tú has visto a Fra???? 🫣

PLAYBOY INTELIGENTEN'T (ROB) - 13:39

JAMES!???!? 💔😭

~

El verano se me pasó volando.

Gracias a los extranjeros que decidían aprovechar las vacaciones de verano para hacer cursos de inmersión lingüística aquí, en Italia, julio y agosto eran los meses con más ajetreo en la academia. Además de dar clases, Pam y yo organizábamos un sinnúmero de excursiones, jornadas y actividades de interés cultural para estudiantes de toda Italia. Un día nos tocaba ir a Venecia, al siguiente amanecíamos en Rimini y veinticuatro horas después estábamos trotando por Matera.

Semejante carga de trabajo no me dejaba ni un segundo para pensar en otra cosa, lo cual agradecí enormemente. No me sentía con fuerzas para hablar del tema de la boda de Fra y Eric, por lo que desplegué mi extraordinario arsenal de excusas para evitar a mis amigos en la medida de lo posible. Sin embargo, llegó un punto en que se me acabaron las ideas, y terminé teniendo que acceder a cenar en casa de Fra y Eric. Al parecer, iba a ir también Pablo, el casi-algo-con-derechos español de Betta que, por otro lado, también era el padre de su hija. Aunque de primeras Pablo intimidaba bastante con esos rasgos toscos y un metro noventa de corpulencia, en realidad era un buenazo con el que me resultaba fácil e incluso divertido charlar. Entre él, que era el Gran Gigante Bonachón, y el Hada Con Problemas de Control de la Ira más conocida como Betta, hacían una pareja digna de haber salido de un desfile de *Carnevale*.

Desde luego a su hija Dana, que ya tenía seis años, le hubiera encantado descubrir que eran personajes de cuento de hadas.

Me daba la sensación de que Pablo, en vista de lo emocionada que estaba Betta con la boda de Fra y Eric, tenía pensado pedirle matrimonio a mi amiga más pronto que tarde. Por alguna razón que no llegaba a comprender del todo, pensar en ello me hacía sentir un poco… Solo.

Aplasté de un pisotón aquel pensamiento.

—Si nos limitamos a amistades y familia cercana, digamos que primos segundos, ya vamos por ochenta y cinco invitados por parte de Fra —anunció Betta después de que terminásemos de cenar.

Se había recogido la melena pelirroja en una coleta para meterse de lleno en su rol de organizadora de bodas, pasando las páginas de su enorme archivador como una profesional. Tras recoger los cacharros de la cena, Betta había cubierto la mesa de papeles llenos de información sobre distintos aspectos. Había un Excel impreso con las diferentes floristerías que había encontrado, varias listas con propuestas de *playlists* para los distintos momentos del gran día, un plano de cada lugar donde podía oficiarse una boda civil… Fra se compadeció de los cuatro desgraciados que continuábamos sentados a la mesa y nos sirvió una generosa cantidad de *amaro*. En cuanto olieron aquel terrorífico archivador, James y Pablo huyeron con la excusa de jugar a las cartas sobre la alfombra con Dana, mientras que Eric se escudó en que alguien tenía que lavar los platos.

Mientras que yo, que hubiera preferido que me tragase la tierra y me escupiera en cualquier otro sitio, no tuve más remedio que quedarme sentado donde estaba con cara de póquer.

—Pero si ni siquiera creo que conozca a tanta gente —protestó Fra, poniendo una expresión que gritaba *'¿Se puede saber en qué follón me he metido ahora?'*.

—¡Huy, ya te digo yo que sí! Otra cosa es que no suelas acordarte de ella o que te importe un cuerno su existencia, pero el que me ayudó con esta lista fue Rob porque, al parecer, tú te dejaste a más de la mitad de tu familia fuera. —Betta no apartó la mirada ni por un segundo de sus papeles—. Eh, tú. ¿Cómo vas? —le

preguntó a Eric, alzando la voz—. ¿Tienes la lista que te pedí que hicieras de tus invitados?

—De hecho, sí —respondió él, secándose las manos con un trapo antes de darle a Betta un trozo de papel que había sobre el aparador.

Apenas unos instantes después, Betta miró a Eric con los ojos entrecerrados.

—Perdona, pero ¿doce personas? ¿Tú me tomas por tonta?

—En absoluto. Me pediste que te hiciera una lista con mis amigos cercanos y mi familia, y eso he hecho. Tengo a todos mis seres queridos ahí apuntados: mi hermana con su familia, los aquí presentes y un par de personas más.

Betta suspiró con pesadez.

—Pues a ver cómo me las apaño, porque estáis muy descompensados.

—Sugiero no invitar a todo mi árbol genealógico —intervino Fra —. Por ejemplo.

—Incluso si quitásemos a los primos segundos, seguirían siendo más de cincuenta invitados por tu parte —explicó ella.

—¿Y por qué no puedo invitar solo a los primos que me caen bien? Que, antes de que digas nada, son los que te apunté en la lista cuando me la pediste.

De un solo trago, Rob se terminó su vaso de *amaro.*

—Siempre y cuando yo esté entre ellos, haz lo que te dé la gana.

Me levanté de la mesa para dejarme caer en el sofá, con la esperanza de no tener que hacer más contacto visual con ellos mientras se sacaban los ojos respecto a las listas de invitados. Junto a mí estaban James, Pablo y Dana, que acababan de terminar la partida de cartas.

James no había vuelto a mencionar la conversación que tuvimos en el *Tesoro* hacía ya dos meses. Por mi parte, no tenía problema con que olvidáramos aquello, porque tal y como había señalado el propio James aquel día, intentar meter mano en la boda de Fra y Eric era una idea espantosa.

El gato de Fra, Kimchi, vino a restregarse contra mi pierna. Comencé a rascarle el pelaje anaranjado cuando mi teléfono me

avisó de que tenía una nueva notificación. Al pulsar sobre ella se abrió una fotografía que mostraba unas fundas para los asientos del coche de color negro, con manchas rojas que convertían el interior del vehículo en una potencial escena del crimen. La de los asientos traseros tenían incluso una silueta dibujada con tiza blanca. Menudo gusto de mierda que tenía Alec.

ENEMIGO PÚBLICO NO1 - 21: 27

igual pillo estos cubreasientos para el viaje

KIM - 21:27

No.

ENEMIGO PÚBLICO NO1 - 21:27

llegas tarde <3

KIM - 21:28

¿Cómo que tarde? Pero si me lo has enviado hace dos segundos

ENEMIGO PÚBLICO NO1 - 21:28

weeeno es que los compré ayer por la mañana :>

KIM - 21:28

Ahí no me siento ni de puta coña, Alec.

Alec no paraba de escribir y borrar su respuesta, a juzgar por los tres puntitos que flotaban en la esquina inferior izquierda del chat. Tardó lo suyo en decidirse.

ENEMIGO PÚBLICO NO1 - 21:32

me acabo de fijar y creo que cabes de sobra en el maletero

así que problema resuelto!! :D

—Tienes cara de estar a punto de cometer un asesinato en primer grado —me informó Fra, sentándose a mi lado.

—Pues anda que tú… —repliqué, viendo cómo ponía los ojos en blanco antes de dejar caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Estoy a nada, pero a *nada*, de mandar a tomar por culo la boda —susurró—. ¿O es normal que odie con pasión todo lo relacionado con ella? Porque me entran los siete males cada vez que alguien la menciona.

—Creo que no pasaría nada por cancelarla —intervino James, acercándose hasta el sofá a rastras para coger en brazos a Kimchi—. Quienes se casan sois vosotros, así que deberíais hacerlo de la forma que más os guste.

Intercambié una mirada fugaz con James, que pareció durar una eternidad.

¿Acaso estaba…?

—¿Llegasteis a utilizar la escapada romántica en Florencia esa que ganaste el año pasado en la rifa? —continuó James, mirando a Fra.

—Qué va. —Fra negó con la cabeza—. Ni me acordaba de ella. ¿Crees que…?

—¿Por qué no le dais una vuelta Eric y tú? —le sugerí, sintiéndome tan culpable como un sucio ladrón. ¿Habría sugerido algo así de no haber querido, de forma egoísta, que se cancelase la condenada boda?

Según Fra, organizarla estaba siendo un auténtico infierno, así que probablemente le hubiera recordado que no era obligatorio tirar la casa por la ventana de todos modos. Pero no había forma de saberlo con certeza.

Como siempre me recordaba mi padre, soy incapaz de poner por delante de mi egoísmo a otras personas. ¿Es que no tuve suficiente con fracasar como hijo, cuando aún vivía en Corea? Parece ser que no, porque aquí estoy, tantos años y esfuerzos después, volviendo a fracasar como amigo. Aunque sé que deberían importarme más Fra y Eric que mis putos sentimientos, parece que no soy capaz de no ser la persona más ruin sobre la tierra.

¿Por qué siempre termino haciendo lo que me da la gana, sin importarme quiénes sufran por el camino debido a ello?

Alec



Casi no le vi el pelo a Kim aquel verano. Durante julio y agosto la academia solía estar hasta arriba de trabajo, y no quería incordiar. Aun así, de vez en cuando hablábamos por WhatsApp, y durante unas semanas decidí dejarle una sorpresita en el buzón. No era nada raro, ¿vale? Eran fotocopias de un apasionante hilo de correos electrónicos que tuve con un estafador sobre, según él, mil millones de dólares en criptomonedas que había heredado de no sé qué difunto marido estadounidense. Dividí la conversación en cuatro episodios, asegurándome de que los tres primeros terminasen en los momentos de mayor intriga e incertidumbre sobre la criptoherencia que me había dejado mi pobre Richard.

Espagueti me pilló imprimiendo la tercera entrega de la saga, y me preguntó con dulzura si estaba seguro, al cien por cien, de que no tenía absolutamente nada mejor que hacer con mi triste existencia.

Pues resulta que no, metiche flacucho.

Ahora que el proyecto sobre el que versaba mi tesis doctoral estaba casi finalizado, tres años después de emprenderlo, el siguiente paso era publicar nuestros resultados en alguna revista especializada, a ser posible de primer cuartil, nada más presentar los datos brutos en el Simposio al que quería ir el Tontopollas Honoris Causa en septiembre. Sería una oportunidad irrepetible de captar nuevos inversores para continuar aquella línea de trabajo, desde

luego, y aunque a Sabri le hacía muchísima ilusión aquella idea, yo… Yo no lograba salir de un continuo regusto amargo a decepción.

Vale, sí, pongamos que nos llueve del cielo un pobre desgraciado con pasta. ¿Luego qué?

Por no mencionar que me tocaba los cojones sobremanera que solo me hubieran mencionado en el artículo como "colaborador" cuando había sido *yo* quien se ocupó del diseño experimental, redactó las hipótesis y las puso a prueba en el laboratorio, procesó a mano en el programa informático del demonio ese los resultados, redactó el puto *paper* de principio a fin y se sacó del culo el *abstract* y las palabras clave. Todo para que ahora fuera el Tontopollas Honoris Causa el que se llevaba los aplausos y patrocinios. Sí, por fin había llegado a un punto en el que podía defender mi tesis doctoral para terminar de una vez la tortura universitaria, pero… ¿Luego qué?

Después de tantos años partiéndome el lomo a currar a destajo, seguía teniendo cero control sobre mis perspectivas como investigador. Me habría encantado intentar dar un paso más presentándome con mi proyecto a alguna convocatoria europea de ayudas a la investigación, como las Horizon Europe. Tampoco me disgustaba la idea de una estancia postdoctoral en el extranjero como parte de alguna iniciativa internacional. Había tantas cosas que me hubiera encantado probar…, pero en su lugar estaba atascado en aquella mierda de empresa del Gilipollas Asociado Supremo.

Porque, si me saco el doctorado de una puta vez, ¿adónde voy a ir? ¿Por qué siento que he tocado techo en este laboratorio cutre?

Decidí tomarme libre la víspera del viaje con Kim, James y su amiga. Aunque me había propuesto aprovechar el día para limpiar a fondo la casa de una santa vez, dejar las facturas pagadas y, en general, jugar a ser un adulto autosuficiente, terminé pasándome el día alternando entre pudrirme en el sofá y echar siestas. Solo me levanté para ponerle la comida a Pongo y para sacarlo de paseo por el barrio.

REY BRUJO DE ANGMAR 💀⚡ - 22:44

¿Lo tienes todo preparado para mañana?

Leí el mensaje de Kim con solo un ojo abierto, mientras invertía la mayor parte de mi energía mental en seguir el episodio de la primera serie de mierda que me había salido recomendada en la plataforma de *streaming* que se me olvidaba cancelar todos los meses.

ALESSANDRO 💥🤙 - 22:44

define “todo”

REY BRUJO DE ANGMAR 💀⚡ - 22:45

¿Le has mirado la presión a las ruedas del coche? ¿Has llenado el depósito? ¿Vaciaste el maletero para que quepan las cosas, como te dije? Le pedí a James que hiciera una maleta ligera, pero aun así tendremos que meter el equipaje en algún lado.

Quería reaccionar con el emoji del pulgar hacia arriba, pero se me resbaló el dedo y sin querer le di al de la mierda sonriente con ojos. Siendo justos, ya era mala suerte que estuviesen los dos juntitos en el menú de emojis recientes.

Apenas unos instantes después me entró una llamada de Kim.

—¿Estás borracho, o algo? —Su voz sonaba tan neutra como de costumbre. Era mucho más complicado adivinar qué estaba sintiendo cuando no lo tenía delante.

Me giré sobre el sofá para apoyarme sobre un costado, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, y eché un vistazo al suelo.

—Qué va, solo cayeron dos.

—¿Dos qué?

—Cervezas. Vamos, que no estoy borracho, solo recién levantado de la siesta.

Hubo un momento de silencio.

—No jodas. ¿Estás viendo *La Isla de las Tentaciones*?

—Vaya oído prodigioso que tienes, colega. Menos mal que no llamaste ayer, que era día de porno duro.

—¿Acaso estás diciendo que me habrías cogido el teléfono sin ni siquiera parar el vídeo? Qué turbio te ha quedado eso.

—Tampoco te hubiera rechazado la llam… Ah, ya. Vale, tiene sentido.

—Deberías probar a pensar antes de hablar.

—Igual cuando tú dejes de sobrepensarlo todo hasta el infinito. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste la mente en blanco y no pensaste en nada?

Aquello hizo resoplar a Kim.

—Eso no me ha pasado jamás. —Hubo un largo silencio—. Debería irme a la cama —añadió al final.

Pero no colgó el teléfono. Y yo no quería despedirme todavía.

—Kim…

—Alec…

Sin querer, hablamos al mismo tiempo.

—Empieza tú —sugerí, mordiéndome el labio inferior con suavidad.

—¿Podrías traerme el desenlace del drama de las criptomonedas mañana?

Aquello me provocó un ataque de risa. ¡Ajá! ¡Así que *sí* que se los había leído!

—Tranquilo, que tengo todos los e-mails guardados. No te voy a dejar en vilo.

—Es que ha sido… —Hizo una pausa, y supuse que estaba tratando de elegir las palabras adecuadas—. No me daba tiempo durante el trabajo, pero me lo he leído todo después de cenar. Pensar en tus gilipolleces es lo más cercano a no pensar que existe, así que… Gracias, supongo.

Sonreí como un perfecto idiota. Intenté imaginarme a Kim en su casa, habiendo cenado, con ropa cómoda y las fotocopias de mis e-mails en la mano. No me salía.

—¿Tienes ropa de andar por casa? —pregunté de repente.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

—Me refiero a si alguna vez te pones algo que no sean vaqueros ceñidos y esas camisas horteras tuyas.

—De hecho, sí que lo hago. Aunque siento informarte de que no hay ropa con la que no esté fabuloso.

—Los cojones —repliqué, burlón—. Seguro que tienes unas pintas horrendas.

—Manda huevos que *tú* juzgues las pintas que llevamos los demás, cuando vas siempre hecho un desastre.

—Cosa que no tengo problema en admitir, así que me importa una mierda que me lo eches en cara.

Oí que Kim soltaba algo a medio camino entre un suspiro y una risa.

—No te muevas, que te hago videollamada —decidí, colgando para poder volver a llamar con el icono de la videocámara.

Después de un par de pitidos, Kim aceptó la llamada. Mi WiFi del Jurásico tardó un poco en reaccionar y darme una calidad de imagen decente., pero cuando por fin lo hizo… Kim se había recogido el flequillo con una cinta, y llevaba puestas unas gafas con montura ovalada de estilo retro que, al ser enormes, enmarcaban sus rasgos delicados. Estaba sentado sobre el sofá con una rodilla contra el pecho y la otra pierna doblada sobre el asiento. Me fijé en que había decidido ponerse una camiseta *oversized* con cuello de pico y unos pantalones de deporte holgados que estaban dándome un sofoco.

Aunque sabía que lo más apropiado hubiera sido hacer algún comentario inocente, lo único que me salía era *'Jo-der, colega'*. Pero preferí abstenerme de mencionar el físico de Kim, porque me aterraba pasarme de la raya. Aunque Kim sabía de sobra que era un tío atractivo a rabiar, no tenía ni idea de cómo de atractivo me resultaba a *mí*. Al poco tiempo de conocernos, había mencionado de pasada que era asexual y arromántico, así que nunca me hice ilusiones sobre la posibilidad de ser algo diferente a amigos. O enemigos, claro.

Pese a que Kim disfrutaba tirándole fichas a la gente, y yo se las devolvía de vez en cuando, jamás intenté ir en serio. No solo hubiese sido una falta de respeto, sino también acoso. La asexualidad era parte de Kim. Brillaba en su sonrisa, en su lenguaje

corporal, en la forma que tenía de poner los ojos en blanco y en cada comentario mordaz y retorcido que soltaba por esa boca malévola. Era parte de la presencia tan intensa y fascinante que tenía Kim, y para mí era un aspecto de él que me atraía tanto como todo lo demás.

—Coño, llevas gafas —terminé diciendo, sin poder ni querer evitar sonreírle.

Y eres lo mejor que me ha pasado en estos ocho años.

Kim

Me pasé dos horas charlando con Alec la noche antes de empezar nuestro viaje.

Hablamos de tantas cosas que me costaría mucho mencionarlas todas de memoria. Empezamos hablando de mis gafas de lectura y acabamos analizando su receta para hacer *carbonara*.

Como digno hijo de la ciudad de Roma y sus alrededores, Alec describía cómo se hacía la auténtica *carbonara* con un fervor casi religioso. Viendo cuánta pasión sentía por la salsa en cuestión, terminé dejándome convencer de que tenía que cenar en su casa algún día para que pudiera cocinarme la mejor *carbonara,* según él, de mi vida.

Nuestra nueva dinámica todavía me resultaba extraña. Todavía me chocaba charlar con él sin estar maquinando en silencio la siguiente jugarreta, y no estaba acostumbrado a la sensación de no tener que ocultar nada por temor a potenciales represalias. Aunque no habría descrito a Alec como un amigo, ya no lo consideraba un enemigo. Porque, si bien seguía poniéndome de los nervios…, había empezado a ansiar que lo hiciera.

Alec vino a recogerme a primera hora de la mañana siguiente. Se había recogido el pelo en una coleta, dejando con ello al descubierto el pendiente plateado que llevaba en la oreja izquierda. Debido a que se había puesto una camiseta de manga corta, era imposible no ver los tatuajes que le envolvían ambos brazos. Reconocí los grabados en élfico del Anillo Único que le cubrían la mitad del brazo

izquierdo, y deduje que, al igual que Eric, debía de ser fan de Tolkien. Justo encima llevaba tatuada una molécula, a saber de qué. En el brazo derecho lucía lo que parecía una carátula de algún vinilo de rock, así como un logo que me sonaba haber visto en la portada de una novela de fantasía. Consistía en dos líneas negras asimétricas, cada una de ellas a un lado de un grueso punto, que tenían una protuberancia cada una. Bajo aquel símbolo se podía leer la palabra "Flamegate".

Tal y como ya ocurrió la noche anterior, tuve la sensación de que había algo raro en su actitud que no lograba descifrar. Para empezar, no estaba acostumbrado a que me sonriese sin parar.

Si bien me irritaba haber perdido la batalla respecto a las fundas para los asientos del coche, tuve que reconocer que ver a Pongo repanchingado sobre la silueta de tiza del asiento trasero, con el culo sobre la entrepierna del monigote, tenía su gracia.

Pusimos rumbo al piso que compartían Rob y James, encontrando de pura chiripa un hueco para aparcar que no quedaba demasiado lejos de su portal, y le envié a James un mensaje avisando de que ya estábamos abajo mientras Alec maniobraba. No tardamos ni dos minutos en ver cómo Rob le sujetaba la puerta del edificio a James para que saliese.

—¿Así que ese de ahí es su novio? —me preguntó Alec en voz baja.

—Bingo.

—No jodas —jadeó, boquiabierto de la impresión—. Pero si tiene pinta de ser el niño bonito de cualquier marca de alta costura.

—De hecho, trabaja en la industria de la moda —respondí—. No como modelo, he de decir. Está en el departamento de Marketing de una marca de lujo.

—Imagino que llevará a cuestas el departamento entero. ¿Quién coño le diría que no a semejante monumento de hombre?

Lo cierto era que Alec tenía toda la razón. Hacía no mucho, Rob había tenido que correr a sujetar a una mujer de cincuentaytantos que se tropezó con un adoquín suelto porque estaba demasiado ocupada devorándolo con la mirada. Lejos de ser un incidente memorable, aquel tipo de cosas eran el pan de cada día con el pobre

Adonis de Rob. A mí me parecía graciosísimo ver lo agilipollada que se quedaba la gente al verlo, porque yo en mi vida había sentido ni media gota de atracción sexual hacia él. Bueno, ni hacia nadie.

—¿Y dónde se conocieron? ¿En una convención exclusiva para gente que está como varios trenes? Jo-der, colega —silbó Alec.

—Créeme que, si hubiese algún evento semejante, yo habría sido el primero en enterarme.

—¿Por qué, porque tú también estás tremendo?

Arqueé ambas cejas. Siempre había sabido que era atractivo, pero… Nunca se me hubiera ocurrido pensar que *él,* en concreto, se hubiera fijado en mi físico.

—Más bien porque Rob y yo compartimos piso durante unos cuantos años, hasta que se fue a vivir con su novio.

—¿Con James, imagino?

—Qué va, primero estuvo con otro. Vaya circo de los horrores que fue aquello.

—Hostias, suena a que hubo movida, ¿no?

Vi que teníamos casi encima a James y Rob.

—Igual no es el mejor momento para hablar de ello.

—¡Coño, no me dejes con la intriga! —insistió Alec.

Sonriéndole a la feliz pareja, cambié de idea instantes antes de abrir la puerta.

—Ya que insistes —musité entre dientes, sin perder la sonrisa—, Rob le puso los cuernos a su ex con James.

—*Una poll*… ¡Qué tal, tío, encantado!

Haciendo gala de unas dotes de interpretación espectaculares, Alec disimuló a las mil maravillas su estupor. Rob y él se estrecharon la mano mientras charlaban sobre no sé qué chorradas sin importancia, mientras que yo me ocupé de hacer hueco para la maleta que traía James en el maletero del coche. Para mi sorpresa, Alec solo llevaba una mochila, así que no fue demasiado complicado.

Cuando hube cerrado el portón del maletero descubrí que Rob se había pasado la noche entera llenando hasta los topes una neverita portátil con botellas de agua, de té, un termo de café americano para James y varias latas de bebidas energéticas. También había metido a presión envases de plástico con suficiente comida para

alimentar a una familia de cinco durante dos días. Había *panini* para dar de comer a un equipo de fútbol, *polpette* e incluso sobras de *pasta al forno* cuidadosamente distribuidas en varios recipientes.

—Oye, Rob, ¿no será esta tu forma de insinuar que crees que vamos a matar de hambre a tu novio? —pregunté.

—Es que son muchas horas de trayecto —se excusó él, haciendo un puchero. Su madre habría llorado de orgullo—. Vale, así que habéis quedado con Jenn y Marco hoy en Roma, ¿no? Para luego tomar el ferry los cinco juntos mañana a primera hora.

—Premio para el caballero —asentí.

Resultaba que el hermano pequeño de Rob, Marco, que acababa de cumplir los dieciocho, se había autoinvitado a última hora al concierto. Fue Rob quien me llamó para avisarme, hacía unas semanas.

—Cuídamelo, ¿vale? —me pidió de nuevo—. Estaba muy raro cuando este verano cuando fuimos al pueblo. Me da la impresión de que no ha levantado cabeza desde que lo dejó con su novia.

A pesar de que no me hacía ni puta gracia tener que hacer de niñera emocional de un adolescente en plena edad del pavo, me limité a asentir y asegurarle a Rob que tanto su hermano como su prima estaban en buenas manos.

Solo nos quedaba despedirnos, pero tuvimos que soportar casi diez minutos de la despedida más lacrimógena de la historia entre Rob y James. Primero James le deseó toda la suerte del mundo entero, tal cual, con el evento del trabajo que tenía al día siguiente. Después hubo una especie de competición por ver quién le aseguraba más veces al otro que se escribirían todos los días a todas horas, y luego se besaron como si James se fuese a la guerra en vez de al concierto de Throne of Worms. Cuando tuvieron que parar para tomar aire, Rob le pidió que le enviase todas las fotos que pudiera de la isla, porque igual reservaba una semana de vacaciones para visitarla con James. Otro beso eterno después, James susurró que le echaría de menos, haciendo que Rob saltase de inmediato a decir que no, que sería *él* quien echase más en falta a James a su lado.

Cruzándome de brazos, me apoyé contra el coche. Enseguida se me acercó Alec, apoyando los codos contra la carrocería a unos

centímetros de mi cabeza.

—No sabes cuánto me tienta la idea de sacar una foto del careto que has puesto y convertirlo en mi nuevo *sticker* favorito —me susurró.

—Deja mi cara en paz, que no le pasa nada.

—Siento informarte de que tienes pinta de estar a punto de potar, colega.

Resoplé con sorna.

—Quizá es buen momento para meterme otra vez en el coche, ¿no?. Seguro que el vómito le daría un toque de realismo a las fundas, y te haría juego con la sangre.

—Todavía te vas andando, ¿eh? Un poquito de respeto hacia la peque, que hemos vivido mil aventuras juntos. Dentro de nada va a cumplir 150.000 kilómetros.

—Ah, ¿sí? —Esbocé una sonrisa perversa—. ¿Has pensado ya cómo celebrarlo? ¿Igual metiéndole la manguera hasta el fondo para llenarla?

Pensé que Alec se iba a ahogar de la impresión.

—Sutil como un rodillazo en los cojones, ¿eh? Vaya mente más sucia.

—Pero si me lo has dejado a huevo. Qué triste, yo pensaba que esta rivalidad era la relación más larga de tu vida y resulta que no soy más que un segundo plato.

Con los labios curvados en una sonrisa, Alec musitó con voz ronca:

—¿No estarás celoso, cariño?

Estaba a punto de mandarlo a tomar por culo de una vez cuando alguien se aclaró la garganta junto a nosotros. Al levantar la mirada vi que Rob y James nos miraban como si nos acabasen de crecer antenas de color verde.

—Um… Si estáis listos, igual es buen momento para ir tirando, ¿eh? Que si no luego pilláis atasco, y eso —balbuceó Rob.

—¿Ah, sí,? ¿Nos das permiso, Rob, o todavía te queda boca que comerle a tu novio? —siseé, entrecerrando los ojos.

—Bueno, que yo me pido el asiento de atrás, ¿eh? —se apresuró a decir James.

—Va, vente, que te presento a Pongo —añadió Alec de inmediato.

Me alejé un poco del coche para que James pudiera conocer al pug con el que iba a compartir los asientos traseros.

—Oye —me susurró Rob, acercándose con bastante poco disimulo—, ¿hay algo que quieras compartir con tu amigo del alma?

Como mucho, que sus despedidas de James tenían más melodrama que cualquier culebrón que echasen a la hora de la siesta. Lo miré con recelo, preguntándome si quizás James le había chivado algo sobre lo que habíamos hablado en relación con la boda. No, ¿no? Me había prometido que no diría nada, y me fiaba de su palabra.

—No —respondí, despacio.

—Vale —asintió él. Rob tenía, como de costumbre, el guapo subido. Según Alec, estaba como varios trenes… Mientras que, al parecer, yo "estaba tremendo".

—Hala, pasadlo bien —terminó por decirnos, alborotándome el pelo antes de lanzarle un beso a James, que le saludó con entusiasmo desde dentro del coche.

Fue curioso darme cuenta de que, por primera vez en muchísimo tiempo, tenía el presentimiento de que así sería.

Alec



VIAJAR con Kim en el asiento del copiloto durante seis horas seguidas resultó ser una experiencia… Interesante.

Alternaba entre dos extremos; a ratos hacía gala de una abnegación desinteresada que hubiese conmovido a una estatua de piedra, y a ratos parecía poner todo su empeño en volverme loco a base de tocarme las pelotas.

Por ejemplo, cuando dije que tenía algo de hambre, no solo me informó al detalle de todo lo que Rob había conseguido calzar en la neverita. Cuando le pedí una manzana, se entretuvo pelándola antes de trocearla de modo que me resultase más fácil comérmela a la vez que conducía. A continuación decidió pasarse un cuarto de hora poniendo a parir mis gustos musicales.

¿Metal? Demasiado ruidoso. ¿Punk de los ‘90? Vaya niñatada. Me eché a temblar imaginando qué diría si teníamos la desgracia de que el modo Aleatorio reprodujese algo de música pop. Terminé por desbloquear el móvil y soltárselo en el regazo, ladrándole que podía poner lo que le saliera de los huevos siempre y cuando se ciñese a mis playlists.

Terminó escogiendo un viejo disco de Vasco Rossi que, cómo no, detonó un largo debate sobre el rock italiano. Más terco que una mula, Kim se negaba a ceder respecto a quién era mejor, si Vasco o Ligabue, y mientras disparaba un argumento detrás de otro me pregunté si se estaría dando cuenta de las miradas que nos estaba echando James por el retrovisor.

Por su parte, el propio James se entretuvo durante la mayoría del trayecto leyendo en su e-book. Terminó haciendo una pausa para echarse una siesta, con el brazo en torno al cuello regordete de Pongo y la cabeza apoyada en una almohada de viaje. Sin embargo, cuando estaba despierto aquellos iris azules parecían estarme leyendo la mente. Tuve que resistir la tentación de parar en la próxima gasolinera para comprar una lata de cerveza y, con un poco de suerte, dejar de pensar en ello. Coño, que eran las once de la mañana. Me había aficionado en exceso a beber últimamente.

Intenté decirme que era por culpa de mi trabajo de mierda. Poner un solo pie en el laboratorio me cabreaba tanto que era incapaz de concentrarme, y terminaba echando el día en tareas que no exigían más de cinco minutos. No había vez que no acabase atascado en un bucle de frustración, parálisis de la tarea y ansiedad desbordante por ver que no era capaz de avanzar. Todos los días. Me ocurría todos los putos días, y yo todos los días me esforzaba por compensar mi inutilidad ignorando todos los mensajes que me escribían mis amigos mientras me pasaba horas mirando fijamente el documento de mi tesis, que seguía a medio redactar. Hasta que, ¡sorpresa!, otro día se me había pasado volando sin haber pedido cita para que me mandaran un TAC con el que salir de dudas respecto a si, el día menos pensado, me iba a reventar una arteria en el puto cerebro. Con semejante percal, no se me ocurría ninguna razón para *no* ahogar las penas bebiendo.

Llegamos a Roma antes de lo que esperábamos. Hicimos una parada técnica para dejar el equipaje en el AirBnB que teníamos reservado, dejándole a Pongo la puerta al jardín abierta para que pudiera rebozarse un poco en la hierba, y decidimos ir dando un paseo a la estación de Termini para recoger a Jenn y Marco.

De haber tenido diez años menos, no habría dudado en sugerirle a cualquiera de los dos quedar para tomar algo.

Jennifer era una chica espectacular de tez olivácea, con ojazos oscuros y una melena indómita de rizos oscuros que se le derramaba sobre los hombros. Llevaba una camiseta ceñida de Throne of Worms, unos pantalones vaqueros cortos y Converse de caña alta

que pedían por favor que las jubilase. Vamos, que era mi tipo al cien por cien.

Por su parte, Marco no podía negar de quién era hermano. Además de tener un cuerpazo tonificado, sonreía con la confianza de alguien que se sabe parte de esa élite de seres humanos a los que les sienta bien un polo de manga corta. No había visto jamás a Kim con uno puesto, pero seguro que él también estaría irresistible incluso de esa guisa. Oh, y si además se ponía las gafas de lectura…

—¿Y ese careto que has puesto? —me preguntó Kim de pronto, receloso.

—Nada, será el calor —murmuré.

Unos pasos por delante de nosotros, James y Jennifer estaban abrazados y dando saltitos como críos con un empacho de azúcar. Aunque era el más joven de los tres, al parecer Marco también era el más maduro, porque tuvo la deferencia de saludarnos a Kim y a mí primero. Le brillaban los ojos de color avellana, y me fijé en que lucía un bronceado impecable cuando se acercó ofreciéndonos una sonrisa deslumbrante.

—Muchas gracias por acompañarnos —le dijo a Kim después de estrecharnos la mano a ambos—. Eres nuestro salvador, porque con lo agonías que son mi madre y mi tía, no nos habrían dejado venir por mucho que los tres seamos mayores de edad. Creo que ya estaban planteándose encerrarnos en el sótano y tirar la llave.

—¿Así que tú también conoces a Throne of Worms? —pregunté.

Con expresión amable, Marco negó con la cabeza e hizo un gesto en dirección a sus dos amigos. No pude evitar darme cuenta de que se quedaba mirando a James más de la cuenta, y desde luego, más rato que a Jenn.

—Qué va, pero no quería que vinieran ellos solos. Será que he salido a madre.

Despegándose por fin, James y Jenn se acercaron para decirnos hola.

—Qué pasada de camiseta —comentó Jenn, a modo de saludo.

Le guiñé un ojo, tendiéndole la mano para ofrecerme a llevarle la mochila.

—Siempre es un placer estar rodeado de gente con buen gusto —respondí.

—Bueno, menos cháchara —interrumpió Kim—. Más vale que hayáis dormido esta noche, porque tenemos muchísimo patrimonio que visitar.

Kim

TERMINÉ enterándome de que uno de los tatuajes que no logré reconocer del brazo derecho de Alec era la calavera rodeada de rosas que había utilizado Throne of Worms en la carátula de su segundo disco. Llevaban parloteando sin parar desde que Jennifer vio el tatuaje, a los cinco minutos de saludar a Alec, así que habíamos tenido ruido de fondo en nuestra ruta por la ciudad.

Como me había preparado el itinerario con antelación, asumí el mando de nuestro grupito de inmediato, marcando el ritmo mientras los demás me seguían. Me pregunté a qué se refería Rob cuando me pidió que cuidase de Marco, porque hasta aquel momento el chaval se había mostrado alegre y educado. No se despegó de James ni un instante. Les oía reírse cada poco rato, charlando de todo un poco, e incluso hubo un momento en el que Marco le ofreció algo de beber a James antes de preguntarle si estaba cansado o si le apetecía que hiciéramos un descanso. Estuve atento, por si acaso, pero no me pareció que le pasara nada raro.

Empezamos nuestro tour frente a la monumental Escalinata Española, que se desenroscaba con elegancia desde la *Piazza di Spagna*. Aquella zona tan majestuosa, que en su momento fue la entrada principal a la ciudad de Roma, estaba formada por dos *piazzas* triangulares cuyos vértices superiores se tocaban en el punto en el que estábamos de pie los cinco. Me encantaba aquella colisión de pasado y presente tan refinada, cuyas largas calles albergaban boutiques de lujo en el seno de edificios milenarios. Cientos de

turistas como nosotros se paseaban tranquilamente sobre el empedrado de colores oscuros, sin prisa, que se desperezaba en sinuosas callejuelas hasta desembocar en distintas iglesias, *villas* y conjuntos monumentales que podría haberme pasado toda una vida explorando. Había, como era habitual, unas cuantas personas sentadas al pie de la espectacular Escalinata de piedra que se desperezaba, grácil, hasta la iglesia de la *Trinità dei Monti*, mientras que otras preferían observar la *Fontana della Barcaccia* en cuyo centro se alzaba medio navío esculpido en piedra que parecía hundirse en las entrañas de la tierra.

—Este tipo de embarcación —nos explicó Alec—, que se llama *barcaccia*, se usaba para el comercio fluvial de vino. Cuenta la leyenda que, durante una inundación a finales del siglo XVI, el río Tiber arrastró hasta aquí el navío que inspiró la escultura que veis.

—Pues sí que les gusta su vinito a los romanos, ¿eh?

—Joder, ya te digo. ¡Tanto a ellos como a los que somos de las islas! —asintió con entusiasmo Alec—. Mi abuelo se sabía una barbaridad de canciones de taberna populares, y te garantizo que casi todas hablaban maravillas del vino. —Después me miró—. No sé si tenías pensado subir a la cima de la colina, Kim.

Negando con la cabeza, eché a andar en dirección al sur de la ciudad, donde nos esperaba la *Fontana di Trevi*. Aunque había perdido la cuenta de cuántas veces había estado en Roma ya, seguía negándome a no incluir mi rincón preferido de la *città eterna* en cada una de mis visitas a la capital de Italia.

—Verla siempre es un momento mágico, ¿eh? —me preguntó Alec mientras James, Jenn y Marco se sacaban fotos con la *Fontana* de fondo.

Distraído, observé aquella fachada rectangular bajo cuyo arco del triunfo se curvaba un profundo nicho a rebosar de esculturas de mármol blanco, adornadas por intrincados bajorrelieves decorativos y corales tallados en travertino.

—Creo que nunca dejará de robarme el aliento —admití, con la mirada perdida en las majestuosas figuras marmóreas—. No sé cuántas monedas he podido lanzar al agua a lo largo de los años, pero desde luego es una inversión de la que no me arrepiento.

Aquello hizo que Alec soltase una risita.

—Una moneda para regresar a Roma, dos para encontrar a tu amor verdadero y tres para casarte con un italiano.

—Eso he oído.

—Me juego lo que quieras a que no sabes quién es el pibón del centro.

—¿Perdona? —Tuve que apartar la mirada de la *Fontana* solo para poder ponerle los ojos en blanco—. Las esculturas son preciosas, hasta ahí estoy de acuerdo. Pero, para tu información, sé perfectamente quién es porque me paso el año trayendo estudiantes a conocer Roma. Es Neptuno, y los dos caballos que tiran de su carro simbolizan cómo el océano puede estar en calma, pero también tempestuoso.

—Minipunto por saberte cuál es el lore de los caballos, pero el tío del centro es el titán Océano. Se trataba de una figura vinculada al río Okeanos, del que se decía que manaba todo el agua dulce del mundo.

—Estoy bastante seguro de que ese es Neptuno —insistí.

—Estoy bastante seguro de que te estás colando.

—¿Nos apostamos la cena a que tengo razón?

Alec se encogió de hombros con un silbido.

—De locos. Van a ser los treinta euros más fáciles de toda mi vida.

—Eso ya lo veremos —repliqué, tendiéndole la mano. Sellamos nuestra apuesta con un apretón de manos firme.

Alec y yo nos quedamos mirándonos a los ojos un buen rato. Habían pasado dos meses desde la última vez que me tocó, y me sorprendió darme cuenta de que algo había cambiado al respecto. Dejándome llevar por las sensaciones, intenté descubrir qué era lo que me resultaba diferente. El ramalazo de incomodidad e irritación que me provocaba el contacto físico con gente extraña brillaba por su ausencia, pero además… Noté que Alec tenía una mano sorprendentemente suave.

—¿Os ha dado un aire, o algo? —preguntó Jennifer.

Soltando la mano de Alec, me giré para mirarla a ella.

—En absoluto.

Antes de que pudiesen hacerme una sola pregunta más, decidí retomar el paseo en dirección a los Foros Imperiales.

Tal y como yo había planeado cuando organicé nuestra ruta turística por Roma, llegamos a las ruinas antiguas justo a tiempo para ver el atardecer. Jirones de nubes de suaves tonos rosa pastel enmarcaban el cielo azul, que oscurecía por momentos. A lo lejos, el horizonte se teñía de dorados mientras el sol se hundía poco a poco detrás de las colinas. Colores intensos trenzados con sombras cada vez más largas danzaban entre las ruinas de los templos, columnas y murallas que habían sobrevivido durante cientos de años al pueblo de Roma. Pese al suave alumbrado artificial que comenzaba a iluminar los Foros desde el suelo, o quizá gracias a él, el conjunto monumental quedó bañado en una cálida paleta otoñal.

Si bien el día había sido similar a cualquier otra excursión a Roma por trabajo con mis estudiantes, noté que el cansancio que me latía en las sienes desaparecía gracias a las enormes sonrisas con las que James, Jennifer y Marco intentaban convencernos para que nos hiciéramos una foto los cinco juntos. Verlos tan emocionados me recordó, una vez más, por qué había escogido dedicarme a la enseñanza. Viajar me había cambiado la vida, por lo que tener la oportunidad de contribuir a que otras personas pasasen por el mismo proceso mágico…

Aquello hacía que convivir con el fantasma de mis propios errores fuese, al menos en aquel momento, menos complicado.

~

Cenamos en un restaurante cerca del Coliseo. Era, tal y como nos había advertido Alec, una trampa para turistas de manual, pero no me importó con tal de que nuestros tres acompañantes pudieran cenar con aquellas vistas privilegiadas. Porque… Guau. De noche, el Coliseo parecía cobrar vida gracias a la iluminación interior, cuya luz cálida se enroscaba en torno a los arcos y columnas como si fuese fuego.

Nada más sentarnos a la mesa que habíamos logrado reservar en la terraza, Alec se excusó un momento. Supuse que iría al baño, o algo así. Viendo cómo Marco, James y Jenn se tiraban unos encima de otros para intentar caber los tres en un selfie, sacrificando con ello la espectacular vista que había detrás de ellos, me ofrecí a sacar yo una foto.

—Si os apetece, luego podemos ir un rato a alguna discoteca —sugerí—. Estáis de vacaciones, a fin de cuentas, así que es el momento de pasároslo bien.

Aquello sorprendió a Marco, que tenía la boca entreabierta.

—Eres la leche, ¿sabías? Si nos hubiera acompañado mi hermano, en vez de Alec y tú, ya estaría pesadísimo metiéndonos prisa con la cena para irnos a dormir pronto, no vaya a ser que perdamos mañana el ferry.

—Yo estoy un poco cansado, la verdad —musitó James—. Ha sido un día largo.

—Lo mismo digo —añadió Jenn—. ¿Qué os parecería estar un rato de tranquis en el AirBnB, y ya?

—Suena bien —se apresuró a decir Marco. Luego se giró hacia James—. Bueno, y si te apetece, tengo unos cuantos juegos descargados en la Switch.

Me fijé en que su mirada se entretuvo durante un largo instante en los labios de James antes de bajar la vista.

Oh. *Oh.*

Rob, me da que lo que le pasa a tu hermano no tiene nada que ver con líos de faldas.

¿Tenía Rob idea de lo que en realidad le ocurría a Marco? ¿Aunque solo fuera una sospecha? Por el momento, parecía que James no era consciente de lo que estaba pasando con el hermano de su novio, pero aquello tenía los días contados. A diferencia de Eric, James era extremadamente perceptivo en relación con los sentimientos y emociones de los que lo rodeaban.

—¡Hacía siglos que no os veía!

La voz de Alec me sacó de mi ensimismamiento. Había regresado a nuestra mesa con dos rosas rojas en las manos. Una de ellas era para Jennifer, a quien le ofreció la flor afirmando que siempre le

compraba una rosa a cualquier mujer con la que se sentase a comer o tomar algo, pero la otra resultó ser para… Mí.

¿En serio? ¿Iba de gracioso, o qué? Tuve que morderme la lengua para no soltarle un bufido al respecto, porque por mucho que me irritase que me tomasen por una mujer solo por tener rasgos suaves infrecuentes en Europa… No era el momento, ni el lugar, de ponernos a gritarnos hasta quedarnos afónicos.

Sin embargo, Alec debió de notar que me pasaba algo, porque me miró a la cara unos instantes antes de aclararme lo de la flor.

—Te he traído otra a ti para agradecerte que nos hayas organizado la ruta de hoy. Me lo he pasado de puta madre.

Observé la rosa con cuidado antes de mirar de nuevo a Alec. Sus grandes ojos de color avellana parecían sinceros. Aunque titubeé unos segundos más, terminé por aceptar la rosa que me tendía mientras clavaba la mirada en la mesa. Enseguida noté su olor dulce y embriagador.

—De nada —farfullé, sintiéndome incapaz de mirar algo que no fuera el mantel.

Nunca me habían comprado flores. Cuando me daba por decorar el salón, muy de vez en cuando, bajaba a la floristería yo mismo, pero por lo general trataba de evitar tener cosas que no me hicieran falta. Sobre todo plantas muertas.

—Así que en el fondo eres un caballero —bromeó Jenn, acariciando suavemente los pétalos de su flor con las yemas de los dedos. Alec tomó asiento a mi lado.

—Tras tenernos a mis tres hermanos y a mí, a mi madre se le metió entre ceja y ceja que su misión en la vida era enseñarnos modales... Costara lo que costase.

—Sí que debe ser de armas tomar —silbó Marco—. Nosotros solo somos dos, y aun así nuestra madre estaba desquiciada la mitad del tiempo.

—¡Ja! Principiante —se rió Jenn, alegre—. Yo solita le di a mi madre todos los dolores de cabeza que se había ahorrado con mi hermana mayor. ¿Tú, Kim?

Me pilló por sorpresa que me incluyesen en aquella conversación.

—¿Que yo qué, perdón?

—¿Tú eres hijo único? —preguntó.

—No, tengo un hermano pequeño —respondí, para mi asombro. Hacía siglos que nadie me preguntaba por mi familia—. Aunque, si le preguntas a él, seguramente te diga que no tiene hermanos.

Joder. Eso me lo podía haber callado.

—Hostia, acabo de ver que este sitio tiene a catorce euros la *amatriciana*. Eso es garantía de calidad aquí, en Roma —soltó Alec, rompiendo el silencio incómodo.

—No te preocupes por los precios —respondí—, porque invito yo. Busqué lo que decías sobre la estatua de la *Fontana di Trevi*, y tenías razón.

Durante unos instantes, Alec pareció no tener ni idea de a qué me refería. Me di cuenta del momento exacto en que se acordó de nuestra apuesta porque se le abrieron los ojos de par en par.

—¡Ah, ya! —exclamó—. Bah, no te preocupes. Mejor dividimos la cuenta a partes iguales, *alla romana*.

—Cumplo mis promesas —insistí. Aunque me tentaba mencionar que, además, él y yo éramos conscientes de que tenía un presupuesto más ajustado que mis vaqueros *skinny* preferidos, me abstuve de comentar nada al respecto.

Si hubiéramos estado a solas, me habría dado el gustazo de tirarle una pulla al respecto, pero ¿delante de otras personas? Ni de coña.

—Menos mal que Historia del Arte era una de mis asignaturas favoritas cuando iba al instituto —respondió Alec—. Solo superada por las de ciencias, claro.

—No seas falso. Apuesto a que eras el típico repelente con una A en todo.

—En absoluto. Más que nada porque el sistema educativo aquí va por números, no por letras.

—Vaya pringado —bromeó Jennifer.

—No seas cruel, Kim, que seguro que tú eras igual —dijo James.

—Qué va. Yo era un caso de manual de "es listo, pero debería esforzarse más".

—Me pasa —añadió Marco, asintiendo—. Creo que no tengo ni un solo boletín de notas en el que no ponga eso.

—¡Y estarás orgulloso, encima! —le reprochó Jennifer a su primo.

Pronto se habían enzarzado en un rifirrafe sin mayor importancia. Desvié la mirada, y me encontré con que Alec me estaba observando con una expresión que no supe descifrar.

—¿Qué, te he decepcionado? —pregunté en voz muy baja—. Resulta que no soy tan listo como todo el mundo pensaba.

Aquello le arrancó una mueca.

—Joder, claro que no. Me resulta curioso, pero eso es todo.

Alec

Nuestro AirBnB estaba en la planta baja de un edificio construido en los setenta, y contaba con un jardincito privado en el que Pongo se había tirado a la bartola todo el día. Además de un enorme salón con dos sofás y un puf, tenía dos habitaciones dobles y un dormitorio principal.

Jennifer se adueñó del puf nada más salir de la ducha, mientras que James y Marco reclamaron el sofá que había colocado frente a la televisión para poder jugar a la Switch. Por su parte, Kim se había sentado en el segundo sofá descalzo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada entre el respaldo y el brazo izquierdo del sofá.

Había esperado con ansias este momento, y por fin se hacía realidad: tenía delante de mí a Kim en ropa de andar por casa. Estaba enfrascado en su teléfono; supuse que estaría revisando el correo electrónico y las redes sociales porque de vez en cuando escribía con toques rápidos de los pulgares o se sonreía. Aunque volvía a llevar las gafas de lectura puestas, esta vez no se había recogido el flequillo, por lo que le caía sobre la frente.

Fui el último en dejarme caer sobre el sofá, dado que me había tocado darle un buen baño a Pongo antes de ducharme porque el muy cerdo se había rebozado en barro del jardín. Tras vestirme, hice una parada técnica en la cocina para servirme un vaso de zumo fresquito.

—Oye, ¿ese no es el libro electrónico de James? —oí que le preguntaba Kim a Jennifer. Parecía hacerle muchísima gracia la cara

de espanto que estaba poniendo ella.

—Sí —se lamentó ella—. Aquí no hay más que porno.

—¡Oye! —se quejó James—. ¡Se llama literatura erótica!

—Además —añadió Marco—, no puedes decir que es porno si no tiene imágenes.

—Buf, amén a eso. —Con un suspiro, me dejé caer en el único sitio que quedaba libre, junto a Kim.

Tras poner los ojos en blanco, Jennifer siguió leyendo. Durante un instante vi que Kim esbozaba una sonrisa tierna mientras la observaba.

Noté un olor dulce y tropical a coco, y no tardé en darme cuenta de que venía de Kim. Había visto el bote de gel de baño para pieles atópicas con olor a coco en la ducha, pero había asumido que era cortesía del dueño del AirBnB. Sonreí. ¿Dejaría algún día Kim de sorprenderme?

Casi de inmediato, Jennifer me distrajo de aquellos pensamientos.

—¿A qué se refiere 'babear' en este contexto?

Enarqué las cejas tanto que me dolió la frente.

—Dudo que esa palabra tenga más de un significado.

—Pero qué asco. ¿Se puede saber a quién se le ocurre usar esa palabra en una escena de sexo?

—Bueno, a ver, igual tiene sentido si el personaje principal ha decidido acostarse con un perro —sugirió Kim. Era una broma tan bestia que no pude evitar reírme.

Nos miramos por un instante que me pareció eterno, y terminé por bajar la mirada a sus pies.

—¿Qué problema tienes con bajar los pies del sofá? —pregunté.

—Están en *mi* sitio.

—Ya, y también en *mi* espacio personal.

—Pues entonces, hasta luego. Será por espacio en este salón, vamos…

—Los cojones. No pienso sentarme en el suelo solo porque a ti no te salga de las pelotas sentarte bien.

A modo de respuesta, Kim me clavó el talón del pie derecho en el costado.

—Encima te creerás que eres la mar de ingenioso, ¿no?

—Para nada —respondió él—. No soy yo el que está quejándose por tonterías. ¿A que no, chicos?

Cuando me giré en busca del apoyo de Jennifer, me encontré con que nos estaba mirando boquiabierta.

—Quita, a mí no me metáis en esto. Dejadme leer en paz.

Los otros dos tenían cara de opinar exactamente lo mismo.

—Vale, pues nada —suspiré, antes de tirar del pie de Kim para apoyarlo sobre mis muslos—. ¿Que quieres invadir mi espacio personal con los pies? Perfecto, pero entonces no te quejes de lo que pueda hacer con ellos.

—¿De qué se sup…? ¡Au! ¿¡Estás mal de la cabeza o qué!?

Sosteniendo su pie con ambas manos, había apretado los dos pulgares contra la planta mientras tiraba del músculo hacia arriba. De inmediato, la pierna de Kim se tensó por el dolor; tanto que oí que se le entrecortaba la respiración. Aquello no había sido para nada mi intención.

—Hostia, perdón. ¿Con cuánto estrés vives para que te haya dolido tanto?

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —suspiró Kim, masajeándose la pierna. Casi seguro que le había dado un tirón.

—Esa presión debería haberte hecho sentir, como mucho, un picorcillo. Para dar un salto así, debes de tener los músculos hechos un nudo marinero.

—¿Quién lo dice? —resopló.

—Yo, que para eso soy masajista certificado.

Casi se echa a reír en mi cara.

—Estás de coña.

Poniendo los ojos en blanco, toqué con cuidado distintas regiones de su pie.

—No, pero hago las mierdas más creativas que se te puedan ocurrir con tal de procrastinar mis responsabilidades —admití—. Voy a presionar un poco aquí, ¿vale? Di cuándo empieza a dolerme.

Como me esperaba, soltó un gruñido de dolor casi de inmediato.

—Jo-der, colega. Aquí hacen falta por lo menos cinco sesiones de masaje —dije.

—Ni de coña —musitó entre dientes. Debía de haberle subido el dolor hasta la espalda, porque se estaba agarrando la zona lumbar —. ¿Por qué no deshaces lo que sea que has hecho y punto?

—Estas cosas no funcionan así, pero veré qué puedo hacer. Prometo que a partir de la segunda sesión resulta cada vez más llevadero.

—Me juego lo que quieras a que llevas planeando esta tortura desde junio.

—Deja de decir gilipolleces. Si acaso, voy a hacerte sentir mejor.

—Ah, vaya, grac… *¡Joder!* —gimió Kim, arrugando la nariz por el dolor.

—Huy, qué tarde se ha hecho —interrumpió James de repente, girándose para mirar a sus amigos—. Hora de irse a la cama, ¿no os parece?

—Cien por cien —asintió Marco.

—La verdad es que, considerando que este libro es un coñazo…, sin ánimo de hacer un chiste malo…, yo también me voy a dormir — terció Jenn.

—Buenas noches, chicos —se despidió Kim, jadeando. Yo me limité a hacerles un gesto con la mano antes de que se fuesen a sus habitaciones. Cuando estuvimos a solas, Kim me miró con extrañeza —. ¿Qué bicho les habrá picado?

—Casi seguro que ha sido culpa mía —admití.

—¿Por qué ibas a haber hecho tú nada malo? —preguntó Kim, y no supe cómo responder.

No sin decirle, *"Creo que les resulta evidente que estoy loco perdido por ti, y que estoy tirándote tantas fichas que más bien te lanzo casinos enteros, y que tú no tienes ni idea de que también estás tirándome los tejos bastante más de lo que sueles hacerlo con la gente de tu entorno".*

Así que opté por algo un poquito menos sincero, pero también menos arriesgado.

—Deben de estar hasta las pelotas de que estemos todo el día a la gresca.

Eso hizo que le brillasen los ojos.

—Oh. Ya, sí, entiendo a qué te refieres.

—Por lo general no tienes un pelo de tonto, pero imagino que es un poco más complicado darse cuenta de según qué cosas cuando estás involucrado.

Joder, Alessandro, qué derroche de discreción el tuyo.

—Sí. Toda la razón. De hecho, ya que lo mencionas… —¡Mierda! Kim bajó la voz, y casi se me sale el corazón del pecho—. Creo que Marco está pilladísimo por James.

Fruncí el ceño por la sorpresa, y también un poco de alivio, pero no me distraje del masaje.

—Ahora que lo dices, me cuadra bastante. Sin embargo, si de verdad le gusta el novio de su hermano… Me apena que sea así, porque eso no puede acabar bien.

—¿Porque no es mutuo, quieres decir?

—Porque no es mutuo, y porque aunque sí lo fuera, terminaría haciéndole daño a alguien a quien quiere. Lo mires por donde lo mires, el chaval está jodido.

De pronto, Kim se puso rígido. Notaba la tensión bajo las yemas de los pulgares.

—¿Sabes algo de ese tema? —preguntó con calma, y de inmediato me di cuenta de que era una tranquilidad forzada.

—¿De amores no correspondidos? Pfff. Colega, podría escribir la tesis doctoral sobre ello y aun así me dejaría cosas en el tintero. Respecto a lo de hacerle daño a alguien a quien quiere haga lo que haga… No tanto. Mi hermano mayor se casó con mi novia del instituto, pero hacía años que ella y yo lo habíamos dejado cuando empezaron a salir y la verdad es que me importó más bien poco.

Reinó el silencio durante unos minutos, hasta que la tensión del momento pudo conmigo.

—¿Es algo que a *ti* te haya pasado?

Tomando aire con brusquedad, Kim exhaló despacio. Terminó por asentir.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó en un susurro.

Me encogí de hombros.

—Intuición. Si necesitas que te escuche, no tengo problema.

—Creo que te debo una explicación.

—No me debes nada, Kim.

—Hace unos años te dije que era arromántico.

Justo en aquel momento apliqué algo de presión sobre los dedos del pie de Kim con las palmas de las manos, y él dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido de dolor. Mierda. No era el momento de que me diera un calentón.

—Sí, y no pasa nada si eso ha cambiado. Ni tampoco si sigue igual.

Me miró de nuevo.

—Ha cambiado, y me gustaría explicártelo si… Si te parece bien.

—¡Claro! Es decir, por supuesto que te escucho.

—Me considero demirromántico y asexual. Igual no has oído eso en tu vida, así que… Para que nos entendamos, quiero decir que no siento atracción sexual por nadie pero sí que *podría* llegar a enamorarme de una persona con la que tenga una conexión emocional muy fuerte. Solo me ha pasado una vez, al año o así de conocerte, y… Bueno, igual te imaginas con quién me pasó.

—¿Alguien de quien eras muy amigo?

—Bingo.

De pronto todo cobró sentido.

—Alguien que ya está en una relación con otra persona.

Pese a que Kim no dijo nada, tenía la respuesta escrita en la cara.

—¿Rob, quizás? —aventuré, rezando para no estarme pasando de cotilla.

Sin embargo, Kim me miró como si le escandalizase la idea.

—¡Qué va! No, no era Rob. Es decir, es de mis mejores amigos, pero… No. Con él es diferente.

—Creo que entiendo a qué te refieres. ¿Y cómo te hace sentir la situación?

—Es… No pasa nada —terminó por decir Kim, tras pensárselo unos instantes—. Tal y como has dicho antes, estoy jodido lo mire por donde lo mire. Pero las personas somos resilientes, así que he terminado acostumbrándome. Joder, no me puedo creer que te esté vomitando mis miserias.

—¿Habías hablado de esto con alguien antes?

—No —replicó de inmediato—. Y tampoco debería habértelo dicho a ti.

—Kim…

—Esto es *justo* lo que no quería, ¿vale? Pero aquí estás, sintiendo lástima por mí.

—Siento decirte que no te tengo ni pizca de lástima —le interrumpí.

Lo cierto era que no tenía ni idea de cómo me sentía respecto a lo que Kim me había confiado. Parte de mí se sentía eufórica sabiendo que se había abierto conmigo sobre algo así de íntimo. Sin embargo, también me hervía la sangre pensando en que la única vez que Kim se había enamorado terminó haciéndole sentir culpable al respecto, y obligándose a sufrir en silencio. A esconderlo, como si fuera algo de lo que avergonzarse.

—No te tengo lástima —me limité a repetir, y aunque no había nada en el mundo que desease más que poder darle un abrazo en aquel momento, opté por limitarme a darle un masaje más suave. ¿Se daría cuenta?

Estoy aquí para lo que necesites, Kim…

Porque mereces que te cuiden con tanto cariño como el que tú ofreces a todo el mundo.

Kim

Me arrepentía por completo de haberle contado a Alec lo de Eric. Pese a que no le había revelado quién era mi amor imposible…, seguía siendo algo que me debería haber llevado a la tumba. Hacía años que tenía la esperanza de que, a la larga, fingir que aquellos sentimientos no existían los hiciera desaparecer. Si hablaba de ellos, los hacía reales, y si eran reales ponían en peligro mi amistad con Eric. ¿Cómo podía ser tan imbécil?

No quería nada de Eric. Nunca quise más de lo que estuviera dispuesto a darme como amigo.

¿Qué derecho tenía a arruinarlo todo por un capricho? ¿Qué más daba la extraña alegría que me cosquilleaba en el estómago cada vez que me llamaba por teléfono? ¿Qué importaba si tenía más ganas de ver a Eric que a cualquiera de mis otras amistades? ¿A quién le importaba que hablar con él siempre me hiciera sentir como si… Como si yo significase algo para alguien?

Ni siquiera mis padres me habían hecho sentir así nunca. Lo único que importaba para ellos era la función que yo podía cumplir dentro de la familia, sin que tuviera ningún tipo de relevancia quién era como persona.

Por enésima vez me repetí que mis sentimientos hacia Eric no justificaban hacer o decir algo que pudiera echarlo de mi lado. No solo a él, sino también a Fra. Además de a Rob y Betta, claro.

¿Qué clase de estupidez hubiera sido tirar tantos años de amistad por la borda con tal de desahogarme?

Cada día al despertarme daba las gracias por haber fracasado estrepitosamente la noche que intenté declararme a Eric.

Así que ¿por qué coño se lo había contado a Alec?

Otro momento de debilidad imperdonable, y esta vez no me podía retractar.

Como era de esperar, aquella noche fui incapaz de dormir. Nunca antes me había sentido de aquella forma; aunque me dolía hasta el alma, a la vez sentía el cuerpo ligero. Si bien era cierto que no me gustaba que me tocasen, había confiado en que Alec no me haría daño. Pese al dolor físico que había acompañado al masaje, me había fiado de él, y a cambio me recompensó con un tacto cálido y cuidadoso que, además de romperme por completo los esquemas, me dejó con hambre de más. Si me hubiesen dicho hacía unas semanas que echaría de menos la cercanía de otra persona y el contacto con ella, incluso el más inocente, me habría reído.

Llevaba toda una vida pensando que no necesitaba o quería que me tocase nadie, y no sabía qué hacer tras darme cuenta de que, lejos de resignarme, era mi debilidad.

Nunca me había mostrado tan vulnerable con nadie. En varios sentidos, además, porque cuando decidí permitir que Alec me diera un masaje me resultó inquietantemente fácil confiarle también mis sentimientos.

¿Qué me estaba ocurriendo? Cuando abandoné mi país natal en 2013, lo hice con ilusiones y la esperanza de cumplir un sinfín de grandes planes sin repetir mis errores. A pesar de lo doloroso que era saberme no correspondido, había conseguido crear una vida nueva desde cero en Italia. Tenía un trabajo que adoraba, una casa ordenada y limpia, una rutina que me llenaba… Y una nueva familia a la que me había jurado no decepcionar. Me negaba a arruinar aquel grupo de personas que se había convertido en mi hogar.

Pero aquí estaba, haciendo que todo se fuese a la mierda a pasos agigantados. La primera cagada fue permitirme entrar en pánico respecto a la boda de Fra y Eric cuando ni siquiera habían decidido casarse. La segunda fue involucrar a James en mi estrategia a medio cocer cuando no hacía ninguna falta que me echase nadie una mano.

Ahora me disponía a cometer mi tercer gran error, que no era otro que permitir que Alec me importase un poquito más cada día. Era consciente de que Alec era un caos con patas, desastroso y confuso en el mejor de los casos; pero, para mi sorpresa, también era alguien que se preocupaba por mí, hasta el punto de que cada vez me resultaba menos complicado apoyarme en él. Éramos dos polos opuestos que, en teoría, deberían haber sido perfectos desconocidos. Vivíamos en dos mundos muy diferentes, después de todo. Pero habíamos coincidido en un cruce de caminos, por alguna extraña razón, de manera que ahora sabía lo que era tenerlo en mi vida y deseaba formar parte de la suya. Me sentía la persona más estúpida sobre la faz del planeta.

Fue esa sensación la que me llevó a fingir que me quedaba dormido de cara a la pared, sobre el costado, y a pasarme toda la noche evitando hacer el más mínimo ruido. Si bien la cama de Alec estaba al otro lado de la habitación, no quise arriesgarme. ¿Qué más daba que me pasase una noche más llorando en silencio, a fin de que mis sollozos no despertasen a nadie?

Alec

Si bien no lograba comprender qué era lo que pasaba, me di cuenta enseguida de que algo había cambiado entre Kim y yo tras nuestra conversación aquella primera noche en Roma. Y no para bien.

Quizás esto fuera mera especulación por mi parte, pero me daba la impresión de que Kim se estaba arrepintiendo de haberse sincerado respecto a un tema tan serio y, con la intención de poder fingir que no había dicho ni pío, estaba distanciándose de mí para que yo no pudiese preguntarle nada al respecto. Tras meternos cada uno en nuestra cama, me di cuenta de que él no se movió ni medio centímetro en toda la noche. Estuve un buen rato observando a Kim desde mi rincón de la habitación, y no tardé mucho en darme cuenta de que no solo seguía despierto; también estaba llorando. Sin hacer ruido, sin decir una sola palabra y sin temblores corporales que lo delatasen. ¿Que cómo supe lo que estaba pasando? Fácil. Kim estaba *demasiado* callado. Tanto como toda persona que busca, por todos los medios, pasar desapercibida para que nadie la vea, porque está tan destrozada de dolor que no podría soportar la lástima ajena.

Me moría de ganas de llamarlo por su nombre. Ardía en deseos de decir algo; de acercarme a su cama para sentarme a su lado, enjuagarle las lágrimas con dulzura y estrecharlo entre mis brazos toda la noche. Pero no lo hice, porque sabía que solo habría empeorado la situación. Dado que Kim había marcado un límite muy claro al alejarse de mí, lo último que quería era pisotear sus

necesidades invadiendo ese espacio que me pedía sin palabras. Así que yo también fingí estar dormido, y al cabo de un buen rato, terminé por estarlo de verdad.

A la mañana siguiente, Kim apenas me miró. Por mi parte, yo estaba como si me hubiera pasado un tren por encima; así que decidí prepararme un *caffè dello studente,* más conocido como "universitario", para desayunar.

Hice una primera ronda de café en la *moka,* y cuando estuvo lista, desenrosqué con ayuda de un trapo de cocina las dos partes de la cafetera para rellenar con el *espresso* recién hecho el depósito de agua. Tras vaciar el embudo en la papelera, y rellenarlo con más café molido, monté de nuevo la *moka* y la llevé de nuevo al fogón, donde apenas tardó un par de minutos en comenzar a silbar.

Por supuesto, el mejunje resultante me supo a residuos nucleares con azúcar. El hedor que despedía era tan intenso que, antes de haberme tomado la mitad siquiera de la taza, volvía a sentir que me iba a estallar la cabeza.

Aquel dolor punzante tras los ojos me acompañó hasta que estuvimos montados en el ferry, donde el fuerte olor a salitre de la brisa matutina me despejó lo suficiente para reemplazar la incipiente jaqueca por un dolor sordo mucho más soportable. Surcar aguas mediterráneas de color cobalto oscuro mientras un suave viento otoñal me revolvía el pelo, y el sol me besaba la coronilla, hizo que se evaporase cualquier rastro de tensión que pudiera haber arrastrado desde la noche anterior. De pronto me sentí decidido.

Quería hacer algo por Kim. Cualquier cosa, con tal de ayudarlo a sentirse un poco mejor. Pese a mi eterna convicción de ser un puto fracasado, sentía que se lo debía.

—Oye, ¿podemos hablar un momento? —me preguntó James. Desvié la mirada de Kim, que estaba charlando con Jennifer sobre la cubierta no muy lejos de mí.

—¿Es sobre anoche? —tanteé—. Lo siento mucho si os incomodé.

—No, qué va. —Permaneció en silencio unos instantes—. Imagino que Kim debe de gustarte mucho, ¿no?

Ah.

Bueno, pues al carajo con la fase de negación.

—Sí, la verdad —admití—. Pero ni siquiera me dirige la palabra, así que creo que tengo las mismas posibilidades con él que con Ben Barnes.

—Supongo que… A ver, si es tan importante para ti que Kim se sienta *atraído* por ti… Igual lo mejor es pasar página antes de que alguien salga escaldado.

—Alguien que resulta que soy yo, ¿no?

Durante unos instantes, James escudriñó mi rostro con atención sin decir nada.

—Quiero decir… A ver, Alec, pareces muy buen tío. Pero me refería a él.

Vale, al parecer aún no se me había bajado el dolor de cabeza tanto como pensaba, porque aunque James estaba hablando en italiano, yo no estaba entendiendo nada.

—¿Eh? ¿Te refieres a que le caigo tan mal que, si se entera de que me gusta, se va a cabrear todavía más conmigo?

—No. Me refiero a que tengo la sensación de que tú también le gustas a él, Alec, y si lo único que quieres de él es sexo…

—¿¡Qué!? Frena, tío. Para empezar; yo a Kim no le gusto. ¿¡De dónde te sacas semejante gilipollez!? Para seguir; aunque le gustase, que no es el caso…, jamás intentaría obligarle a hacer algo que no quisiera. Jamás. Y para terminar; James, entiendo que te preocupes por tu amigo, pero ya tiene pelos en los huevos. Puede apañárselas solo.

Me sentí como un trozo de mierda al ver la expresión avergonzada de James.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que Kim sabe cuidar de sí mismo. Además, en nuestro grupo de Milán quien nos cuida a todos es él. Pero estaba pensando… Vale, sí, nosotros sabemos que podemos acudir a él si necesitamos ayuda, pero ¿a quién se la pide Kim si está en un apuro? Hasta hace muy poco asumí que le pregunta a Eric, pero ya no sé qué pensar al respecto.

Entendí de inmediato a qué se refería James. Lo más probable era que Kim jamás, ni una sola vez, hubiera pedido ayuda a otra persona.

—¿Has pensado en decirle todo esto a Kim? —sugerí—. Seguro que le alegrará saber cuánto te preocupas por él.

—Sí que me lo planteé, pero conociéndolo, me daría las gracias y luego seguiría igual de críptico que siempre. Quizá incluso se distanciaría para evitar que volviese a sacar el tema, y me dolería mucho que lo hiciera.

—Ya, sé por dónde vas.

—Pero contigo —prosiguió James—, creo que será diferente. Ver cómo sois el uno con el otro me ha sorprendido, a decir verdad. Es casi como…

—¡Tierra a la vista, mamones! —vociferó Jennifer, interrumpiéndonos.

Marco, Kim y ella se unieron a James y a mí mientras la isla se acercaba cada vez más a nuestra embarcación.

La imagen me resultaba tan familiar como mi propio reflejo en un espejo. Desde la frondosa arboleda que cubría las escarpadas laderas hasta las viviendas que salpicaban el paisaje hasta casi alcanzar la playa, inclusive las antiguas ruinas de un templo romano dedicado a Baco en la cumbre de la colina, aquel era un lugar que yo llevaba en el alma.

¿Cómo era aquello que mi padre solía decirnos? *"Cuando tu barca esté tan cerca que puedas ver el templo, y oler el vino, sabrás que has llegado a casa."*

Nunca había entendido a qué se refería con lo del olor, y durante años asumí que se refería a la divinidad a la que estaban consagrados aquellos restos de mármol en lo alto de la isla. Pero en aquel momento tuve la sensación, por primera vez en toda mi vida, de comprender qué había querido decir mi padre. Ante nuestros ojos el puerto crecía por instantes, y los alegres colores de los que estaban pintadas las casitas parecían cobrar vida.

Cuando el ferry atracó en la dársena correspondiente, empezamos a oír voces que hablaban en el dialecto con el que yo me había criado. Preguntaban, compraban, vendían, se quejaban, daban las gracias y charlaban en el mercado que había junto al puerto.

Gracias a su increíble don para los idiomas, a Kim nunca le había supuesto ningún problema comprender mi acento, o el deje sureño de Rob. Sin embargo, incluso a él se le estaban atragantando aquellas conversaciones simultáneas en dialecto romano. De fondo, oí cómo Marco y Jenn le aseguraban a James que ellos tampoco se estaban enterando de nada. No muy lejos de donde nos encontrábamos, un frenazo hizo que los neumáticos de una Vespa aullaran contra el empedrado húmedo del paseo marítimo, al que los rayos del sol parecían arrancarle un sinfín de destellos al rebotar sobre los charcos de agua salada.

Todo seguía tal y como lo dejé.

—Agarrad bien vuestras cosas —avisé a mi grupito—. Aquí hay más de un gañán que se gana la vida a base de robar.

Cosa que no debería haberme parecido entrañable, pero incluso los carteristas me hacían sentir como en casa.

Lideré la marcha mientras salíamos del recinto portuario para cruzar la calzada que separaba la playa de la *pineta*, el pinar que en verano se convertía en un imán para turistas agotados y población autóctona con ganas de almorzar bajo un árbol en vez de en casa. En invierno, múltiples generaciones de residentes habían encontrado en la *pineta* una fuente inagotable de árboles de Navidad hasta no hacía mucho. Para ser exactos, hasta que al ayuntamiento le salió de los cojones prohibirnos talar un solo pino más. Según las malas lenguas, aquella "terrible y trágica decisión" había sido culpa de un puto niñato de mierda que se dedicó a recorrer la isla en bicicleta pidiendo firmas para salvar el pinar.

Qué verano tan maravilloso pasé siendo un puto niñato de mierda, ay.

Dedicar el resto de la tarde a relajarme en mi querida *pineta,* con unos botellines bien fríos, sonaba tentador, pero primero tenía el deber de llevar a nuestra comitiva al *bed & breakfast*. Muy a mi pesar, decidí anteponer mis responsabilidades para con el grupo.

Dejando el pinar a nuestra izquierda, nos dirigimos hacia el *corso,* que era el núcleo urbano. Como era de esperar, la mayoría de negocios estaban cerrados, tal y como dictaba el horario de verano. A cambio de cerrar durante las horas más calurosas del día, en que

no había ni un alma por la calle de todos modos, los comerciantes abrían a partir de media tarde, atendiendo con gusto a los turistas hasta entrada la noche. Las excepciones a aquel horario eran, por supuesto, los restaurantes, las cafeterías y las tiendas de *gelato*, que hacían caja a la hora del almuerzo. Entre otros, por gente como James y Marco, que me suplicaron hacer una breve pausa en la *gelateria* mientras ponían unos ojitos tiernos a los que no supe decir que no.

Jennifer pidió una tarrina mediana de *gelato* de chocolate y stracciatella, mientras que tanto James como Marco optaron por un cono con tres bolas de sabores diferentes coronadas por un barquillo. Por su parte, Kim decidió que le apetecía un cucurucho de fresa y menta.

—Así que eres de esa gentuza que pide *gelato* con sabor a fruta —le dije, tomando asiento junto a él en uno de los bancos de madera de la *piazza* principal del pueblo.

Con los ojos entrecerrados, Kim miró con asco mi tarrina.

—Mientras que tú eres de esa gentuza que mezcla bombas de azúcar sin ton ni son, y se pasa el resto del día como una moto.

Vale, igual la combinación de pistacho, Nutella y galletas Oreo había sido pasarse.

—Bah. Solo se vive una vez, colega.

—Cierto, pero se puede vivir más o menos años. Por mi parte, prefiero no morir de un ataque al corazón antes de jubilarme.

No me sorprendió que Kim se comiera el *gelato* de forma metódica. Lamía los laterales del cono cada pocos instantes a fin de evitar que cualquier reguero de *gelato* a medio derretir le pringase las manos. Fresa y menta, ¿eh? Seguro que sus labios sabían a gloria en aquel momento.

Deseé poder confesarme sin más dramas. *Oye, me atraes.* O quizá mejor un, *Me gustas,* e incluso, *Cada vez que te veo me dejas sin aliento.* Pero tenía la certeza de que Kim, que llevaba raro desde anoche, ni de coña se habría tomado bien algo así. Daba igual de qué forma intentase expresarme, porque seguro que él lo único que oía era, *Me pones, así que por qué no echamos un polvo.* Lo cual, pese a no ser falso en términos estrictos, era bastante reduccionista.

Había disfrutado demasiado del contacto de su piel contra la mía como para fingir que lo que sentía hacia Kim no era más que platónico, pero cada vez tenía más claro que tampoco era solo físico.

Qué va. Lo que sentía era una atracción extraña, intensa y enloquecedora hacia una persona enigmática e imposible, que iba mucho más allá del mero deseo sexual hacia un hombre que estaba de infarto. Uno que, además, estaba enamorado hasta las trancas de otro tío.

¿A mí quién cojones me mandaba meterme en este culebrón?

Kim

AQUEL SOL de justicia no le hacía ningún favor a mis ojos. Esa misma mañana, me había levantado temprano para hervir un par de bolsitas de manzanilla y ponérmelas en los párpados. Tenía la esperanza de que me bajase un poco la hinchazón, e incluso de que disimularan lo cansado que estaba disimulándome las ojeras.

Dado que nadie me había comentado que tenía mala cara, imaginé que las bolsitas de manzanilla habían obrado su magia una vez más. Pese a que llorar me dejaba exhausto, necesitaba hacerlo de vez en cuando. Era la única manera de aliviar la quemazón del autodesprecio que me hervía en el estómago.

Imaginé que la emoción de nuestra siguiente etapa del viaje evitaría que ninguno de los tres adolescentes se diera cuenta de si yo tenía mejor o peor aspecto, pero aun así decidí pecar de precavido y mantener las distancias por si acaso. Sobre todo con Alec.

Pongo, que seguro que se había dado cuenta de que me pasaba algo, me siguió a todos lados en el ferry. Sus andares de perrito faldero llamaron la atención de todos los niños que había a bordo, así como de los amantes de los animales del resto de grupos de edad, y a decir verdad me distraje viendo cómo el pug disfrutaba con tanto mimo.

Me di cuenta de inmediato de que los isleños hablaban con el mismo acento que el propio Alec. Sonaba amistoso, divertido y un tanto bobalicón. Recordé que me había dicho que creció en aquella

región, pero claro, ¿qué concepto tenía él de "región"? ¿Otro pueblo diferente en la misma isla? Había dicho que el *bed & breakfast* que había logrado reservar era de un amigo suyo, pero ¿y su familia? Lo poco que sabía de ella es que era enorme, y que el padre de Alec había fallecido hacía un tiempo. ¿Quizás el resto de sus parientes siguieran viviendo por la zona? ¿O igual se habían mudado a otro lado? Cuantas más vueltas le daba al tema, más consciente era de que no sabía casi nada de Alec.

¿Tendrá buena relación con su familia?

Aparte de sus compañeros del trabajo, ¿tiene algún otro amigo?

¿Qué tal le va en el laboratorio, ya que estamos?

¿Y qué tal su vida romántica? ¿Le gustará alguien?

Hacía ocho años que nos conocíamos, pero me daba cuenta de que apenas lo conocía. Debería haber invertido parte de todo ese tiempo en aprender más sobre él. Igual eso me hubiera permitido comprender por qué a veces parecía perderse en sus pensamientos; si era por ansiedad, o si se debía a recuerdos dolorosos.

Me inquietaba la posibilidad de estar perdiendo facultades. Después de todo, lo que mejor se me daba desde muy pequeño era conocer a los demás y saber cómo arreglar sus problemas. Desde muy pequeño o, por lo menos, desde que me mudé a Italia…

—Gracias por abrirte conmigo anoche —dijo Alec, en voz baja, mientras nos tomábamos un *gelato* en la plaza del pueblo. Ocultas entre las ramas de los árboles que daban sombra a los bancos de toda la *piazza*, las chicharras se desgañitaban a gusto. Por su parte, Pongo se había quedado dormido a mis pies, tumbado de costado sobre el suelo de piedra amarillenta, mientras que nuestros tres acompañantes charlaban entre risas. No estaban sentados demasiado lejos de Alec y de mí, pero parecían demasiado metidos en su conversación como para pegar la oreja a la nuestra—. No voy a decirle nada a nadie. Si necesitas hablar en cualquier momento, de lo que sea… Cuenta conmigo, ¿vale?

—Lo mismo digo —musité—. Otra cosa no, pero se me da bien escuchar.

—¡Ale, te necesitamos! —vociferó Marco desde el banco en que se habían sentado los tres—. Estábamos hablando de esa estatua de

ahí. ¿Tiene algún tipo de historia? Dice James que igual es de una santa, o algo.

Gesticuló en dirección a la escultura de mármol que se erguía en el centro de la *piazza*. Se trataba de una mujer mayor, vestida con ropas humildes, que llevaba un cubo sobre la cabeza.

—¡Uy, esa! Qué va, qué va. Nada de pijotadas espirituales —replicó Alec—. Hace unos veinte años, más o menos, un multimillonario francés decidió veranear en el pueblo, y prometió al ayuntamiento que haría una donación destinada al centro de salud. Es ese edificio al otro lado de la *piazza* que veis detrás de la estatua. Vale, ¿qué creéis que donó?

—¿Financiación para un ala nueva? —sugirió James.

—¿Varios fajos de billetes en negro? —preguntó Jenn.

Aunque nadie me había preguntado, puse los ojos en blanco y respondí por Alec.

—La estatua, chicos. Donó esa estatua.

—No jodas. Pues vaya mierda de donación —comentó Marco—. ¿En serio? Hay que ser cutre para estar nadando en dinero, y darle a un hospital una puta estatua.

Con un suspiro hondo, Alec volvió a mirar a la anciana marmórea.

—Y tanto que sí.

Los demás imitamos su gesto, y volvimos a fijarnos en la escultura.

—Oye, ¿os imagináis que dejó la verdadera donación *dentro* del cubo? —dijo Jenn.

A Alec le entró la risa floja.

—Sí, claro, ¿no te jode? Como si los pijos millonarios no tuvieran nada mejor que hacer que tomarnos el pelo a los paletos de pueblo escondiendo dinero en una estatua.

—Bueno, pero ¿sabes si alguien se ha molestado en comprobar si el cubo estaba vacío alguna vez?

Aquel comentario de James me puso los pelos de punta. No me estaba gustando en absoluto la dirección que estaba tomando la conversación.

—Un poco de sentido común —intervine—. No pensaréis en serio que a nadie se le ha ocurrido, en veinte años, mirar ahí dentro, ¿no?

Silencio sepulcral.

—*¿No,* chicos? —insistí—. Decidme que no soy el único que piensa que eso es una soberana estupidez.

—Buah, ahora tenemos que subirnos a comprobarlo —replicó Marco.

—¿¡Qué dices!? ¡Ni se te ocurra! —vociferé.

—Va, dame la mochila, que te la sujeto yo —se ofreció Jenn.

Me giré con la esperanza de que Alec o James me ayudaran a evitar la catástrofe que se avecinaba a consecuencia del nulo sentido común de aquel par de cretinos. Para mi horror, no solo no parecían tan espantados ante la idea como yo, sino que estaban junto a la estatua debatiendo de qué manera escalar la estatua con Jenn y Marco.

Tras unos instantes de acalorada discusión, Alec hincó una rodilla en el suelo, de tal modo que Marco pudo utilizar la pierna restante como escalón desde el que empezar a encaramarse a la mujer de mármol. No tardó mucho en llegar a hombros de la escultura.

—¿Qué, ves algo? —voceó James.

—¡De hecho, sí!

Anda. Eso sí que no me lo esperaba.

—¡Tenemos… Mierda de pájaro, un cupón de una tienda de kebabs y una pelota de tenis llena de pelusas!

Menudo botín, pensé con sorna.

—Oye, ¡mira a ver si el cupón ha caducado! —gritó Alec—. ¡Que, si es del sitio que yo creo, nos va a salir gratis el mejor falafel del Lacio!

Fue entonces cuando alguien se aclaró la garganta detrás de nosotros. Después de intercambiar miradas cargadas de preocupación, los cinco nos dimos la vuelta despacio.

Parapetado tras unas gafas de sol Ray-Ban, un joven policía municipal nos estaba fulminando con la mirada. Estaba tan quieto que parecía otra estatua, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Hostias puta —maldijo Alec en un susurro.

—Y tanto —replicó el policía—. Vaya grupete más majo que tenemos hoy aquí, ¿eh? Haced el favor de bajar de ahí a vuestro colega antes de que se parta la crisma, y en cuanto haya tocado tierra os vais a venir todos conmigo al cuartel.

Alec

—No me lo puedo creer. Esto me pasa por daros un voto de confianza —siseó Kim, lívido, con la mirada clavada en el suelo. Tenía los brazos cruzados, y se estaba paseando de un lado a otro mientras los demás nos revolvíamos con incomodidad en las sillas escolares modelo parteculos que tenía la salita de espera del cuartel.

El único miembro de la comitiva que estaba tan tranquilo en aquellos momentos era Pongo, que después de menear el culo y ponerse panza arriba con todos los policías del cuartel durante media hora había decidido echarse una siesta. Vaya sinvergüenza.

—¿¡Se puede saber en qué estabais pensando!? ¿¡Eh!? —Kim hizo aspavientos en nuestra dirección. Clavó una mirada venenosa en Marco y Jenn—. ¡Venga, decidme qué se supone que tengo que explicarle a vuestros padres cuando sepan que os han detenido! Por no hablar de *ti* —prosiguió, centrándose ahora en James—. ¿¡Tantas ganas tenías de saber qué se siente al ser un inmigrante con historial delictivo!? ¡Porque a mí no me está haciendo ni puta gracia la experiencia!

Jenn, Marco y James parecían estar a punto de estallar de puro bochorno.

—Kim, tranquilízate —musité—. No hemos cometido ningún delito, ¿vale? Nos echarán una buena bronca, sí, pero nada más.

A juzgar por el color escarlata del que se habían teñido sus orejas, Kim estaba a punto de empezar a echar humo como una tetera.

—Tú. Te. Callas. Cierra la bocaza, Alec, o te juro que te mato.

Jo-der, me había mandado callar dos veces seguidas. Igual era buena idea hacerle caso, y dejar que se emparanoiase a gusto.

En aquel momento se acercó una policía que llevaba una carpeta de plástico bajo el brazo. Tras echarnos un fugaz vistazo, abrió la carpeta y se colocó las gafas mientras le echaba un vistazo.

—Si no me equivoco, ustedes cinco han sido detenidos por desorden público ante la estatua en la *piazza* Maggiore, ¿cierto?

No pude evitar resoplar.

—¿Así que eso es lo que ha escrito en el informe ese gilipollas?

Kim me miró como si apenas se estuviera conteniendo las ganas de estrangularme.

—En efecto.

Aunque la oficial parecía tan aburrida que pensé que en cualquier momento iba a soltar un bostezo de campeonato, consiguió aguantarse las ganas.

—Excelente. Si son tan amables, hagan el favor de pasar al despacho que hay al final del pasillo. Mi compañero les está esperando.

Vaya ridiculez.

—Tentador, pero ¿sabes qué te digo? Me parece que mejor me voy a mi casa, que tengo cosas mejores que hacer —repliqué, ganándome una patada por parte de Kim.

—¿¡Pero tú estás tonto, o qué!? ¡Insultar a un policía es delito!

—Oye, Kim, relájate, ¿vale? Sé lo que hago.

—¡Anda a tomar por culo, y cierra la boca de una vez!

—Hazle caso a tu colega. Desfilando, que no tengo todo el día.

Tras abrir la puerta de su oficina de par en par, el capullo que nos había arrestado se recostó contra la pared. Me estaba mirando fijamente, esta vez sin las Ray-Ban de por medio, así que le sostuve la mirada con una mueca de desprecio.

Estaba bastante seguro de que, si terminábamos pasando a las manos, podía con él en una pelea. Aunque era evidente que este tío pisaba el gimnasio bastante a menudo, a mí siempre se me había dado muy bien leer el entorno para explotar todas sus ventajas.

Una vez nosotros cinco pasamos al interior de su oficina, el capullo cerró la puerta y se sentó tras el escritorio.

—Bueno, chaval, ¿me puedes explicar qué hacías encaramado a la estatua? —le preguntó a Marco.

—Teníamos curiosidad por ver si había algo dentro del cubo —admitió Marco—. Fue idea mía, ellos ni siquiera querían dejar que me acercase a…

—Ya, sí, vale. ¿Encontraste algo, o no?

Algo avergonzado, Marco hurgó en el bolsillo trasero de sus vaqueros y le tendió el cupón arrugado.

—Solo vi esto.

El policía examinó con atención el trozo de papel satinado.

—¿Crees que ha merecido la pena montar un numerito para esto?

—No, señor —respondió Marco—. Le prometo que no volverá a ocurrir.

Me fijé en que el policía se relajaba en su asiento. ¡Ajá! Era el momento perfecto para lanzar el primer puñetazo. No se lo iba a ver venir hasta que ya fuera tarde…

—Ya que pareces tan arrepentido, por esta vez lo voy a dejar pasar. —Le hizo un gesto a su compañera, que se acercó al escritorio, y le tendió el cupón—. Esto me lo voy a quedar como prueba, si no os importa. Bueno, y si os importa también.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Que te aproveche, y por el culo lo eches.

—Justo contigo iba a hablar ahora. —Hizo un gesto en mi dirección—. Todos los demás estáis limpios, pero ¿tú? Tú sí que la has cagado.

—Vaya, qué miedito. Me hago popó.

—Alec, pero ¿qué demonios te pasa?

Escuchar la voz de Kim fue lo único que evitó que me liase a hostias.

—Para empezar —bufó el policía—, me he tomado la libertad de cancelar vuestra reserva en el *bed & breakfast.*

Noté que se me secaba la boca, y no me hizo falta mirar a los demás para saber que ellos tampoco se lo podían creer.

—¿¡Cómo coño lo sabías!? —grité, estampando ambas manos contra el escritorio.

El policía se puso de pie para inclinarse hacia mí.

—¿¡De verdad pensaste que nadie se daría cuenta!? ¡Piero le contó a toda la isla lo de que venías en cuanto colgasteis el teléfono, so imbécil!

Me mordisqueé el interior de la mejilla.

—Traidor repugnante. Con amigos así, para qué quiero enemigos.

—Aquí el único traidor eres tú —me cortó él, hincándome el dedo en el pecho—. Uno que, por cierto, le va a explicar a mamá con todo lujo de detalles por qué ha decidido volver a casa sin decirnos ni pío. ¡Ya nos tienes hasta las pelotas con tu actitud, Ale!

Se hizo un silencio sepulcral en el despacho.

Después de un largo rato, fue Kim quien rompió la tensión del momento.

—¿Alec?

Los miré durante unos instantes mientras me rascaba la barba.

—Chicos, lo siento. Este cretino de aquí es mi hermano, Andrea. Y estos pobres diablos a los que acabas de traumatizar de por vida son mis amigos, Andre.

Mi hermano arqueó las cejas.

—Bah. Seguro que sobreviven a este terrible incidente.

—¿Así que todo esto no era más que una farsa para poder hacerle una encerrona a Ale? —tanteó Jennifer.

—Qué va, sí que estabais haciendo algo ilegal. Lo único de mi cosecha ha sido el arresto para traeros aquí. Habría bastado con echaros una buena bronca en la *piazza*.

Cómo no. Andre y sus licencias poéticas.

—Decías que habías cancelado nuestra reserva —señaló Kim—, pero imagino que, al igual que el arresto, era broma. ¿No?

—¡Ja! No, eso iba en serio. Igual que lo de estar cabreado con el imbécil de mi hermano —añadió Andrea, mirándome con rencor.

—Pues qué bien —ironizó James.

Tras ponerse las gafas de sol otra vez, Andrea se dirigió hacia la puerta.

—Nada de eso, chaval. Los cinco os vais a venir a casa conmigo.

Kim

AHORA QUE SABÍA que Andrea era hermano de Alec, el parecido saltaba a la vista. Tenían la misma forma de la nariz y el mismo tono de piel, además de compartir el mismo pelo oscuro de aspecto sedoso. Sin embargo, Andrea lo llevaba mucho más corto, y la forma de peinárselo con gomina le daba aspecto de obseso del *crossfit*. No ayudaba que la camisa de su uniforme le quedase tan ajustada que estaba a un movimiento brusco de que se le saltaran los botones y reventasen las costuras. Le hacía falta comprarse una talla más, como mínimo.

Nos guió colina arriba hacia una zona residencial, donde hasta el edificio más modesto tenía dos plantas y jardín privado. Fue una caminata bastante tensa, porque tanto Alec como él parecían a punto de darse la vuelta para lanzarse a la yugular del otro.

—Sigo sin poder creerme que nos hayas arrestado —se quejó Alec.

—Llora, llora. ¿Es que ya se te ha olvidado aquella vez que, por tu culpa, acabé arrestado *yo*?

—Ah, ya, ¿te refieres a aquella noche en que tus amigotes y tú decidisteis hacer la gilipollez esa de demostrar lo valientes que erais colándose en la fábrica abandonada, y yo llamé a la policía porque el edificio tenía riesgo de derrumbe? De nada por salvaros a los cinco de morir aplastados bajo un cacho de cemento.

Al oír aquello, Andrea se dio la vuelta para mirarme, de modo que estaba subiendo la colina de espaldas.

—¿Lo de ser un grano en el culo sigue siendo el estado natural de Ale?

James y yo intercambiamos una mirada fugaz.

—Sí —respondí yo—. Aunque, para ser justos, hoy está más intenso de lo normal porque ha tomado azúcar.

—Ya veo. ¿Eres el famoso Kim, no? —preguntó Andrea con una sonrisita.

—¿Famoso?

No pude evitar mirarlo con desconfianza.

—Ya te digo, con todo lo que Ale habla de ti…

—Se queja. Con todo lo que Ale *se queja* de ti —le interrumpió Alec—. ¿Qué tal si te metes el tema por el culo y no volvemos a mencionarlo?

Antes de que Andrea pudiera decir nada, nos sobresaltamos por un ladrido. Pongo se puso a tirar de la correa como si le fuese la vida en ello, jadeando de la emoción mientras intentaba salir corriendo.

—Suéltale la correa del arnés —me dijo Alec.

Hice lo que me decía, y en cuanto Pongo estuvo libre salió disparado en dirección a la verja que separaba una de las fincas del camino. Intenté echarle un vistazo discreto mientras nos acercábamos, pero el espeso muro de arbustos y árboles me tapaba lo que sea que hubiese al otro lado. Mientras tanto, el perro se detuvo ante un portón rojo, y nos miró con expectación hasta que Andrea sacó un pequeño mando cuadrado y abrió con uno de los botones. En cuanto Pongo pudo atravesar el portón, volvió a echar a correr.

Fue entonces cuando, con cierto asombro, me di cuenta de que aquella era la finca vallada cuyo perímetro habíamos estado recorriendo los últimos diez minutos. Cuando cruzamos el portón nos encontramos con un amplio jardín cuyas lindes estaban repletas de árboles frutales. Ante nosotros había una enorme piscina hinchable, así como un columpio de tres plazas y cuatro plazas de aparcamiento. Por otra parte, a nuestra derecha se erguía una amplia vivienda estilo rural de dos plantas, tachonada de grandes ventanas y dos balcones que daban al exterior en el segundo piso.

Cuando miré a mi izquierda, pude ver al fin la zona que desde fuera quedaba oculta por la valla y la espesa maraña de vegetación. A unos pocos metros a la izquierda del portón, el jardín terminaba, dando paso a una explanada todavía más grande en la que se encontraban un pequeño viñedo y un vergel repleto de más árboles frutales. Nada más girarme en aquella dirección noté en las fosas nasales un festival aromático. Olí el dulce perfume de las flores, la frescura de la hierba recién cortada y la calidez del verano que no terminaba de marcharse.

¿Así que aquí fue donde creció Alec?

La verdad era que tenía sentido. Había algo acerca de aquel lugar que me recordó a Alec de inmediato. Era hogareño, luminoso y quizás un tanto teatral.

Desde el umbral de la puerta principal, que estaba abierta de par en par, se oyó un grito de alegría cuando Pongo entró en la casa a todo correr.

—¡Pero si es mi niño bonito! —gorjeó, mirándolo con arrobo, una mujer mayor.

James, Jenn, Marco y yo seguimos a Andrea y Alec al interior de la vivienda, donde lo primero que nos recibió fue un gran salón hecho un verdadero caos. Había juguetes por el suelo, así como una serie de revistas desperdigadas sobre la amplia mesita de café. Un presentador con aspecto serio anunciaba las noticias del día en la gran pantalla plana de televisión, pero el volumen estaba tan bajo que la voz del hombre no era más que un leve murmullo. Pese al desorden, me fijé en que ni uno de los majestuosos muebles de madera maciza, que tenían aspecto de tener unas cuantas décadas de antigüedad, estaba sucio o polvoriento. Había un sinfín de fotografías familiares, objetos de cristal de Murano y decoraciones de porcelana por todas partes.

—*Nonna,* ¿qué haces con el telediario puesto? ¿Es que quieres que te dé una depresión, o qué? Fuera las noticias —dijo Andrea de inmediato.

—¡Ay, Andre, con qué maravilla me has sorprendido hoy! —canturreó la abuela de Alec, rascando a Pongo detrás de las orejas.

Llevaba puesto lo que, con el paso de los años, yo había terminado por bautizar como "uniforme de verano para abuelas italianas". Consistía en unas alpargatas de loneta, un vestido de flores espantoso y un delantal en cuyo bolsillo delantero tenía guardado un abanico, listo para darse aire en cualquier momento. Llevaba el pelo canoso recogido en un elegante moño prieto, y estaba abrazada a Pongo como si fuera un peluche. Tras unos instantes, levantó la mirada, y me fijé en que tenía unos preciosos ojos de color azul oscuro.

—Ah, vaya, también ha venido Alessandro.

Durante unos instantes, Alec se limitó a mirarla con una mezcla de incredulidad y horror, como si no se pudiera creer lo que estaba oyendo. Al verlo, Andrea y la abuela de ambos estallaron en carcajadas mientras chocaban los cinco. Reírse hacía que le saliesen hoyuelos a la anciana, que se giró hacia Alec con los brazos abiertos.

—Menudo careto has puesto. ¡Ven aquí, chato, que estábamos tomándote el pelo!

—Qué feo ha estado eso, *nonna* —replicó Alec, aceptando el abrazo.

—Uy, pero si Andrea me aseguró que te iba a hacer muchísima gracia.

—¿Pero cómo se te ocurre hacerle caso al tonto de la familia, *nonna*?

—¡Uy, pero cuántas caras guapas veo yo por aquí! ¡Dichosa juventud! —dijo la mujer, acercándose para darnos un fuerte abrazo a los cuatro. Mientras nos saludaba uno por uno, se presentó con orgullo—. Me llamo Loretta, y este es mi pequeño reino. Por favor, disculpad que esté todo hecho un desastre. Ayer nos quedamos con los mellizos, y no me ha dado tiempo todavía a recoger la casa.

Yo no tenía ni idea de quiénes eran los mellizos, pero decidí al instante que no era el mejor momento para preguntar al respecto.

—Tiene usted una casa preciosa —dije.

Por toda respuesta, Loretta me sonrió y me dio unas palmaditas en el hombro.

—*¡Mamma!* —vociferó Andrea—. ¡Ven a saludar a tu tercer intento fallido de tener una niña, anda!

—¡Que venga él a la cocina! —respondió una voz masculina desde otra habitación al mismo volumen.

—Id, vamos, vamos —nos instó Loretta—. Mi hija, Antonella, nos ha preparado un auténtico festín.

Tras dejar las cosas en un rincón del salón que nos indicó Alec, le seguimos hasta la cocina. Nos abrió la puerta un hombre alto, que tenía los mismos ojos de color azul zafiro que Loretta. Aunque el cabello corto ondulado era unos pocos tonos más claro que el de Alec y Andrea, y sus ojos eran más pequeños que los de los dos hermanos, observé que los tres compartían la misma forma de la nariz. Este nuevo miembro de la familia de Alec llevaba gafas con una elegante montura delgada de color cobalto, así como una camiseta azul con el logotipo de una barbería del pueblo.

—¡Pero si es mi hermano favorito! —saludó, con una sonrisa.

—Ya, ya. Seguro que eso también se lo dices a los otros dos —replicó Alec.

Intercambiaron un abrazo rápido pero afectuoso.

—Tú y yo nos vamos a la barbería en cuanto acabemos de comer, Ale. ¿No te da vergüenza llevar la barba hecha un nido de pájaros?

—No, porque no le pasa nada. Dejad de meteros con mi barba.

—Mira, yo no voy a Milán a decirte si sabes hacer tu trabajo, porque el ingeniero biomédico de la casa eres tú. Pero como el ingeniero capilar de la familia soy yo, te toca a ti callarte y dejar que haga mi magia para arreglar el desastre de barba que me llevas.

Aquello hizo que Alec se riera entre dientes.

—Recuérdame que encargue una placa para la barbería en la que esté grabada esa frase. Chicos —continuó, girándose para mirarnos —, os presento a Alberto. Es nuestro hermano mayor.

—Encantado de conoceros —añadió Alberto. Saltaba a la vista que era mucho más tranquilo, y maduro, que Andrea. Cuando le tendí la mano para que la estrechase, pareció sorprenderse—. ¡Ay, tú debes de ser Kim!

¿Otra vez? Si Alec se había dedicado a quejarse de su vecino durante ocho años a toda la familia, empezaba a temer la opinión que debían de haberse formado sobre mí.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que alguien abría una puerta al otro lado de la cocina para entrar en ella. Se trataba de una mujer de mediana edad, con una bonita melena castaña y el rostro redondeado, cuya presencia resultaba imponente.

—Perdonadme la espera.

Nos estrechó la mano a los cuatro, dándonos la bienvenida a su hogar, antes de presentarse como la madre de Alec. Además de ser atractiva, Antonella era una persona muy elegante. Pronto me di cuenta de que, de los tres hermanos, quien más se parecía a ella era sin duda Alberto. En cambio, y a juzgar por las fotografías que había por todo el salón, tanto Alec como Andrea habían heredado el aspecto de su padre.

—Imagino que estaréis cansados tras el viaje en ferry y la caminata. ¿Por qué no os sentáis en el salón mientras preparo un aperitivo? —sugirió—. Estáis en vuestra casa, así que poneos cómodos mientras Alessandro me echa una mano con la cocina. Tenemos mucho que contarnos para ponernos al día, ¿verdad, cariño?

Noté que se me ponía la piel de gallina cuando Antonella esbozó una sonrisa tan dulce como falsa. Casi de inmediato, Alec me lanzó una mirada suplicante, y yo le devolví una sonrisa compasiva para ofrecerle ánimos.

Todavía no conocía de nada a la madre de Alec, pero tampoco me hacía falta para saber que estaba a punto de echarle la bronca del siglo.

Alec

—¿¡De verdad pensabas que podías quedarte unos días en el pueblo sin que nos enterásemos, y que podías *no* decirnos nada e irte de rositas!?

Con los brazos en jarras y la cabeza ladeada, mamá me fulminó con la mirada. Me di cuenta de que había ganado algo de peso, de tal modo que la ropa ya no le quedaba tan holgada. Por el contrario; estaba estupenda con su blusa de color beis y su falda hasta las rodillas. Durante los meses que siguieron a la muerte de papá, había terminado por tener un aspecto casi esquelético, pero ahora volvía a tener mucho mejor aspecto.

—Iba a venir de visita, lo juro. Lo que pasa es que no pensé en *quedarme,* ¿vale?

—Pues ya me explicarás por qué, considerando que tu sueldo es una mierda con la que te cuesta llegar a fin de mes. ¿Cómo se te ocurre gastarte un dinero que no tienes en pasar unas cuantas noches en tu pueblo?

Hala, ya estaba otra vez con el tema del dinero. Odiaba que mi propia madre, que me había pagado los estudios universitarios para intentar evitarme ahogos económicos, me hiciera sentir como la mierda por estar al borde de la bancarrota con casi treinta años.

—Es que no viajaba solo, ¿vale? Mis amigos no…

—Vaya, ¿es que te daba vergüenza traerlos a casa? ¿Por qué, por si te ponemos en evidencia o algo? Siento que esta familia no cumpla con tus expectativas, Alessandro.

Alcé ambas manos en actitud conciliadora.

—*Mamma,* no pongas en mi boca palabras que yo no he dicho. Eso no…

—Ni siquiera has llamado en todo el verano. ¿Se puede saber por qué?

¿¡De verdad se me ha olvidado llamar a mi madre durante tres meses!?

—Porque estaba… Ocupado en el trabajo, pero aun así, debería haber hecho tiempo. Lo siento.

—Ajá. Trabajo —repitió mamá, pellizcándose el puente de la nariz.

Se sacó el teléfono del bolsillo, lo desbloqueó y se metió en la galería, donde vi que tenía docenas de capturas de pantalla de mi cuenta de Instagram. Supe de inmediato que podía irme despidiendo de las excusas habituales.

—Veamos… Día trece de julio. Alguien que es idéntico a ti estuvo en Toscana para no sé qué competición de rol llamada LARP.

—Quizá, ahora que lo mencionas, estuviera en una partida —admití—. Pero solo fueron dos días antes de volver al…

—¿Ah, sí? Dieciocho de julio. Festival cervecero a orillas del lago Iseo. Tres de agosto. Tatuaje nuevo, porque debe de ser que la piel con la que te he parido no te parece lo suficientemente bonita. Siete de agosto. Macrofiesta del Orgullo… —Dejó el teléfono sobre la encimera—. La próxima vez que me bloquees en redes sociales, te sugiero que te asegures de bloquear a tus hermanos también.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Vale, mamá. No te llamé porque estaba borrachísimo. ¿Contenta?

—¿¡Tienes intención de sacarte el doctorado algún día!? ¡Ya llevas tres años!

Dado que ella me estaba levantando la voz, no pude evitar hacer lo mismo.

—¿¡Qué tal si te metes en tus asuntos!? ¡Por esto mismo no quería venir a casa!

—¡Ah, resulta que la verdad escuece! Mira, Alessandro, ya no eres un crío, y va siendo hora de que espabiles. *Stacce!*

Genial. En cinco minutos, mi madre me había dicho todo lo que yo llevaba meses intentando evitar oír.

—Déjate de *'stacce'*, mamá. ¿Has terminado de ponerme a parir? —pregunté.

—Sí, así que vete a comer algo antes de que te marees por el hambre —dijo. Noté que suavizaba el tono bastante—. Cariño, no pienses que no me alegro de verte. Es solo que me preocupo por ti.

Cansado, me limité a asentir.

—Ya lo sé.

Oí cómo alguien trotaba escaleras abajo, y unos segundos después mi hermana pequeña, Arianna, asomó la cabeza desde el pasillo.

—¿Habéis terminado ya de discutir? Tengo hambre —declaró.

—Me alegro de verte, Ari. —Sonreí mientras me fijaba en cuánto había crecido desde que la vi en Navidad. Llevaba el largo pelo oscuro recogido en gruesas trenzas que le enmarcaban la preciosa cara redondeada—. Dame un abrazo, anda.

Comenzó a saludarme con la mano, pero luego hizo una mueca.

—Otro día, si eso.

Guau, vale. Menudo humor.

—¿Qué tal le va a mi hermanita preferida? —tanteé, pero ella se limitó a mirarme fijamente antes de parpadear muy, muy despacio.

—Ese chiste es de Alberto, y dejó de hacerme gracia cuando cumplí doce años.

Arqueé ambas cejas.

—Bueno, tampoco hace tanto, entonces. ¿Han pasado qué, tres meses? —bromeé.

Por algún motivo, aquello hizo que la mirada de Arianna se tornase todavía más hostil. Cruzó la habitación a pisotones, y antes de dar un portazo me siseó:

—¡Gilipollas!

¿Qué? No entendía nada, así que miré a mi madre en busca de ayuda.

—Tres años, más que tres meses —se limitó a decir.

Abrí tanto los ojos que me dolió hacerlo.

—¿¡Cómo que Ari tiene quince años ya!?

Kim

Rara vez me sentía incómodo en compañía de otras personas, y aquel día no fue la excepción. Aunque Jenn, Marco y James no dejaban de hacer muecas de incredulidad oyendo la discusión a gritos de Alec y su madre, yo ni me inmuté. De hecho, tuve una conversación de lo más agradable con Alberto. Resultó que tenía treinta y dos años, y que además de ser el mayor de los hermanos era el padre de los mellizos de los que nos había hablado Loretta. Un niño y una niña, según me explicó, que tenían ya seis años.

También me enteré de que era el dueño de la barbería del pueblo, con la que al parecer le iba muy bien; y de que su esposa, Barbara, que debía de ser la ex-novia de la que me había hablado Alec, era la única persona en la familia cuyo nombre empezaba por la letra "B". Tal y como yo había sospechado, la familia tenía una obsesión extraña con los nombres que comenzaban por la letra "A". Para empezar, el padre de Alec se llamaba Armando, mientras que ya sabía que la madre respondía al nombre de Antonella. Cuando tuvieron a sus cinco hijos, decidieron llamarlos Alberto, Andrea, Alessandro, Angelo y Arianna; por su parte, Aberto y Barbara decidieron continuar con aquella tradición, por lo que sus mellizos se llamaban Alice y Antonio.

Me pregunté qué harían las futuras generaciones cuando se les terminasen los nombres que empezaban por la "A". ¿Volver a empezar? ¿Pasarse a otra vocal?

El primero en regresar al comedor fue Andrea, que se había cambiado de ropa y ahora llevaba puesta una camiseta y bermudas. Detrás de él entró Arianna, que parecía estar de morros, y después Antonella. Cerraba la comitiva Alec, que nos lanzó una mirada rápida y musitó:

—Supongo que lo habéis oído todo, ¿no?

Tan educado como siempre, el bueno de James negó con la cabeza. Por mi parte, yo me encogí de hombros y asentí. Después de poner los ojos en blanco, Alec se dejó caer en una de las sillas libres.

Comimos unos deliciosos *tagliatelle al cinghiale,* además de un plato tradicional de la isla: *ragù* de jabalí. Loretta había hecho desde cero los *tagliatelle* mezclando harina, huevos y esfuerzo. Según nos explicó la abuela de Alec, la máquina de pasta que ella empleaba no hacía más que cortar la masa para darle su característica forma alargada y plana.

También nos contó que, antes de poder echarle la salsa, la carne necesitaba pasar por un proceso de preparación de unas treinta y seis horas. Primero había que lavarla y dejarla reposar en un bol de agua fría con sal, que había que cambiar cada poco rato hasta que se quedase transparente. Después, Loretta la pasaba a una sartén de freír en la que había echado apio, zanahorias y cebolla, y añadía un chorrito de vino. Según nos reveló, el sabor de la carne mejoraba cuanto más tiempo pasaba marinando.

Desde luego, sabrosa estaba. Nunca antes había comido nada igual. Pese a tener un sabor más fuerte que el del *ragù* normal, la mezcla con la salsa de tomate y la verdura le daba un toque suave increíble. Ningún restaurante habría podido competir con aquella delicia.

Cuando estábamos terminando de comer, el último hermano que nos quedaba por conocer hizo su aparición cargado con una enorme caja de madera llena de higos recién recogidos. Ni siquiera hizo falta que nos lo presentasen. Además de ser el segundo hijo más joven, Angelo era el que más se parecía a Alec; solo que tenía unos rasgos algo más suaves, y la sonrisa más dulce que había visto en toda mi vida. Según Andrea, Angelo fue el único que decidió convertirse en

agricultor, y tomar el relevo con el negocio familiar, al acabar los estudios.

—¡Aleee! —chilló, entusiasmado, al ver a su hermano mayor—. No te creo, ¿¡has venido de visita!? ¡Ven a darme un abrazo!

De inmediato, Alec hizo lo que le pedía.

—Colega, ¡apestas a fruta podrida! Menos mal que, como eres el mejor, me la suda por completo.

—Sé que igual te sorprende, pero es lo que tiene trabajar duro —replicó Angelo con un guiño—. Antes de hacer la ronda de presentaciones, si no os importa, voy a pasar por la ducha. Que os aproveche el postre, ¿eh?

—Angi, cielo, te he guardado un plato de pasta —le avisó su madre.

—Eres la mejor —respondió Angelo, lanzándole un beso.

—Me cae de puta madre —decidió Jenn. Yo opinaba lo mismo.

Sin embargo, a quien me descubrí observando fue a Alec. Estaba lanzándole pullas a Andrea, que terminó por lanzarle varios de los higos que había traído Angelo mientras su madre les echaba una bronca de campeonato por jugar con la comida.

Jamás lo había visto tan feliz.



Después de almorzar, Antonella nos mostró las habitaciones donde dormiríamos cada uno de los cuatro. Resultó que no se había enterado de que había una chica en el grupo hasta que vio a Jenn entrar por la puerta, por lo que hizo algunos cambios en la organización de camas y habitaciones sobre la marcha. Al final, Jennifer terminó en la habitación de Arianna, mientras que Alec iba a dormir en un colchón inflable en el cuarto de Andrea. Siendo el más joven de todos, Marco se quedó con la antigua cama de Alec, que estaba en la habitación de Angelo, de manera que por descarte James y yo quedamos relegados al sofá-cama de la *tavernetta.* Pese a que dicha estancia era el equivalente de los hogares italianos a un sótano, cuando bajamos vimos que no quedaba bajo tierra. De

hecho, y gracias a que la vivienda estaba edificada sobre un terreno en desnivel con una pendiente considerable, nuestra habitación improvisada daba al jardín trasero.

Hasta ahí, todo sonaba razonable, pero Alec no tardó en declarar que preferiría morir antes que compartir habitación con Andrea de nuevo. Con tal de mantener la paz, Angelo le ofreció intercambiar camas; y todo habría terminado ahí si Marco no hubiese preguntado si podía cambiarle el sitio en la *tavernetta* por la cama extra en la habitación de Angelo, en la que ni siquiera iba a dormir el propio Angelo. Sin embargo, yo no tenía ni la más mínima intención de sacrificar aquel sótano que incluía un botellero repleto de vino, un pequeño saloncito *y* un acceso directo al jardín trasero, y Marco comprendió rápido que no iba a moverme de aquel pequeño santuario. Al final, se salió con la suya a base de insistirle a James en que le cambiase el sitio a Alec.

Así que, una vez más, Alec y yo terminamos compartiendo habitación. Lo cual era… Irritante, supongo. Hasta cierto punto.

—*Oh, no, there was only one bed*…[1] —musitó James en voz baja cuando terminó la ronda de negociaciones.

—¿Eh? —pregunté, un tanto confundido. A diferencia de la *tavernetta,* su nueva habitación contaba con dos camas, así que…

—Nada —se apresuró a decir él, negando con la cabeza.

---

1 *N. de la T.: Alusión al tropo literario "Only One Bed" (lit.* "Solo una cama"*), que es muy común en obras de subgénero romántico tanto originales como de* fanfiction. *Dicho recurso de trama consiste en que los dos personajes entre los que terminará por establecerse una relación sentimental (que, por tanto, tienen química romántica y/o sexual) acaban teniendo que compartir una única cama cuando, pese a que hay atracción por una o ambas partes, todavía no se han implicado física ni emocionalmente. Para mayor detalle, así como para leer más acerca de la relación del* Only One Bed *con otros tropos de trama y con diferentes arquetipos de personajes, se puede consultar el recurso* https://tvtropes.org/pmwiki/pmwiki.php/Main/ThereIsOnlyOneBed

Alec



Antes de que nadie me acuse de nada: no fue por eso. No me quejé de la organización de las camas porque quisiera terminar compartiendo habitación con Kim, en serio. Fue porque Andrea es un capullo, y yo hubiera preferido dormir en el jardín a tener que hacerlo en la misma habitación que él. Por otro lado, cuando Marco me pidió que le cambiara a James la cama de Angelo por la de la *tavernetta*, en lo que pensé fue en que tenemos todo el vino ahí abajo. ¿Cómo iba a decir que no a eso?

Me acordé de que Kim también dormía ahí abajo unos instantes después, pero no tardé en decidir que tampoco me importaba demasiado. A fin de cuentas, era lo mismo que compartir una habitación del *bed & breakfast*, ¿no?

Pero lo que no se me pasó por la cabeza hasta que fue demasiado tarde fue que la *tavernetta* lo que tenía era un sofá-cama, que en absoluto era lo mismo que compartir una habitación de *bed & breakfast*.

Después de que Alberto terminase de adecentarme el pelo y la barba, que para mi gusto recortó demasiado, volví a toda hostia a la casa para suplicar el perdón de Andrea y rogarle que volviésemos al plan original. ¿Respuesta del pedazo de gilipollas? Cerrarme la puerta en toda la jeta. Dio tal portazo que hasta temblaron los cuadros de la pared.

Plan B; intenté cazar a James por los pasillos antes de que se fuera a la playa con Angelo, Jenn y Marco. Tenía en mente pedirle

que me cambiase de nuevo la cama, pero ¿a quién me encontré, en vez de a James? Como no podía ser de otro modo, a Marco. Al oírme explicar mi apuro, el chaval se echó a reír, me dio una palmadita en el hombro y me deseó suerte antes de dejarme con la palabra en la boca de un portazo.

Así que volví al salón, preguntándome si mamá me permitiría dormir en su cuarto si me humillaba lo suficiente, y fue allí donde me encontré a Kim y a mi *nonna* mirando las fotos de familia.

—Siempre supimos que era el más inteligente de todos, ¿sabes? —estaba diciendo la abuela—. A Alberto le encantaban los deportes, mientras que a Andrea no había quien lo parase. ¿Pero Ale? Su curiosidad infinita era extraordinaria. Recuerdo que de pequeño, a los tres años o así, su padre comenzó a leerle una enciclopedia adaptada que hablaba de muchos árboles, plantas y animales que hay en Italia. Llegó un momento en que Ale se lo sabía de memoria, hasta el punto de que fingía que estaba leyéndolo él solo pese a que no había aprendido a leer todavía.

—Bueno, a día de hoy sigue siendo muy inteligente —respondió Kim—. Todos sus compañeros de trabajo le admiran, y sin él, la empresa se habría hundido hace tiempo.

—¡Oye! —dije a pleno pulmón. Ambos se dieron la vuelta para mirarme—. Los mocosos se van a la playa.

—Ya, lo sé —me contestó Kim—. Estoy algo cansado para ir, pero pasadlo bien.

Cierto. Desde luego, había tenido una noche complicada. Una de la que, por otro lado, él no sabía que yo era consciente.

—Nah, yo no estoy para esos trotes. De hecho, estaba pensando en dar un paseo. ¿Te apetece venir?

Kim asintió con la cabeza y se despidió de mi abuela. Aunque todavía quedaba un rato de luz natural antes de la puesta de sol, ya soplaba una suave brisa marina de última hora de la tarde. Tras ducharse, Kim se había puesto una camiseta de color granate y unas bermudas de color beis. Llevaba al cuello una fina cadena plateada que combinaba con la pulsera que llevaba en la muñeca izquierda.

No se había echado colonia, ni tampoco loción *aftershave*. Como casi siempre, olía a champú y gel de baño con olor a coco. Pero

también había una nota de algo único, que olía a *él* de una forma tan íntima como especial.

—Me gusta tu nuevo look —comentó tras un rato.

—¿Hablas del pelo, o de la barba?

—Ambos. Te quedan bien.

Después de discutir un rato, Alberto se había salido con la suya y me había cortado el pelo de tal forma que lo llevaba mucho más corto por los lados y por la nuca que por arriba. Me había dejado suficientemente largos los mechones de la parte superior como para que pudiera hacerme una coleta o un moño con ellos, si me apetecía. Por otro lado, mi barba de Gandalf el Zarrapastroso había sucumbido a las tijeras de mi hermano, que la había recortado y saneado hasta dejarme con una suave barbita de más o menos un centímetro de largo. Aunque echaba de menos tener una pedazo de barba que me diese aires de maestro en posesión de una gran sabiduría ancestral, Alberto tenía razón cuando me insistía en que era muchísimo más cómodo llevarla corta.

—Ah, gracias. He sido la buena acción del año de Alberto, que además de cortar el matojo de barba que llevaba antes me ha recomendado unos cuantos potingues para que no se me vuelva a ir de madre.

—Genial, entones. Cuando yo tengo un mal día, esforzarme un poquito más de lo normal en tener buen aspecto suele hacerme sentir mejor. Quién sabe, igual descubres que a ti también te funciona mimarte por fuera para cuidarte por dentro.

Me resultó muy dulce oírle decir eso. ¿Era esa la razón por la que Kim tenía hoy un aspecto todavía más increíble de lo habitual?

—Fíjate que no te imagino con barba —respondí, sonriendo.

—Intenté dejármela crecer hace unos años, y fue de las decisiones más horribles que he tomado en mi vida. Me pasé una semana entera con un sarpullido espantoso.

—¿Tan sensible tienes la piel? Claro, ahora comprendo por qué utilizas gel de baño especial para pieles atópicas infantiles.

—Premio para el señorito —confirmó Kim. Noté que una mueca imperceptible le tironeaba de las comisuras de los labios, y no pude

evitar sonreír al darme cuenta. ¿Acaso le daba vergüenza que me hubiese dado cuenta?

Al escudriñar su rostro me encontré con su mirada, que sostuvo la mía durante un largo momento.

—¿En serio piensas que soy inteligente? —terminé por preguntarle.

—De vez en cuando tienes tus momentos de chalado peligroso para la sociedad, pero sí. Sí que lo pienso.

Cruzamos la carretera para continuar caminando en dirección a la cima. Al llegar a los escalones de piedra que generaciones anteriores de agricultores y ganaderos habían incrustado en la ladera de la colina para facilitar la subida y bajada, le tendí la mano a Kim sin pensármelo dos veces con intención de ayudarle a no resbalarse. Olvidé cómo respirar en cuanto sus dedos rozaron los míos.

—¿Sabes? De pequeño, me gustaba tanto aprender sobre la naturaleza, los árboles y los animales que pasé años dándole el coñazo a mi familia con que de mayor iba a ser biólogo.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —me preguntó Kim.

—Ver morir a mi padre, en 2009 —respondí, desviando la mirada a la vez que le apretaba la mano con más fuerza—. Tuvo un aneurisma cerebral. Fue el día de los Difuntos, que es el 2 de noviembre. Subió a la montaña para trabajar, y no volvió a bajar.

Se me atragantaban las palabras, arañándome la garganta como bestias.

No me voy a acostumbrar nunca a hablar de esto, ¿a que no?

Aunque no fui capaz de mirar a Kim a la cara, él reaccionó tirando de mi mano para entrelazar sus dedos con los míos. Continuamos caminando, y en pocos minutos llegamos a la entrada principal del cementerio. Desde fuera, parecía un parque cualquiera. Todos los caminitos de arena estaban flanqueados por estallidos de hierba y flores.

—Pasó muy deprisa —continué explicándole a Kim, que no me había soltado la mano aún—. Cuando la ambulancia llegó al hospital, ya era tarde. Según los médicos, no sufrió, lo cual nos consoló un poco. Esa parte nos tocó vivirla al resto.

Continuamos paseando por aquel laberinto de flores, velas y lápidas hasta llegar a la tumba de mi padre. Suspiré al comprobar que el mármol de color crema de su lápida estaba reluciente, y decorado con flores cuyo dulce perfume ayudó a aliviar el dolor punzante que sentía en el pecho. Hortensias, margaritas y orquídeas frescas me devolvían la mirada desde el lugar donde las habían depositado aquella misma mañana. Mamá no se olvidaba de venir a visitar a papá ni un solo día.

—Voy a acordarme de aquel día hasta que me muera —musité—. Esa sensación de desesperanza, de impotencia… Durante el funeral, Ari se me durmió en brazos. Tenía tres años, y yo no podía dejar de asustarme pensando en qué iba a decirle si se despertaba y me preguntaba dónde estaba papá. Me pasé toda la ceremonia cerrando los ojos para contar hasta tres, con la esperanza de que al volver a abrirlos todo hubiera vuelto a como era antes. Con la esperanza de regresar a la normalidad.

—Alec…

La voz de Kim apenas fue más que un susurro. Yo apenas lograba respirar debido al nudo que se me había formado en el pecho, pero quería terminar de contarle aquello.

—Fue la sensación de impotencia de aquel día lo que me hizo decantarme por el grado en Ingeniería Biomédica. Quería poder ayudar a gente con la misma enfermedad… Pero aquí estamos, años después. Las cosas no han cambiado, y tampoco yo lo he hecho. No hago más que fracasar una y otra vez, porque sigo siendo incapaz de hacer nada bien.

—¿Cómo puedes decir eso? Alec, mírame. —Kim estiró el brazo para acariciarme la nuca con la mano que tenía libre, obligándome a alzar la vista—. Tu carrera profesional acaba de empezar, pero con eso y con todo, ya estás haciendo grandes cosas. ¿O se te ha olvidado que saliste en el periódico hace unos años?

—Aquello fue pura potra, pero aunque no hubiera sido así, quien se lleva los aplausos y la fama cuando los resultados cuadran es mi jefe. Me he pasado ocho años formándome para investigar esta mierda y, ¡sorpresa! No estoy haciendo nada importante. No estoy marcando la diferencia, ni mucho menos.

—¡Claro que estás haciéndolo! —replicó él—. Estoy seguro, pero *seguro*, de que tu investigación ha progresado lo suficiente como para que puedas defender la tesis y sacarte el doctorado mañana mismo, si te apetece. ¿Por qué no das ese último empujón, y te vas de la empresa de tu tutor en cuanto acabes?

Sacudí la cabeza, derrotado.

—No te haces una idea de la cantidad de mierda que tengo encima, Kim. Con el informe de investigación que presenté como Trabajo de Fin de Máster, le jodí años de investigación a uno de los peces gordos del tema, al que no le hizo ni puta gracia. Cuando estás en un área tan especializada como la mía, tienes como mucho a cinco o seis tarados que estén trabajando con el mismo tema y puedan ayudarte a mover más investigación al respecto. Así que ¿qué pasa cuando la cagas con uno de ellos? Que, como se conocen entre sí desde hace años, la has cagado con todos. Rechazaron mi propuesta de tesis doctoral en dos universidades porque ese tío se encargó de ir una por una hablándoles de lo cabronazo y mal trabajador que yo era. De hecho, conseguí entrar en la empresa de mi jefe solo porque ya me había dado clase durante el grado y el máster, y sabía qué esperar. Yo pensé que me estaba haciendo un favorazo, porque se estaba jugando pasar a estar en la lista negra de los cuatro otros pringados que trabajan en lo nuestro, pero ¡adivina qué! Solo quería utilizarme como mano de obra barata.

—¿Pero cómo…? —empezó a preguntar Kim—. Vamos a ver, si tus resultados son prometedores, ¿por qué no iban a tomarlos en serio?

—¿A ti te parezco un científico serio?

—Qué d…

—Dime la verdad, Kim. Si tú me vieses sin conocerme, ¿dirías que soy un tío cuya carrera investigadora merece la pena como para invertir miles de euros en ella?

—¿Qué tiene que ver tu aspecto con tu trabajo?

—Mucho más de lo que piensas. Yo soy muy consciente, porque me lo han dicho, de que no tengo un aspecto lo suficientemente profesional, y sé que andan diciendo sobre mí que soy conflictivo.

—Vaya gilipollez, Alec.

—Ya, si lo sé.

Aparté la mirada con la esperanza de que Kim dejase el tema, pero no funcionó.

—No, no lo sabes, porque en el fondo crees que *es* culpa tuya. Por eso no dejas la empresa de tu jefe, ni presentas tu tesis.

Me mordisqueé el labio inferior mientras sucumbía al suave roce de los dedos de Kim contra mi nuca, y volví a buscar la mirada honesta de Kim.

—Alec, de verdad, no es culpa tuya por mucho que te hayan puteado para que acabes pensando lo contrario.

Tragué saliva, y esbocé un patético intento de sonrisa que fracasó casi al instante.

—De verdad que *eres* la persona más inteligente que conozco —me repitió Kim. Su voz sonaba mucho más cálida de lo que yo la había oído nunca—. No, yo no conocí a tu padre, pero me basta con saber lo que me habéis contado hoy tu familia y tu para saber que estaría orgulloso a más no poder de todo lo que has logrado.

Cerré los ojos mientras me resbalaban lágrimas calientes por las mejillas. Noté que Kim apartaba la mano de mi nuca, y desentrelazaba nuestros dedos. Durante un segundo que se me hizo eterno me hundí todavía más en la desesperación, sintiendo cómo ardían la vergüenza y el arrepentimiento en la oscuridad que me inundaba el pecho.

Entonces sentí las suaves manos de Kim sobre la piel de mi rostro, acunando mi cara con las palmas mientras me enjuagaba las lágrimas con los dedos. Fue un gesto a la vez tímido y ensordecedor, que no hubiera podido imaginar recibir de nadie más que él.

—Le echo de menos, Kim —susurré—. Hace doce años que murió, y aun así es como si no hubiera pasado ni un día… Ni *uno*, en que no me haya sentido de esta forma.

—Siempre lo echarás de menos —murmuró él—. No son sentimientos de los que debas avergonzarte, ni a los que tengas que resistirte. Permítete llorarle, y permítete sentir cuánto duele que ya no esté. No son fracasos, Alec. Son una muestra de cuánto quieres a tu padre.

Alcé las manos para estrecharlo entre mis brazos, pero dudé antes de llegar a hacerlo. ¿Y si no tenía su permiso para hacer algo así? No me salían las palabras, pero Kim supo ver qué necesitaba y, sin pensárselo dos veces, alzó los brazos para rodearme el cuello y me sostuvo con el abrazo más cálido y tierno que nadie me había dado nunca.

Le mostré mi dolor, y Kim comenzó a sanarlo. Le mostré mi vergüenza, y Kim vio en ella fortaleza. Le entregué mi corazón, y Kim lo acunó en sus manos con ternura.

Fue entonces cuando supe, en lo más profundo de mi ser, que iba a dedicar el resto de mi vida a querer a aquel hombre lo mejor que supiera.

Kim

Alec era la viva imagen de su padre. En la fotografía enmarcada que descansaba al lado de la lápida, Armando mostraba una sonrisa tan genuina, abierta y sincera como la de su hijo.

Me daba cuenta de cuánto había herido la pérdida a la familia, pero también de la fortaleza que habían construido apoyándose los unos en los otros en lugar de dejándose arrollar por el dolor del duelo.

Durante el paseo de vuelta a casa tras visitar el cementerio, Alec me contó que Alberto había hecho todo lo posible por suplir el papel de padre cuando Armando murió; sobre todo con Angelo y Arianna, que tenían diez y tres años respectivamente en aquel momento. También me explicó que Andrea dejó los estudios para ponerse a trabajar, y que tanto su madre como sus hermanos insistieron en que Alec acabase el instituto para poder ir a la universidad.

—¿Ves esto? —dijo, mostrándome el número '25' que llevaba tatuado en la muñeca derecha—. Era el número de la suerte de mi padre. Alberto, Andrea y yo nos lo hicimos un mes después de que muriese, cada uno en una parte del cuerpo diferente. Por supuesto, Angelo también se lo hizo cuando cumplió dieciocho años.

—¿Creéis que Arianna también se lo tatuará? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ni idea. No creo que se acuerde apenas de papá, y sigue siendo pequeña.

—Qué curioso. Y yo que pensé que ya tenía quince años.

—Bueno, pero para mí siempre será la peque de la casa.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. Solo que por eso mismo es por lo que se ha enfadado contigo.

—¿Y eso quién lo dice?

—Bah, solo un tío con dos títulos de profesional de la educación. Qué sabrá él.

La sonrisa que me dedicó Alec hizo que me diera un vuelco el estómago. Seguro que no era más que el cansancio, que me estaba empezando a pasar factura. Después de todo, llevaba despierto casi cuarenta y ocho horas, durante las cuales nos habíamos cruzado media Italia sin despeinarnos.

—Muy bien, profe, ¿qué es lo que cree usted que debería hacer para llevarme algo mejor con mi hermana pequeña?

—Para empezar, doctor, deje de tratarla como si fuera una cría. Pídale su opinión, escuche lo que tiene que decir y tome en consideración sus ideas.

—Pan comido —replicó él—. Si puedo ser un caballero, también puedo ser un hermano mayor de la rehostia.

No pude evitar sonreír al recordar la rosa que me había dado la noche anterior, que yo había guardado entre las páginas de un libro para prensarla. *Siendo él, quizá puedo…*

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¿Al doctor, al caballero o al hermano? —preguntó—. ¿Con cuál te paso?

—Con el caballero. —Hice una breve pausa—. ¿De verdad la gente en Italia se da besos en la mano?

Hubo unos segundos de silencio, durante los cuales Alec pareció pensar en ello.

—Ya no —respondió—. Quiero decir… Hace décadas, el besamanos se utilizaba para saludar a las damas, pero cayó en desuso. Pero si tu pregunta es más bien sobre si a día de hoy sería raro, yo te diría que no. Lo que ocurre es que es un gesto tan íntimo y dulce, al menos en mi opinión, que no le besas la mano a cualquiera.

—Creo que veo por dónde vas. ¿Se trata de algo exclusivamente romántico?

Alec me miró fijamente, como si intentase descifrarme. Cosa que parecía estar logrando poco a poco, por otra parte.

—No creo que exista ningún gesto que lo sea —respondió al final —. Pensé que no te gustaba el contacto físico, pero ahora empiezo a no saber qué pensar.

—Bueno, no te equivocabas. No me gusta que me toquen, en general, pero no es porque sea asexual. Es que no me gusta tener a extraños invadiendo mi espacio personal. Para serte sincero, en Corea el contacto físico no está demasiado bien visto, así que no es tan raro que a mí no me entusiasme.

—O mucho me equivoco, o ahora viene un 'pero'.

Me mordí el labio inferior, nervioso.

—Sí. No me entusiasma, pero… Es diferente cuando me toca alguien a quien conozco, y en quien confío.

—¿Es diferente porque te da igual, o porque te gusta? Porque son dos cosas muy distintas. Si te da igual, entonces imagino que solo lo toleras por complacer al otro. Pero si sí que te gusta, entonces lo estás haciendo también por ti mismo.

—Yo no… Pues… Creo que está… Bien. Puede. No sé. Menuda estupidez. Lo de antes no… Ha estado bien.

Sentí que me iba a explotar la cabeza. ¿Qué demonios estaba haciendo? No solo me había sincerado respecto a mis sentimientos por Eric el día anterior, sino que ahora le estaba contando algo de lo más bochornoso sobre mí mismo.

Alec dio un paso hacia delante, y me tomó de la mano. Tras darle un suave apretón, se la llevó a los labios para coronar con un beso mis nudillos.

La barba me hizo cosquillas, aunque mucho más suaves de lo que habían sido cuando le di un abrazo hacía unos minutos. En ese momento, Alec se estaba aferrando a mí con desesperación, y si enterró el rostro en la curva de mi cuello fue en busca de consuelo y refugio. Pero en esta ocasión me estaba ofreciendo algo, en lugar de pedirlo; algo íntimo y dulce, en sus propias palabras, que me hacía sentir vulnerable.

—Qué va. No es una estupidez —musitó—. ¿Hay alguna otra cosa de la que te hayas deprivado porque pensabas que era un gesto exclusivamente romántico?

¡Si yo te contara! Cientos.

—Puede —admití, y se me quebró la voz en la segunda sílaba.

—¿Como por ejemplo, cuáles?

Sentarme demasiado cerca. Hablar con suavidad. Sonreír cuando me sonríen. Pasear tomados de la mano. Tocar la cara. Pasar el brazo por los hombros. Abrazar. Besar.

Besar de cualquier forma, en cualquier parte del cuerpo.

—Nada. Da igual —musité.

Porque me había dado cuenta de algo.

Estoy utilizando a Alec.

Como consecuencia de lo amable que estaba siendo Alec conmigo, yo me estaba arrogando el derecho a pedirle un contacto físico y una cercanía que no solo no me merecía, sino que llevaba muchos años fingiendo no necesitar. No era justo.

—¿Qué? De eso nada. No da igual.

—Lo siento. Prefiero no hablar sobre el tema.

No seas tan dulce conmigo. No soy tan buena persona como pareces pensar.

Solté la mano de Alec.

Querer que me tocasen, querer sentir el roce de otra piel contra la mía… Empecé a sentir todas esas cosas el día en que me di cuenta de que estaba enamorado de Eric. La mayoría de ellos nacían de los celos, y durante años me ocupé de mantener todas aquellas nuevas necesidades a raya y guardadas bajo llave. Durante años, me limité a huir de ellas mientras me decía que ese tipo de cosas no era para mí.

No necesito que nadie me toque.

No necesito que nadie me abrace.

No necesito que nadie me quiera.

—Kim, ¿qué te pasa? ¿He hecho algo mal?

Tras siete años de amor no correspondido, yo ya no era tan iluso como para creer en que quizás las cosas pudieran cambiar.

—No, esto… Esto es cosa mía. Llevo todo el día muy cansado, y necesito irme a dormir cuanto antes —logré decir, a duras penas, mientras en mi mente se repetía el mismo mantra una y otra vez.

Eres más fuerte que esto. Más fuerte que tus sentimientos.

Quizás no fuese mala idea añadirle una coletilla.

No utilices a Alec para cubrir tus carencias emocionales de mierda.

—Kim, por favor, me siento muy perdido ahora mismo. Ayúdame a entenderte.

Negué con la cabeza.

—De verdad, no te preocupes. No pasa nada. Estoy bien.

Esbocé una sonrisa de plástico, falsa y vacía, antes de repetirle que no pasaba nada en absoluto. Luego eché a andar en dirección a la casa sin esperar a Alec, quedándome de nuevo como siempre había estado: solo.

4 de septiembre de 2021

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:05

colega. o me estás escribiendo una novela d fantasía en este chat

o t pasa algo raro

KIM - 20:05

?

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:06

esq veo q sales como escribiendo

desde hace un buen rato

KIM - 20:06

Ah, ya veo

Igual me he dejado el chat abierto, y es por eso

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:07

vale vale

pero seguro???

KIM - 20:07

Sí, seguro

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:07

mmmm ya

q andas haciendo??

KIM - 20:07

Más bien qué NO ando haciendo

Que es mantener vigilados al hermano y la prima de Rob

Espero que no se entere jamás

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:08

lololol

siento decir q james mandó una foto de la playa x el grupo, asiq rob sabe 100% que no has ido

pq no fuiste??

KIM - 20:08

No pude dormir anoche, así que me he echado una siesta

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:08

aaaah, igual era x la emoción del viaje??

KIM - 20:08

Más bien porque me cuesta dormir en camas que no son la mía

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:09

espero q el tal alessandro no siga siendo un gilipollas y tomándote el pelo

KIM - 20:09

No le llames eso

Ni siquiera le conoces

KIM - 20:10

Lo siento

Sé que eso es lo que llevo diciéndoos de él varios años

Pero me equivocaba

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:11

ya, entiendo

lo siento

venga ya kim, está claro q algo te pasa

KIM - 20:12

No pasa nada

En serio, no te preocupes por mí

Vuelve con tu marido

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:12

mi futuro marido anda planeando algo

no m ha dicho q, pero lleva todo el día al tlf

…….por un casual no te ha dicho nada no?? 🥸

KIM - 20:13

Pues no lo sé, depende de qué sea

Si terminái teniendo un koala de mascota, más os vale nombrarme su padrino

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:13

deja d tomarme el pelo y ve a comer algo

q se ha hecho tarde

KIM - 20:14

Sigo hablando con Eric, o te ha robado Rob el teléfono?

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:14

pq lo dices

??

tan raro es q me preocupe por si mi mejor amigo está pasando hambre??

KIM - 20:14

Raro no, innecesario

Tú preocúpate por tu koala, que ya me ocupo yo de mi cena

ERIC EL INNOMBRABLE - 20:14

bueno vale

pero q sepas q estoy aquí si me necesitas

Alec

Se me hacía muy raro estar en casa. Era como si, a la vez, nada hubiera cambiado pero todo fuera diferente. Como todavía hacía buen tiempo, decidimos cenar fuera, por lo que sacamos dos mesas de plástico al jardín delantero. Tras añadir una mesita plegable y sillas, logramos que cupiese todo el mundo.

Mi *nonna* estaba preparando su *polpette di riso* frito como plato principal, consistente en bolas de arroz, atún y huevo empanadas con pan rallado. Para hacer la espera más amena, había *frittata,* ensalada y una pequeña tabla de quesos y embutidos.

Casi se me había olvidado lo escandalosa que era mi familia, sobre todo cuando mis sobrinos estaban presentes. Desde que Barbara se había plantado en la casa con ellos, una hora o así antes de la cena, me habían hecho subirme por las paredes. Mientras que Alice no dejaba de insistir en que hiciéramos un experimento de química, "de los que hacen pum" según ella, Antonio quería saber más sobre astronomía. En concreto, sobre las supernovas, que no podían estar más lejos de mi área de trabajo. Por cómo hablaba del tema supe enseguida que ya sabía más que yo, pero como no quería decepcionarle, sugerí que ayudase a su hermana con el experimento. Opté por ponerlos a extraer el ADN de un plátano, y aproveché que estaban concentrados en los pasos a seguir que les había explicado para leerme un par de *papers* sobre astronomía en el teléfono.

—¡Lo estás haciendo mal! ¡Tío Alec ha dicho que lo estrujemos bien fuerte! —se quejó Alice.

—¡Pero si lo estoy estrujando bien fuerte!

—No lo suficiente. ¡Por tu culpa nos va a salir mal el experimento!

—Oye, oye, menos humos los dos —chisté, levantando la mirada del *paper*—. Yo lo veo estrujado a la perfección. ¿Cómo va esa disolución química? —le pregunté a Alice.

Disolución química que, en realidad, no era más que un chorro de agua templada con una cucharada de sal y otra de jabón líquido; pero no me sentí con ánimo de arruinar la magia del momento explicándole eso a mi sobrina.

—¡Pues muy bien, doctor! —replicó ella, tirándose de las solapas de su batita de laboratorio de talla seis años mientras me miraba toda orgullosa.

Sobre las ocho y media, Arianna se acercó a nuestro laboratorio improvisado tras la piscina.

—Ya casi está la cena, y los de la playa ya han vuelto.

—Gracias —respondí, girándome para mirar a los niños—. Bueno, ahora toca mezclar todo esto e irnos a cenar. Lo dejaremos reposar hasta después del postre.

—Ah, ya, lo del ADN del plátano. Qué recuerdos —sonrió Ari.

—¿Nos echas una mano? —le sugerí—. Tenemos que añadir el alcohol a nuestra disolución.

—¡Pero tíooooooo, a nosotros no nos dejas tocar el alcohol! —se quejó Antonio.

—Claro que no. Es que solo pueden manejarlo personas adultas —repliqué yo, tendiéndole el frasquito a Ari.

Por toda respuesta, se sentó a nuestro lado para verter el líquido en el tubo de ensayo con el que andábamos trasteando. En cuanto terminó, me miró como para comprobar que lo había hecho bien.

—Hala, fenomenal —decidí—. Todo el mundo a cenar. Primero lavaos las manos, ¿eh? —avisé a los niños—. Sin dejaros ni un dedo, como los científicos de verdad.

—Síii, ya lo séee —se quejaron los dos al mismo tiempo.

Cuando me di la vuelta, me encontré con que Ari estaba cotilleando mi teléfono.

—Alguien está haciendo trampas, y no voy a decir quién eres —comentó.

—Venga ya. Todavía creen que soy el tío que lo sabe todo, así que me toca estar a la altura. Suficiente he tenido con perder mi estatus de 'hermano que lo sabe todo'.

Clavando la mirada en el suelo, Ari se colocó un mechón de pelo suelto que se le había escapado de la trenza tras la oreja.

—Siento haberte llamado gilipollas.

—Siento haber sido un gilipollas.

Le acaricié la mejilla con el pulgar, haciendo que sonriese. Se le formó un hoyuelo adorable junto a la boca, igualito al de la *nonna* Loretta.

Ari se acercó más para darme un abrazo.

—Te he echado de menos —susurró.

Le di un beso en la coronilla.

—Yo a ti también, Ari.

—¿Cómo es que no te has ido a la playa con los demás? —me preguntó—. ¿Has ido a ver a papá?

Me limité a asentir.

—*Nonna* decía que te habías llevado a tu novio de visita al cementerio.

Fruncí el ceño.

—Espera, ¿que la *nonna* ha dicho que es mi novio?

—Qué va, eso ha sido suposición mía. ¿Acaso me equivoco?

—Por desgracia, sí.

—Vaya decepción, hermano.

Me crucé de brazos, algo incómodo.

—Bueno, y ¿por qué no te has ido *tú* con los demás?

—Pff. La última vez que fui a la playa, un compañero de clase se rió de mí porque decía que mis tetas son como dos picaduras de mosquito. Delante de *toda* la clase. *Toda.*

—Qu… Pero ¿¡quién cojones es ese desgraciado!?

—¿¡Verdad!? Mamá me dijo que no le diera importancia, Andrea se rió de mí y ¿a que no adivinas lo que dijo Angelo? "Dile a tu

amigo que tus tetas se parecen más a dos picaduras de avispa. Moza, que tengo tierras y sé de lo que hablo". —Imitaba a Angelo a la perfección, y a mí me costó contener la risa.

—Joder, vaya mal trago. Ya lo siento.

Mi hermana asintió con la cabeza.

—Sí que lo fue, pero bueno. Gracias por escucharme.

Oh. Pues va a resultar que Kim tenía razón.

—Perdonad que os interrumpa. —Oír la voz de Kim casi me da un infarto—. De parte de vuestra madre, si no estáis sentados a la mesa dentro de cinco segundos os vais a quedar sin postre.

Tras lanzarnos una mirada furtiva, Ari le dio las gracias a Kim antes de marcharse en dirección al porche.

—Buenos días, Bella Durmiente —saludé—. ¿Qué tal la siesta?

Por toda respuesta, Kim asintió de forma casi imperceptible.

—Le prometí a Antonio que iríamos a la playa con el telescopio después de cenar. Si te apetece, puedes unirte —le ofrecí, sonriéndole.

Después de pensarlo durante un instante que se me hizo eterno, Kim se encogió de hombros.

—Claro. ¿Por qué no?

Kim

Era incapaz de decirle que no.

Cada vez que decidía distanciarme de él, Alec me volvía a atrapar en su órbita sin hacer ni decir nada. Quizá me resultase tan fácil estar cerca de él porque nunca me sentía presionado a hablar. Cuando mencioné que mi relación con mi hermano no tenía arreglo, vio lo incómodo que me sentía con el tema y no insistió más ni volvió a mencionarlo. Después de que yo le contestase de muy malas maneras ese mismo día, me dejó dormir en paz y respetó mi espacio hasta que me sentí preparado para volver a interactuar con otras personas. Una y otra vez, sin que hicieran falta palabras, vi en sus ojos cuánto se preocupaba por mí.

No sabía qué sentir al respecto. Todo me resultaba cada vez más confuso.

Durante la cena tuve ocasión de conocer a Barbara, la esposa de Alberto, y a los mellizos. Alice parecía especialmente interesada en hablar conmigo, porque decía que me parecía a una de sus compañeras de clase. Pese a que al final resultó que su amiga era japonesa, aquello solo alimentó la curiosidad de Alice, que entró corriendo en la casa para echar mano de un globo terráqueo del tamaño de su propia cabeza. Me pidió que señalara dónde estaba Corea del Sur, y luego me preguntó si "allí también tenéis kimonos". Yo le mostré varias fotos de distintos *hanbok,* que a ella le entusiasmaron porque "¡hala, pero si parecen trajes de princesa!".

Aquello desató otro sinfín de preguntas por parte de todas las personas adultas allí presentes, claro. Desde qué lugares recomendaría visitar hasta qué comida tradicional me gustaba más, mis idols de K-pop preferidos y la rutina de *skincare* más eficiente.

Cuando me mudé a Italia, me acostumbré a que me preguntasen ese tipo de cosas todo el tiempo. Sin embargo, había pasado tanto tiempo que casi se me había olvidado lo que era hablarle de mi cultura de origen a personas de un país tan diferente a Corea.

Tras la cena, Alec y yo acompañamos a Alberto y toda su familia a ver las estrellas desde la playa. Aunque James y Marco habían estado a punto de acompañarnos, hubo un cambio de planes de último momento. James se enteró de que Angelo había invitado a Jenn a pasear un rato por la feria del pueblo, y no quiso que se quedase a solas con él. A pesar de que yo le recordé que no era más que un puñado de puestos y tres atracciones cutres, así que no hacía falta que se pusiera en modo "mejor amigo sobreprotector", él no dio su brazo a torcer.

—Anda que no pasan cosas en las ferias del pueblo, Kim.

Bastó con ver el tono de rojo del que se le puso la cara mientras decía aquello para decidir que no quería saber a qué se estaba refiriendo.

Nuestra pequeña comitiva aparcó el coche en el arcén de la carretera, tras lo cual tuvimos que bajar por una escalinata de piedra para llegar a la playa más cercana. Estaba tan oscuro que nos tocó utilizar la linterna del teléfono para no dejarnos los dientes en una piedra, pero en cuanto llegué a suelo firme y alcé la mirada, todo cobró sentido. Miles de estrellas resplandecían con fuerza contra la negrura de la noche, con una belleza que me robó el aliento. Aún en fase creciente, la luna no era más que un débil arco luminoso en la lejanía.

Mientras Alberto y Barbara montaban el telescopio con ayuda de Alice, Antonio empezó a hacerle cientos de preguntas a Alec sobre el espacio. Decidí alejarme del grupo para ver la orilla más de cerca. Pronto el vaivén rítmico de las olas me envolvió, y noté que una brisa fresca me acariciaba la cara.

Cuando me quité los zapatos, no pude evitar estremecerme al notar la fría arena en los pies. Sin embargo, seguí caminando en dirección al agua, y no pude evitar que se me escapase un suspiro cuando el mar rozó al fin mi piel.

Tras romper contra la orilla, la espuma blanca de las olas me hacía cosquillas, y sin darme apenas cuenta me encontré pensando otra vez en cómo me había tocado Alec la noche anterior. ¿De verdad no habían pasado más que veinticuatro horas? ¿Cómo podía ser que el huracán de recuerdos que me estaba robando el aliento fuera producto de un único día? Alec, cuyas manos eran más suaves de lo que nunca habría imaginado. Alec, que se había dado cuenta de cuál era mi gel de ducha. Alec, que se permitía llorar en mis brazos tras besarme la mano. La persona más inteligente que conocía; alguien que, pese a que lo habían arrinconado en las profundidades de sus miedos e inseguridades, seguía siendo capaz de querer con locura a su familia. De sonreír con *aquella* sonrisa suya, pese a las dificultades con las que tenía que lidiar a diario.

—Sálvame, que me desmayo —bromeó el hombre en cuestión, dándome tal susto que pegué un brinco.

—¡Qu…! ¿Hace cuánto que estás ahí?

—Perdón —se disculpó con una sonrisa—. He venido en busca de un lugar para esconderme de mi sobrino, porque no tengo ni puta idea de qué demonios está diciendo y no quiero que se dé cuenta.

No pude evitar reírme, pero enseguida me interrumpió un escalofrío.

—Oye, ¿no se suponía que el agua mantiene el calor durante la noche?

Aquello hizo que Alec bajase la mirada a mis pies.

—Sí, pero a ver, que ya estamos en septiembre. Va haciendo más frío.

—Vaya, qué suerte la mía —mascullé, retrocediendo unos pocos pasos.

—Estás temblando.

—Se me ha olvidado traer una chaqueta.

Alec me tendió su sudadera.

—Toma, póntela. Yo no la estoy utilizando, así que me haces un favorazo si te la pones. Pasearla de un lado a otro es un engorro.

—Gracias. —Cuando me puse la chaqueta, mi cerebro debió de sufrir un apagón general, porque de repente me dio por decir tonterías como si fuera lo más normal del mundo—. Huele a ti.

—¿Alcohol, sudor y pizza, quieres decir?

—Más bien a suavizante y Nutella.

—Oh, maravilloso. Ese es mi olor cuando estoy sobrio, sí.

—Me encanta.

¿Se puede saber qué demonios estoy diciendo?

Alcé la mirada y me encontré con la de Alec, que me observaba con tal intensidad que mis pensamientos descarrilaron. Tan cerca del mar, con la luz de las estrellas reflejada en el agua, podía verlo con claridad. Con tal claridad, pese a la semipenumbra, que me pareció adivinar el cálido color marrón de sus iris.

—Me encanta tu familia —confesé—. Yo llevo sin hablarme con mis padres ocho años, o así. La última vez que supe de alguno de ellos, fue de mi hermano, que me llamó para decirme que había muerto para él.

Al oírlo, Alec alzó la mano para posarla sobre mi rostro, acariciándome la mejilla con el pulgar suavemente. Pese a que era un roce ligero, apenas perceptible, me resultó imposible pasar por alto el vuelco que me dio el estómago.

—¿Qué ocurrió? —me preguntó con delicadeza.

—Timé a mis propios padres por unos cincuenta millones de *won*… Para que te hagas una idea, eso son más o menos cuarenta mil dólares. Así fue como reuní el dinero suficiente para mudarme a Italia.

Boquiabierto, Alec me observó con asombro.

—¿Sabes? —añadí, antes de que él pudiese decir nada—, tengo muchas cosas por las que arrepentirme, pero pese a toda esa culpa soy un egoísta de mierda. Así que me paso los días fingiendo que no pasa nada, que estoy bien, con tal de conseguir arañar algo más de tiempo junto a las personas a las que quiero. Todo el que pueda, porque algún día alguien verá cómo soy en realidad y me echará a patadas de una vez por todas.

Me había esperado que le cambiase la cara a Alec. Que se decepcionara, o que se quedase estupefacto, o cualquier otra cosa; y, en cualquier caso, me había dicho a mí mismo que estaba preparado para afrontarlo. Después de todo, estaba diciéndole aquello para que comprendiera que más le valía mantenerse alejado de mí. Sin embargo, lo que hizo fue seguir mirándome, hasta el punto de hacerme dudar de si me habría oído bien.

—Cuéntame más —me pidió—. Cuéntame todas estas cosas por las que te sientes tan culpable, Kim.

—¿Por qué?

—Porque hablas de ellas como si fueran lo único que importa sobre ti.

—Es que *son* lo único que soy.

Noté que me apretaba con determinación la mandíbula.

—Genial. Venga, si de verdad piensas eso, ponme a prueba. Cuéntamelo todo. Hasta el último pecado que para ti es imperdonable, y tan terrible que hará que todos tus amigos te echen de sus vidas cuando se enteren. ¡Venga! Así veremos si tienes razón. Si te sales con la tuya, desapareceré de tu vida para que puedas seguir haciendo lo que creas conveniente y odiándote a rabiar. Pero si cuando termine la noche sigo aquí, Kim… Igual no eres el monstruo que crees ser.

Oí que, a lo lejos, Barbara y los niños nos llamaban. Me giré hacia sus voces.

—Deberíamos volver con el resto.

Pero Alec me alzó la barbilla para mirarme de nuevo a los ojos, más serio de lo que jamás lo había visto.

—Antes, prométeme que lo hablaremos luego.

No. Era una idea espantosa. Debería apartarle la mano y decirle que se metiera en sus propios asuntos.

—Te lo prometo.

Alec



Resultó que Kim guardaba muchos más secretos de los que yo jamás me hubiera imaginado. Después de nuestra conversación en la playa me dediqué a observarlo en silencio, siendo ahora muy consciente de que él creía vivir en tiempo de descuento.

Todo cobraba sentido a la luz de esa revelación. Por eso James me insistió en que Kim siempre cuidaba de sus amigos ante todo, sin pedir jamás el mismo trato cuando él mismo necesitaba ayuda. Por eso ocultaba sus sentimientos hacia la persona de la que se había enamorado. Por eso fingía que estaba preparado para perderlo todo en cualquier momento, y por eso… Por eso Kim creía no merecer que le pasaran cosas buenas.

Papá, parece que me he ido a enamorar de la persona más complicada que conozco.

—¿De verdad tenemos que…? —empezó a preguntarme cuando, un buen rato después, estuvimos de vuelta en nuestra habitación-cueva.

—Sí —interrumpí yo, echándole las sábanas por encima de la cabeza.

—Vale, pero ¿tiene que ser bajo las mantas? Me voy a asfixiar.

Había algo increíblemente tierno en la cara que me estaba poniendo Kim. Se había incorporado, apoyándose en los codos, y tenía los labios fruncidos en un puchero que me dieron ganas de comerle a besos.

—Por supuesto que sí. Es la regla número uno para compartir secretos, Kim. Nadie te oirá siempre y cuando te hayas cubierto con las mantas.

—Sigo sin entender qué pinta en todo esto la linterna.

—Bah, es que le da ambientillo a la situación. No me mires así, que las normas no las he escrito yo.

—Qué curioso, porque de hecho me da la sensación de que te las estás inventando sobre la marcha.

—¡Regla número tres! Siempre hay que tener a mano algo para picar —continué, tendiéndole una bolsa de patatas fritas con sabor a sal y vinagre.

Con cierto escepticismo, Kim metió la mano dentro de la bolsa.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—A ser posible, por el principio.

Fue entonces cuando nos interrumpió un griterío tremendo, que parecía venir del piso de arriba. Tras intercambiar una mirada de confusión, Kim y yo nos pusimos de pie para ir a abrir la puerta con discreción.

—¿¡Es que no puedes dejar de hablar de mi hermano ni cinco minutos!? —gritó Marco.

—¿Qué? *¿¡Qué!?* Venga, hombre, ¡llevo todo el día sin mencionarle ni siquiera por accidente! ¿¡A ti qué demonios te pasa, Marco!? —James parecía estar bastante alterado.

De inmediato, Kim puso los ojos en blanco.

—Joder, Marco —susurró. Luego alzó la voz lo suficiente como para que los dos chavales lo oyeran—. Vosotros dos, bajad la voz. No sé qué os pasa, ni es asunto mío, pero no son horas de andar pegando gritos.

Vi que Marco abría la boca, casi seguro que para decirle a Kim que se metiera en sus asuntos y los dejase tranquilos, pero James se le adelantó.

—Kim tiene razón. Ya hablaremos.

Dicho lo cual se dio media vuelta y se marchó, casi seguro que en dirección a la habitación que ambos compartían. Aunque Marco nos lanzó una mirada venenosa, Kim se la sostuvo con tal

indiferencia que al crío no le quedó más remedio que dejarse de chorradas.

—Creo que acabas de ganar el premio a la mirada que más acojona del año.

Por toda respuesta, Kim me dio un pisotón para que me callase.

—Tú —le ladró a Marco, negando con la cabeza—. Baja aquí. *Ahora*. Tenemos que hablar.



Una vez Marco estuvo sentado a la mesa de la *tavernetta*, Kim le ofreció un vaso de agua bien fría. Ahora que ya se le había bajado el cabreo un poco, Marco tenía la mirada clavada en el suelo, y parecía a punto de morirse de la vergüenza.

—Escucha, lo siento, ¿vale? —terminó por decir el chaval—. No sé por qué he dicho todo eso.

—Pues yo tengo muy claro por qué —respondió Kim, paseándose por la sala con los brazos cruzados.

Yo, mientras tanto, me había sentado sobre la cama y fingía estar leyendo algo en el teléfono. Pese a que creí que tenía cierta idea de qué iba a decir Kim a continuación, no pude evitar mirarlo boquiabierto cuando continuó hablando.

—Siento muchísimo decirte esto, Marco, porque no es agradable ni de oír ni de comunicar, pero… James está enamorado de tu hermano. Y no hablo de enamorarse en el sentido de pensar, "vaya tío más alucinante, le quiero tanto". Más bien en el sentido de saber que quiere pasar el resto de su vida con Rob. Se ha mudado al otro lado del mundo para estar con él, así que vete haciendo a la idea de que ni de coña va a dejar a Rob para estar contigo. No va a pasar.

Aunque resultaba doloroso ver la expresión herida de Marco, era imposible culpar a Kim de nada. Lo único que estaba haciendo era decirle al chaval lo que a él mismo le hubiera gustado oír cuando se enamoró de su mejor amigo.

—Eso ya lo sé —replicó Marco, con la voz rota—. Juro que no tenía intención de que pasase nada con… Joder, el año pasado,

cuando conocí a James, nos dio por bromear sobre el tema. De hecho, fingí que me gustaba para ver si así mi hermano se daba cuenta de lo que sentía por él. Pero entonces…

Hizo una breve pausa, mordisqueándose el interior de la mejilla mientras seguía con la mirada clavada en el suelo.

—No sé. Al poco tiempo, mi novia de entonces bromeó con que si no estuviera saliendo conmigo, habría pensado que de verdad me gustaba James. Eso me hizo pensar, joder, si no me atraía James en absoluto, ¿por qué se me pasó por la cabeza fingir que me ponía? Además, cuando Rob vino con James al pueblo este verano, yo ya no… Intenté no pensarlo demasiado, pero no dejaba de darle vueltas a la idea de que ni de coña estaba pillado de James, y al final me di cuenta de que sí. Joder. Me gusta mucho, y me siento como la última mierda del planeta porque es una putada. Es mi amigo, además del novio de mi hermano. Es una putada, y no sé qué hacer.

—Vale. Yo sí lo sé —replicó Kim.

Aquello hizo que Marco levantase por fin la cabeza. Tomó aire antes de mirar a Kim a los ojos.

—Ponle punto y final, ahora que todavía puedes —continuó Kim —. Eres joven y estás empezando a comprender quién eres, y qué quieres, ¿no? Céntrate en ello. Sal por ahí tú solo. Conoce gente nueva, y si hay alguien que te pique la curiosidad, proponle una cita. Sobre todo, no te quedes cerca de él. Sé que quieres, y sé que se te va a hacer difícil. Sé que querrás estar a su lado por si te necesita, y ser el que esté *ahí* cuando su pareja no pueda por cualquier motivo. Sé que piensas que sabrás manejar la situación, y que estarás satisfecho con lo que James pueda ofrecerte como amigo porque significa que seguirá siendo parte de tu vida, pero no. No funciona así.

Jesús. Ni siquiera se ha parado a tomar aire.

Resultaba imposible descifrar la expresión de Kim en aquel momento.

—Estos sentimientos no van a llegar a ninguna parte. Solo van a hacerte daño y, si Rob y James se enteran, también les dolerá a ellos.

Tras aquello, se hizo el silencio. Marco parecía sentirse perdido, pero Kim… Kim parecía haberse quedado a la deriva en el mar.

No pude soportarlo más. Dejé caer el teléfono sobre el colchón y me acerqué a ellos, con las piernas cruzadas al borde de la cama.

—Perdón por interrumpir, pero ¿puedo…?

Algo confundido, Kim asintió, así que me giré para mirar a Marco.

—Mira, Marco, todo lo que Kim acaba de decirte es cierto. Tal y como yo lo veo, es un consejo que te cagas, y en líneas generales estoy de acuerdo en que deberías hacer lo que te ha dicho para evitar terminar con el corazón roto.

Ladeé la cabeza, y no me hizo falta más que mirar de reojo a Kim para saber que se había dado cuenta de que tenía un "pero" en la punta de la lengua.

—Pero —continué—, como estamos hablando de lo que sientes, quiero añadir que tus sentimientos también importan, y no tienen nada de malo. Te gusta alguien. Pues joder, eso es muy bonito, y por cómo lo has explicado además es la primera vez que te gusta un tío. ¿No?

Con los puños apretados sobre las rodillas, Marco asintió.

—Acojona que no veas, la primera vez. —Le sonreí—. Mira, yo me pasé toda la adolescencia pensando que nunca me iba a gustar nadie que no fuera una mujer. En el instituto me eché novia, que por cierto resulta que era Barbara, y durante unos meses fue todo genial. Hasta que, durante una fiesta en casa de no sé ni quién cojones que cumplía años, besé a un tío con el que coincidía en algunas clases. Fue increíble, y a la vez se me cayó el alma a los pies. Me encantó, y lo odié, y me pasé varios días dándole vueltas hasta que me di cuenta de que no odié el beso en sí mismo, sino el hecho de que me había gustado.

Aquello hizo que, al fin, Marco me sonriera con calidez.

—Fue entonces cuando por fin me di cuenta de que era bisexual. Hoy por hoy me identifico más como pansexual, pero bueno, esa no es la cuestión —continué—. *Saber* lo que sentí al liarme con aquel tío no hizo que me acojonase menos la idea. Mentiría si te dijera que no me planteé fingir ser heterosexual el resto de mi vida. Me dije a mí mismo que, como también me gustaban las chicas, tampoco

pasaba nada por fijarme solo en ellas para mantener las apariencias. Pero no hubo forma. Era vivir en una mentira, así que al final dejé a mi novia y salí del armario con toda mi familia. Debo decir que aquel tío y yo rompimos a las dos semanas de empezar a salir, pero valió la pena permitirme ser yo.

Cuando me detuve para tomar aire, Marco asintió con timidez. Me froté la nuca.

—Así que supongo que lo que quería decirte es… No pasa nada por tener miedo, porque todos nos acojonamos en algún momento cuando se trata de darnos cuenta de que igual, y solo igual, estamos dentro de un armario. Pero lo que quiero que recuerdes de ahora en adelante es que la gente que de verdad te quiere se va a quedar a tu lado. Los que no lo hagan… Quizá no fuese gente que te mereciese.

Marco se frotó los ojos, y se aclaró la garganta.

—¿Entonces tú también crees que debería explicarle la situación a James, dejar que me rompa el corazón y seguir con mi vida?

—Yo haría eso, sí —respondí con honestidad.

Durante unos instantes, Marco se quedó callado. Parecía estar procesando todo lo que le habíamos ido diciendo Kim y yo. Al final, asintió.

—Pensaré en ello. Gracias por hablarlo conmigo, chicos.

—Nada, para eso estamos.

Acompañé a Marco hasta la puerta, satisfecho con la idea de haber podido ayudar a alguien con mi propia experiencia de autodescubrimiento. Sin embargo, no pude evitar suspirar al darme cuenta de que Kim y yo íbamos a retomar la conversación donde la habíamos dejado…, porque no sabía qué esperarme tras ver a Kim a punto de romper a llorar mientras le contaba mi historia a Marco.

Kim

Cuando Marco se marchó de vuelta a su habitación, tomé asiento sobre la cama. Subí las piernas al colchón, abrazándolas mientras enterraba el rostro en las rodillas. No era nada nuevo sentir que era basura, pero hacía tiempo que no me daba tan fuerte.

—¿Kim? —Sentí que la tranquilidad que desprendía la voz de Alec se me clavaba en el pecho como una puñalada.

No levanté la mirada, pero noté que se sentaba en la cama y se acercaba a mí por cómo se meció el colchón. Esperó a estar a mi lado antes de seguir hablando.

—Venga, va, ¿en qué se parecen un miembro del Congreso y un condón? Joder, perdón, que sin querer le acabo de quitar la gracia. Quería decir diputado.

—Para —susurré—. Le has dicho a Marco que quienes de verdad le quieran se van a quedar a su lado, pero conmigo no va a ser así. Nadie como yo termina teniendo un final feliz.

Aquello hizo suspirar a Alec.

—Hostia, Kim, que lo dices como si hubieras asesinado a alguien. —Hizo una pausa—. Vale, perdón, pero por motivos legales te lo tengo que preguntar. ¿No habrás, por un casual, asesinado a nadie?

Levanté la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—No, que yo sepa.

—De puta madre. Eso que tenemos ganado. —Me sonrió con tal dulzura que me desarmó por completo—. Ahora, ¿qué te parece si retomamos la conversación donde la habíamos dejado?

—Está bien.

Tras aclararme la garganta, me limité a mirar a Alec durante unos minutos. Tardé un rato en reunir el valor necesario para empezar a contarle mi historia.

—Cuando era pequeño, allá por los noventa, yo fui un niño actor. Salía en series de televisión, anuncios y cosas así.

—¡No jodas! —Alec sonrió de oreja a oreja—. ¿Así que un niño prodigio, eh?

—Qué va —resoplé, poniendo los ojos en blanco—. Pasaba las audiciones porque era monísimo, no por mérito propio. Había niños con muchísimo más talento que yo.

—Así que eras monísimo… Viéndote ahora, me lo creo, sí.

Le lancé una mirada venenosa.

—Oye, ¿y si te busco en YouTube? ¿Me saldrá el mini-Kim adorable?

—Ni te molestes. Por una parte, empleaba un nombre distinto cuando estaba en el mundillo de la farándula, y por el otro, tendrías que saber cómo buscarlo en coreano.

—Esta historia mejora por momentos. ¿Qué pasó después?

—A decir verdad, me gustaba bastante trabajar en la televisión. Por mucho que me contratasen por mi imagen, yo me esforzaba muchísimo para estar a la altura de todos los profesionales que me rodeaban.

—Viniendo de ti, no me extraña.

—Ya… Todo iba bien hasta que empecé a detestar mi trabajo.

—Pero ¿qué cambió?

Me dejé caer sobre la cama. Alec se tendió a mi lado, apoyándose en los codos para poder mirarme. Clavando la mirada en las vigas de madera del techo, yo continué hablando.

—Cuando cumplí catorce años coreanos, que bajo estándares occidentales serían trece, me ofrecieron un contrato a tiempo completo en la industria audiovisual. Mis padres querían que aceptase, claro. Según ellos, iba a ser increíble, y seguiría teniendo tiempo libre que dedicarle a mis hobbies y amistades… Pero la presión me superó casi de inmediato. Me matricularon en un instituto muy estricto, y no había ni una clase que no me dejase

física y mentalmente exhausto. Tras dos meses intentando sobrevivir a aquello, les supliqué que me ayudaran, porque no podía más.

—Lógico. ¿Cómo vas a decidir a qué quieres dedicarle el resto de tu vida siendo un mocoso de trece años? Menuda barbaridad.

Recé para que no se fijase en la horripilante sonrisa que esbocé al oír aquello.

—El problema era que, para entonces, mis padres ya habían invertido muchísimo dinero en mi educación. Pidieron un préstamo para pagar la matrícula, así que cuando me di por vencido con las clases… Jamás había visto a mi padre tan furioso. Nos pasamos días discutiendo, y solo me permitió dejar los estudios bajo la condición de que, a partir de aquel momento, obedeciera todas y cada una de sus normas.

—¿Y por eso te sientes tan culpable? Kim, solo eras un crío. Yo habría hecho lo mismo que tú.

—Tras abandonar el mundo del espectáculo, las cosas mejoraron un poco. Incluso empecé a llevarme mejor con Sion, mi hermano pequeño, con el que casi no me hablaba antes de dejar la escuela. Por aquel entonces, aún no me odiaba, y eso que era culpa mía que papá y mamá estuvieran todo el rato enfadados. Durante varios años, la gente siguió reconociéndome por mis anuncios y cameos en televisión, y se me acercaban porque les daba curiosidad lo de hacerse amigos de un famoso. Creo recordar que empecé a recibir bombones, flores y cartas de amor por San Valentín nada más empezar la secundaria…

—Por Dios, tu vida es como un anime shojo.

—Qué va; es peor —repliqué—. No sé si te haces una idea de lo serio que es el tema del romance en Corea del Sur. Lo primero que te va a preguntar cualquier persona a la que conozcas es si tienes pareja, y como respondas que no, puedes estar seguro de que intentarán encontrarte una.

—No tenía ni idea —admitió Alec—. ¿Cómo fue para ti aquello?

—Yo no… No estaba interesado en nada de eso. Era demasiado joven, y pensé que igual la atracción ya aparecería más adelante, pero la presión era muy fuerte. Así que empecé a salir con la chica que más creativa fue con los bombones de San Valentín.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Esconderlos dentro de un peluche que tuve que apuñalar para sacarlos.

Aquello le sacó una risita a Alec.

—Vale, eso es o de genio o de psicópata.

—Bueno, era una chica gótica. Nada mal, la verdad. Nuestro primer beso fue creo que dos meses después, y por supuesto, fue ella quien lo sugirió. Pero a mí me dejó indiferente, y al final la chica terminó rompiendo conmigo porque no le hacía sentir especial, o algo así.

Hice una pausa para cambiar de postura, tendiéndome sobre un costado. Frente a mí, Alec hizo lo mismo, de manera que ambos estábamos tumbados de lado mirándonos a los ojos. Los de Alec no me estaban juzgando. Tan bonitos como de costumbre, había algo puro, sincero y reconfortante en ellos que me hacía sentir que le podía contar lo que quisiera. Por esa razón, decidí seguir hablando.

—Después de aquello, tomé por costumbre cambiar de pareja cada pocos meses. Supongo que estaba esperando a ver si sentía… Ese "algo" , ¿sabes? Ese "algo" que yo suponía que todo el mundo siente cuando tiene una relación con otra persona. Pero el tiempo fue pasando sin que yo sintiera ese "algo", y al ver que no sentía nada nuevo, decidí empezar a fingir porque supuse que había algo raro o defectuoso en mí. Durante el instituto, empecé a salir con otra chica, e intenté convencerme de que me gustaba, pero… Quiero decir, era muy buena amiga. No me importaba que me tocase, pero el sexo no era algo que esperase con ganas.

Hice una pausa para tratar de ordenar mis pensamientos.

—Si te incomoda hablar del tema, no hace falta que me lo cuentes.

—Qué va, no pasa nada. —Me encogí de hombros—. Fluctúo entre indiferente y abierto a las relaciones sexuales, y a nivel físico, lo disfruto. El problema era que mi mente estaba en otro lado, Alec, porque la intimidad sexual no era más que un "debería". Por no mencionar que ella daba por sentado que era yo quien tenía que hacerlo todo, cuando lo único en lo que a mí me apetecía pensar era en que se terminase de una vez.

—Joder, Kim, lo siento muchísimo. Suena espantoso.

—Estaba cada vez más confuso, y no lograba centrarme en los estudios, así que mis padres no tardaron en empezar a mosquearse conmigo. Sion empezó a guardarme rencor por la tensión en casa, y dejamos de hablar. Un día, hablando del tema con un amigo, insinuó que igual, si no me atraían las chicas, debería probar a estar con un chico.

—¿Se refería a sí mismo?

—De hecho, sí. Engañé a mi novia durante tres meses con él.

—¡Pero bueno!

—Ya, sí, tú ganas el premio a la integridad moral. Enhorabuena.

—¿Cómo te sentías con él?

—Supongo que, al principio, me emocionaba que fuera algo que teníamos que llevar en secreto. Pero a día de hoy debo decir que lo único que saqué de aquello fue una valiosa lección: los besos con lengua me dan un asco que me muero.

Por toda respuesta, Alec se limitó a mirarme fijamente.

—Lo bueno es que el tema sexual se volvió mucho más soportable. Al menos ya no tenía que hacer yo todo el esfuerzo, así que… No estaba tan mal.

—Soportable —repitió despacio.

—A la larga, él se dio cuenta de que a mí no me apetecía demasiado, y no se lo tomó nada bien. Me dijo que era un reprimido de mierda, yo le respondí que se fuera a tomar por culo, y él decidió sacarme del armario con mi novia, que me sacó del armario con mis padres, que amenazaron con no permitir que volviera a poner un solo pie en la calle durante el resto de mi vida.

—Hostia. Pues sí que se ha liado en un momento.

—Vaya que sí. Mis notas daban lástima. Aunque la única asignatura que se me daba bien era el inglés, mis padres se negaron a invertir más dinero en que estudiase idiomas en la universidad. Sobre todo, claro, después de arruinar mi vida a lo grande. Mi padre terminó decidiendo que cuando me graduase empezaría a trabajar en una empresa familiar, y mi madre me comunicó que ya estaba moviendo hilos para concertarme un matrimonio. Uno en el que yo no tenía ni voz, ni voto.

El gesto de Alec rebosaba tal compasión que tuve que reprimir las ganas de hacer chistes a costa de mi pasado para que no sintiera lástima por mí.

Cuando su mano envolvió la mía, me encogí de forma instintiva. Sin embargo, no me aparté, y terminé por darme cuenta de que llevaba queriendo que Alec volviera a tocarme desde que volvimos de la playa.

—Tienes que entender que mis padres estaban muy chapados a la antigua —dije, como si eso justificase sus acciones—. La única persona de mi familia a la que le caía bien era mi abuela por parte de madre. Cuando murió, me dejó parte de la herencia, así que yo pregunté a mis padres si podía hacer un viaje a Europa después de graduarme. Pensaba, a fin de cuentas, que aquel era el final de mi libertad. Quise ver el mundo por mí mismo una última vez antes de rendirme, y permitir que hicieran de mí lo que quisieran.

Gracias a la calidez que desprendía la mano de Alec, fui capaz por primera vez en mucho tiempo de terminar de contar mi historia.

—Viajé por Europa en 2012, y conocí a mucha gente. En Venecia, compartí una habitación del albergue con unos estadounidenses de mi edad, más o menos, y una noche mientras nos tomábamos unas cañas me preguntaron si nunca me había planteado si era asexual. —No pude evitar sonreír al recordarlo, y noté que Alec también lo hacía—. No sé ni cómo explicarte lo feliz y acojonado que me sentí al oír eso. Me pasé toda la noche buscando información en Internet, y cuanto más pensaba en la etiqueta "aroace", más me daba cuenta de que yo no tenía nada de raro, ni mucho menos defectuoso. Por primera vez en mi vida sentí que no necesitaba que nadie me arreglase, y a partir de ese momento, el resto del viaje fue como un sueño hecho realidad. Fue como si hubiera vuelto a nacer.

—Conozco esa sensación —admitió él.

—Pocos días después, en Londres, conocí a Eric. Mi mejor amigo.

—Así que es él, ¿no?

Me limité a asentir.

—Tardé un par de años en empezar a sospechar que me gustaba, pero…

—Enamorarse no se trata de resolver el Cluedo, pero…

—Pero —continué, haciendo caso omiso—, a decir verdad, congeniamos a las mil maravillas casi al instante. No sé por qué, llámalo química o llámalo equis, pero apenas un día después de conocernos ya lo sabíamos todo el uno sobre el otro. Aunque no me corresponde a mí contarte su historia, el padre de Eric era un maltratador de mierda. Así que, nada más terminar el instituto, Eric hizo las maletas, se subió al primer avión que salía de Francia y se mudó a Londres. Yo… Yo estaba fascinado. Nunca antes había respetado y admirado a nadie de esa forma.

—¿Fue ese el motivo por el que decidiste abandonar Corea?

—Sí —respondí con sencillez—. Nada era lo mismo cuando volví a casa, porque no podía olvidar todo lo que había visto y aprendido sobre mí mismo. Empecé a odiar a mis padres por lo que me estaban haciendo.

—¿Alguna vez intentaste hablar del tema con ellos?

—Alguna vez —repetí, mordiéndome el labio inferior mientras me cegaban algunos de mis recuerdos más dolorosos—. Según mi padre, estaba siendo un niñato egoísta. Después de todo lo que habían hecho por mí, él opinaba que lo que tenía que hacer era cerrar la boca y hacer lo que me dijesen. Mi madre y Sion, claro, estaban de su parte.

—Pero qué cojones.

—Ya, no sé. En aquel momento los odié con toda mi alma, pero ahora creo que entiendo por qué dijeron eso. Solo intentaban hacer lo que creían que me convenía más, y ya tenían trazado un plan de futuro para mí. Todo habría sido muy fácil si yo me hubiera limitado a obedecer. Sin embargo, seguí haciendo lo que me daba la gana y sacrifiqué la buena reputación de la familia durante el proceso. Incluso aunque me estaban pagando los estudios en aquel momento.

—Bajo mi punto de vista, los egoístas estaban siendo *ellos*. Los hijos no son propiedad de sus padres.

Apreté las manos en puños, y durante un instante que me pareció eterno, no supe apartar la mirada de Alec. Cuánta falta me había hecho oír aquello.

—En fin… —Me aclaré la garganta—. Mi prometida era otra infeliz a la que le habían concertado el matrimonio, así que empezamos a hablar y se nos ocurrió una idea. Fingimos estar locamente enamorados, y convencimos a nuestras madres de que lo que más deseábamos en este mundo era tener una boda por todo lo alto. Elegimos la ropa más cara, los sitios más exclusivos, la decoración más exquisita… Pero lo fundamental fue que logramos que nos dejasen a nosotros manejar el dinero para pagarlo todo.

—Vale, creo que sé hacia dónde se dirige esto.

—Al día siguiente de recibir en nuestra cuenta bancaria conjunta la transferencia, nos repartimos el dinero y huimos de nuestras familias. Yo me vine a Italia sin nada más que una mochila, el pasaporte y una tarjeta de crédito. Dado que fue aquí donde empecé a descubrirme a mí mismo, quise empezar desde cero en el país que me vio volver a nacer. Mi prometida se mudó a Australia, y ahora está casada y tiene dos hijos. Seguimos siendo buenos amigos.

—¿Qué pasó con tu familia?

—Llevo sin hablar con mis padres desde que pasó todo esto. Unos meses después del gran desastre, Sion me encontró en Facebook utilizando la cuenta de una amiga común de ambos, y me vomitó todo su odio y toda su decepción. Dijo que debería darme vergüenza mirarme al espejo, y que… Que yo había muerto para él.

—Kim…

—¿Sabes lo más gracioso? Que no se equivocaba. Todas y cada una de las cosas que me acusó de ser son ciertas. Soy manipulador, un egoísta y un mentiroso de mierda. Si no lo fuese, me habría alejado de Eric en cuanto me di cuenta de que me gustaba, que resulta que es lo que le he dicho antes a Marco que hiciera. Pero me quedé a su lado, porque Eric y mis amigos son la familia que nunca tuve y me aterra perderlos. He hecho todo lo que he podido por disimular mis sentimientos, pero no sé cuánto tiempo más va a durar la farsa. Hasta traté de sugerirle a Eric y su novio que no se casasen, porque no me fío de mí mismo para no arruinar su gran día. Y, aun así, aquí estoy, queriendo saborear hasta el último instante que pueda pasar con ellos antes de tener que despedirme.

—Oye, oye. Para.

Acercándose todavía más a mí, Alec me pasó un brazo por los hombros.

—Tío, eres durísimo contigo mismo. No tienes culpa de nada de lo que te pasó cuando eras pequeño, y tu familia se portó como el culo. Sí, vale, has cometido errores. ¿Y quién no? Jamás he pensado que fueses un santo.

Notaba el aliento de Alec acariciándome la piel, así como su nariz a apenas unos centímetros de la mía. Fui incapaz de decir nada. Nunca antes había permitido a nadie ver tantas de mis inseguridades, tantos de mis errores.

—Pero es que, además, sigo sin pensar que tenga nada de malo enamorarse de alguien. Durante todos estos años, no has intentado seducir a tu amigo, ni tampoco hacer que rompiese con su pareja. Creo que le has querido de una forma altruista e inocente.

—Pero ¿qué pasa con lo de la boda? Ya te he dicho que…

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Y qué? Estás cansado, Kim. ¿Por qué deberías sentirte mal al respecto? Llevas años queriendo en secreto a alguien que se va a casar con otro. Tienes todo el derecho del mundo a que no te haga ninguna gracia.

—¿Lo dices en serio?

Se me quebró la voz, como si fuera de cristal.

—Claro. Mira, ojalá tu familia hubiera sido diferente. Ojalá te hubiesen querido y apoyado incondicionalmente del modo en que mi familia hizo conmigo. Ojalá lo que te hicieron vivir no te hubiera dejado con tantas heridas y cicatrices, pero Kim, te juro que un día verás con tus propios ojos que el amor incondicional no muere tan fácilmente. Que para que te quieran no necesitas más que ser tú mismo. Y la gente se quedará a tu lado, ¿vale? No porque te deban nada. No porque hayas sido perfecto. Se quedará a tu lado por ti, Kim. Porque eres increíble tal y como eres.

Alec



Aquella noche, Kim se durmió con los dedos aún entrelazados con los míos.

Se le cerraron los ojos poco a poco, a la vez que se ralentizaba su respiración, y me fijé en que tenía los labios entreabiertos.

Notaba su respiración, el subir y bajar rítmico de su pecho, a una distancia tan ínfima como peligrosa de mi propio cuerpo.

Me resultó imposible apartar la mirada, así como soltarle la suave mano con la que se aferraba con fuerza a mí. Temí que cualquier mínimo movimiento fuese a despertarle.

Justo antes de quedarse dormido, me había hecho una pregunta.

—Alec… ¿Por qué haces todo esto por mí?

Me pregunté si se acordaría al despertar, y de ser así, si volvería a preguntarme.

Porque, si lo hacía… ¿Podría, por fin, responderle con sinceridad?

Porque te quiero.

Porque te quiero tal y como eres.

Kim

El día del concierto, me desperté sintiéndome descansado y a gusto. Inspiré hondo para disfrutar del frescor de las sábanas limpias, y me encontré con un regusto tan dulce como conocido.

Huele a ti.

A suavizante y Nutella.

Pegué un brinco en la cama, con los ojos abiertos como platos, antes de darme cuenta de que estaba solo en la *tavernetta*. Estaba seguro de que Alec se quedó conmigo hasta que me dormí. Habíamos pasado horas hablando, hasta que al final yo me quedé dormido. Pero además, si no recordaba mal… Nos habíamos tomado de la mano.

Pero si cuando termine la noche sigo aquí, Kim…

Igual no eres el monstruo que crees ser.

Se quedó. A pesar de lo que le confesé, a pesar de saber cómo era yo en realidad, Alec se quedó.

Le eché un vistazo a la pantalla del teléfono, y vi que eran las nueve de la mañana. Me sorprendí al darme cuenta de lo temprano que se debía de haber despertado Alec.

Tras ponerme ropa limpia, me dirigí al piso de arriba. Todas las ventanas de la planta baja estaban abiertas para ventilar, de manera que el olor de los árboles frutales se colaba en cada rincón de la casa. Escuché voces hablando animadamente en el porche, al son del sonido de las cigarras.

Cuando salí fuera, me encontré a mis amigos desayunando con Andrea, Arianna y la madre de ambos. Sin embargo, Alec no estaba por ninguna parte.

Pese a lo ocurrido la noche anterior, James y Marco charlaban tranquilamente. Y, a juzgar por lo poco que llegué a oír, Andrea le estaba intentando vender a Jennifer que Angelo era un partidazo.

—¿Quién quiere a un crío que le traiga flores pudiendo tener a un hombre de alto valor, un tío como Dios manda, que te traerá coliflores de su jardín para cocinarlas?

—Guau, bien visto. Ni que pudiera irme yo solita a comprarlas —respondió ella sin despeinarse, mirándolo con indiferencia.

—Vamos, Andre, deja a la chica en paz —le chistó Antonella. Acto seguido, alzó la mirada y me vio recostado contra el marco de la puerta—. ¡Buenos días!

—Buenos días —respondí, tomando asiento en la silla vacía que había al lado de Andrea. Como llevaba puesta una camiseta sin mangas, en lugar del uniforme, pude ver que en la parte baja del cuello tenía tatuado el mismo "25" que Alec lucía en la muñeca.

—¿Te ha contado Ale qué es este número? —me preguntó, dándose cuenta de que me lo quedaba mirando.

—Sí.

—Alberto lo tiene en el brazo, y Angelo en el pecho.

En aquel momento, Arianna se aclaró la garganta.

—Yo ya he decidido dónde quiero tatuármelo, por cierto —dijo, y a Andrea por poco no se le cayó la taza de *espresso*—. En el tobillo.

Con una sonrisa de oreja a oreja, su hermano mayor la miró con un destello de orgullo en los ojos.

—Dinos el día y la hora, cielo, y allí estaremos los cuatro.

—¿Cómo que los cuatro? Ni se os ocurra llevaros a Alessandro, que es capaz de hacerse otro más sobre la marcha —resopló Antonella, poniendo los ojos en blanco. Luego se giró para mirarme —. Cielo, prometo que en esta casa todavía tenemos modales. Ale me explicó que prefieres desayunar café con ginseng, así que le he pedido que se vaya a comprarlo a la tienda del pueblo. En cuanto vuelva te hago una taza.

Oh. Con que se había marchado a eso.

—Muchas gracias, pero no hacía falta. El *espresso* también me gusta.

Aquello hizo reír a Andrea, que me dio unas palmadas en el hombro. Me envaré al notar el contacto, pero por suerte, apenas fueron unos instantes.

—Vamos, Kim, ¿quién quiere un crío que le traiga flores pudiendo tener a un hombre de alto valor, un tío como Dios manda, que te traerá café con gins…?

—¿¡Pero qué coño estás diciendo!?

Las ruedas de la bicicleta de Alec rechinaron contra la hierba y el empedrado del camino que subía desde el portón, levantando algo de polvo. Se secó el sudor de la frente con el brazo, y me dedicó una amplia sonrisa que me dio escalofríos.

—De nada por hacerte de casamentero —replicó Andrea.

—Prefiero morir solo, y rodeado de gatos que devoren mi cadáver, a que me hagas *tú* de casamentero. —Mientras decía aquello, Alec le tendió una bolsa de plástico a su madre—. Ya no quedaban huevos grandes, así que he comprado de los medianos.

—Gracias, cariño —respondió ella—. Anda, entra y lávate las manos mientras te sirvo un trozo de pastel.

—Ñam.

Al pasar por mi lado, Alec me rozó el hombro. Sentí la calidez de su mano, aun con una camiseta entre su piel y la mía. Estaba suave al tacto, y quizá algo sudorosa. Y, aunque en cualquier otra circunstancia me habría dado algo de repelús… No fue el caso.

Hacía años que no me sentía tan liviano.

Pese a que aquel era un día como cualquier otro, me pareció que el mundo tenía un poquito más de color de lo habitual; que un cosquilleo cálido me llenaba el estómago, haciéndome sonreír como un imbécil.

—¡Bandidos, que nos vamos de concierto! —voceó Alec al volver a la mesa.

Nada más tomar asiento, empezó a parlotear con Jenn y James, mientras su madre intercalaba un sinfín de consejos y advertencias y su hermano hacía chistes de cuñado.

Bajo la mesa, nuestras rodillas se rozaron una vez. Y luego otra. Y otra más.

Ojalá hubiera podido quedarme a vivir en aquel momento para siempre.

Alec

El Festival de Rock Internacional era el mayor evento del año que se celebraba en nuestra islita. Durante toda una semana, cada septiembre nuestro pequeño pedacito de tierra dejado de la mano de Dios se convertía en el núcleo duro del rock internacional, atrayendo a artistas, fans, espíritus libres y algún que otro mamonazo pasado de vueltas. A mí me había cautivado desde el primer año en que se celebró.

Fue en aquella primera edición del Festival donde me hice mi primer tatuaje sin connotaciones traumáticas, a raíz de un concierto de Throne of Worms que me rompió todos los esquemas. Desde entonces, asistir al Festival se había convertido en tradición.

Todos los años, el recinto para el Festival era el mismo, y consistía en una playa de arena fina que quedaba vallada al público cada año cuando se celebraba el evento. Había un único escenario al fondo de la playa, encajado dentro de una estructura en forma de cúpula bajo la cual se erguía una gigantesca pantalla rodeada de altavoces y focos. Gracias a que la pantalla funcionaba por ambos lados, la gente que estuviese al otro lado del escenario podía ver en tiempo real el concierto.

Llegamos bastante pronto con la esperanza de pillar sitio a pie de escenario. Hacía bastante buen día, soleado y caluroso, por lo que la playa ya se estaba llenando de grupos de gente bebiéndose hasta el agua de los floreros, hablando a gritos y poniendo música con altavoces Bluetooth. Huelga decir que nosotros no éramos quién

para criticar a nadie, porque teníamos intención de hacer exactamente lo mismo.

Otro año más, los organizadores del festival habían decidido contratar a nuestra *birreria* local, de manera que la jarra de cerveza estaba más barata que el botellín de agua.

—Madre mía, es como volver a Berlín —comentó Kim al verme regresar con una bebida para cada uno de nosotros—. Recuerdo ver a gente bebiéndose medio litro de cerveza en el tren, a las nueve de la mañana, y replantearme muchas de las decisiones que me habían llevado hasta allí.

Aquello me hizo soltar una risita.

—Si te consuela, aquí todo el mundo viene a lo mismo. Ya verás, en cuanto caiga la noche toda esta peña va a estar pasándoselo como nunca.

—Menudas expectativas estás creando —se mofó Kim.

—¿¡Qué es esa *cosa*!? —se horrorizó James al ver la cerveza.

—Se llama pinta —respondió Jenn, dándole el primer trago al vaso de plástico.

—Una pinta *británica* —agregó Kim.

—Esto es de coña. Siempre nos reímos de Estados Unidos por hacerlo todo en tamaño XXXXL, pero ahora resulta que la pinta de cerveza les parece demasiado —se burló Marco.

—Bueno —se defendió James, arqueando las cejas—, es lo que tiene que nuestro país lo fundasen puritanos.

—Mierda —exclamó Jenn de repente, mirando con asco su cerveza—. Acabo de recordar que aquí los baños son de esos portátiles. Matadme.

—¿Qué problema hay? —le preguntó Kim.

—Cuál *no* hay, más bien. No puedo utilizarlos. Huelen fatal, y con solo respirar cerca de ellos ya estás tonteando con la clamidia.

—¿No te parece que estás siendo un poquito dramática? —preguntó su primo.

—Dijo el que no se tiene que sentar para mear —respondió ella.

Tras echar un vistazo a nuestro alrededor, Kim miró a Jenn.

—Bueno, nadie va a mirarte mal por darte un chapuzón rápido.

Los cuatro nos dimos la vuelta al unísono para mirarlo fijamente.

—Oírte a *ti* decir algo así tiene gracia —expliqué.

—¿Por qué? Ni que tú no lo hubieras hecho nunca en tu vida.

—Sujétame la cerveza —le ladró Jenn a Marco antes de salir corriendo hacia el agua. Ni medio segundo después, James salió disparado detrás de ella.

—¿¡Tú también, James!? —se espantó Marco.

—¡Me apetece nadar un rato! —respondió James a gritos—. ¡De verdad!

—¡Mentiroso de mierda! —replicó su amigo.

Kim y yo nos miramos, y no pudimos aguantarnos la risa.

—Qué asco —jadeó él.

—Y todo por tu culpa, ¡qué cosas! Cuando le cuente la historia a la gente, me voy a asegurar de dejar muy claro que esto ha sido idea tuya.

—¿A la gente? Tú esto te lo vas a llevar a la tumba.

—¡Los cojones! Lo mejor con diferencia de cualquier concierto son las anécdotas. Son únicas, muy mamarrachas, y alguna que otra vez hasta terroríficas, pero en cualquier caso son lo que crea esa conexión trascendental con tus compañeros de festival.

Pareció que había logrado convencerle, porque Kim me miró con una enorme sonrisa que jamás le había visto dedicarle a nadie.

Aunque no me sonaba de nada el primer grupo de la noche, enseguida me fliparon los *screamos* y la forma que tuvo el cantante de interactuar con el público animándonos a hacerles los coros, bailar al son de un bajo sin piedad y jugar al 'yo nunca' con la letra del estribillo. Toda mi atención estaba puesta en vivir aquel momento, en recordar cada uno de los pequeños instantes que hacían de aquel concierto un puto sueño hecho realidad. La sensación de la arena bajo mis pies; el frenesí de la multitud al aplaudir, saltar y cantar con los artistas; el estallido de música cuando mi grupo favorito subió al escenario; el penetrante olor a salitre; las risas mientras nos tirábamos al agua entre conciertos. Era el nirvana, el cielo, todo lo que nadie podría desear vivir al menos una vez en su vida. Era música, y euforia, y la sensación de comerme el puto mundo.

Respiraba música en vivo, respiraba emoción. No había ninguna grieta en aquel momento perfecto por la que pudieran colarse pensamientos intrusivos, preocupaciones o recuerdos agridulces. Sentía que dentro de mí ardía un fuego abrasador. Estaba vivo, y joder, me *sentía* vivo.

Notaba la mente embotada, casi seguro que por el alcohol, la adrenalina y un leve pitido sordo en los oídos. Seguro que por las carcajadas que me desgarraban el pecho, y me entrecortaban la respiración. Seguro que por la extraordinaria sensación de tener el brazo de Kim rodeándome la cintura.

Espera, ¿qué?

¿Cuándo me había…? ¿Era consciente de que me estaba abrazando?

Ajeno a mi confusión, Kim estaba charlando con los demás. Riéndose. Riendo con esa preciosa boca, esos ojos que iluminaban todo el firmamento y todas las demás facciones perfectas que tenía su cara. Pero fue cuando alzó la cabeza para mirarme que sentí cómo me perdía en él, él, él. Le pasé los brazos sobre los hombros, entrelazando los dedos de ambas manos contra la nuca de Kim, y me incliné hacia delante.

—¿Qué hace un chico como tú en un sitio como este? —susurré, apoyando la frente contra la suya.

—Pasar una noche increíble —me contestó, mirándome como si no hubiese nada más en el mundo—. No sé cómo explicarlo, pero… Es culpa tuya. Todo esto. ¿Qué estás haciendo?

Esbocé una amplia sonrisa, notando un calor repentino en el estómago.

Enamorarme más y más de ti con cada día que pasa.

Tal y como le había explicado a Marco, que te gustase alguien era muy bonito.

Vaya por Dios. Iba a tener que aplicarme el cuento, ¿eh?

—Necesito hablar contigo de una cosa —farfullé—. Pero en otro momento. A solas. Cuando vuelva a estar perfectamente.

Mirándome a los ojos, Kim soltó una risita.

—Perfectamente *sobrio*, diría yo. Pero vale, trato hecho.

Kim

PUSIMOS RUMBO de regreso a la finca de la familia de Alec en cuanto abrió la estación del tren al día siguiente. En cuanto tomamos asiento, Alec me pasó un brazo por los hombros y apoyó la cabeza en mi pecho, quedándose dormido casi al instante.

Aquello me resultaba extraño. Yo jamás cedía el control, ni me permitía mostrar vulnerabilidad. Pero los brazos de Alec eran muy diferentes a lo que me había imaginado. Eran un lugar seguro.

Por eso, dejé que me acunase, y me abandoné a su actitud protectora. Quizás por primera vez en toda mi vida, no estaba con la cabeza en otra parte. Lo único que existía en aquel momento era Alec, y solo Alec, y nada más que Alec. Cada vez que tomaba aire, estaba impregnado de su olor, de la calidez de su aliento mientras se acurrucaba contra mí para echarse una cabezadita. Cada vez que exhalaba, su nombre ardía con un poquito más de fuerza dentro de mi pecho.

Alec, y solo Alec, y nada más que Alec.

La *nonna* de Alec nos recibió con una torre de tortitas recién hechas. Nada más ver nuestras caras empezó a reírse a carcajadas, afirmando entre hipidos que esta era la mejor "procesión de la vergüenza" que había visto en sus setenta y seis años de vida.

Después de asegurarse de que reponíamos fuerzas con sus tortitas, nos mandó a nuestras camas "a ver si resucitábamos" con una buena siesta. Yo no me desperté hasta entrada la tarde, y tras ducharme me puse una camiseta blanca salpicada de colores pastel aquí y allá, como si fuera un lienzo salpicado de acuarelas, y unos vaqueros con rotos.

Cuando por fin volví a sentirme persona, me dirigí hacia el salón. Sobre el sofá, James estaba leyendo mientras Jenn se echaba otro sueñecito a su lado, con la cabeza apoyada sobre el reposabrazos. Por su parte, Alec y Marco estaban jugando a la Nintendo Switch tirados en el suelo, donde Pongo se había hecho una bolita junto a su dueño y roncaba a todo volumen. Imaginé que el resto de la familia de Alec se habría ido a la playa o al jardín, porque a excepción del ruido del videojuego y los ronquidos de Pongo, la casa estaba en completo silencio.

Tomé asiento junto a James en el sofá para ver cómo jugaban Alec y Marco. Alec se había recogido el pelo en un moño chapucero, del que sobresalía algún que otro mechón rebelde. Se había puesto una camiseta sin mangas de color azul marino y unas bermudas beis, y hubo algo en su forma de bromear con Marco que me hizo sentir… Como en casa.

—¿Kim? —Oír la voz de James me distrajo de mi ensimismamiento con Alec. Vi que el chico me sonreía con ternura—. ¿Todo bien?

Antes de responder, me permití unos instantes para pensarlo.

—Eso creo —respondí.

Pese a que estaba acostumbrado a no estar mal, esto era totalmente diferente. Me cosquilleaba un extraño dolor en el corazón, pero para mi sorpresa, era casi agradable y, desde luego, emocionante. Si me esforzaba lo suficiente, todavía sentía el calor del brazo de Alec en los hombros mientras respiraba con suavidad contra mi cuello. Nunca antes me había permitido algo así con nadie, sino que llevaba toda mi vida rechazando todo anhelo de cercanía con otra persona que sentía.

Vale, necesitaba hablar con Alec cuanto antes.

Daba igual qué quisiera decirme él a mí. Fuera lo que fuese, necesitaba darle las gracias por todo. Por aceptar mi confusión, mis arrepentimientos, y darme a cambio una felicidad que jamás hubiese imaginado que llegaría a sentir. Por validar mis sentimientos y darme espacio para sentir las emociones que tantos años llevaba reprimiendo.

Necesitaba hablar con Alec.

Mi teléfono sonó al mismo tiempo que el de James.

Bastó con un instante para devolverme al mundo real. Eric y Fra habían mandado una foto por el grupo, en la que solo se veía una mano de cada una con una delgada banda dorada en el dedo anular.

"NO SE ME OCURRE UN NOMBRE INGENIOSO 🤧"
5 DE SEPTIEMBRE DE 2021: ERIC EL INNOMBRABLE - 17:01

🖼️ Imagen

mi gente qUE AHORA SOMOS MARIDO Y MARIDO

NEPO STUDENT (JAMES) - 17:01

!!!?!?!?!?!

AAAAAAA DIOS MÍO ENHORABUENA CHICOS

BETTA I DE ITALIA - 17:01

Me vais a perdonar q chille pero AHHHHHH AAAAAAAAAAHHHHHH

ME ALEGRO TANTO X LOS DOS

Oye @Fra AKA Futuro Sugar Daddy bandido, responde al teléfono que te estoy llamando

ERIC EL INNOMBRABLE - 17:01

@Betta I de Italia te ha adelantado @Playboy Inteligenten't (Rob) por la derecha

pero tranqui, q en cuanto cuelguen le digo q t llame a ti

Aquello era lo que yo quería.

Era exactamente lo que yo quería.

Así que, ¿por qué…?

¿Por qué no podía dejar de mirar fijamente aquella foto?

¿Por qué se había desvanecido el mundo a mi alrededor?

¿Por qué sentía que me ahogaba, que no podía respirar?

¿Por qué estaba a punto de echarme a llorar?

Sentí el tacto dulce y conocido de los dedos de Alec, que me alzaron con suavidad la barbilla. Me encontré con que Alec me estaba mirando intensamente, y sin hacer ruido pronunció la palabra "respira".

Tomé aire como pude, y poco a poco regresé al momento. Volvía a estar en el salón mientras James, Marco y una Jenn recién levantada de la siesta comentaban la foto con entusiasmo.

Aquello iba de mal en peor.

Ya no podía aguantar más tiempo.

Empecé a derramar lágrimas en silencio mientras seguía mirando a Alec, mientras me temblaba la boca y se me volvían de plomo los brazos y las piernas. En un último intento a la desesperada de mantener mi secreto a salvo, susurré:

—Ayúdame.

Pese a que Alec no dijo ni una palabra, supe con solo mirarle a los ojos que estaba decidido a no fallarme. Tiró de mi muñeca para ayudarme a ponerme en pie, y aunque se me cayó el teléfono al suelo, no me importó en lo más mínimo. Lo único en lo que podía pensar era en que necesitaba salir de ahí.

Tras guiarme al exterior, Alec echó a correr, y yo lo seguí con fe ciega porque lo único en lo que lograba centrarme era en la forma en la que su mano me sujetaba la muñeca. Después de bajar por la ladera de la colina, nos internamos en la *pinetta*, donde el aire de última hora de la tarde me llenó los pulmones de un olor fresco y terroso. El sol apenas lograba deslizarse entre la maraña de ramas para tratar de rozar el suelo. Rodeado de un océano de enormes árboles con siglos de antigüedad, me desplomé en brazos de Alec casi por instinto.

Rompí a llorar con desesperación, enterrando el rostro contra el pecho de Alec, y entre sollozos me permití dar rienda suelta al dolor

que llevaba siete años reprimiendo.

Él me acarició la espalda con una mano, y con la otra me cubrió la nuca en un gesto protector que me pilló desprevenido. Había sabido durante años que este momento llegaría antes o después. Lo que no me había esperado era tener a Alec a mi lado cuando por fin llegase a mi límite.

—¿Qué, no me vas a bendecir con un "te lo dije"? —susurré entre hipidos.

—¿Eh? —Durante unos instantes, Alec pareció confuso. Pero luego se le curvó la boca en una sonrisa diminuta—. No. Sería un perfecto cabrón si hiciese algo así.

—Ya, pero me avisaste de que iba a terminar viniéndome abajo, y…

—Ahora eso me da igual. Lo único que quiero oír es qué necesitas, ¿vale? Estoy aquí para apoyarte.

Me aferré a él con más fuerza todavía.

—Te necesito a ti.

Al oír aquello, Alec se quedó callado, y continuó estrechándome entre sus brazos. Podía oír los latidos de su corazón, firmes y pausados, dentro de su pecho. Como de costumbre, estaba siendo egoísta, pero sabía que a Alec no le importaría. Así de buena persona era; tanto que resultaba difícil creer que fuera real.

—Me alegro por ellos —musité—, de verdad que sí. Solo que… No lo sé. Llevo tantos años intentando ignorar estos sentimientos que, ahora que por fin están muriendo, es como si llorase la pérdida.

Inclinándose hacia mí, Alec frotó la nariz contra el lóbulo de mi oreja.

—Sé a lo que te refieres, Kim, y no tiene nada de malo. Jamás pienses que estás roto, o que tienes nada de malo, ¿vale?

—Alec, eres…

Todo lo que querría haberle dicho murió en mis labios, aunque a esas alturas ya sabía qué nombre ponerle a lo que Alec significaba para mí.

Eres el único que ha sabido escuchar mi silencio.

El único que ha visto lo que se escondía bajo mi dolor…

Y quizás me haya enamorado de ti.

¿Se puede amar a dos personas a la vez?

Eric me había salvado la vida. Me había abierto los ojos, y gracias a él pude reunir el valor necesario para arrebatarle el control sobre mi vida a mis padres y empezar de nuevo en otro rincón del mundo. Pero mis sentimientos por él eran tan dolorosos que, a lo largo de los años, me peleé con ellos, tratando de reprimirlos y olvidarme de ellos hasta que me hicieron pedazos.

Fue Alec quien recogió las esquirlas de mi corazón para ayudarme a recomponerlo pieza por pieza. Su presencia, cálida y firme, se instaló en mi día a día, iluminando los ratos grises a base de hacerme reír y sentir mil emociones. Pero durante nuestro viaje me había empezado a dar cuenta de que lo que yo albergaba hacia Alec eran sentimientos. Unos que no paraban de crecer, floreciendo como si hubiera llegado la primavera a mi corazón hasta llenarme de nueva vida.

Allí, en la *pinetta*, me di cuenta de hasta qué punto me hacían sentir reconfortado aquellos sentimientos tan cálidos y acogedores.

Allí, en la *pinetta*, acepté por fin la verdad que llevaba ya semanas sospechando. Sí, había amado a Eric con todo lo que tenía, y una parte de mí iba a seguir queriéndolo el resto de mi vida. Pero eso no impedía que quisiese a Alec también, con tanta intensidad si no aún más, y por primera vez en toda mi existencia no me avergonzaba admitirlo.

Necesitaba decírselo. Si alguien iba a comprenderlo, si alguien iba a quedarse a mi lado tras oír mi confesión, era él.

—Estamos a solas —murmuré, deshaciendo despacio nuestro abrazo.

—Um… Sí, claro —asintió él, que parecía algo confuso.

—Y tú estás perfectamente sobrio —agregué—. Así que… Hora de cumplir el trato que hicimos anoche.

Alec

¿En serio? ¿De verdad quería tener *esta* conversación ahora?

Vale, sí, estábamos solos.

A mí ya no me quedaba alcohol en el cuerpo.

Pero joder, tío, que acabas de pasarte un buen rato llorando *por otro hombre* entre mis brazos. No lograba imaginar un momento menos apropiado para declararme.

Cualquier esperanza que hubiera podido albergar de que Kim pudiera llegar a verme como algo más que un amigo acababa de morir fulminada, lágrima a lágrima.

Así que, por mucho que quisiera confesarle mis sentimientos… ¿¡Qué cojones!? ¿¡Tenía que ser *ahora*!?

—¿Se puede saber a qué viene esa cara? —inquirió Kim, arqueando las cejas. Noté que tenía las mejillas y la punta de la nariz sonrojadas.

—Necesito una copa.

—Espera. Ibas a decirme algo —insistió Kim.

—Que sí, que sí —murmuré, tragando saliva.

Venga, va, Alec. Sin anestesia; hazlo, y listo. Jamás había tenido ninguna oportunidad con Kim, pero quedarme mirando al suelo con cara de susto no iba a ayudarme con ello.

Tras hacerse el silencio en el pinar, de repente Kim decidió empezar a clavarme un dedo en el costado. Sus adorables labios, enrojecidos después de que Kim se los mordiese para evitar echarse

a llorar delante de los chavales, se fruncieron en un mohín monísimo.

Fui incapaz de evitar que se me escapase una risita, y cuando lo hizo, creí ver que le brillaban los ojos. Kim intentó volver a clavarme el dedo en el mismo sitio, pero yo me adelanté a sus intenciones e hice una finta. En apenas unos instantes lo tenía acorralado contra un árbol, con las manos tras la espalda y el rostro a apenas unos centímetros del mío.

Podría besarlo ahora mismo.

Cosa que no debería hacer, pero…

Espera, ya sé. ¿Y si le pregunto?

Aunque claro, dime tú cómo coño se pregunta algo así. Opciones, opciones…

1. *¿Te puedo comer la boca? …hostias, vale, igual es demasiado.*
2. *¿Me das un beso? Solo uno, y si quieres luego puedes asesinarme en venganza. ¿Un pelín dramático de más?*
3. *¿Me concederías el honor de besarte? Hmm…*

Oye, pues ese último no está nada mal.

Va, venga, le pregunto.

Bueno, no.

No, no, de eso nada. Abortamos misión. ¿Cómo se te ocurre, so capullo? Se supone que vas a ayudarle a sentirse mejor, no a aprovecharte de la situación.

Porque bueno, claro, espera, todo esto es dar por hecho que si le pregunto no me va a mandar a la mier…

…oh.

Oh.

Toda duda se desvaneció en aquel instante, disolviéndose al calor del beso más dulce que me habían dado nunca.

Kim

Cuando me decidí por fin a lanzarme, Alec ya llevaba un tiempo preocupante mirándome la boca fijamente. Era aroace, no estúpido, y me daba cuenta de lo que tenía en mente. Mucha gente me había mirado de esa misma forma. Gente que había querido besarme. Gente a la que, pese a no apetecerme, le había permitido besarme.

Esta no era la primera vez que mis labios trazaban los de otra persona.

Pero sí era la primera vez que *deseaba* que lo hicieran. Todavía no sabía si el beso iba a significar para Alec lo mismo que estaba significando para mí, pero por una vez en mi vida logré mandar a tomar por culo todo pensamiento racional para sumergirme de lleno en la euforia, y el terror, que me produjo mi primer beso con una persona de la que me había enamorado.

Deseé con todas mis fuerzas que Alec me devolviera el beso, porque sabía que si yo para él no era más que un potencial polvo, me rechazaría para evitar hacerme daño. Así que me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos, dándole espacio suficiente para apartarse si quería. Alec me soltó las muñecas, que me había estado sujetando tras la espalda, pero no rompió nuestro beso.

No se apartó, y tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar otra vez.

Aunque a la larga nos tuvimos que separar para tomar aire, Alec no tardó en volver a reclamar mi boca. Esta vez, fue él quien me besó a mí. Mordisqueó con suavidad mi labio inferior, jugueteando

con él, y yo respondí entreabriendo la boca. La dulzura de sus labios se veía resaltada por el suave roce de su barba contra mi piel. Nuestras narices se rozaron, y al inhalar aquel olor tan único de Alec, fue como si me acabase de chutar algún tipo de droga.

Jamás había podido besar a la persona de la que me hubiera enamorado. Jamás me había besado la persona de la que me había enamorado. Jamás me habían besado así.

Fue pura magia.

Dulce, cálido, suave e íntimo.

Lo más acertado que se me ocurría para describir cómo era besar a Alec era 'lo natural'. Era lo natural; tanto, que no lograba recordar cómo era no tener su boca contra la mía.

Aunque Alec me rodeó la cintura con los brazos, no trató de llevar el beso más allá. No intentó frotarse contra mí, ni trató de meterme la lengua en la boca.

Dejó que yo decidiera. Que yo tomase el mando.

Y, por primera vez, sentí que todo iba bien.

Alec

Hostia reputísima. ¿Es esto lo que sienten los famosos cuando les dan el Oscar? ¿Cuando ganan el Mundial? ¿Al llegar a la cima del Everest? Tiene que serlo. No me jodas. Es imposible que haya una sensación mejor que esta.

Lo único que me faltaba era…

Necesitaba oírlo de sus labios.

—Por favor —susurré, acunando el rostro de Kim entre mis manos—, dime que esto no es para intentar distraerte de él.

Me miró como si no supiese de quién le estaba hablando. Tardó unos instantes en pillarlo, pero cuando lo hizo, en sus ojos solo había cariño.

—Esto no es por él, Alec, porque ahora mismo solo puedo pensar en ti.

Aquel día, Kim me besó hasta dejarme sin palabras. Si alguien me hubiera pedido que le explicase qué habíamos pasado horas haciendo en la *pinetta*, no habría sabido qué decirle. Tampoco me habría podido concentrar, porque de inmediato me habría perdido en un mar de recuerdos.

De besos suaves y dulces, de su piel contra la mía. Del momento en que me di cuenta de cuánto tiempo llevaba muriéndome por

besarlo y tocarlo. Del momento en que comprendí que Kim, en algún momento, había comenzado a desear lo mismo que yo.

Como yo ya sospechaba, resultó que a Kim le encantaba el contacto físico. Tenía muchísimas ganas de que lo besara, de que lo abrazase y le hiciera mimos. Aunque no era sexual, aquella forma de intimar resultaba igual de intensa.

Al caer la noche, regresamos a la casa de mi familia dados de la mano. En cuanto sentí cómo Kim entrelazaba sus dedos con los míos supe, sin necesidad de que ninguno de los dos dijera nada, que a partir de aquel momento estábamos juntos.

—Sospecho que alguien quiere mimos —bromeé, con una sonrisa enorme, cuando nos detuvimos junto al portón de mi casa y Kim enterró la cara en mi pecho por enésima vez en apenas unas horas.

—Qué observador, Sherlock. Pero por favor, que quede entre nosotros, que tengo una reputación que ma…

—Espera, acabo de tener una idea —le interrumpí, acariciándole el pelo.

Me volvió loco que Kim apoyara la cabeza contra la palma de mi mano casi al instante, buscando todavía más.

—¿Qué te parece si cambiamos nuestro estado de Facebook, y empezamos a subir fotos súper cursis y pastelosas? Le vamos a dar un infarto colectivo a todo el mundo.

Al oír aquello, Kim se rió con disimulo.

—Calla, calla, que vas a hacer que la pobre Sabri piense que te has dado un golpe en la cabeza y ahora tienes amnesia retrógrada.

—Por no mencionar que Pamela me mataría —añadí yo—. Casi puedo oír cómo me grita, "¿¡Qué *coño* le has hecho a mi jefe!?".

—Qué va, es demasiado inteligente para su propio bien. Pensará que has hackeado mi cuenta para colgar fotos editadas con Photoshop.

—¿Tan raro le resultaría que yo te gustase?

—Hombre, considerando que el tío al que le estoy comiendo la boca a besos es el mismo imbécil que reemplazó todos los productos de la máquina expendedora de mi academia por galletas de maría… Un poco raro sí que resulta.

Aquello me hizo sonreír.

—Buah, es verdad. Fue espectacular.

—¿*Espectacular*? Llevamos una tarde, y ya está claro que esta relación no va a salir bien —susurró, poniéndose de puntillas.

—¿Qué estábamos pensando? Nuestra peor idea hasta el momento, sin duda —añadí yo, acercándome para darle otro beso.

Alguien carraspeó detrás de nosotros, y al darnos la vuelta descubrimos a los tres chavales, acompañados por mis hermanos, mirándonos fijamente. No logré decidir si lo que veía en sus rostros era espanto, o más bien satisfacción.

—Mira que os he dicho que no podían andar tan lejos —se regodeó Angelo.

—Os habéis dejado los teléfonos —añadió Marco—, y os habéis saltado la cena.

—Ahí va. Bueno, esperemos que mamá nos haya guardado un plato a cada uno.

—¡Ja! Más quisieras —me respondió Ari.

—¿Kim? —Aunque James mantuvo un tono de voz tranquilo, era imposible no ver que sus hermosos ojos azules rebosaban preocupación—. Te he dejado el teléfono sobre la cómoda de vuestra habitación. No te agobies cuando veas las llamadas perdidas de Fra y Kim, ¿vale? Les he dicho que estabas ocupado con algo del viaje.

Había algo en su manera de decirlo que… Una de dos; o sabía lo que Kim sentía por Eric, o lo sospechaba. Resultaba evidente que Kim no se lo había contado, así que teniendo en cuenta que yo no había abierto la boca tampoco al respecto… El chaval debía de haber sumado dos y dos él solito.

—Gracias, James —respondió Kim. Noté que su mano perdía fuerza contra la mía, así que le di un apretón rápido para intentar consolarlo.

Cuando entramos en casa, nos encontramos a Andrea, mamá y la abuela jugando a las cartas en el porche.

—Vaya, hombre, buenos días —bufó mi madre, cruzándose de brazos—. El día que aprendas a avisar de que no vienes a cenar, no me lo voy a creer.

—Bah, mamá, déjale —interrumpió Andrea—. Que seguro que papá y tú también os olvidabais de avisar de que no ibais a venir a cenar cuando quedabais.

Al oír aquello, mi madre nos miró como si la posibilidad ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza. Pude ver su asombro, casi a cámara lenta, cuando se fijó en que le estaba dando la mano a Kim.

—¡Uy, qué dices! —exclamó—. No me lo puedo creer. Debe de ser la primera vez que Andrea dice la verdad.

Kim y yo nos miramos fugazmente.

Por su parte, mi abuela no dijo ni pío. Parecía concentrada en sus cartas, y casi seguro que ni siquiera había oído la mitad de lo que estábamos diciendo.

—Bueno, la cuestión —continuó mi madre—. Os he dejado sobras en la nevera, pero si os quedáis con hambre, vais a tener que cocinaros otra cosa vosotros mismos.

Aquello me dio la mejor idea del mundo. Le pedí a Kim que viniera a la cocina conmigo, y mientras me ponía el delantal de mi madre, revelé la sorpresa.

—Creo que ya va siendo hora de esa carbonara que te prometí.

Devolviéndome la sonrisa, Kim observó cómo yo iba sacando los ingredientes que necesitaba; huevos, queso *pecorino, guanciale,* espaguetis y pimienta negra.

—No hay tanta diferencia entre la química y la cocina —comenté, mezclando las yemas de huevo con el queso. En cuanto terminé, encendí el fogón para empezar a hacer el *guanciale* en la sartén, y puse agua a hervir para los espaguetis—. Digamos que tienes un *cacio e pepe* de toda la vida. Si le echas el *guanciale,* ¡enhorabuena! Has cocinado *gricia*. Si lo haces con tomate, te sale una *amatriciana.*

En apenas unos minutos, el intenso olor especiado del *guanciale* llenó la cocina. La carne comenzó a dorarse, volviéndose más crujiente.

—Mientras que, si añades huevo… —continué, gesticulando en dirección al plato en el que reposaba la mezcla de yemas y queso—, eso se convierte en *carbonara.*

De pronto noté un brillo sádico en la mirada de Kim.

—¿Sabes cómo se prepara la carbonara coreana?

Me limité a mirarlo fijamente.

—Primero compras ternera, y la trocear en daditos.

—Anda, mejor lo dejamos ahí.

—Luego hierves leche en un cazo…

—Hostias. Seréis criminales.

Poniéndose de puntillas, Kim apoyó la barbilla en mi hombro.

—¿Por qué? Está rico. Dejas que se cueza la ternera en la leche, le añades un buen puñado de queso y…

—Como no te calles la boca, Kim, le vas a dar un infarto a mi abuela. Y como se te ocurra mencionar siquiera que partís los espaguetis a la mitad para echarlos a la cazuela y que "hiervan mejor", te juro que te voy a azotar con la espumadera.

—Así que te ponen ese tipo de cosas, ¿eh?

—¿Por qué? ¿Te va el rollo kinky?

—No demasiado. ¿Qué hay de ti?

—Bah. No está entre las diez cosas que más me apetezca hacer contigo —dije sin pensarlo dos veces.

Cuando me di cuenta de que Kim se había quedado callado, y me di la vuelta para mirarlo, vi que me estaba observando con una expresión hermética.

—¿Qué hay del sexo? ¿Está en el top 5, imagino? —preguntó en voz muy baja.

—¿Quién te ha dicho a ti que está en la lista, para empezar?

—Espera, ¿no lo está?

Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—Solo si tú quieres que esté.

A Kim se le entreabrieron los labios, y aunque me esperaba que respondiera algo sarcástico, no lo hizo.

—Necesito hacer algo antes de cenar —murmuró tras un rato—. Un momento.

Salió de la cocina a paso ligero, y oí cómo bajaba las escaleras que llevaban a la *tavernetta*. Regresó apenas unos minutos después, con el teléfono en la mano.

—Tengo que hacer una llamada. ¿Te importa… Hacerme compañía?

Me limité a asentir mientras programaba el cronómetro del teléfono para que no se me pasase la pasta. Después de encaramarse a la encimera de un salto, Kim me dejó colocarme entre sus piernas para abrazarle la cintura. Sentado ahí, era más alto que yo. El ángulo no podría haber sido más perfecto, porque enseguida decidí que me fascinaba alzar la mirada para descubrir lo preciosos que eran sus ojos almendrados desde aquel ángulo. Aunque no puso la llamada en altavoz, estábamos tan cerca el uno del otro que no me hizo falta para oír la conversación. Quienquiera que estuviera al otro lado solo tardó un tono en responder.

—¡Kim, por fin! —canturreó una voz grave.

—Enhorabuena —respondió Kim, con una sonrisa en los labios que hizo que me diera un vuelco el corazón en el pecho—. Por fin os casáis, ¿eh? Mis días de hado padrino acaban aquí.

Al otro lado de la línea, Eric soltó una carcajada.

—Gracias por una imagen tan inquietante como difícil de olvidar, colega.

Durante unos instantes, Kim permaneció en silencio. Uno que, ahora me daba cuenta de ello, estaba lleno de verdades silenciadas durante siete largos años.

—Me alegro muchísimo por vosotros —dijo, y sonaba sincero—. Fra y tú merecéis toda la felicidad que habéis construido, y mucha más.

—Gracias, Kim. Sin ti, nada de esto habría sido posible, ¿sabes? —Eric soltó una risa nerviosa—. Lo único que me ha faltado hoy para que fuera un día perfecto ha sido que estuvieras tú ahí. Eres el hermano que nunca tuve, y eres la familia que siempre quise.

Le temblaron los labios a Kim al oír eso.

—Cursi. Eres un cursi de cojones, Eric.

En ese momento sonó la alarma del temporizador de la pasta, así que deshice mi abrazo y me acerqué a los fogones para terminar de cocinar. No estaba seguro de que fuese adecuado continuar escuchando la conversación a partir de aquel punto.

—Bueno, tengo que irme —dijo Kim mientras yo le echaba el huevo y el *guanciale* a los espaguetis—. Felicita a Fra de mi parte, ¿vale?

Queriendo darle privacidad, resistí las ganas de darme la vuelta para ver cómo estaba. No pasaron ni tres segundos antes de notar cómo me envolvía con los brazos, y enterraba el rostro contra mi espalda.

—Alec —susurró—, tengo hambre.

Kim

—Vale, necesito que Alberto se mueva un poquito más hacia mi izquierda —dijo Jennifer, estudiando con atención la fotografía de los cuatro hermanos que yo había encontrado en la cartera de Alec hacía meses.

El mayor de los hermanos hizo lo que ella le pedía, sentándose más a su derecha sobre la manta de picnic que habíamos traído al pinar.

—Ya que estamos, necesitamos que Alessandro salga sujetando un libro —añadió Marco.

—Mierda. Ya sabía yo que se me olvidaba algo —se quejó Alec.

—¿Por qué no usas el libro electrónico de James? —sugerí yo.

—¡Hostia, claro! ¡James, trae para acá el porno!

Aquello hizo que James se cruzase de brazos e hiciera un puchero.

—¡Que se llama literatura erótica, incultos!

Mientras la familia de Alec tomaba posiciones para la fotografía, Arianna miraba con timidez desde su lugar junto a Jennifer.

—Ari, ¿qué haces ahí pasmada? ¡Ven, venga! —la llamó Angelo, el más joven.

Sonrojándose, Arianna se acercó a sus hermanos.

—¿Dónde queréis que me ponga? Como no estaba en la foto original…

—¿Qué tal si te pones detrás de mí? Así se disimulan tus picaduras de mosquito en la foto —respondió Andrea, ganándose un

puñetazo en el brazo. A juzgar por su cara de dolor, la chica tenía un gancho de izquierda nada desdeñable.

—¡Mamá, que Ari me ha pegado! Violencia doméstica —gimoteó Andrea, como si se le fuese a caer el brazo de un momento a otro.

—Sí, sí, ya os he visto —respondió la madre, sin inmutarse—. Hazme el favor, Ale, cariño, de pegarle tú también de mi parte.

No hizo falta que lo dijese dos veces. En cuanto Alec le dio un puñetazo en el otro hombro, Andrea se dejó caer con dramatismo sobre la manta, haciendo la croqueta de un lado al otro como si no pudiese soportar el dolor.

Pese al follón que estaban armando entre los cinco, al final conseguimos sacar la fotografía. En ella aparecían los cuatro hermanos, más Arianna, en posturas similares a las de la imagen original, con ropa muy parecida y en el mismo lugar. Yo me quedé junto a la madre de los cinco mientras Jennifer se peleaba con la cámara de fotos, y no se me pasó por alto la sonrisa a la vez triste y orgullosa que esbozó Antonella mientras los veía colocarse.

—Armando, hicimos un trabajo estupendo —susurró, sin que fuese para que nadie en particular la oyera. Se sostenía la mano derecha con la izquierda, de tal manera que el anillo de bodas que seguía llevando en el anular relucía bajo el sol.

—Me ha encantado conoceros —le dije con suavidad—. ¿Sabes? Siempre me he preguntado cómo sería la familia que crió al Alec que conozco. Cosa que suena bastante fea, dicha así, pero lo digo con la mejor intención.

Riéndose, Antonella me acarició el brazo con suavidad.

—Gracias, cariño. Ya sabes cómo es Ale de sensible… Por un lado es inteligente hasta decir basta, pero por el otro, es su peor enemigo en cuanto algo se tuerce. No sabes cuánto me alegra que te tenga a su lado apoyándolo, y siendo la voz de la razón cuando a él le hace falta oírla.

Arqueé las cejas.

—¿Puedo avisarle de que me has dado permiso para pegarle yo también? Solo para ver la cara que pone.

Ella me guiñó un ojo.

—¡Claro! Siempre y cuando yo esté ahí para verlo, por supuesto.

Tuve claro, en aquel momento, que Ale había heredado de ella su punto bromista.

—Vosotros dos, ¿qué estáis cuchicheando? —exigió saber Alec, acercándose a nosotros. Miró fijamente a su madre—. No le des ideas, que bastante poca piedad tiene ya. ¿Recuerdas que te conté que hizo que borrasen mi nombre de la lista de inquilinos?

Puse los ojos en blanco; algo que no pasó desapercibido para Antonella.

—No le hagas ni caso —me aconsejó—. Se queja por vicio, pero siempre que viene se pasa toda la visita hablando de ti. Además, esta es la primera vez que conocemos a una pareja de Ale.

Miré a Alec, que de pronto pareció muy interesado en la hierba del suelo. Así que yo era su tema favorito de conversación, ¿eh?

—¡Esperad un momento! —chilló la *nonna* de Alec, señalándonos —. ¿¡Que *tú* eres el novio de *Ale*!?

Todavía me resultaba raro ser la pareja de alguien, tras tantos años soltero, pero logré asentir. Ni Alec ni yo habíamos mencionado explícitamente el término "novios", o "pareja", pero tampoco nos hacía falta; había quedado todo dicho con aquel primer beso. Nada más regresar a la *tavernetta* aquella noche, hablamos de mil y una cosas importantes en relación con pasar a estar juntos. Comprobar lo respetuoso que era Alec con todos mis límites casi me hace echarme a llorar en sus brazos otra vez. Después de hablar durante horas, nos abrazamos… Y nos besamos. Sin parar.

Pasándole un brazo por los hombros a Loretta, Alec respondió:

—Pero *nonna*, ¿no te acuerdas de que anoche lo hablamos en la cena?

—Ay, cariño, lo siento. No estaba escuchándoos —se disculpó ella —. En cuanto llegan las nueve de la noche, mi mente se dedica a vagar por otros derroteros. —Se giró hacia mí a continuación—. Verás, estoy con el primer borrador de una novela de misterio. ¡No sabes cuántos asesinatos complicados de adivinar tengo apuntados en mi libreta!

Desde la manta de picnic, Andrea resopló.

—¡El día que alguno de nosotros desaparezca sin dejar rastro, ya sabéis quién tiene la culpa! —vociferó.

No pude evitar reírme al imaginar a Loretta maquinando un asesinato a sangre fría tan tranquila, pero no pareció ofenderse por ello.

Tras lograr hacernos la foto grupal con un palo de selfie, que nos llevó bastante más rato del que habíamos anticipado, nos despedimos de la familia de Alec. Su hermano mayor, Alberto, nos acompañó al ferry.

Después de decirle adiós, me subí a la embarcación para ir a por un té helado de la máquina expendedora que tenían a bordo. Sin embargo, me sorprendió que James me siguiera.

—¿Cuánto cuestan? —me preguntó, hurgándose el bolsillo en busca de monedas.

—Para ti, son gratis —respondí, comprando una segunda lata y tendiéndosela.

Tras darme las gracias y asegurarse de que ninguno de nuestros amigos andaba cerca, volvió a mirarme.

—Oye, Marco me contó lo de vuestra conversación de hace un par de noches.

Sentí que se me caía el alma a los pies, y no logré articular palabra.

—Lo que me contó me hizo pensar en lo de la boda de Fra y Eric, que a fin de cuentas fue el motivo por el que tú organizaste este viaje…

Mierda.

—Creo que comprendo por qué no querías que hubiera una boda por todo lo alto.

¿Y si se lo contaba a los demás?

Había pensado que estaba a salvo, ahora que ya se habían casado, pero…

Noté que mis viejos miedos e inseguridades me oprimían el pecho.

—Espera, James, yo nunca… —La excusa murió en mis labios mientras le daba vueltas a mil y una formas de salir airoso de la conversación. ¿Debería disculparme, o no? ¿Pedirle que me guardase aquel secreto? Quizá lo más adecuado sería aceptar, de una vez por

todas, que las cosas estaban a punto de irse a mierda. Era hora de asumir las consecuencias de mis sentimientos, y de mis mentiras.

Aquel era el momento de hacer lo correcto, por una vez, y enmendar el error que había cometido al involucrar a James en mis tejemanejes.

—Comprendo que estés enfadado conmigo —comencé, logrando aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir—. Te dejaré tu espacio en adelante.

—¿Es eso lo que está pasando con él? —preguntó James, asintiendo hacia Alec—. ¿Te estás obligando a meterte en una relación con tal de mantenerte alejado de mí, y de los demás?

¿Cómo?

—Kim, no te hagas esto. Yo no le voy a contar nada a nadie si tú no quieres, ni siquiera a Rob. Lo que quiero decirte es que no tienes por qué fingir ni un momento más. No voy a darte de lado, y estoy seguro de que los demás tampoco lo harían.

—¿Qué estás diciendo? —logré decir, sintiendo que me ahogaba.

Tendiéndome la mano, James me apretó con suavidad el hombro.

—Kim, si yo ahora mismo te dijese que estoy enamorado de ti, ¿qué me dirías? —La cara que puse debió de ser un poema, a juzgar por la reacción de James—. Es una situación hipotética —se apresuró a decir.

Aun así, no entendí nada. ¿Por qué me preguntaba algo así? Sin embargo, viéndolo tan serio, pensé un momento en la situación imaginaria que me había planteado.

—Supongo que… Me halagaría. Y te diría que, aunque no siento lo mismo que tú, me importas muchísimo de una forma distinta. Que quiero que seas feliz.

—Vale, yo le dije algo muy parecido a Marco. Así que ¿por qué iban Eric, o Fra, a reaccionar de una forma distinta contigo?

No dije nada, por miedo a echarme a llorar.

James lo sabía. No solo lo sabía, sino que no estaba enfadado ni decepcionado. En absoluto; se preocupaba por mí, y por la idea de que pudiera estar metiéndome en una relación solo para mantener las apariencias y ocultar mi dolor.

—Llevo toda mi vida fingiendo ser alguien que no soy —comencé, incrédulo ante la idea de confesarle aquello a alguien—. Y tienes razón, James, en que me he pasado años enamorado de Eric. Pero con Alec… No estoy fingiendo en absoluto.

Aquello hizo que James abriese sus preciosos ojos azules de par en par.

—Todavía me estoy acostumbrando a todo esto, y no sé cómo expresar lo que siento al respecto, pero… Es real. Lo más real que he tenido nunca. Y por primera vez en mi vida, es mutuo, lo cual me aterroriza pero a la vez me hace sentir que he ganado la puta lotería.

Resultó evidente que James no se había esperado oír todo eso. Miró a Alec, que al otro lado de la ventana estaba enseñándole a unos críos dónde rascarle la cabeza a Pongo, y luego volvió a mirarme a mí.

—Ay, Kim, yo… —Suspiró, y luego de repente se echó a reír—. No te imaginas el alivio que me ha dado oír eso. Perdóname, no quería ser condescendiente.

—No lo has sido.

—Me… Me cae bien, no me malinterpretes —continuó—. Y parece fascinado contigo. Es solo que me dio miedo que tú no.. Lo siento.

—No tienes nada por lo que disculparte —le interrumpí, y James me envolvió en un abrazo tan cálido y hogareño que me faltó muy poco para echarme a llorar. Me sentía tan, pero tan afortunado de tener amigos como él—. Gracias, James.

Gracias por aceptarme tal y como soy.

SEGUNDO ACTO.— Fin

El amor verdadero es como una ventana iluminada contra la oscuridad de la noche.
El amor verdadero es una calma abrasadora.

Giuseppe Ungaretti, *Il vero amore*

Alec

Me despertó la suave luz de primera hora de la mañana que atravesaba las cortinas moradas del dormitorio.

Tras vivir en una planta sótano durante años, casi se me había olvidado cómo era despertarse rodeado de luz natural. Me giré, tumbándome boca abajo, e inhalé con fuerza para llenarme los pulmones del suave olor del detergente perfumado. Cuando apoyé la cabeza en la almohada, suave y blanda, me maravilló una vez más lo bien que se amoldó a mí. Era perfecta para alguien como yo, que tendía a dormirse boca arriba o boca abajo.

Del mismo modo, el colchón era un sueño hecho de viscoelástico que se salía de mi presupuesto. Era como dormir sobre una nube.

Todo era perfecto, incluso las sábanas malva tachonadas de plumeti negro. Había descubierto el Cielo, y desde hacía unas semanas vivía en el Paraíso.

Uno que estaba decorado con muebles modernos, alternando el negro y colores chillones, y repleto de fruslerías inútiles, como el cacharro de cocina ese para separar las yemas de la clara. O las lámparas de colores y formas imposibles

Me pareció oír que alguien llamaba al timbre, pero como solo se había despertado uno de mis lóbulos cerebrales, mi reacción fue frotar la nariz contra la almohada. Sin embargo, nadie abrió la puerta, y enseguida volvieron a llamar.

—Kim, cielo, ¿te importa abrir? —balbuceé, con la cara contra la almohada, antes de darme cuenta de que Pongo no había ladrado ni

una sola vez.

Solo había una explicación posible para la ausencia completa de gemidos, lloros y ladridos ensordecedores de Pongo, que era que no estuviese en casa. Me imaginé que Kim lo habría sacado de paseo.

Volvieron a llamar al timbre. Hacía unos días, pedí un par de cosas por Internet, e igual quien llamaba a la puerta era del servicio de paquetería. Así que, en efecto, más me valía levantarme a abrir. Salí a rastras de la cama, dándome cuenta en el último momento de que estaba tan desnudo como el día que vine al mundo.

Si cualquiera nos hubiera visto a Kim y a mí al despertarnos por la mañana, desnudos, con el pelo hecho un almiar y las mejillas sonrojadas, habrían pensado que nos debíamos de estar pegando unas sesiones maratonianas de sexo.

Era cierto que, desde que comenzamos nuestra relación, Kim y yo nos habíamos acostado unas cuantas veces. Anoche no fue una de ellas. Sin embargo, nuestra relación era muy física más allá del plano sexual. Nada le gustaba más a Kim que la cercanía, y el roce piel a piel. Esto, sumado a la atracción romántica que sentía por mí, facilitaba que las necesidades de ambos se vieran cubiertas. Yo podía pasar horas besándole esa preciosa boca suya mientras sentía cómo exploraba con las manos cada centímetro de mi cuerpo, hundiéndome las manos en el pelo mientras yo acariciaba con los labios el hueco bajo su nuez de Adán en el que comenzaba la curva de su cuello. Me encantaba sentir contra la boca su pulso, y no había nada en este mundo que me gustase más que notar cómo se estremecía Kim cada vez que mi barba le rozaba la clavícula, o la zona tras la oreja.

Había días en que estar juntos de aquella forma nos llevaba a tener relaciones sexuales, mientras que en otras ocasiones nos quedábamos dormidos en brazos del otro. Daba igual. La confianza e intimidad entre nosotros no hacía más que crecer, y poco a poco estábamos empezando a conocer al otro casi tanto como a nosotros mismos.

Eso sí que era la rehostia. Mucho más que poder acostarme con cualquiera.

Me apresuré a ponerme los pantalones de pijama, pero como no hubo forma de encontrar mi camiseta, terminé por ponerme otra que me había traído a casa de Kim hacía unas noches y él todavía no me había robado.

Cuando abrí la puerta, pensé que al otro lado habría alguien con un chaleco reflectante esperando a que le firmase la entrega de un paquete. Pero no; uno, porque era domingo, y dos, porque en su lugar había un hombre al que yo conocía perfectamente sin que él supiese quién era yo.

El mismo del que mi pareja se había pasado siete putos años enamorados, con su estúpida altura perfecta, su cuerpazo de infarto y su piel morena. Tenía una mirada tan intensa como cálida, y joder, la nariz era tan sexy como me había parecido en las fotos.

No podía negar que estaba tremendo, y si me lo hubiera encontrado en un bar de alterne, habría intentado tirarle la caña antes de terminar vomitándole en los zapatos, o algo así. O, por lo menos, así había acabado la noche la última vez que intenté ligar en un local.

Por su parte, Eric me miró como si acabase de salir a recibirlo un orco de Mordor. Dio un paso atrás para comprobar que no se había equivocado de piso, y después volvió a mirarme.

—Sí, es aquí —confirmé—. Entra, que Kim debe de estar al caer.

—Gracias —respondió con educación. Por la cara que puso, estaba claro que le estaba costando pensar en una forma de hacer una de las preguntas más incómodas de toda la puta historia. Siendo ante todo un caballero, me compadecí de él—. Menudos modales tengo, mi madre me mataría si me viese. Soy Alessandro. Encantado.

—Eric —respondió—, y lo mismo digo. Imaginaba que serías tú, pero con eso y con todo, admito que me ha sorprendido encontrarte aquí.

Pues claro que le había sorprendido.

Antes de que cada mochuelo se volviera a su olivo, Kim le pidió a James que no le contase a nadie que estábamos juntos. Luego cambió de idea, y le permitió contárselo a Rob siempre y cuando los dos prometieran mantener el pico cerrado hasta que Kim estuviera

preparado para contárselo a los demás. Quería tener tiempo para nosotros, para acostumbrarse a la relación, y yo no tuve problema en dárselo.

Cuando se enteró, Rob insistió en venir a verme al trabajo para charlar conmigo y asegurarse de que ni se me pasaba por la cabeza jugar con los sentimientos de su amigo. Luego me dio las gracias por hablar con su hermano, que al parecer había reunido el valor necesario para salir del armario como bisexual tras nuestra conversación. No sabía si se había enterado de que Marco tenía un crush tremendo con James, pero como no era asunto mío, decidí no preguntar. En su lugar, me limité a alegrarme de que el chaval ya lo estuviese llevando mejor.

—Ya, bueno, Kim me está dejando dormir en el sofá unos días —dije, en una especie de verdad a medias—. ¿Te puedo ofrecer algo? ¿Un café, quizá?

En cuanto lo dije, aproveché para huir de aquellos espectaculares ojos oscuros y refugiarme en la cocina.

—Pues mira, sí que me vendría bien un *espresso*. Gracias.

Eché mano de la *moka* y, tras llenar el depósito y ponerla sobre el fogón, estiré la mano para abrir el armario sobre el fregadero en el que estaban las tazas. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que estaba tomándome las mismas libertades que si aquella fuera mi casa, cuando casi seguro que él había pasado más tiempo allí que yo. De los dos, me dio la sensación de que quien más conocía aquella cocina no era yo.

¿Solía quedarse a pasar la noche? ¿Dónde dormía en esas ocasiones? ¿Cómo se sentía Kim teniéndolo en su hogar?

Tragándome mi incomodidad, y planteándome si sería demasiado raro tomarme un chupito de Bailey's para desayunar, al final me limité a llevar dos tazas de café al salón.

—Oye, Alessandro, ¿puedo preguntarte una cosa? —dijo Eric de pronto. Asentí, rezando para que no tuviera que ver con el tipo de relación que teníamos Kim y yo—. ¿Has visto algo raro en Kim últimamente?

Esbocé una sonrisa, disimulando que casi me atraganto.

—¿Más de lo normal, quieres decir?

Se rió al oír aquello, lo cual me pareció amable por su parte.

—Tengo la sensación de que anda dándole vueltas a algo que le agobia. No he podido estar ahí para él tanto como debería estas últimas semanas, y ya sabes que Kim se lo guarda todo para no molestar…

—Colega, acabas de casarte. Normal que estuvieras a otras cosas. Imagino que lo que pretendía Kim era daros un poco de espacio.

Bajó la mirada a su anillo de bodas.

—¿Te ha contado que me casé hace poco?

Me cagué en todo.

—Bueno, a ver, sí que salió el tema en su momento…

—Entiendo —musitó él—. No sé. Igual tienes razón, y estoy sobrepensando.

No, de hecho no, cabronazo esculpido por el Señor. Kim lleva siete años sufriendo en silencio por ti, e intentando ayudarte a lograr tu final de cuento de hadas. Debería darte vergüenza no estar besando el suelo que pisa.

Oí la llave en la cerradura de la puerta, y las patitas de Pongo entrando a la carrera en el piso mientras me ladraba a modo de saludo.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Kim apenas unos instantes después.

Giró la esquina que separaba el salón de la entrada, y se quedó pálido como una sábana al ver a Eric sentado en el sofá.

Kim llevaba puesta una de mis camisetas, una chaqueta de punto que le llegaba por las rodillas y vaqueros ceñidos de color azul claro. En cada mano llevaba una bolsa del minimarket del barrio, que ofrecía una amplia gama de ingredientes típicos de la cocina asiática, y Dios sabe que me entraron unas ganas espantosas de comérmelo a besos. En lugar de eso, intenté aliviar algo de tensión ayudándole con la compra.

—Gracias —me agradeció, tendiéndome las dos bolsas. Luego se dio la vuelta para mirar a Eric—. Hace mil años que no te veo. Ay, antes de que se me olvide… Este es Pongo, y le encanta conocer

gente nueva. Si no te importa dejar que te olisquee un ratito, para que se tranquilice…

—Claro, sin problema.

Eric se agachó, tendiéndole la mano a Pongo para dejar que le oliese, y en un visto y no visto mi mascota estaba tendida panza arriba, como si volviera a ser un cachorro, suplicando que Eric le rascase la tripa a base de lamerle la mano con frenesí.

—Siento haberme pasado sin avisar —se disculpó Eric—. Hace semanas que no sé nada de ti, y no…

—No pasa nada —le interrumpió Kim—. ¿Desde cuándo necesitas que te invite? Me ha sorprendido porque no esperaba verte aquí a estas horas, pero nada más.

Vamos, que no hace falta que le invite.

Cómo no. La casa de Kim es su casa, seguro.

Igual sí que me desayuno ese Bailey's.

—¿Por qué no os ponéis al día? —sugerí—. Yo voy a sacar a Pongo a la calle.

—Acabo de darle un paseo de media hora —respondió Kim, que claramente no entendía cuáles eran mis intenciones.

—Lo sé, y te lo agradezco, pero está poniendo cara de tener un apretón.

—¿Qué dices? No está poniendo ninguna cara de nada.

Hostia, Kim, espabila.

—Bueno, pues entonces voy a… Arreglar el cajón. De tu mesilla de noche.

—¿Para qué, si no está roto?

Aquello me hizo poner los ojos en blanco con tal intensidad que casi me vuelve a doler la cabeza.

—¡Joder, pues entonces lo rompo primero y lo arreglo después! —ladré.

Los dejé a solas sin mirar atrás. No fue mi mejor momento, pese a que me había esforzado por empezar el día con buen pie…

Cuando por fin llegué al dormitorio, cerré la puerta antes de dejarme caer al borde del colchón y agachar la cabeza, enterrando el rostro en las manos mientras apoyaba los codos sobre los muslos. Pongo no tardó en empezar a lloriquear y rascar la puerta para que

le dejase entrar, así que puse en pausa mi festival de autocompasión para abrirle antes de que estropease la pintura. De inmediato, Pongo se subió de un brinco a la cama.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que Kim entró en la habitación, y nos encontró acurrucados. Se me había hecho eterno… Pero, además, me sentí incapaz de mirar a Kim a los ojos.

Sin decir nada, Kim se sentó junto a mí, y comenzó a rascarle la cabeza al bueno de Pongo. Cuando el perro estornudó de pronto, a Kim se le escapó un resoplido seguido de una risita. Me arriesgué a echarle un vistazo furtivo, y me encontré con que sus ojos ya estaban puestos en mí. Comencé a incorporarme, pero él fue más rápido y se agachó para darme un pico.

—Lo siento —se disculpó—. Imagino que ha sido una situación incómoda.

Sacudí la cabeza, avergonzado.

—Culpa mía por reaccionar de mala manera. Después de todo, para ti también ha debido de ser un mal trago.

Apoyó la cabeza en mi hombro, y sin pensarlo le rodeé la cintura con el brazo.

—Oye, Alec, ¿no estarás celoso?

—Puede que un poquito. Quiero decir, ¿tú le has visto?

—Infinidad de veces, pero no entiendo qué tiene que ver eso contigo.

Solté una carcajada amarga.

—Pues que el cabrón parece hecho a medida por Dios.

Al oír aquello, Kim parpadeó despacio.

—Vale, sí, es atractivo. ¿Te refieres a eso?

—Joder, si solo fuera eso. Parece sacado de un Final Fantasy, y en comparación yo con suerte le llego a la suela del zapato a Bob Esponja.

Posando una mano sobre mi abdomen, Kim comenzó a acariciarme la tripa.

—Oye, no te metas con Bob Esponja. A mí me encanta.

—¿Tú estás seguro que no has tirado por la ventana tus estándares en hombres?

Después de mirarme con expresión seria, Kim tiró de mí para darme un abrazo.

—Una de las cosas que me ha dicho es que parezco diferente. ¿Y sabes qué? Que es verdad. Llevo puesta tu camiseta, y paseo a tu perro todas las mañanas, y me quedo dormido en tus brazos cada noche, y… Creo que la única vez que me he sentido más feliz que cuando estoy contigo fue aquel día en que me di cuenta de que era asexual.

Fue como si se me olvidase cómo respirar.

—¿Eso también se lo has dicho a él? No, ¿no? Ni de coña.

—Vaya que si se lo he dicho —replicó él—. Me ha resultado mucho más fácil de lo que me esperaba.

Con suavidad, guié la mano de Kim hasta mi pecho, apoyándole la palma contra mi piel con la esperanza de que notase el ritmo desenfrenado al que me latía el corazón gracias a él.

—Creo que te sientes inseguro —dijo—, y no pasa nada. Puedes sentirte inseguro. Lo único que te pido es que, por favor, no te sientas inseguro *por mí*, porque te prometo que no tienes motivos para ello.

Mientras miraba a Kim, sentí que se me henchía el corazón de amor.

—Prometo esforzarme por llegar a creérmelo.

Kim

A LAS DOS semanas de empezar mi relación con Alec, recibí una bandeja de mini cruasanes de parte de Sabrina, la colega del laboratorio de Alec, y Giulio, el becario. Me querían agradecer la "influencia positiva" que estaba teniendo sobre Alec, que supuse que se refería al hecho de que ahora iba al trabajo vestido como un adulto, llegaba a su hora y era mucho más productivo que nunca.

Era extraño recibir una gratitud que no sabía si me merecía. Sí, lo sacaba de la cama cada mañana a una hora decente para poder ir juntos al trabajo. Vale, también le daba mi sincera opinión cuando me preguntaba qué me parecía este o aquel conjunto. Sin embargo, lo de ser productivo era cosa suya.

Tal y como me había explicado su madre, Alec tendía a agobiarse a la mínima. Era tener un dolor de cabeza y pasarse el resto del día nervioso. Cuando tuvo que ponerse a editar la discusión de su tesis doctoral, procrastinó hasta límites insospechados. Pero no se trataba de pereza. Saltaba a la vista que Alec se esforzaba al máximo cada día por ser la mejor versión de sí mismo que pudiera, y lo único que yo hice fue tratar de ofrecerle mi apoyo. Incluso si se limitaba a pequeñas cosas como asegurarme de que se levantaba a su hora cada mañana, o sostenerle la mano en la sala de espera del médico.

—No hace falta que me des la mano todo el rato —protestó sin convicción, con los ojos clavados en el CD que contenía los resultados de su resonancia magnética como si fuese una araña caníbal que llevaba días sin comer—. Tócate los cojones, colega. Un

CD. ¿Quién coño sigue utilizando estos trastos? ¿No podían subir mis resultados a un Drive, o algo? Igual les puedo llamar para pedirles que…

—Estás procrastinando —le interrumpí con amabilidad—. Hemos venido hasta aquí porque, sin un reproductor de DVD, en casa no podíamos ver los resultados. Así que venga, manos a la obra.

Le alisé con las manos las solapas de la bata de laboratorio, dándome cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Todavía nos quedaban cuarenta minutos de la hora de descanso para comer. Llevábamos un cuarto de hora junto a su mesa, mirando el CD.

—Vale. Sí, okey. Tienes razón.

Asintiendo despacio, Alec sacó por fin el CD de su funda y lo depositó en la bandeja para DVD del ordenador de torre que tenían en el laboratorio.

Tardó un ratito en leer el archivo, pero tras unos minutos, apareció una carpeta nueva en el directorio. Estiré la mano para coger el ratón, pero Alec me detuvo agarrándome la muñeca con firmeza.

—Alec…

—No puedo. Me acojona muchísimo, Kim.

Ni siquiera me miró. Tenía los ojos clavados en el teclado frente a él.

—Lo sé, cielo. —Intenté soltarme de su agarre, y cuando él dejó caer la mano, le froté un hombro con toda la dulzura de la que fui capaz—. Yo también estaría muerto de miedo en tu lugar. Pero eso no va a cambiar el resultado que ha dado la prueba, y tienes derecho a saber cuál es. Creo que, si a tu padre le hubieran ofrecido saber que le pasaba algo, habría dicho que sí.

—Es que, si lo tengo…

—He leído un poco al respecto —le confesé—. La mayoría de aneurismas nunca llegan a tener roturas, y solo hace falta tratamiento si eres población de riesgo. Así que, aun si resulta que tienes un aneurisma, lo más probable es que te pidan acudir a revisión cada cierto tiempo. Por otro lado, hay muchas cosas que se pueden hacer para reducir al mínimo el riesgo de rotura. Dietas bajas en grasas, medicación para la tensión arterial…

—No tengo un historial familiar muy esperanzador, que digamos.

—Vale, cierto, pero aun si el riesgo *fuese* alto… Cuanto antes lo sepas, más tiempo tienes para prevenir que ocurra nada.

—¿Prevenir? Tendría que hacerme una puta cirugía cerebral —bufó—. Resulta que mi trabajo consiste en saber cuántas putas mierdas se pueden torcer, y ¿sabes cuántas son? ¡Muchas!

Respiré hondo.

—¿Entonces qué prefieres, seguir igual? ¿Sin saber si tienes algo, y pensando que te vas a morir cada vez que te duele la cabeza?

—Ya me he acostumbrado, a estas alturas —bromeó Alec. Yo no me reí.

—Anoche me pediste que me asegurase de que seguías vivo y no te habías muerto mientras dormías.

—Era broma.

—Me lo dijiste llorando.

—Ya, es que me dolía mucho la cabeza.

—Estabas acojonado, Alec, y lo sabes.

Como no dijo nada, continué hablando.

—No me pude dormir, porque estaba aterrado. Y lo sigo estando, porque no puedo soportar la idea de perderte.

Tras suspirar, Alec se frotó los ojos.

—Por favor, ¿me das la mano otra vez?

Sin mediar palabra, le estreché la mano izquierda, entrelazando mis dedos con los suyos. Con la derecha, se hizo con el ratón e hizo, por fin, clic sobre el archivo. Le eché un vistazo rápido al informe, y aunque no entendí la mitad de la jerga médica, sí que me fijé en que no mencionaba un aneurisma cerebral por ninguna parte.

Le temblaba la mano a Alec, y cuando terminé de leer el archivo y bajé la mirada, vi que estaba llorando. Por sus mejillas resbalaban lágrimas tan gruesas que me pregunté si quizás no habría leído mal los resultados.

—Estoy bien —susurró—. Resulta que tengo un cerebro sano. Quién lo diría, con la cantidad de porno que me he visto, pero…

Comencé a reírme de puro alivio, a pesar del miedo que me había atenazado hasta aquel instante, mientras él se secaba las lágrimas con el brazo derecho tras mirar el 25 que tenía tatuado en

la muñeca. Luego abrió el segundo archivo, que era la prueba de neuroimagen propiamente dicha. Se la quedó mirando un momento, casi seguro que comprobando por sí mismo que no había nada raro. Yo habría hecho lo mismo, de haber sabido qué era lo que estaba mirando.

—Ahora ya puedo decir que te lo he visto todo —bromeé.

—Y tanto. Esto es todavía mejor que aquel tour de mis tatuajes que hiciste.

De inmediato, Alec me envolvió en un abrazo tan fuerte que me costó respirar. Le llevó unos minutos relajarse lo suficiente como para que volviera a entrar suficiente aire en mis pulmones, y cuando por fin me soltó, fue para inclinarse hacia delante. Cerré los ojos, pero en lugar de besarme en los labios, Alec decidió darme un beso en el cuello. Lo cual fue… Inesperado.

—¿Eso te gusta? —me preguntó—. ¿O me he pasado?

Negué con la cabeza.

—Sí, perdón, es que me has sorprendido. Pero me ha gustado, y no sé si lo sabes pero puedes ponerte… Creativo, digamos, con esas cosas.

Con esa sonrisa suya que me tenía hechizado, Alec volvió a acercarse a mí. Cerré los ojos otra vez, entreabriendo la boca, pero esta vez me dio un beso en la nariz.

—Oye, no vale —me quejé.

—Has dicho que me puedo poner creativo, ¿no? Déjame que le dé mimos a tu nariz, que me parece adorable.

Oímos pasos en el pasillo, y luego vimos cómo la puerta chocaba contra la pared al abrirse de golpe. Entró Sabri al galope, cargada de carpetas que parecían pesar un quintal y con aspecto de estar en shock. Pisándole los talones estaba Giulio, el becario, que tenía entre manos otros tantos montones de papeles pero más bien parecía desorientado.

Me fijé en que Sabrina se mordía los labios, y parpadeaba deprisa. Dejó caer los archivos sobre su mesa, que estaba frente a la de Alec, y fue entonces cuando pareció darse cuenta de que estábamos ahí.

—Ale, Kim, lo siento mucho.

—Oye, tesoro. —Poniéndose en pie de un brinco, Alec se acercó a ella—. Sabri, ¿qué ocurre?

Miró de reojo a Giulio, que se limitó a encogerse de hombros.

—Yo no… Ale, no estoy segura. Creo que estoy en shock.

Al decir aquello, a Sabrina se le fueron los ojos al montón de archivos que había dejado caer sobre la mesa.

—Espera. Si no me equivoco, eso de ahí son los balances de gastos mensuales. No lo entiendo, ¿pasa algo con las cuentas del laboratorio?

Tras asentir una sola vez, Sabrina le tendió un sobre.

—He encontrado esto en el buzón.

Después de observar con desconfianza el sobre unos segundos, Alec lo abrió, y leyó la carta despacio. Giulio se puso de puntillas para leerlo por encima de su hombro.

—¿¡Un inversor!? —exclamó Giulio—. Que nos van a conceder una partida para continuar nuestra investigación. ¡Pero de las gordas, además! ¡Joder, no he visto tantos ceros juntos en mi vida!

Sin embargo, tanto Alec como Sabrina tenían cara de haber visto al fantasma de las Navidades Pasadas.

—Esas son buenas noticias, ¿no? —tanteé con cuidado—. ¿Por qué ponéis esas caras tan largas?

—Porque la carta menciona una renovación de contrato —me explicó Alec—. Y no es por nada, pero al parecer, esta gente lleva tres años enviándonos dinero sin que nos haya llegado un solo euro.

Aquello apagó de golpe todo entusiasmo que pudiera sentir Giulio. Quitándole a Alec la carta, el becario volvió a leerla de principio a fin antes de dejarse caer en una silla al lado de Sabrina. Por un momento temí que estuviera a punto de desmayarse.

—¿Cómo que no? Tiene que haber algún error —balbuceé.

—Eso mismo pensé yo, sí —comenzó Sabrina, abriendo una de las carpetas que había traído para tenderle a Alec unos papeles—. Pero luego me di cuenta de esto. Todos los informes de gastos que hemos emitido a lo largo de estos años aparecen como gastos de la "División Biomédica". Curioso, teniendo en cuenta que no hay más departamentos que el nuestro en la empresa.

Al oírlo, Alec tragó saliva. Tenía la mirada desenfocada.

—Pero yo pensé que era porque Recursos Humanos, y toda esa gentuza, eran un servicio externo.

—Claro, si lo son, pero no cobran *tanto* dinero —rebatió Giulio—. Aunque una parte de los fondos haya servido para pagar los servicios externos, ¿dónde está el resto?

Sabrina dejó caer la cabeza entre las manos, mientras que Alec apretó los puños.

—No me jodas —murmuró—. Voy a matar al Tontopollas Honoris Causa.

—¿Estáis seguros de que ha sido cosa suya? —pregunté.

—Siempre ha llevado él las cuentas de la empresa, a excepción de la declaración de la renta —me explicó Sabri—. Nunca preguntamos al respecto, ya que era el único trabajo del que se encargaba… O, bueno, del que parecía estar encargándose.

—¡Y yo sin cobrar ni un euro todo este tiempo! —se quejó Giulio.

—¿Pero tú eres tonto, o te parieron de pie? —le replicó Alec—. ¡Coño, Espagueti, que esto es un fraude fiscal de manual! ¡Como alguien se entere, nos meten en chirona!

Si yo, que no trabajaba para su empresa, ya estaba nervioso, no me podía llegar a imaginar cómo debían de sentirse ellos.

—A menos que lo notifiquemos, claro —señaló Sabrina—. Tenemos que llamar a la *Guardia di Finanza*.

—Tiene razón —la secundé yo—. Si no, os acabará salpicando todo este asunto.

Alec cerró los ojos, frotándose las sienes con nerviosismo.

—Ya, sí, todo muy legal, pero ¿tenéis idea de lo que pasa si la GdF decide hacer una auditoría para comprobar si ha habido fraude?

—Que vienen y tenemos unos días libres, ¿no? —tanteó Giulio.

—No solo eso. Todos los archivos, las pruebas, la documentación, los equipos… Todo, absolutamente todo, es evidencia que van a confiscar.

Se hizo un silencio sepulcral durante unos minutos, hasta que Alec dijo lo que los tres debían de haber estado pensando.

—Estamos acabados.

Alec



Llevaba yendo al laboratorio casi todos los días años; desde segundo de grado. Al principio fui becario, luego estuve de prácticas para el trabajo de fin de grado, después hice también las del máster… Tras lo cual empecé a trabajar como investigador.

Aunque había terminado odiando aquel antro, a la vez no podía imaginar dejarlo atrás para siempre. Pese a que era un infierno, era uno del que sabía qué esperarme. Me mataba a trabajar por un sueldo de mierda, pero a cambio tenía un horario flexible y control creativo casi completo. Renunciaba a publicar *papers* sobre los resultados que nos iban saliendo, porque lo único que importaba era terminar mi tesis doctoral.

Una y otra vez, había caído en la misma trampa.

Porque así no tenía que cambiar nada.

Porque así evitaba empezar desde cero en la comunidad científica.

Como no podía soportar la idea de que me rechazasen otra vez por no parecer lo suficientemente profesional, o de que insinuasen que mi trabajo no era mío…

Joder, me costaba respirar de solo pensarlo.

¿Qué hago, si no quiero quedarme pero tampoco me veo capaz de irme? Cada semana lo único que hago es currar como un desgraciado para matar las horas que me quedan hasta el fin de semana. Y, cuando llega el sábado, bebo hasta ahogar todos mis pensamientos intrusivos sobre todos los fracasos que he ido

acumulando. ¿Cuándo llegará el día en que me despertaré y me daré cuenta de que he tirado a la basura los mejores años de mi vida? ¿Quedará alguien que me soporte en mi vida, para entonces?

Joder. Joder, joder, joder.

Papá, ¿qué coño hago yo ahora?



Me pasé el resto del día con la mirada clavada en el techo, viendo cómo cambiaba la luz de color con el paso de las horas. Blanco, rosa y naranja bailaron ante mis ojos antes de dejar la habitación sumida en la más profunda oscuridad. Me sentía paralizado. Perdido. Bloqueado. Sin embargo, al otro lado de la puerta, la vida seguía su curso. A última hora de la tarde, Kim se había puesto de fondo un vídeo de YouTube. Luego oí que tecleaba en su portátil, y después de un rato llamó a Pongo y se fueron a dar el paseo vespertino. Tras volver de la calle, oí cómo corría el agua del grifo del fregadero, así como el tintineo de la vajilla. Los golpecitos sobre la tabla de cortar. El chisporroteo del aceite caliente en la sartén mientras freía comida.

Un tiempo después, no supe si horas o minutos, Kim abrió la puerta. El delicioso olor del pescado con verduras fritas inundó la habitación, haciéndome la boca agua.

Al entrar, Kim dejó la luz apagada. Noté cómo se hundía el colchón cuando tomó asiento a mi lado, y en apenas unos segundos noté cómo empezaba a acariciarme el pelo.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de mal te encuentras? —preguntó.

—Veintisiete coma tres —respondí.

Agradecí que no me preguntase nada sobre las tres horas que me había pasado en el cuartel de policía junto con Sabri y Espagueti.

Se acabó.

No más investigación en la que seguir trabajando.

No más proyectos financiados con fondos europeos.

Nada. Rien. Niente.

—He preparado *haemul pajeon,* que son las tortitas de marisco y cebolla verde. Te gustaron la última vez que los hice, así que…

—Gracias, cielo —susurré—. ¿Kim?

—Dime.

—¿Tú crees que estoy loco?

Por un momento, dejó de acariciarme el pelo. Sin embargo, continuó haciéndolo antes de responder.

—Detesto esa palabra. No estás loco, Alec. Has vivido muchísimas cosas que son muy complicadas, y aún las estás procesando. Es absurdo fingir que no te afecta nada de lo que te ocurre. Créeme, sé de lo que hablo.

Sonreí con tristeza.

—Cuando era pequeño, recuerdo que había un hombre muy mayor en el pueblo que se había quedado sin hogar. Solía sentarse al borde de la fuente que había en la *piazza*, y se pasaba horas mirando al cielo. Cuando alguien sin querer le interrumpía, les gritaba, así que la gente empezó a decir que estaba loco. —Encontré con los dedos la mano de Kim y comencé a acariciarle despacio los nudillos, prestándole toda mi atención a cada centímetro de piel suave y al relieve de sus huesos—. Pero a mí me sentaba fatal que la gente se riese de él. Así que un día, al oír a unos críos de mi edad hablar mal de aquel señor a sus espaldas, estallé. Nos peleamos, yo les tiré una piedra y acabé dándole a una niña en la cabeza sin querer. Al final no le hice nada, pero…

—No me quiero imaginar el cabreo que debió de pillarse tu madre —dijo Kim.

—Haces bien, porque me echó una bronca de las que hacen historia. Todo el mundo se empeñó en repetirme lo horrible que era lo que había hecho, pero eso yo ya lo sabía. Lo que pasó… Mi padre fue el único que me preguntó por qué lo había hecho. El único que me escuchó.

—¿Qué fue lo que le dijiste?

Tenía un recuerdo tan nítido de aquel momento que, si cerraba los ojos, podía verlo como si estuviese ocurriendo de nuevo. Los hombros anchos de papá, la camisa de franela que olía a árboles y musgo y castañas asadas. El pelo castaño ondulado que le caía

sobre la frente. Sus ojos, pequeños pero penetrantes, mirándome con curiosidad al amparo de sus gruesas cejas.

—Que nadie me aseguraba que ese no iba a ser yo de mayor. Porque si yo también era un niño raro, ¿qué otra cosa iba a pasarme cuando me hiciera mayor? ¿Cómo no iba a terminar siendo un adulto raro? Me pregunté si el anciano sabía, a mi edad, que acabaría pasando los días con la mirada perdida en el cielo mientras la gente se reía de él. Y eso me hizo pensar en si yo terminaría igual algún día.

Hubo un momento de silencio.

—¿Y qué dijo tu padre?

Me aclaré la garganta.

—"¿Qué tiene de malo pasarse horas mirando el cielo? Igual, cuando me jubile, yo me dedicaré a hacer lo mismo. ¿Te apetece que lo hagamos los dos juntos?"

Se me quebró la voz al recordar las palabras de mi padre. A mi lado, Kim acunó con la mano una de mis mejillas y comenzó a acariciarme la piel con el pulgar.

—No creo que pueda llegar a "parecer un científico" en toda mi vida. Es que ni siquiera sé cómo se hace eso —confesé—. Jamás he encajado en ninguna tribu urbana, ni se me ha dado bien encajar en la sociedad. No soy normal.

—Bueno, yo tampoco —replicó Kim—. Me pasé muchos años pensando cosas muy parecidas sobre mí mismo. Pero, entre tú y yo… ¿No te parece que no ser normal es, a fin de cuentas, ser extraordinario?

Recordé la historia de Kim, e imaginé a una versión joven de él que se sentía tan perdida como yo en aquel momento; que tuvo que luchar con uñas y dientes para llegar a esta misma conclusión que acababa de compartir conmigo. Una muy acertada.

Pese a que todavía me dolía el corazón, esbocé al fin una sonrisa genuina y cálida.

—Desde luego, yo diría que eres extraordinario.

—Igual que tú. Deja de meterte con mi novio, que se merece el mundo.

Hostia, es verdad, que soy su novio. Que este milagro hecho persona quiere estar conmigo.

¿Por qué no sigo su ejemplo, e intento creer un poquito más en mí mismo?

—Las cosas como son, sí que tienes un novio extraordinario. No todos los días das con un caballero que sabe bailar el vals.

Me alegré infinito de haberme acostumbrado a la semipenumbra, porque vi cómo a Kim se le desencajaba la mandíbula por la sorpresa.

—¿¡Qué dices!? *¿¡Vals!?*

—Lo que oyes. Mamá nos apuntó a los tres mayores a clases, porque quería que nos ayudase a ser un poco menos brutos. Yo accedí porque pensé que me ayudaría a ligar más con las chicas.

—¿Funcionó?

—Qué va, a las chicas les importa un cuerno si sabes bailar vals. Pero personas de otros géneros sí que se interesaron. Quién sabe, igual tú eres de esos.

—Soy de esos —repitió—. Guau, tú sí que sabes cómo hacer que un hombre se sienta especial.

—Bah, me has entendido perfectamente.

—Ya, claro. En fin. —Se puso en pie—. Ahora, si me disculpas, me voy a comer mi *haemul pajeon* frío. Tú haz lo que te dé la gana.

—¿Le puedo poner ketchup?

—Por encima de mi cadáver. Salsa de soja, y estoy siendo generoso.

—Mayonesa.

Aquello hizo que Kim pusiera los ojos en blanco.

—Eres imposible.

Y, por fin, reuní fuerzas para salir de la cama.

Kim

El último sábado de septiembre amaneció nublado, y Milán se vio obligado por fin a sacar la ropa de otoño para hacerle frente al frío aquella mañana. Todos los escaparates exhibían las colecciones de temporada otoño-invierno por fin, mientras que las cafeterías habían desterrado el gelato y los *granite* de su publicidad para darle prioridad a las bebidas calientes. Alec y yo sacamos de paseo a Pongo juntos, y después nos fuimos de compras a la caza de decoraciones de Halloween (idea de Alec) con una pausa para pedir algo bien caliente en Starbucks (idea mía) en algo que se asemejaba peligrosamente a una cita. No solo eso; *era* una cita. Una cita con el hombre que, a efectos prácticos, se había venido a vivir conmigo. Mi novio. Resultaba aterrador lo rápido que me había acostumbrado a pensar en Alec de ese modo.

Por su parte, Alec había estado algo mejor estos últimos días. Tuvo que gestionar mucho papeleo relacionado con la lectura de su tesis doctoral. Como su tutor estaba fuera de juego y en arresto domiciliario mientras la policía llevaba a cabo sus pesquisas, la universidad no tuvo más remedio que buscarle a otra persona que le pudiese tutelar la tesis. Por el momento, la doctora Casagrande parecía entusiasmada con el trabajo de Alec; cosa que ayudaba a que él se sintiera menos desesperanzado con el asunto.

—Ha sido muy amable, de momento —me explicó Alec mientras se tomaba una taza de chocolate caliente esa mañana. El azúcar era su debilidad, y una batalla que yo ya había dado por perdida. Al

principio traté de sugerirle que se pasase al té, que era mucho más saludable, pero tuve que rendirme tras ver que se echaba dos cucharadas de azúcar por taza—. También le han asignado a otros estudiantes que estaban haciendo el trabajo de fin de grado, o de máster, con don Mierdaseca, y para la carga de trabajo que es yo la veo bastante centrada. Se nota que sabe lo que hace.

Envolví con las manos mi taza de té, disfrutando de su suave aroma mientras su calidez atravesaba la gruesa tela de las mangas de mi sudadera. Gracias a que era de corte *oversized,* me llegaba casi hasta las puntas de los dedos.

—Oye, ¿has pensado en pedirle una carta de recomendación? Quizás te ayude a encontrar un nuevo trabajo.

Me di cuenta de que se le apagaba el brillo de los ojos. Lo de buscar trabajo seguía siendo un tema tabú, y de inmediato me arrepentí de haberlo mencionado.

—Por otro lado, creo que va siendo hora de que te mudes conmigo —balbuceé, cambiando de tema a otro asunto igual de serio. No fue muy buena idea, a decir verdad.

Alec se quedó paralizado durante unos instantes.

—Llevo tres semanas viviendo en tu casa. ¿O es que ese era tu gemelo malvado, y no habéis tenido la decencia de contármelo hasta ahora?

No pude evitar reírme.

—¡Vaya, así que te has dado cuenta! Se llama Jihan. Entre sus aficiones están robarte las camisetas y esconderte el cepillo de dientes en un sitio distinto cada noche.

—Coño, claro. Ya decía yo… Menos mal que, como uso tu cepillo de dientes la mitad de las veces, ni me había dado cuenta.

Espera, ¿qué? Más le valía estar de broma. Sí, decidí por el bien de mi salud mental asumir que estaba de broma.

—Imagino que te refieres al cepillo de dientes de Jihan.

—Claro, claro, el de Jihan. Fallo mío. Quizá se me haya caído al suelo unas pocas veces. Oh, y hace no mucho me pasé con el alcohol y me lavé los dientes con whisky antes de irme a dormir. Menos mal que no era *tu* cepillo, ¿eh?

No satisfecho con semejante historia de terror, Alec me guiñó el ojo. Capullo.

En aquel momento, dos chicas pasaron por nuestro lado para sentarse en un rincón de la cafetería, mirándonos con curiosidad. Yo ya estaba acostumbrado. Cada vez que Alec y yo íbamos a cualquier sitio, él con sus tatuajes y su chupa de cuero y yo con mis sudaderas de color rosa pastel, nos convertíamos en el centro de todas las miradas. Algo que, para ser sincero, estaba empezando a disfrutar.

Me acerqué más a él y esbocé la sonrisa más falsa de la que fui capaz.

—Más te vale estar de broma, porque como vaya en serio te mando de vuelta al sótano de una patada en el culo.

—Dijo el romántico de mi novio, cinco minutos después de pedirme que me mude a su piso con él —susurró.

—Te mato.

—No si yo te mato a ti antes. —Pasaron unos segundos, en que ninguno de los dos se apartó. Apenas había unos centímetros entre su nariz y la mía—. Oye, ¿esas dos chavalas de antes siguen mirando?

—Sí, de hecho sí. ¿Qué, quieres darles un buen motivo para que miren?

—Pensé que jamás me lo pedirias.

Con aquello, sus delgados labios encontraron al fin los míos, y nos fundimos en un beso que sabía a chocolate caliente y azúcar y hogar. Había terminado por conocer su boca casi mejor que la mía, y el roce áspero de su barba me volvía loco.

—La respuesta es sí —susurró contra mis labios cuando nos separamos—. Sí, me mudo contigo.

Fui incapaz de no sonreír.

—Oh, es que no era una pregunta.

Distraído, Alec se mordisqueó el interior de la mejilla.

—¿Podemos convertir el día de hoy en nuestro aniversario? No te lo tomes a mal, pero ya me jodería tener que compartir la fecha de boda de Eric y Francesco. Quiero un día que sea solo para nosotros.

—Entonces debería ser el uno de julio —respondí.

—¿Nuestro rivalniversario? Perfecto. Si lo piensas, fue nuestra primera cita.

—Qué dices. No fue una cita.

—Para mí sí que lo fue —replicó él.

Bajé la mirada, clavándola en el servilletero, antes de mirarlo a los ojos.

—Vale, igual… Quizás también fue una cita para mí.

—Fantástico, pues quedamos en eso. Además, hoy es un día de mierda, porque era la fecha del Simposio. En un mundo justo, habría estado leyéndole mi tesis doctoral a la comunidad científica. Pero como la vida es una mierda, no va a venir ni Cristo, porque el doctor Cabronazo tuvo la brillante idea de tirar a la basura años de esfuerzo.

Me quedé en silencio mientras escuchaba con atención.

—Vale, pero si mal no recuerdo, ya pagasteis las tasas de inscripción, ¿no?

—Claro.

—¿No tenías tu presentación lista?

—De hecho, sí. Me pasé horas haciendo las condenadas diapositivas.

—¿A qué hora se suponía que ibas a exponer?

—Esta tard… —Se quedó callado a media frase, comprendiendo por fin adónde quería llegar yo—. Joder. No. No, Kim. Ni de coña. No, no y no.

—Puedes hacerlo, Alec.

—Los cojones. No.

—Tú mismo acabas de decir que, en un mundo justo, estarías a punto de leer tu tesis, ¿no? Esta es tu oportunidad de hacerlo realidad.

—Mira, la última vez que intenté algo así, casi me cargo mi propia trayectoria profesional antes de que despegase.

—Perdona, pero no. Fue un imbécil con el ego de cristal el que casi te destroza la carrera investigadora, pero hace años de eso. Ni siquiera sabemos si sigue vivo, o si sigue acordándose de quién eres.

Alec se mordió el labio con tanta fuerza que casi empieza a sangrar.

—Oye, Alec, creo en ti, y sabes que no lo haría si no tuviera motivos de sobra para ello. Puedes hacerlo, y lo sabes.

Tras frotarse los ojos y respirar hondo, igual que el día que decidió enfrentarse a los resultados de su resonancia magnética, Alec me miró de nuevo.

—Qué hostias —decidió—, solo se vive una vez.

Alec

AUNQUE ME QUEDABA ALGO JUSTA, todavía me valía la camisa blanca que me compré para la graduación del máster. Según Kim, no debería pasar nada grave siempre y cuando no me pasase haciendo aspavientos.

Incluso si se le saltaban las costuras, era fácil de disimular gracias a la chaqueta de color azul que llevaba encima. Seguía sin poder creerme lo que estaba haciendo. Antes de comer, Kim había llamado a los organizadores del Simposio, que se morían de ganas de que alguien pudiese cubrir el hueco de la presentación que había dejado el Tontopollas Honoris Causa a última hora. Lo único que necesitaban de mí era que llegase al sitio unos veinte minutos antes de empezar a exponer, a fin de poderme entregar mi identificación como ponente y cargar la presentación en el ordenador de las jornadas. Espagueti y Sabri vinieron conmigo, y compraron la entrada de público general para poder verme exponer. Me ayudaron con algunos cambios de última hora a algunas diapositivas, y aunque Kim estaba allí también, prefirió esperar dentro del salón de actos para guardarle el sitio a mis dos compañeros de trabajo.

Sentados en el sofá de cuero del descansillo, que por cierto era muy cómodo, los tres logramos purgar por fin la presencia de ese desecho humano de nuestra investigación y de nuestras vidas profesionales.

—Piensa en esto como un ensayo de tu lectura de tesis —me sugirió Sabri, viendo lo tenso que estaba yo. Me acarició la espalda

con dulzura, tranquilizándome al instante.

—Y si te pones nervioso, recuerda imaginarte que tu público está en ropa interior —añadió Giulio.

Me limité a mirarlo fijamente por toda respuesta.

—¿Qué? A mí me funciona —se defendió.

—Estoy bien, pero que bien jodido.

Aquello hizo que pusiera los ojos en blanco y resoplase.

—Menos lloros, que he añadido una chuleta en la sección de notas de cada una de las diapositivas. Vas a hacerlo genial.

Fue entonces que me permití, al fin, suspirar de alivio.

Detrás de nosotros, un flujo inagotable de gente trajeada de todos los rincones del mundo estaba entrando en el salón de actos para tomar asiento antes de que comenzase la ronda de ponencias de la tarde.

—Anda, venid aquí —suspiró Sabri, haciendo un gesto para que Giulio y yo nos acercásemos. Nos rodeó con los brazos y nos atrajo hacia sí—. Ha sido un placer trabajar con vosotros dos.

—Lo mismo digo —respondí. Después miré a Giulio—. Siento no haber podido pagarte ni cincuenta céntimos.

Para mi sorpresa, él soltó una risita.

—Ya, ha sido bastante feo, pero no era culpa vuestra. Además, he… He aprendido muchísimo de vosotros dos.

—Esto es pura curiosidad —comentó Sabri—, pero ¿por qué te llaman espagueti?

Subiéndose las gafas con el dedo, el chaval arqueó una ceja.

—Bueno… —Hizo una pausa—. Porque mi nombre de drag queen es Espagueti Sensual, más que nada.

Durante un instante eterno, Sabri y yo nos miramos boquiabiertos.

—¿¡Cómo cojones no has dicho nada hasta ahora!?

—¡Ni que fuera algo que contarle a mis compañeros de trabajo durante el café!

—¿¡Cómo que no!? —se indignó Sabri.

A juzgar por la cara que puso Giulio, no se había esperado esa respuesta.

—Vale, hagamos un trato —intercedí—. Si no hundo mi futuro profesional en la siguiente hora, nos llevas a ver un espectáculo.

—¡Ay, sí, me encanta! —asintió Sabri.

Tras aclararse la garganta, Giulio claudicó.

—Vale, sí, tenemos un trato. Ahora, vete a darlo todo.

—¡Cómetelos con patatas, fiera! —me animó Sabrina.

Le ofrecí a mis amigos una última sonrisa antes de dirigirme al salón de actos.

Y, por primera vez en tres años, no me vi a punto de fracasar.

Kim

No tenía ni la más remota idea de lo que Alec estaba diciendo. Los datos, la jerga técnica, los matices y la relevancia de los estudios que mostraba en pantalla se me escapaban, pero aun así fui incapaz de apartar la mirada de él. Todas las inseguridades que me había confesado aquella mañana parecían haberse evaporado, dejando tras de sí al hombre profesional, inteligente y confiado que conocí hacía ocho años.

Conocía tan bien el tema que parecía habérselo tatuado en el cerebro. Me di cuenta de que, a mi alrededor, la gente tomaba apuntes e incluso comentaba en voz baja la información que aparecía en pantalla. Además, la presentación incluía vídeos en los que Alec mostraba la resistencia de los materiales que había estudiado. Contó la anécdota del primer intento fallido, en el mismo tono en que me la habría contado a mí en el sofá de casa, logrando que su público rompiese a reír y empatizase con él y su proyecto. Luego reprodujo vídeos mostrando un resumen de su progreso mes a mes. Tres años de su vida desfilaron ante mis ojos. Esfuerzos, fracasos y, al fin, resultados prometedores que abrían nuevas líneas de trabajo.

Cuando terminó, la audiencia aplaudió a rabiar. Pese a que lo hacían para todas las personas que presentaban una ponencia, noté que en esta ocasión aplaudían de corazón. La persona que moderaba felicitó a Alec antes de pasar al turno de preguntas, que duró incluso más que la propia presentación. Alec respondió todas y

cada una de las preguntas al detalle, mostrando datos, relatando su experiencia y demostrando, palabra por palabra, que era un puto genio.

Jamás me había sentido tan orgulloso de otra persona.

Su éxito, la enorme satisfacción que se reflejaba en su rostro, me alegró tanto como si fuesen míos.

Junto a mí, Sabrina y Giulio también parecían impresionados. Sabri saludó cuando Alec mencionó su nombre, y se presentó al público mientras Alec explicaba que le había ayudado con varias de las pruebas y ensayos clínicos. Una tras otra, las preguntas parecían no tener fin, hasta tal punto que hubo que ponerle punto y final a la sesión para hacer un descanso en el que la moderadora invitó al público a preguntarle a Alec en persona todo aquello que se les hubiera quedado en el tintero.

Nada más empezar el descanso, Alec se vio rodeado. Sabrina y Giulio se acercaron a él, y mientras ella saludaba a la gente, el becario empezó a repartir tarjetas de negocios. ¡Chico listo! Debería habérseme ocurrido algo así.

Vi cómo Alec estrechaba una mano tras otra, daba su número de teléfono y respondía a un sinfín de preguntas. Reconocí a algunas de las personas que habían podido intervenir antes del receso; un profesor universitario de Tokio, una diplomática que venía desde Ámsterdam al Simposio, un médico griego.

Aquello superaba con creces cualquier expectativa.

Cuando nuestros ojos se encontraron, nos miramos durante un largo rato antes de que Alec se despidiera de la gente con la que había estado charlando. Sabiendo que venía a mi encuentro, me metí en la primera habitación que encontré, que resultó ser el armario de las escobas; y, en cuanto quise darme cuenta, Alec había entrado también y me estaba abrazando mientras yo le rodeaba el cuello con los brazos.

La diminuta salita estaba vacía, salvo por alguna maleta solitaria que había dejado por ahí el personal diplomático. Constaba de luces con sensor de movimiento, que se habían encendido en cuanto entramos.

Pese a que era muy consciente de que había una cámara de seguridad en una esquina de la habitación, no pudo importarme menos. No cuando Alec me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que me costó respirar; no cuando me brotó del pecho una risa de pura felicidad.

Él también estaba riéndose, e irradiaba euforia. Oh, y orgullo. Vi tanto orgullo reflejado en sus hermosos ojos.

—¿Crees que papá habría…?

—Sí —le corté, atrayéndolo hacia mí para darle un beso que terminó demasiado pronto, en mi opinión.

—Todo esto es culpa tuya —me pinchó, acariciándome la mandíbula con el pulgar mientras me sonreía de una forma que hizo que me doliese el corazón.

Sacudí la cabeza.

—Para nada. No he hecho nada; el mérito es todo tuyo.

—Soy un cobarde, Kim. Pero tú… Tú me das fuerzas.

Hundí los dedos en su suave pelo oscuro, procurando no deshacerle el moño en el proceso, mientras me perdía en sus preciosas facciones. Tardé unos instantes en recuperar el habla.

—Eso me suena a pop enlatado de tres al cuarto, don Metalero.

—*Doctor* Metalero, si no te importa.

—*Doctorando,* como mucho.

—Bueno, vale, te lo compro. —Tras reírse, apoyó la frente contra la mía—. Kim, escucha, quiero que sepas…

Jo-der. ¿Va a decir lo que yo creo que va a decir?

Sí, ¿no?

Ay, mierda. ¿Debería decirlo yo primero?

Pero es que no quiero arruinarlo todo. No ahora que todo es perfecto.

Contuve la respiración, hasta que Alec por fin terminó la frase.

—Quiero que sepas que estarías de infarto vestido de drag.

Dejé caer los brazos, atónito.

—Pero qué coj…

—Perdón —se disculpó, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, es que tengo el cerebro saturado de información ahora mismo.

—Yo te mato.

Me dio un pico rápido en los labios.

—Más quisieras. Aquí te espero, corazón.

—Como no vuelvas ahí dentro, no vas a tener que esperar mucho más.

—Señor, sí, señor.

Se acercó a la puerta, la abrió tirando de la manija, y en el último momento se dio la vuelta para acercarse y darme un beso de película.

—Te quiero —me susurró en los labios, y acto seguido se marchó, dejándome a solas para procesar lo que acababa de ser uno de los momentos más intensos de mi vida.

¿A quién quiero engañar? Si alguien mata a alguien, va a ser él a mí.

De un infarto.

Alec

—Entonces ¿de verdad que tengo buena pinta? Llevo veinte minutos planchando esta condenada camisa —me quejé, mostrándole a Kim el conjunto por el que me había decantado. Llevaba puesta una camisa de color rojo vino, arremangada hasta los codos. A pesar de que no había visto en mi vida a nadie que llevase las mangas así, Internet insistía en que era un detalle de lo más elegante. Me había dejado el primer botón desabrochado, y llevaba los faldones de la camisa metidos por dentro de los vaqueros.

Aunque me había tentado la idea de echarme todo el bote de desodorante después de ducharme, estaba tan nervioso que deseché la idea porque dudaba que el olor fuese a durar demasiado. Hacía mucho tiempo que no me ponía tan histérico. Incluso cuando leí mi tesis doctoral estuve más tranquilo.

Deseé tener la mitad de confianza en mí mismo que Kim, que estaba espectacular se pusiera lo que se pusiese. En aquel momento llevaba puesto un jersey de cuello de pico amarillo, pantalones sueltos de algodón y mocasines de cuero. Si llega a ocurrírseme a mí intentar salir a la calle con algo así, me llevan preso por desorden público.

—Estás espectacular así vestido —me aseguró, sin mirarme siquiera—. ¿Gafas o lentillas?

—Gafas. —No tuve que pensarlo siquiera, porque me volvía loco verlo con las gafas—. ¿Tan raro es que quiera causar una buena impresión? Quiero decir, es que piensa en lo incómodo que sería

todo si les caigo mal. Hostia, espera, ¿te imaginas que Eric le ha contado a todo el mundo el encontronazo aquel que tuvimos cuando se pasó por aquí?

Al oír aquello, Kim me ofreció una sonrisa compasiva.

—Respira, Alec. No es más que una cena informal.

—Habla por *ti*, colega, pero yo voy a conocer a mi familia política.

Cosa que ni siquiera era una exageración, considerando que los amigos de Kim eran su familia elegida. Pese a que me quedé con la sensación de no caerles del todo mal a James y Rob, mi primer encontronazo con Eric había sido una cagada monumental, y me acojonaba la idea de que pasase lo mismo ahora que por fin iba a conocer a Francesco y a Elisabetta.

—Todo va a salir bien —me aseguró Kim—. Te has doctorado en Ingeniería Biomédica, y eres un partidazo. Hasta Betta va a caer rendida a tus pies.

—Ya, sí, pero se te ha olvidado mencionar que estoy en paro y vivo de gorra en tu casa sin pagar alquiler. Lo mires por donde lo mires, soy una especie de parásito barbudo.

Aunque Kim me miró con su expresión imperturbable habitual, me pareció ver un brillo de guasa en sus ojos.

—Creo que se te olvida que, entre otras cosas, vamos a celebrar que por fin te has doctorado. No es ilegal que te relajes un poquito y lo pases bien, ¿vale?

Esas "otras cosas" eran que James se había graduado de la academia de idiomas de Kim y acababa de matricularse en la universidad; que Elisabetta se había prometido con su novio, Pablo; y que Francesco acababa de lanzar su start-up de ciberseguridad. Ya que se nos habían juntado en menos de dos semanas los mil y un éxitos personales, el grupo decidió celebrarlo todo de golpe en una misma velada en casa de Elisabetta, que era el piso en el que habían vivido Fra, Rob y ella mientras estudiaban en la universidad.

Nada más salir del ascensor empezamos a oír jaleo procedente del piso. Cuando llamé al timbre, nos abrió la puerta un tío que abultaba lo mismo que un armario ropero. Gracias a la hora y media que me había pasado cotilleando las redes sociales de todos los invitados, supe de inmediato que se trataba de Pablo, el prometido

de Elisabetta y padre de su hija Dana. Enseguida nos dio la bienvenida con entusiasmo, y me cayó bien en cuanto le oí hablar italiano con acento español.

—¡Hala, ya estamos todos! —voceó en dirección al interior del piso, provocando una estampida de gente corriendo por el pasillo para venir a saludar.

El primero en llegar y saludarnos fue James, que me abrazó con ganas, seguido de cerca por la pequeña Dana. Aunque la hija de Elisabetta y Pablo parecía avergonzada, hasta el punto de intentar esconderse tras las rodillas de James, él le acarició la cabeza con cariño antes de animarla a acercarse.

—Venga, no seas tímida.

La niña me miró mientras le tendíamos a su padre nuestros abrigos para que los colgase del perchero.

—¿En serio que puedes hacer cristales? —me preguntó.

Miré a James, sabiendo de inmediato que le debía de haber hablado de los diversos experimentos que me había visto hacer con Alice y Antonio. Poniéndome en cuclillas para poder mirarla a los ojos, asentí con una sonrisa.

—En serio. Si quieres, te puedo enseñar cómo para que los hagas en casa, con mamá y papá. ¿Te parece?

Dana asintió con entusiasmo, lo cual enterneció a Pablo.

—¡Oye, pues sí! Así hacemos algo bonito para que lleve mamá el día de la boda, ¿eh, princesa?

La pequeña volvió a asentir con frenesí, pero al ver que su madre se acercaba a la entrada desde el salón nos chistó, con un dedo sobre los labios, para que le guardásemos el secreto.

—¡Ya era hora! —saludó Elisabetta con una sonrisa de oreja a oreja. Resultó ser una mujer bajita, con una larga melena pelirroja y el rostro tachonado de pecas que le salpicaban las mejillas y la nariz.

—¿Tú desde cuándo te alegras tanto de verme? —preguntó Kim, entrecerrando los ojos para mirarla con recelo.

—¿Tú por qué asumes que estaba hablando contigo? —replicó ella con guasa, y a continuación se giró para mirarme con atención. Aunque le tendí la mano, ella se lanzó a abrazarme con firmeza—.

¡Bienvenido, Alessandro! Dios, es como conocer al mismísimo Tiziano Ferro. ¡No sabes cuánto he oído hablar de ti!

—Miedo me da preguntar qué es lo que te han contado. Sobre todo si ha sido Kim —musité, haciendo que ella soltase una risita y sacudiera la cabeza.

—Típico de Kim.

—Uy, antes de que se me olvide… —Le tendí una botella de vino tinto, que nos habíamos parado a comprar por el camino—. ¡Enhorabuena por el compromiso!

—¡Gracias, corazón! No nos habíamos planteado siquiera casarnos, pero como Fra y Eric decidieron pasar de su propia boda cuando ya estaba casi todo reservado…

—Espera, espera. ¿Que has reciclado la boda de tus amigos? ¡Serás cutre! —le reprochó Kim.

—Vaya que si lo he hecho. No me he matado a organizarla para que no se celebre porque a ese par de memos les ha entrado miedo escénico.

Quien interrumpió esta vez fue una voz que no me sonaba de nada.

—Bah, a nosotros no nos importa. De hecho, se me ocurrió a mí. —Francesco se acercó a nosotros—. Pero ¿qué hacéis ahí apelotonados en el recibidor? Pasad, pasad.

Todo el mundo, salvo Francesco, Kim y yo, regresó al salón. Elisabetta cogió en brazos a la niña, mientras que Pablo y James se enfrascaron en una animada conversación.

—He perdido la cuenta de cuánto hace que no te veo —saludó a Kim, que parecía nervioso y algo avergonzado.

—Qué tal. —Se dieron un abrazo rápido—. Perdona por desaparecer de la faz de la Tierra durante un tiempo. Oh, y enhorabuena por lo del trabajo y por la boda, Fra.

—Gracias, Kim. Además, no pasa nada, siempre y cuando tú estés bien —dijo Francesco, con los cálidos ojos color avellana a rebosar de cariño.

Mordiéndose el labio, Kim me miró de reojo.

—Bueno, respecto a eso… —Me hizo un gesto para que me acercase—. Fra, te presento a Alessandro. Alec, este es Francesco.

Tras estrecharme la mano, Fra me sonrió con amabilidad.

—¡Por fin conozco al célebre Alessandro! Un placer.

—Encantado. Pero, si te soy sincero, empieza a preocuparme esto de ser famoso.

Aquello hizo reír a Fra.

—Bah, tú tranquilo. He oído maravillas sobre ti…

Le lancé una mirada furtiva a Kim, que se encogió de hombros.

—...sobre todo por parte de James, Rob y Eric —concluyó Fra.

¿¡De Eric!? No jodas.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó el hombre en cuestión cuando pasamos al salón. Vale, ya había visto a una persona que se arremangaba las camisas hasta el codo en la vida real. Encima le sentaba de infarto, al desgraciado. Igual aún estaba a tiempo de bajarme las mangas y evitar hacer el ridículo más espantoso.

Al mirar a Eric, no pude evitar sentirme incómodo. Durante años, Kim había estado enamorado de él, y a día de hoy seguían siendo mejores amigos; lo más parecido a una familia que ambos tenían en el mundo. Sin embargo, no era eso lo que me hacía sentir inseguro, sino el hecho de que Eric me superaba en todos los aspectos. Debido a que le había prometido a Kim que no iba a dejar que me afectase demasiado el miedo a no ser tan buen partido como Eric, decidí hacer todo lo que estuviera en mi mano por cumplir con mi palabra.

Tras estrecharle la mano, hice oídos sordos a la conversación que empezó con Fra y Kim. En su lugar, charlé con Rob y Pablo.

La cena fue bien, y los amigos de Kim me hicieron sentir parte de aquella pequeña familia. Además de interesarse por mi doctorado, me preguntaron por los tatuajes, la isla, mi familia y el Festival de Rock Internacional. Terminé sentado entre Rob y Kim, que a su otro lado tenía a Eric. Cada vez que Kim se reía por algo que había dicho aquel tío, yo me ponía a respirar hondo para evitar sucumbir a la tentación de pegarme un lingotazo de vino. Fue casi imposible resistir cuando les dio por hablar sobre cómo, pese a que se conocían desde hacía nueve años, Eric solo sabía una palabra en coreano.

Noté que me envaraba, e hice lo que pude por evitar que se me notase.

Estoy aquí con él. Yo. El menda.

Pero de pronto Kim me apoyó una mano en el muslo, justo encima de la rodilla. Ni siquiera me estaba mirando cuando lo hizo; y, aun así, aquel pequeño gesto borró de un plumazo todos mis miedos. Cubrí su mano con la mía, sosteniéndola con firmeza, y al fin reuní el valor necesario para dirigirme a Eric.

—Espabila, entonces, porque te llevo la delantera —bromeé—. Aquí tienes a un tío que, en ocho años, ya ha aprendido *dos* palabras enteritas.

La sonrisa que esbozó Kim al oírlo le iluminó la cara.

—¿En serio? ¿Y cuál es la segunda? Porque la primera sé que es *annyeong*, que significa "hola".

—Pues mira, ahora que lo dices, también me he aprendido la versión cursi, que es *annyeonghaseyo.* Eso cuenta como una palabra y media. La otra que me sé es *pegupa.*

—¿"Tengo hambre"? —se rió Kim.

—Efectivamente. Cuando aprendo un idioma nuevo, mi prioridad es saber cómo evitar morirme de hambre. Bueno, mi segunda prioridad. La primera son, por supuesto, las palabrotas.

Tras soltar una carcajada, Eric me miró con admiración.

—¿Cómo no se me ha ocurrido hasta ahora? Ahora entiendo que Kim insistiera tanto en que eres un genio.

—¿Ha dicho que soy un genio?

Miré de reojo a Kim, que desvió la mirada.

—No. Lo ha repetido hasta la saciedad, que es muy distinto —dijo Eric.

Sin poder evitar sonreír de oreja a oreja, le apreté la mano a Kim.

Kim

Pese a que me había preocupado por si Alec y Eric no se llevaban bien, cosa que habría sido comprensible, Alec logró sorprenderme una vez más y congenió a las mil maravillas con Eric casi de inmediato. Charlaron sobre el trabajo, sobre películas de culto (Eric reconoció la referencia a la obra de Tolkien que Alec se había tatuado en un brazo de inmediato) y, de vez en cuando, sobre mí. Eso último fue algo raro, pero me importó muy poco porque por fin tenía a Alec, y a todos mis amigos, bajo el mismo techo.

Saltaba a la vista que le adoraban. Motivos, desde luego, sobraban para ello; Alec fue tan cariñoso con Dana como lo hubiera sido con su sobrina, ayudó a lavar todos los cacharros, contó unos cuantos chistes que se volvieron todavía más graciosos debido a su acento de Roma, escuchó con atención a todo el mundo y supo encontrar las palabras que cada uno necesitaba oír.

—¿Hay algún motivo por el que lo hayas tenido escondido todo este tiempo? —me preguntó Fra discretamente tras la cena, trayéndome un chupito de amaro. Nos quedamos de pie junto a la ventana, al fondo del salón.

—No lo tenía "escondido" —respondí—. Todo sucedió muy deprisa, y yo… No sé, yo quise quedármelo todo para mí durante un tiempo.

Aunque Fra pareció sorprendido en un principio, no tardó en asentir.

—Creo que sé a lo que te refieres.

—Imagino que, si alguien lo entiende, eres tú. Después de todo, tu marido y tú os rajasteis de vuestra boda de ensueño para casaros en secreto ante juzgado.

Eso hizo que Fra me devolviera la sonrisa.

—Oye, Kim, ya sé que no te hace falta ayuda, pero… Por si acaso… Quiero que sepas que, si en algún momento te agobias con el tema de estar en una relación, o si te apetece hablar de algo… Puedes contar conmigo, ¿vale? Conmigo, y con Eric. Aunque, bueno, a él ya lo conoces. Como no le expliques qué te ocurre despacio y con dibujitos, no se va a enterar de nada.

—Ya, sí, es parte de su encanto. Gracias, Fra.

En aquel momento comenzó a sonar el teléfono de Alec, que se excusó antes de meterse en la cocina para contestar. Apenas unos instantes después de perderlo de vista, Betta se dio la vuelta con entusiasmo y levantó ambos pulgares.

—¡Kim, está aprobadísimo!

—Con nota, además —añadió Eric—. James tenía razón sobre él.

—¿Acaso lo dudabais? —interrumpió James.

—Bueno, entonces es oficial. La cena ha sido todo un éxito —comentó Rob.

—Esperad un momento —dijo Pablo, frunciendo el ceño—. ¿Habéis organizado todo este follón solo para ver qué tipo de persona es Alessandro?

Fra y yo nos miramos unos instantes.

—Pablo, siento decirte esto, pero hicimos exactamente lo mismo cuando Betta volvió contigo. No es personal.

Al oír a Fra, Pablo dejó caer los hombros hacia delante, apesadumbrado.

—Bah, cariño, no te lo tomes así. Somos un tanto sobreprotectores con nuestros amigos, pero nada más —consoló Betta a su prometido.

—Lo dices como si eso lo hiciese menos inquietante —bufó él.

Pese a que me daba curiosidad saber cómo iba a terminar aquella conversación, me levanté y me dirigí a la cocina. Quería saber qué estaba pasando para que la llamada se hiciese tan larga.

Nada más entrar, vi que Alec se giraba y me tendía la mano. La tomé con dulzura, y apoyé la cabeza sobre su hombro mientras él continuaba hablando.

—Sí, por supuesto —respondió—. Ningún problema. Muchas gracias por llamar, seguimos en contacto. Por supuesto. Lo mismo digo.

Tras colgar, tomó aire para soltarlo muy poco a poco.

—¿Va todo bien?

—Kim… —Hizo una pausa para cubrirme los hombros con las manos, poniendo una cara que me resultó extraña—. Era una oferta de trabajo.

Oír aquello hizo que abriese los ojos como platos, y le sonreí.

—¡Me alegro muchísimo! ¿Qué tipo de puesto es?

—Investigador en un centro especializado de Ámsterdam. Uno de los empleados asistió al Simposio, y resulta que están desarrollando un proyecto piloto financiado con los fondos Next Generation de la Unión Europea. Así que me han ofrecido un contrato de seis meses, y yo no me lo acabo de creer. Ni en mis más locos sueños pensé que me fuese a llegar una oportunidad así.

Me costó lo indecible que no me fallasen las rodillas.

Debería alegrarme por él.

¿Por qué, entonces, me siento como si me fuese a desmayar?

—Ámsterdam —repetí, con la voz tan apagada que me costó oírme a mí mismo por encima del latido atronador de mi corazón.

—Sí —asintió él—, pero Kim, todavía no les he dicho que sí. Tú me importas más que un puesto temporal, y si irme supone perderte, me niego.

—Vamos, no digas tonterías —respondí, aunque lo que me moría de ganas de gritar era que por favor no se fuese, que no me dejara solo. Alcé la mano para acariciarle la mejilla, y él pareció derretirse con aquel pequeño gesto—. Tú mismo lo has dicho; ni en tus más locos sueños te habrías esperado una oportunidad así. Tienes que ir.

Ojalá mis palabras estuviesen en consonancia con mis pensamientos, porque Alec se merecía que fuera sincero con él, pero no tuve valor para confesarle lo que sentía. El día que me subí al

avión rumbo a Italia, me juré que no volvería a hacer daño a la gente a la que quería.

Además, ahora por fin tenía la fuerza necesaria para aplastar mis sentimientos.

Cuando vi a Eric enamorarse de Fra ante mis propios ojos, hacía siete años, supe de inmediato lo que debía hacer. Por eso, ahora que la historia se repetía, lo tuve claro.

Estaba enamorado de Alec.

Estaba enamorado de él, y quería quedarme a su lado para siempre.

Quería a Alec con toda mi alma…

Y, por eso mismo, debía dejarlo marchar.

Alec



Desde que se enteró de lo de la oferta de trabajo, Kim no hizo más que apoyarme incondicionalmente. Sabiendo cuánto me costaba organizarme, se pasó la semana previa a mi viaje ayudándome a encontrar alojamiento, a hacer las maletas y a asegurarme de que había rellenado correctamente mi información personal para reservar el vuelo. También invertimos horas hablando, besándonos y acurrucados. Joder, iba a echarlo tantísimo de menos. Se me hacía un mundo pensar en estar tan lejos de él durante seis meses, pero nos prometimos hablar a diario. Cada vez que me parecía ver que se le nublaban esos ojos tan preciosos que tenía, le recordaba que Ámsterdam no quedaba tan lejos. Todo era cuestión de organizarnos, pero quizás pudiéramos vernos cada dos o tres fines de semana.

La última noche antes de mi vuelo, le pedí hacer el amor. Aunque Kim nunca tomaba la iniciativa en el plano sexual, rara vez me decía que no cuando le preguntaba si le apetecía. Esa noche nos lo tomamos con calma, permitiéndonos explorarnos con los cinco sentidos a base de caricias, besos lentos y el roce de su piel contra la mía. Sabía que a Kim yo no le atraía sexualmente, ni lo haría nunca; lo había sabido desde el principio, y no tenía problema. Gracias a ese hecho, nos comunicábamos continuamente durante las relaciones sexuales, y hablábamos de sensaciones, sentimientos, límites, comodidad y de qué forma podíamos ofrecerle al otro placer pese a lo distinta que era nuestra vivencia de un mismo encuentro.

Había cosas que él hacía solo por complacerme a mí, y viceversa. Si bien yo no le ponía, la situación, la intimidad y mis actos sí lo hacían. Kim adoraba sentir mi peso sobre su cuerpo, y le volvía loco que le susurrase al oído cumplidos y halagos. Dado que me había explicado que necesitaba *sentirme* para disfrutar de verdad el sexo, me aseguraba de darle lo que necesitaba, y aquella noche me deleité viéndolo quedarse sin aliento entre mis brazos. Llegó al orgasmo con mi mano acunándole el rostro, con esa boca tan hermosa suya besándome la muñeca y con los ojos cerrados. Me abrazó con fuerza, y se pegó todavía más a mí mientras yo saboreaba el placer que me ofrecía su cuerpo hasta, por fin, alcanzar el clímax abrazado a él.

Le quería tantísimo…

Seis meses sin él iban a ser una tortura, pero la idea de regresar a mi hogar, a él, al final de mi contrato era suficiente para mantenerme de una pieza.

~

Después de facturar las maletas, Kim me acompañó hasta la zona de seguridad. Al ser un día entre semana a mediados de octubre, el aeropuerto no estaba ni la mitad de lleno de gente que en fines de semana o fechas señaladas. Notando el peso de la mochila que llevaba colgada de un hombro, tomé su rostro entre las manos.

—Te llamaré en cuanto aterricemos en Ámsterdam, ¿vale?

—Vale. —A Kim le temblaban las pestañas, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oye, oye —susurré—. Seis meses pasan volando, y Ámsterdam está cerca de Italia. Son solo dos horas de vuelo. Incluso podríamos pasar algún fin de semana en Frankfurt, a medio camino. ¿Qué te parece?

Aunque asintió, decidido, Kim no dijo ni una palabra.

Le di otro beso en el que traté de volcar todo mi dolor, saboreando sus labios como si fuese la primera vez.

—Cuídate —terminó musitando contra mi boca—. No te pases bebiendo. Y por lo que más quieras, Alec, ni se te ocurra enchufar el secador de pelo junto a la bañera.

Aquello me sacó una risita.

—Vale, vale, juro que me secaré el pelo en la cocina por si acaso. ¿Kim?

—Alec…

—Te quiero.

Por sus mejillas comenzaron a resbalar pequeñas lágrimas, y yo besé todas y cada una de ellas. Kim se mordió el labio, y aunque no logró decírmelo, supe que él también me quería con locura.

—Vete, antes de que te suplique que te quedes —musitó.

Nos dimos un último beso antes de que yo hiciese de tripas corazón y me alejase. Logré mantener la calma hasta que pasé el control de seguridad, y fue al llegar por fin a la puerta de embarque cuando rompí a llorar.

Kim

Se acabó.

Todo se ha terminado.

Quien más sufre en una separación es quien se queda atrás. Siempre lo he sabido, pero con eso y con todo, no me esperaba que fuera un dolor tan devastador.

Dentro de dos horas, Alec habrá aterrizado en Ámsterdam y estará descubriendo la ciudad que va a ser su hogar, conociendo gente nueva y empezando de cero.

¿Qué se supone que voy a hacer yo?

¿Cómo voy a regresar a un piso vacío, ahora que sé lo que es tenerlo allí a él llenando mis días de luz y calidez? Sé que tengo que ser fuerte por Pongo, que se ha quedado conmigo, pero… Tenerlo cerca va a recordarme continuamente que me falta Alec.

Que ya no hay vuelta atrás.

Que solo me queda ahogarme de dolor.

Tras volver a casa, me apoyé contra la puerta de la entrada y eché un vistazo a mi alrededor. No quedaba ni rastro de él; era como si el mes que habíamos pasado viviendo juntos no hubiera sido más que un sueño. Lo único que delataba que había sido muy real era Pongo, que no dejaba de gimotear e intentar que le diese mimos. Comenzó a frotar el morro contra mi pierna, tratando de ponerse a dos patas apoyado en mi muslo. Me dejé caer al suelo, aún recostado contra la puerta, de manera que Pongo enseguida se me

subió encima para empezar a lamerme la cara empapada de lágrimas.

Abracé al perro con fuerza antes de desbloquear mi teléfono, llenando la pantalla de gruesas lágrimas en el proceso. Me ardían los ojos, y sentía un nudo en la garganta. La cabeza me iba a estallar, y me pregunté si quizás no tendría fiebre.

Tienes que hacerlo.

Se lo debes.

Derecho al buzón de voz. Tal y como me esperaba.

—Alec… Soy yo. —Me aclaré la garganta mientras trataba de recordar el sinfín de cosas que llevaba varios días ensayando una y otra vez en silencio. Pero no pude. Nada más pulsar el botón de llamada se me olvidó todo lo que había querido decir, de manera que al final tuve que improvisar entre hipidos, sollozos y un dolor indescriptible que parecía empeorar a cada segundo que pasaba—. Lo siento. Se terminó. Yo… Siento no habértelo dicho antes. Te… Te mentí.

Tomé aire bruscamente, intentando obligarme a soltarlo despacio para que me llegase el oxígeno al cerebro.

—No van a ser seis meses. Quieren que te quedes en un puesto fijo, y lo sabes. Si te ofrecieron un contrato de seis meses, fue porque tenían prisa por asegurarse de que les decías que sí lo antes posible.

Hice una pausa mientras me armaba de determinación.

Hazlo por él.

Se lo debes.

—Ahora que empiezas de nuevo… Ya no queda hueco para mí en tu vida. Siento muchísimo no haber sido capaz de decírtelo en persona… Perdón. Perdón, perdón, perdón. Pero no pasa nada, ¿vale? Ahora eres libre.

Me cortó un pitido agudo, que me indicó que había llegado al tiempo máximo que permitía el buzón de voz.

Se terminó.

Alec

6 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 11:44

qué cojones ha sido ese mensaje Kim!?

no estarás desviando mis llamadas

y una polla. no. no puedes romper conmigo vía el puto buzón de voz

ALESSANDRO ⚡🤟 - 13:12

oye por favor llevo dos horas intentando llamarte

por favor

no me hagas esto

ALESSANDRO ⚡🤟 - 20:29

no me puedo creer que me hayas bloqueado en redes sociales

por favor Kim

tenemos que hablarlo

podemos arreglarlo, sea lo que sea, vale?

por favor

ALESSANDRO ⚡🤟 - 21:00

te quiero. llevo años queriéndote. sé que esta situación es difícil para ti, y joder, siento mucho no haberme dado cuenta de cuánto te estaba afectando la idea de la distancia. tenía la cabeza demasiado metida en mi propio culo, imagino?? lo siento, Kim. no era mi intención hacerte daño, y sé que estás intentando hacer lo que piensas que es mejor para mí. pero lo mejor para mí eres TÚ. me has cambiado la vida, y no quiero otra que no sea la que voy a pasar contigo

joder, Kim, tú te das cuenta de lo que tenemos!? el tipo de amor que la gente se pasa toda su vida buscando. eso es lo que tenemos

por favor no te rindas, porque nosotros nos merecemos un

final feliz

8 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 12:08

anoche hablé con James y Rob. no sé qué les has dicho, pero Rob piensa que necesitas espacio. te lo puedo dar sin problema, todo el que necesites, pero te importa si te escribo por aquí de vez en cuando? no hace falta que contestes ni nada

me has bloqueado en todos lados salvo por SMS, y no creo que sea porque se te ha olvidado. o sí, igual estoy alucinando y tú no estás leyendo ni uno de estos mensajes, pero prefiero pensar lo contrario. prefiero pensar que no te has rendido, no del todo, y en el fondo sigues queriendo saber cómo me va.

si no te conociera, pensaría que me estás poniendo a prueba. pero sé que no eres de esos. creo que te puse en una situación muy jodida, y no supiste qué hacer. escucho ese mensaje de voz cada día, sabes?? odio saber que te he hecho llorar de esa forma

cómo estás? triste? sufriendo? joder. ojalá pudiera abrazarte

9 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 21:51

mis compañeros de piso me van a sacar de fiesta hoy

son bastante majos, creo que te caerían bien. uno de ellos, un sueco llamado Elias, cree que eres mi amigo imaginario o algo así. quería demostrarle que se equivoca, pero me he dado cuenta de que ni siquiera tengo una foto tuya en la galería. me extraña, porque yo pensaba que nos habíamos sacado algunas juntos, no?? espero que no las hayas borrado. me mandarías alguna??

déjalo, no, perdona. qué tontería, no te preocupes por eso.

solo quería volver a verte la cara. te echo de menos.

10 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 01:12

Este mensaje fue eliminado.

Este mensaje fue eliminado.

Este mensaje fue eliminado.

ALESSANDRO ⚡🤟 - 14:21

espero que no vieras los mensajes que te mandé anoche

triste y borracho son mala combinación. he descubierto que soy un ser humano deplorable cuando me sube el alcohol estando depre

(palabras literales de Elias)

ojalá esté yendo bien el domingo, ráscale a Pongo la tripa de mi parte

13 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 12:02

qué tal

estoy en la hora de descanso de la comida

solo quería recordarte que te quiero

nada más

ALESSANDRO ⚡🤟 - 21:05

no me puedo creer que solo haya pasado una semana desde que me dejaste

es como si hubiera pasado toda una vida

te echo de menos

lo de darte tu espacio se me da de culo, eh??

lo siento, intentaré escribirte menos a menudo. pero si alguna vez quieres hablar, mándame un mensaje o llama. contestaré al instante, incluso si me pillas cagando

ups, igual esa es una imagen un poco incómoda de imaginar, no??

22 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 19:45

hoy voy a hacer carbonara para los del piso. tengo que usar beicon porque aquí no hay forma de encontrar guanciale, y encima voy a tener que cambiar el pecorino por queso parmesano. me cago en mi putísima vida. deséame suerte

espero que estés bien, porque hay mil cosas que me gustaría contarte

el trabajo me va bien. este centro tiene un equipo que alucinas, y mis compañeros son la hostia. no soy precisamente el lápiz más afilado del estuche en comparación, pero estoy aprendiendo mucho

Elias y yo nos hemos buscado una compi de piso nueva, porque la que teníamos se mudó con su pareja hace unos días. la nueva se llama Mila, y es de por aquí. la pobre infeliz se ha empeñado en enseñarnos a hablar holandés LMAO

adivinas lo único que he aprendido a decir, no?? “Ik heb honger”

vuelvo a Roma la semana que viene, me he cogido unos días libres para pasar el 2 de noviembre en casa. el día de los difuntos. van a hacer una misa especial por papá en la isla, y llevo sin ver a mi familia desde el viaje de este verano, así que… ojalá pudieras venir conmigo otra vez

31 de octubre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 23:10

feliz día de todos los santos, mi vida

te echo de menos

2 de noviembre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 22:30

he vuelto ya a Países Bajos. mi familia me ha preguntado por ti

no les he contado que rompiste conmigo

de verdad se acabó lo nuestro, Kim?? ya no sé qué pensar

joder, me siento muy solo. no sé. he estado pensando en papá, y en todo lo que pasó en la empresa de mi tutor, y en ti. menudo día de puta mierda.

tengo unas ganas de llorar que ni te imaginas, en serio

7 de noviembre de 2021

ALESSANDRO ⚡🤟 - 00:00

feliz cumpleaños

te quiero con todo mi corazón Kim

tal y como eres

hace un mes ya que rompiste conmigo, así que he decidido dejar de escribirte por aquí. me siento como basura la mayor parte del tiempo, y no quiero acabar pagándola contigo.

espero que estés bien, y te echo de menos

joder, te echo de menos tantísimo que me duele

Kim

DEJAR A ALEC FUE, con diferencia, la decisión más dura de mi vida. Más aún que irme de casa. Más aún que optar por seguir siendo amigo de Eric durante años. Antes de que se marchase a Ámsterdam, pensé en intentar lo de la relación a distancia. Después de todo, sabía que Rob y James habían conseguido que funcionase cuando James volvió a Estados Unidos después de su verano en Italia. Sabía que era lo que Alec quería, y joder, era lo que *yo* quería.

Pero no era justo. Estaba seguro de que en cualquier momento le ofrecerían un contrato indefinido, y Alec no debería tener que elegir entre el trabajo de sus sueños y yo. Pensé en dejarlo todo para mudarme a Países Bajos con él. Eso habría implicado cerrar la academia, mudarme a un país cuyo idioma e idioma desconocía y, por supuesto, volver a empezar los trámites para solicitar algún visado que me permitiese trabajar. Aunque todo saliese a pedir de boca, y la burocracia fuese a buen ritmo, me enfrentaba a meses, si no años, siendo una carga para Alec. Él se merecía mucho más.

Ojalá yo hubiera podido ser más… Pero daba igual cuántas veces mirase hacia dentro, al interior de mi corazón, porque seguía siendo el viejo Kim patético de siempre. Así que le rompí el corazón, haciendo el mío añicos en el proceso. Destrocé el futuro que podríamos haber construido juntos. Tal y como Sion había predicho hacía tantos años… No era más que una causa perdida.

Ha pasado un mes desde la última vez que Alec me escribió.

Por favor, que alguien me diga si he hecho lo correcto.

Por favor, necesito saber que vuelve a ser feliz.

Por favor, que alguien me confirme que ya está saliendo con otra persona.

Alguien que sepa ser suficiente para él.



El día de la boda de Betta y Pablo, me pasé toda la mañana y las primeras horas de la tarde durmiendo, de modo que me salté la ceremonia religiosa. Me costó lo indecible prepararme. Desde hacía semanas, me costaba reunir el ánimo suficiente para vestirme e ir al trabajo fingiendo estar bien. Había terminado por vivir por y para mis días libres, que invertía tirado en la cama sintiéndome como si fuera basura.

Me sentía muy, muy cansado.

Cada día que pasaba, la máscara transparente de indiferencia que le mostraba al mundo se me hacía un poquito más pesada. Tenía pavor a mirarme en el espejo, porque temía descubrir que se me había caído la careta para dejar al descubierto el tremendo fracaso que se ocultaba detrás.

Decidí que mi mejor opción era dejarme caer por el *agriturismo* en el que iban a celebrar la fiesta, causar impresión para que todo el mundo recordase que había asistido al evento, y largarme en cuanto pudiera. Así que me puse lo más hortera que encontré en el armario, que consistió en una camisa dorada, un abrigo de leopardo falso y un sombrero fedora de color negro, y dejé mi regalo de bodas en la recepción antes de acercarme a darle la enhorabuena a la feliz pareja.

El pobre Pablo estaba más pálido que la pared. Según me confesó, casi seguro que era porque algo le había sentado mal. Me esforcé por saludar a todos los invitados que pude, evitando a mis amigos como si tuvieran la peste. No quería arriesgarme a que se les escapase el nombre de Alec y sin querer provocaran otro incidente, de los que solían acabar conmigo soltándoles cuatro gritos antes de volver a casa para llorar hasta caer rendido.

Cuando consideré que ya había cumplido con el mínimo de cortesía requerido en una boda, puse rumbo a la puerta.

Donde, a decir verdad, no me esperaba darme de bruces con James, Rob, Eric y Fra, que resultó que se habían pasado un buen rato ya charlando ahí fuera.

—No me jodas. Pero ¿¡qué hacéis aquí!? —siseé entre dientes.

Parecieron sorprendidos al verme. Quizá ni siquiera se hubiesen dado cuenta de que me había saltado la ceremonia.

—¿Has venido así vestido? —me preguntó Rob, con una sonrisa de oreja a oreja en esa estúpida cara de Adonis que tenía.

—No, cielo, me he cambiado en el cuarto de baño —resoplé—. Pues claro que he venido así vestido.

—¿Te vas ya? —me preguntó Eric—. La fiesta acaba de empezar.

En otras palabras, sabía lo que estaba a punto de hacer. Hora de buscarme alguna excusa de mierda. Lo fulminé con la mirada unos instantes.

—No pienso pasar un solo segundo más ahí dentro. Puedo soportar a italianos borrachos. Puedo soportar a españoles borrachos. No puedo soportar ambas cosas a la vez. —Hice una pausa para poner los ojos en blanco, y luego miré a Fra—. Al menos vosotros tuvisteis la decencia de no montar tanto follón para casaros por lo civil.

—A mí me hacen gracia —señaló James.

Joder, James, no me pongas las cosas aún más difíciles.

—A mí me pareces más guapo con la boca cerrada —contraataqué. Mierda. No quería ser cruel con él, ni con los demás. Sabía que era mala idea venir.

—¡Oh, Kim! ¿Así que piensas que soy *guapo*? —replicó James, sonriendo de forma tan genuina y dulce que me quise morir. Me sentí como el peor de los gusanos, y tomé aire para decir adiós.

Fue Eric, cómo no, el que me interrumpió justo cuando abrí la boca.

—Solo es una sugerencia, pero ¿os apetece ir a tomar una cerveza al bar que hay bajando la carretera, y si nos apetece, ya volveremos más tarde?

Todos asintieron al unísono, y yo traté de darme prisa pensando una excusa con la que poder evitar aquel mal trago. Quizá podía escudarme en que Pongo tenía la tripa mal: aunque, según Alec, mentir sobre algo así era "llamar al mal fario".

Joder. Y yo que quería evitar pensar en él más de lo imprescindible.

Cuando logré controlar mi ansiedad y volver a prestar atención a mis amigos, vi que Betta se había plantado allí con unas zapatillas de deporte y una beisbolera sobre el vestido de novia. ¿¡En qué clase de manicomio me había ido a pasar la tarde!?

—No me toquéis las pelotas. Mi marido está en el cuarto de baño porque le ha sentado mal la comida —le estaba explicando Betta a James—, no tengo ni idea de qué decirle a los setenta invitados que están ahí dentro liando la mundial, y me he puesto deportivas porque como tenga que caminar un solo minuto más con tacones, igual mato a alguien.

Fui incapaz de no apuntarme al plan improvisado, incluso con el follón que armó Betta apareciendo de la nada. Pero no iba a pasar nada. Nada de nada. Betta acababa de casarse, así que nadie iba a hablar sobre mí ni mucho menos sobre Alec. Estaba a salvo de recuerdos intrusivos.

Pfff. Ya, sí, claro. ¿A quién quería engañar? No pasaba un solo día sin que todo me recordase a Alec. Incluso pasar por delante del bar, con sus pintas de cerveza, sus menús plastificados, la música punk a todo trapo y el ambiente entre rústico y cutre sin más. A él le habría encantado. ¿Habría algún lugar así en Ámsterdam? Seguro que se pasaba cada fin de semana bebiendo hasta no poder más y disfrutando al máximo de la normativa de Ámsterdam respecto al uso recreativo del cannabis.

—¿Kim? —La voz de Fra me trajo de vuelta al mundo real.

Alcé la vista para encontrarme con que todos mis amigos me miraban fijamente. Me aclaré la garganta, avergonzado.

—Perdón. Estaba pensando en otra cosa.

Se miraron unos a otros, hasta que por fin Rob rompió el silencio.

—Se acabó. Íbamos a dejar esto para otro momento, pero ya que estamos…

—De hoy no pasa —intervino Betta.

Los miré con recelo. Me estaban mirando como si me hubieran salido antenas.

—Como ahora me digáis que esto es una…

—...intervención —completó James, asintiendo.

—De puta madre —suspiré—. Gracias, pero no me hace falta.

—Ya, sí —resopló Fra—. ¿Te importaría saltarte la parte en la que te pasas media hora intentando convencernos de que estás bien? Ninguno de nosotros se lo cree, así que podemos ahorrarnos el tira y afloja.

No supe qué responder a aquello.

—Kim, no sé si te has dado cuenta de que llevas un tiempo tratando a la gente de tu entorno… ¿Cómo digo esto sin decir una barbaridad? —empezó Eric.

—¿Perdona? No he…

—Pamela me contó que ya van tres veces que amenazas con despedirla esta semana —me interrumpió James—. Me llamó hace unos días porque está preocupada por ti, y no entiende qué te pasa.

Joder. Vale, sí, pero no quería…

—Has perdido el apetito, siempre estás cansado e irritable y ya no hay quien te aguante —añadió Eric.

—Llevo unos meses un poco difíciles.

Incluso yo oí lo débil y patética que sonaba mi voz.

—No lo dudamos —dijo Fra—, pero la cuestión es que los estás intentando capear como si estuvieras solo en el mundo, cuando no es así. Vale, no somos más que un puñado de inadaptados sociales, pero somos *tus* inadaptados sociales. Estamos aquí para apoyarte en lo bueno y en lo malo. Sé cuánto duele perderse en tu propia angustia y no saber cómo salir de ella. Sé cuánto agobia sentir que se te viene el mundo encima, y sé que es agotador sentirse sobrepasado por la vida cada día. Sé que crees que es problema tuyo, y de nadie más, porque solo tú entiendes lo que se siente. Pero por favor, Kim, créeme cuando te digo que alejar a los que te quieren no va a hacer que las cosas mejoren.

Miré a Fra a los ojos, aquellos preciosos ojos, y me acordé de cómo, hacía apenas un año, casi lo perdemos a manos de su propia

salud mental.

Joder. ¿Por qué me estaban diciendo todas esas cosas? ¿Por qué estaban siendo tan comprensivos conmigo? Llevaba meses evitándolos, y tratándolos como si fueran basura.

—Lo sé —murmuré—, y lo siento.

—Una cosa más —añadió Betta—, antes de que nos vayamos de copas, y aquí haya paz y después gloria. Deberías hablar las cosas con Alessandro.

Tomé aire con brusquedad, sin entender el giro repentino de la conversación, hasta que James me tomó de la mano para traerme de nuevo al presente.

—Si no crees que vaya a funcionar lo vuestro, no hace falta que volváis. No es eso lo que queremos decir —me consoló—. Pero los dos os merecéis cerrar este capítulo de vuestras vidas, de una forma o de otra.

—Ya es demasiado tarde —suspiré, atragantándome con mis propias palabras.

—Eso no lo sabes —replicó Fra.

—Aunque no lo fuera —insistí—, no soy capaz de… No puedo.

—Pero Kim, por eso es por lo que estamos aquí. —Al alzar la mirada, vi que Rob me ofrecía una sonrisa cegadora en armonía con sus palabras de ánimo—. ¿No ves que esto es precisamente de lo que hablábamos antes?

No supe qué decir.

—No debería…

Me quedé callado.

—Vale, es que esto no va de qué "deberías" hacer —intervino Eric, con los ojos oscuros clavados en los míos—. Va de qué es lo que tú quieres. ¿Qué es lo que *realmente* deseas, Kim? ¿Verle?

Tragué saliva, sintiendo que perdía la poca fuerza que me quedaba. Todavía estaba a tiempo; podía mentir sobre cómo me sentía, al igual que había hecho siempre, y apartar de mí a todos mis amigos igual que aparté a Alec. Podía intentar volver a ser alguien que no causase ninguna molestia, tal y como me habían educado mis padres. Podía perderme a mí mismo para siempre en la lucha eterna por hacer lo correcto. O podía…

—Sí —admití, para mi asombro, eligiéndome a mí mismo una vez más. En aquel momento, con aquella única palabra, sentí que me quitaba un gran peso de encima—. Sí, yo… Quiero verle otra vez. Más que nada en el mundo.

—De puta madre —respondió Eric—. Hala, gentuza, se acabó la intervención.

Se levantó para ponerse el abrigo, y le dio un beso rápido en los labios a Fra.

—Recuerdas dónde te dije que estaba la copia de las llaves de Kim, ¿no?

—Sí. Tú déjame a mí el perro.

—¿Qué está pasando? —pregunté, confundido.

Eric se limitó a tenderme la mano.

—Que tú y yo nos vamos a echar a la carretera, colega. Como solíamos hacer en nuestros días de loca juventud.

Me quedé mirándolo, boquiabierto, un buen rato.

—¡Venga, mueve el culo! —insistió.

Había sentido este mismo nudo en la garganta otras veces. Me encontraba en medio de una encrucijada, y esta era mi última oportunidad de dar marcha atrás y volver al camino seguro que conocía como la palma de mi mano. Frente a mí, lo desconocido se extendía hasta donde alcanzaba la vista, al igual que el día que les robé a mis padres todo el dinero para la boda y huí sin mirar atrás.

Sin embargo, esta vez era diferente. Esta vez, si tropezaba, había alguien dispuesto a tenderme la mano y ayudarme a ponerme en pie de nuevo. Porque sí, me había elegido a mí mismo; y aun así mis amigos no me habían abandonado. Esta vez, a pesar de todo lo que había hecho y de todos los errores que había cometido, mi familia se había quedado a mi lado. Conmigo. Tal y como yo era.

Te juro que un día verás con tus propios ojos que el amor incondicional no muere tan fácilmente. Que para que te quieran no necesitas más que ser tú mismo. Y la gente se quedará a tu lado, ¿vale? No porque te deban nada. No porque hayas sido perfecto.

Se quedará a tu lado por ti, Kim. Porque eres increíble tal y como eres.

—¿Qué tonterías dices, Eric? Seguimos estando en la flor de la vida —repliqué, tomando la mano que me tendía mi mejor amigo.

Alec

—Espero que no te importe, pero le he dicho a mi amiga Zoë que tenías interés en quedar con ella.

Tras mirarme de reojo unos instantes, Elias volvió a concentrarse en su tablet. Yo bromeaba a menudo sobre que debía de sentirse como en casa en nuestro diminuto piso, que estaba amueblado única y exclusivamente con muebles de IKEA. Baratos, sí, pero funcionales y muy socorridos.

Por mi parte, tendido en el sofá con una manta sobre los hombros, yo me sentía como si mi vida fuera una sitcom de las malas. Desde luego, mi rubísimo y guapísimo compañero de piso tenía aires de protagonista de la pequeña pantalla. Me estiré para coger un puñado de palomitas del bol, y se las lancé a la cara.

—¿¡Cómo no me va a importar, imbécil!? ¿¡Se puede saber qué le has dicho!?

—Que estabas dispuesto a tener una cita con ella —respondió, mirando fijamente las palomitas con las que acababa de acribillar. No me hacía falta leerle la mente para saber que estaba intentando decidir si comérselas o tirármelas de vuelta.

—Pues ya puedes irle diciendo que aborte la misión —repliqué, volviendo a mirar la televisión. A los pocos segundos, casi se me mete una palomita en el ojo.

—¿Por qué? —se quejó Elias—. ¿Para seguirle siendo fiel a tu novio imaginario?

—Cabronazo —musité, mirando fijamente la pantalla del móvil.

Durante dos meses, cada noche sin falta Kim se conectaba, abría nuestro chat y se pasaba varios minutos escribiendo algo. Vamos, que seguía pensando en mí, aun si nunca me enviaba ningún mensaje. Jamás se me pasó por la imaginación decirle que veía que se conectaba cada día, porque me daba miedo que dejase de entrar a nuestro chat.

No entendía qué estaba pasando.

Pero rendirme con él no era una opción.

—Venga, vamos a suponer que este tío existe de verdad —insistió Elias—. ¡Pues menudo premio de hombre, que lleva dos meses haciéndote *ghosting*! ¿En serio vas a seguir llorando por un gilipollas así el resto de tu vida, Alec?

—Cállate la boca. No le conoces —gruñí, pese a notar que comenzaba a hervirme la sangre por la frustración.

¿Cómo has podido hacerme esto?

En aquel momento me entró una notificación nueva, y por poco me explota el corazón. Pero no era de Kim, sino de mi familia, que estaba empezando a organizar la cena de Nochebuena por el grupo.

Me preguntaron si Kim iba a venir conmigo.

Decidí ignorar la pregunta por el momento.

Aunque sabía que antes o después tendría que explicarles que Kim había roto conmigo, no me sentía capaz. Decírselo lo haría mucho más real.

Yo todavía no sabía si era una ruptura definitiva.

Después de todo, Kim seguía metiéndose en nuestro chat cada noche…

Cada noche, salvo aquella.

¿Será hoy el día que me dejas definitivamente?

Kim

Nuestra primera parada fue en un área de descanso en algún rincón perdido de la Alemania profunda, donde por fin pude comprarme un chaquetón de invierno con el que reemplazar el abrigo pomposo y hortera que había llevado a la boda. Por su parte, él hizo acopio de gominolas, aperitivos salados y café para los dos, improvisando el desayuno de campeones que nos tomamos dentro del coche antes de lanzarnos de nuevo al asfalto. Hacía un frío tan espantoso que no me importó quemarme la garganta con el café.

—Apuesto a que no te esperabas terminar pasándote la noche cruzando Europa al volante —comenté, distraído mirando el cartel de luces de neón del área de descanso.

Eric se rió entre dientes, y me giré para mirarlo. Me estaba sonriendo de esa forma que tantos días me había insuflado vida, y tantas noches me había hecho agonizar de dolor.

—Ya me conoces. Me gusta vivir el momento, y buscar lo inesperado.

Ahí estaba; aquella era la actitud que me había cambiado la vida, hacía años.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo de repente Eric.

—Pregúntame lo que quieras —respondí, sin pensarlo dos veces.

—Cuando Fra y yo rompimos, me dijiste que no debería decidir el futuro de la relación sin preguntarle a él primero.

—Ya, me acuerdo.

—Entonces, ¿se puede saber por qué has hecho exactamente lo mismo?

Guau. Tuve que esforzarme para no deshacerme en un mar de lágrimas.

—Porque la vida me ha enseñado que se me da fatal estar enamorado —respondí.

—Anda ya. Si ni siquiera me has hablado nunca de que te gustase nadie.

—Lógico. He sido yo quien no te lo ha querido contar.

—¿Por qué? Ya sabes que puedes contarme lo que sea, Kim.

Esbocé una sonrisa amarga.

—Vale. Como insistes… Llevo mucho tiempo enamorado de alguien. Esa persona nunca se ha dado cuenta, porque, además, solo tienen ojos para otra persona. —Hice una pausa, y Eric se limitó a esperar a que siguiese hablando—. Ha sido… Doloroso. Pero al final el dolor se convirtió en celos. Los celos, en culpa; y la culpa, en arrepentimiento. A medida que la situación me dolía más y más, yo me ahogaba cada vez más rápido en este bucle de sentimientos. Comparado con el amor tan puro y bonito que esas dos personas sentían la una por la otra, el mío era feo, deforme y sucio. Pensé que sería distinto con Alec. Pensé que podría…

Noté que Eric me acariciaba el hombro, en un gesto cálido y compasivo que no me merecía. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano.

—De distinto, nada. Cuando me dijo lo del trabajo en Ámsterdam, cometí el mismo error. Me puse celoso de su trabajo. *¡Celoso* de su *trabajo!* No podía creerme que, una vez más, algo maravilloso y emocionante me fuera a robar a la persona a la que quería más que a nada, y supongo que…

—Oye —me interrumpió Eric, apoyándome la mano sobre la nuca para que lo mirase—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto. ¿Por qué no me dijiste nada? Sé que soy idiota, pero habría…

—Sí, en efecto; *eres* idiota. Pero siempre te he querido tal y como eres, así que no fui capaz de arriesgarme a perderte. Me importas demasiado, y siempre lo harás.

Eric palideció de golpe, y abrió los ojos de par en par.

—Que yo… ¿*Yo*?

Me limité a asentir, exhausto. Ahora sí que había pasado el punto de no retorno.

Durante unos instantes, Eric se quedó paralizado. Pude ver cómo desfilaban ante sus ojos nueve años de amistad; las carreras para llegar al metro de Londres, los fish and chips compartidos en un estudio casi vacío; las horas estudiando en silencio, los meses sin blanca; menús a medias, coches de alquiler; cervezas frías, recuerdos de nuestras infancias dolorosos, y la oscuridad absoluta que siguió a su ruptura con Fra.

Pero al final Eric se acercó más a mí para envolverme el cuello con un brazo, mientras con la otra mano me secaba las lágrimas.

—Kim. No vas a perderme *jamás,* ¿de acuerdo?

Me atrajo hacia sí, y yo me aferré desesperado a su camiseta mientras enterraba el rostro en su pecho. Por fin, por fin, fui capaz de desahogarme. Todos esos años viviendo avergonzado y asqueado de mí mismo salieron a borbotones, liberados ahora que mi mayor secreto había quedado expuesto.

—Solo he… Lo único que quería era que fueses feliz —farfullé entre lágrimas.

—Lo sé —me consoló Eric, firme como una roca.

—Encima, te robé el paraguas… La noche que conocimos a Fra, y… Lo siento.

—Que me… —A medida que lo que yo acababa de decir le calaba, Eric me abrazó con más fuerza todavía—. Esta no es la primera vez que me lo dices, ¿verdad?

—No. No lo es.

Jamás me hubiera esperado que se acordase de mi patético intento de declararme aquella Nochevieja, pero cómo no; Eric, en su línea, volvió a sorprenderme.

—Madre mía. Kim, yo… Yo también quiero que seas feliz. Más que nada en el mundo. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Dime si todavía estoy a tiempo de recuperar a mi novio. Dime que aún no es demasiado tarde, aunque tengas que mentirme.

El latido del corazón de Eric fue como una nana, y noté cómo me tranquilizaba que me meciese entre sus brazos. Cuando por fin Eric volvió a hablar, lo hizo sin rastro alguno de duda en la voz.

—Sigues estando a tiempo, Kim. Tengo una corazonada al respecto, y ya sabes que nunca me equivoco con estas cosas.

Aún sin apartarme de él, sonreí.

De repente, recuperar a Alec ya no me parecía misión imposible.



Llegamos a Ámsterdam casi al mediodía, tras descansar unas pocas horas en un motel durante el último tramo del viaje. Bueno, más bien fue Eric el que consiguió echar una cabezadita. Yo, en cambio, me pasé hasta el último minuto viendo cómo amanecía mientras la ansiedad me comía vivo por dentro.

Tras darle a Eric rienda suelta para explorar el centro de la ciudad, me dirigí solo hacia el apartamento que había ayudado a Alec a alquilar. Hubiera sido un error garrafal que me acompañase Eric, precisamente.

Alec vivía en un barrio residencial precioso. Los edificios de ladrillo, con sus tejados a doble agua típicos de la arquitectura barroca holandesa, parecían fundirse con las copas de los árboles y los largos canales que atravesaban la ciudad. Cuando llegué a la puerta del edificio en el que vivía Alec, me quedé mirando un buen rato el videoportero, tiritando por el frío y una especie de mezcla de miedo y ansiedad. Llevaba ya un buen rato ahí clavado cuando oí que alguien me hablaba con un fuerte acento extranjero.

—No jodas, que eres de verdad —se asombró un rubio escultural, que acababa de aparcar la bicicleta en un área específica habilitada para ello junto al edificio. Llevaba el largo pelo lacio suelto, de manera que se le derramaba sobre los hombros como una cascada de rayos de sol. Unos pocos mechones se le escaparon del gorro de lana azul, que hacía juego con su bufanda y sus guantes—. Tú debes de ser Kim, ¿me equivoco?

Apenas tardé un instante en comprender quién era.

—Tú debes de ser el compañero de piso de Alec.

Elias se acercó un poco más para mirarme a los ojos, en lo que me resultó una intrusión bastante incómoda en mi espacio personal, y no pude evitar dar un paso atrás. Sus ojos azules me estudiaron durante un largo rato, como si estuviera intentando decidir si yo le caía bien o no.

—Ale está trabajando —dijo al final—, pero suele venir a casa para comer. Yo me tengo que marchar otra vez, pero…

Hurgó dentro de la cartera de loneta que llevaba cruzada sobre el pecho, y tras sacar de un bolsillo sus llaves me las tendió. También me pasó una bolsa de plástico de una tienda de electrónica.

—Segundo piso, primera puerta a la derecha. ¿Podrías dejarme esto en la mesa del salón? Es por no irlo paseando por toda la ciudad el resto del día.

—Claro.

—Fantástico —dijo Elias, volviendo a acercarse a su bicicleta—. Llámale, ¿vale? Si no, no puedo garantizarte que vaya a venir a comer a casa.

Tras despedirse con la mano, se marchó pedaleando por donde había venido. Subí las escaleras, y en cuanto entré en su apartamento me embargó una sensación de calidez. Las cosas de Alec estaban tiradas por todos lados, igual que cuando vivía en mi piso. Dejé la bolsa de Elias sobre la mesa, como me había pedido, y miré fijamente mi teléfono.

¿Qué se supone que debo decir? "Oye, perdona que rompiese contigo vía buzón de voz y luego te hiciera el vacío dos meses. Estoy sentado en el sofá de tu casa, ¿cuándo dices que sales de trabajar?"

Uff. Igual ha sido mala idea venir hasta aquí, después de todo.

Eché la llave y volví a bajar las escaleras, decidido a esperar a Alec fuera. Me senté cerca de la entrada y alcé la mirada para observar el cielo, preñado de espesas nubes de color oscuro que se abalanzaban sobre los coloridos tejados de Ámsterdam. Cuando noté que la primera gota de lluvia me mojaba la mejilla, me asusté pensando en que quizás me había puesto a llorar otra vez sin darme cuenta. Luego me salpicó una segunda, y antes de poder moverme me estaba cayendo encima el diluvio universal. Era como darse una

ducha fría, y me arrepentí de inmediato de no haber mirado el tiempo que iba a hacer.

Aunque, bueno. En realidad, ¿qué más daba?

Cerré los ojos para apoyar la espalda contra la pared. El agua fría me alivió la pesadez que notaba en los párpados, y las gotitas que pronto comenzaron a caerme del pelo me acariciaron la piel al aterrizar en mi cuello para, a continuación, descender por mi espalda. Lo único que existía a mi alrededor era el repiqueteo de la lluvia, que ahogó el atronador ruido de todo lo demás al caer sobre la acera, la barandilla, las hojas de los árboles, la superficie del río. Igual sí que estaba llorando, después de todo. Quién sabía.

¿Qué habrían pensado mis padres si me hubieran visto en aquel momento? Empapado, solo y sentado en medio de la calle, escuchando la lluvia… Actuando, como de costumbre, de una forma extraña y fuera de lo normal.

—Kim.

Durante un instante pensé que me lo había imaginado. Pero al abrir los ojos vi que Alec estaba a apenas unos pasos de mí, resguardado bajo su gran paraguas negro, con una bufanda de color rojo similar a la de su compañero de piso. Llevaba puesto un grueso abrigo con forro interior de lana, vaqueros oscuros y botas Doc Martens. Tenía el pelo, algo más largo, recogido en una coleta, y me fijé en que su barba estaba recortada con esmero. Era como mirar a los ojos a mi sueño hecho realidad.

Quizás estuviera soñando, pero recé para que aquello fuera real.

Alec



Cuando Elias me llamó para avisarme de que tenía a Kim esperándome en casa, lo primero que pensé fue que el muy capullo me estaba tomando el pelo. Aun así, me inventé una excusa de mierda para tomarme el resto del día libre y me abalancé al interior del primer tranvía que vi. Notaba el corazón en la garganta.

Y, en efecto, ahí estaba.

Pálido, ataviado con un chaquetón de color verde vómito que jamás me habría esperado verle puesto. Bajo el abrigo llevaba pantalones de vestir negros y mocasines de cuero que, por elegantes que fueran, ni de coña iban a sobrevivir al clima holandés. Kim siempre había sido tan hermoso como una muñeca. Una que ahora parecía abandonada en la cuneta, olvidada después de haber sido reemplazada por otro juguete distinto y tirada bajo la lluvia.

Me rompió el corazón, me enterneció y me cabreó, todo a la vez. Quise salvarlo, y quise destrozarlo. Incapaz de decidirme, me acerqué para acariciarle el rostro. Kim no dijo ni una palabra mientras le resbalaban gruesas gotas de agua por la piel de porcelana, perlando su esbelta nariz y esa preciosa boca suya. Me moría por estrecharlo entre mis brazos, pero en vez de eso lo tomé de la muñeca y lo guié al interior del edificio. Dejé el paraguas junto al felpudo, y colgué la chaqueta del perchero que teníamos en la entrada. Tras indicarle a Kim dónde podía sentarse en el salón, me metí un momento en mi cuarto y regresé con una toalla de ducha. Tras desabrocharle el chaquetón despacio y colgarlo junto al mío en

la entrada, empecé a secarle el pelo con la toalla. Estaba empapado, y temblaba de frío. La chaqueta se había calado también, e incluso la camisa dorada que llevaba puesta bajo el abrigo estaba húmeda.

—Qué raro —dijo, con la voz rota, mientras me miraba a los ojos —. Actúas con dulzura, pero pareces enfadado.

Me mordí el labio, con una expresión aún más severa.

—Todavía no he decidido si quiero besarte o matarte.

Cogió mi mano para llevársela a su cuello.

—Ambos, por favor.

Le apreté con suavidad el cuello, lo suficiente para notar su pulso bajo los dedos y permitirme creer por fin que sí, que era real; que Kim estaba allí mismo, en carne y hueso, conmigo. Bajo mis dedos. Arrinconándolo contra la pared, asedié de inmediato su boca, esa que siempre tenía respuesta para todo y atesoraba mil comentarios sarcásticos e infinitos chistes subidos de tono. Succioné aquellos suaves labios deliciosos, que me volvían loco, y lo besé con tanta intensidad que pronto se volvieron del color de las cerezas; lo besé con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Y Kim, oh, Kim…, Kim me besó a mí con la misma desesperación.

—¿¡Por qué, Kim!? —No pude evitar levantar la voz por la frustración—. ¿¡Por qué cojones has hecho todo esto!?

—¡Porque te quiero! —me gritó, con los ojos empañados—. Te quiero, Alec, y…

Se le apagó la voz mientras se aferraba a mi grueso jersey.

—Esto se me da fatal. Yo… Lo siento mucho. Dejar ir es la única forma que conozco de querer, y no sabía…

Lo había dicho.

Lo había dicho por primera vez.

Me quería.

Kim, que llevaba toda la vida creyendo que le pasaba algo raro. Que nunca había sentido el amor incondicional de una familia. Que había pasado años sintiéndose culpable por buscar su libertad, su derecho a ser tal y como era. Kim, que anhelaba más que nada que lo quisieran pero no se atrevía a pedirlo. Jamás me hubiera pedido quererle por encima de un trabajo, de una oportunidad para mi

futuro, y al igual que hizo con Eric en su momento, había estado preparado para sacrificarlo todo por mí.

Joder. Por eso me dejó. Sabía que no era para hacerme daño.

Parecía tan frágil en aquel momento. Tan cansado. Noté cómo se derretía toda mi ira, y de pronto volví a ser yo mismo: el niño raro del pueblo que había perdido a su padre y no sabía cómo continuar viviendo sin él.

—No vuelvas a hacerlo, Kim. No vuelvas a dejarme ir —le supliqué, aguantando a duras penas las lágrimas—. Sin ti, pierdo mi fuerza. Te necesito a mi lado para dejarme de gilipolleces y hacerle frente a la vida, y no… Por favor, dime que seis meses pasan muy rápido. Dime que Ámsterdam está al lado, y que me esperarás.

Kim asintió, deslizándome las manos heladas bajo el jersey en busca de mi piel.

—Seis meses pasan muy rápido —repitió, acariciándome la curva de la espalda con los dedos—. De hecho, ya solo nos quedan cuatro.

Empecé a desabrocharle la camisa, botón a botón, dejando que mis manos recordasen cada centímetro de piel que quedaba al descubierto.

—Yo también te necesito —respondió—. Te necesito para recordarme que quizá no me haga falta odiarme a mí mismo para sobrevivir.

Le ofrecí una sonrisa temblorosa antes de darle la mano y llevarlo a la habitación que compartía con Elias. Me senté al borde de mi cama y tiré de Kim, hasta que se sentó sobre mi regazo. Por fin, me deshice de la horrenda camisa dorada, que cayó al suelo hecha un guiñapo empapado. Lo envolví con los brazos, cubriendo de un sinfín de besos su cuello, su clavícula y su pecho.

—No te hace falta odiarte a tí mismo —le dije—, porque eres extraordinario.

Kim me quitó el jersey a tirones, lanzándolo al otro lado de la cama, y después me empujó para que me tendiera sobre el colchón. Me quité los zapatos a patadas, y Kim se peleó unos instantes con sus mocasines pijos hasta que consiguió librarse de ellos. Al momento siguiente estábamos riéndonos con algo de vergüenza mientras intentábamos quitarle al otro la ropa sin dejar de tocarnos,

en un revoltijo de ropa y sábanas y pantalones de vestir negros que se negaban a soltarle los tobillos a Kim. Pero pronto nos tendimos sobre la cama juntos, piel con piel, con las extremidades entrelazadas, y por fin pude volver a besar a Kim. Estaba helado.

—Debes de estar congelándote —dije, cubriéndole el cuerpo con el mío. Me dio miedo hacerle daño.

—Ya no.

Tiré de las mantas para taparle el cuerpo mientras le cubría el rostro y el cuello con besos de mariposa. Me envolvió el cuello con los brazos, y pronto se sincronizaron nuestras respiraciones y el latido de nuestros corazones. Perezoso, el silencio se hizo con el aire de última hora de la mañana, y lo único que existió para mí a partir de aquel instante fue la presencia de Kim a mi lado. La suavidad de su piel contra la mía a medida que recobraba el calor; un vago recuerdo del perfume que debía de haberse echado el día de antes, mezclado con notas de anís y menta; el subir y bajar de su pecho con cada respiración; la suavidad con la que enterró el rostro en mi hombro mientras se quedaba dormido.

Me encontré sonriendo, embobado con la belleza de mi novio, perdido en su hermoso rostro.

Volvía a tenerlo en mis brazos, y nada me iba a impedir que siguiera siendo así el resto de mis días.

Kim

“NO SE ME OCURRE UN NOMBRE INGENIOSO 🤧”
9 DE DICIEMBRE DE 2021
BETTA I DE ITALIA - 16:30

Recordadme xfavor qn pensó q era buena idea q Pablo fuera solo al hospital pq “el italiano y el español son el mismo idioma, q puede ir mal”

NEPO STUDENT (JAMES) - 16:36

mmmm 🤔🤔🤔 suena a algo q diría Rob

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 16:36

100% Rob

BETTA I DE ITALIA - 16:37

Vale, pues q venga Rob a explicarle pq una enfermera le ha dicho q se tome una “compressa”

Pq ahora el pobre piensa q le han recetado productos d higiene menstrual 😑

KIM - 16:38

Ahora entiendes, @Nepo Student (James), por qué a tu novio no le dio la nota para hacer Traducción e Interpretación como tú

BETTA I DE ITALIA - 16:38

Kim!!!!! Sigues vivo!!

PLAYBOY INTELIGENTEN'T (ROB) - 16:38

@Kim madre mía, por fin sabemos d ti!

(xcierto, so perro, NO fue por nota)

KIM - 16:39

@Eric el Innombrable qué tal te lo estás pasando?

Espero que no demasiado bien

Porque en ese caso se lo diré a tu marido

ERIC EL INNOMBRABLE - 16:39

q gracioso eres. entonces vuelves a tener novio??

KIM - 16:39

🖼️ Imagen

BETTA I DE ITALIA - 16:40

OYOYOYOYOY

PERO MIRA Q LINDOS 😍🥰❤️❤️

FRA AKA FUTURO SUGAR DADDY - 16:40

Saluda a Alessandro de nuestra parte @Kim

Por cierto, cuándo volvéis?

No quiero aguarte la fiesta, pero Eric no puede pedirse muchos más días libres en el trabajo

KIM - 16:40

@Eric el Innombrable te importa volver por tu cuenta? Quiero quedarme unos días

PD. Alec dice que te vengas a cenar hoy

ERIC EL INNOMBRABLE - 16:40

claro, perfecto

t veo luego

—Aquí tienes el té.

Alec me trajo una taza de té con sabor a fresa de la cocina, y se sentó en la cama con la espalda contra la almohada. Había tenido

que ponerse una sudadera, y pantalones de chándal, después de que yo le robase el pijama de franela nada más despertarme.

Tras hacerme un ovillo entre sus piernas, apoyé la espalda contra su pecho. No tardó ni tres segundos en envolverme la cintura con los brazos mientras frotaba la nariz contra mi cuello. Casi se me cae encima el té, pero no pensaba quejarme. Tenía tanta hambre de su piel como él de la mía. En la otra punta del apartamento, alguien llamó a la puerta. La otra compañera de piso de Alec, Mila, fue a abrir.

—Siento mucho lo que te he hecho pasar —susurré—. Te quiero.

Inclinándose hacia delante, Alec ladeó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Te perdono, pero más vale que no dejes de decírmelo. No me voy a cansar de oírlo nunca.

—¿Qué, que lo siento?

—Que me quieres.

Me sonrojé, pero estaba decidido a decirlo cuantas veces le hicieran falta a Alec. Ya estaba abriendo la boca cuando nos interrumpió alguien llamando a la puerta.

—¿Ale? ¿Puedo pasar? Dime que no estás desnudo —suplicó Elias desde el pasillo.

Alec y yo intercambiamos una mirada rápida.

—Qué va, estamos desnudos de la cabeza a los pies —grité.

—Además, no hemos acabado de echar el polvo de reconciliación, así que largo de aquí —añadió Alec.

—¡Joder, que no son ni las cinco de la tarde! —se quejó el pobre de Elias.

Sin embargo, aceptó la derrota y se marchó. Nos miramos a los ojos hasta que dejamos de oír cómo Elias arrastraba los pies por el pasillo; momento en el que no nos pudimos aguantar la risa más tiempo.

—Ay, cómo echaba esto de menos —suspiró Alec, cubriéndome las manos con las suyas en torno a la taza. Como yo llevaba un ratito sosteniendo el té, me pareció que el que estaba helado ahora era él.

—Yo también —respondí, dándole otro sorbo al té antes de sumirme de nuevo en un cómodo silencio.

Tras un buen rato, Alec dijo:

—Ojalá pudiera prometerte que estaremos juntos para siempre. Pero los "para siempre" no son más que mentiras azucaradas, y no te mereces algo así. Un buen día, mi padre se fue a trabajar y no volvió. Igual eso me pasará algún día a mi también, o igual no, pero hay algo que *sí* puedo prometerte. Prometo que, mientras respire, mi corazón va a seguir siendo tuyo. Y si un día ya no estoy, podrás echar la vista atrás y saber que te quise tal y como eres, con toda mi alma, hasta el final.

—No quiero pensar en algo así.

—De acuerdo, entonces no volveré a mencionarlo. Pero necesito que lo sepas, Kim. Es importante para mí que me oigas decirte esto.

Alec nunca había estado tan serio. Me vi absorto en sus enormes ojos oscuros, y ahí, reflejado en sus iris, pude ver su corazón.

—No voy a olvidarlo —dije, posando una mano sobre su corazón —. No me he portado bien contigo, Alec. Pero te prometo que a partir de ahora, mientras respire, voy a tratar tu corazón con tanto cariño como el que tú le has mostrado al mío desde el primer día en que te conocí.

Con un tirón tímido, un roce de pieles suave y los labios temblorosos, cerramos los ojos aún húmedos mientras sellábamos nuestra promesa con un beso.

Epílogo

Me llegó otro mensaje al teléfono. Bajé la mirada mientras imprimía las fichas para la clase del día siguiente, y no pude evitar sonreír.

Dejé el montón de papeles sobre el escritorio, donde mis ojos se entretuvieron en la fotografía enmarcada que tenía colocada junto a la pantalla del ordenador. Era un selfie que Alec y yo nos habíamos hecho junto a la chimenea de la casa de su familia. ¿De verdad ya habían pasado cuatro meses desde nuestra primera Navidad juntos?

Frente a mí, la pared en la que antes tenía colgada una diana para dardos con una foto de Alec ahora estaba decorada con la rosa que me regaló en Roma, que yo había prensado y colocado entre dos láminas de metacrilato.

El mensaje era una foto que me había mandado Alec de un árbol enorme, de cuyas ramas caían en cascadas decenas de flores moradas. Debajo había escrito: *"Pronto".*

Supe exactamente a qué se refería. Por fin había llegado la primavera, tras una falsa alarma a finales de febrero que nos hizo sacar la ropa de entretiempo solo para volver a guardarla a toda prisa cuando marzo nos trajo temperaturas de un solo dígito. Por fin era primavera. En tan solo unos días, Alec volvería a estar a mi lado.

7 de abril de 2022

KIM - 17:00

Dudo que eso sea un árbol típico de Ámsterdam

AMANTE BANDIDO - 17:00

me lo ha enviado Angelo

KIM - 17:01

Te echo de menos

AMANTE BANDIDO - 17:01

estoy cachondo perdido

Nos habíamos enviado el mensaje a la vez. Sonreí con malicia.

KIM - 17:01

Vaya, entonces no te entretengo más

Pásalo bien <3

AMANTE BANDIDO - 17:01

uy perdón por el sexting repentino KDJSGFSKJ

yo también te echo mucho de menos, cielo

además de tener muchísimas ganas de quitarte la ropa :)

KIM - 17:02

Eso se puede hablar…

AMANTE BANDIDO - 17:02

👁️👄👁️

KIM - 17:02

…cuando vuelvas ;)

AMANTE BANDIDO - 21:27

(T^T)/

KIM - 21:27

Te lo promeeeto

Pasaron unos pocos minutos, y entonces oí que alguien llamaba al timbre para que Pam abriese la puerta. Ella pareció halagada, a juzgar por su tono de voz al decirle algo a quienquiera que fuese. Rara vez veía a Pam mostrar algo que no fuese indiferencia. Ella y yo nos parecíamos tanto que, a veces, me daba hasta miedo.

Pero entonces oí cómo le respondía una voz que…

Me levanté de golpe de mi mesa, con el corazón en la garganta, y abrí la puerta de par en par para encontrarme a Alec charlando con Pam en recepción. Mi Alec. Con su chupa de cuero y una camiseta de Throne of Worms, vaqueros oscuros y Converse de caña alta. Con su barba perfectamente recortada y su largo pelo sedoso recogido en un moño. Con sus piercings en la oreja y sus tatuajes. Con esa sonrisa suya que todavía me volvía loco, y me hacía preguntarme si no estaría soñando.

Llevaba en la mano un ramo de rosas rojas, y me fijé en que le había traído un clavel a Pam. Siempre tan caballeroso.

Se dio la vuelta para mirarme, y por un momento pareció quedarse sin aliento. Bajé la mirada para comprobar que no había nada raro en mi aspecto. Chaqueta de lana azul, camisa blanca, vaqueros; todo bien por mi parte. Sin mediar palabra, Alec se acercó a mí y me dio las flores.

—Ya que has tenido la amabilidad de prometerme un buen polvo, aquí estoy.

No pude evitar reírme.

—Espera, ¿que *ese* era el truco? Madre mía, debería haberlo pensado antes.

—Ayer fue mi último día de trabajo, pero como quería darte una sorpresa, te dije que era la semana que viene. Siento haberte mentido, aunque fuese por una buena causa.

—Bueno, ya que me has traído flores, tendré que perdonarte —repliqué yo.

¿A quién pretendía engañar? Jamás hubiera podido enfadarme con él ahora que había vuelto a Italia por mí.

Como de repente no se me ocurría ninguna razón por la que pudiera ser un tanto inapropiado comerle la boca en mi lugar de trabajo, me puse de puntillas para darle un beso ahí mismo, junto a

la recepción, con una mano enterrada en su pelo mientras él me rodeaba con los brazos y su barba me arañaba la piel de una forma deliciosa.

—Perdón… Jefe… —La voz de Pam nos obligó a separarnos—. La clase de la tarde está a punto de acabar, y algunos de los estudiantes están mirando.

Mientras Alec sonreía, yo puse los ojos en blanco.

—Vaya, Pam, creo que voy a tener que tomar prestado a tu jefe.

—Siempre y cuando te lo quedes… Nada de devoluciones —respondió ella, volviendo a mirar la pantalla de su ordenador.

Alec y yo intercambiamos una mirada fugaz antes de que él tirase de mí en dirección al exterior. Bajamos las escaleras de piedra del edificio en las que, hacía nueve años casi, nos habíamos conocido.

Fuera, en la calle, el cálido aire de principios de primavera me llenó los pulmones. El sol brillaba con fuerza, arrancándole matices vibrantes al verde de los árboles, el azul del cielo y los colores áridos de los edificios de piedra y ladrillo que nos rodeaban. Mis rosas rojas parecían resplandecer, desprendiendo un dulce olor exquisito.

—Mira, tengo algo que enseñarte —comentó Alec, arremangándose la chaqueta para mostrarme su muñeca derecha. Bajo el tatuaje del número 25 ahora había una serie de caracteres coreanos con mi caligrafía.

특별한

Teugbyeolhan. Especial.

—Te has vuelto loco —sonreí, repasando con los dedos la tinta oscura—. ¿Por eso te dio por pedirme que escribiera todas esas palabras el otro día?

—Bingo. Quería dar con la mejor forma de describir a gente como nosotros. Distintos, poco comunes, únicos, fuera de lo normal… Extraordinarios. Para no olvidarlo jamás.

Tuve que esforzarme para recordar cómo respirar.

—¿Cómo lo dirías en tus propias palabras? —le pregunté.

Alec lo pensó durante unos instantes.

—Imagino que… *Fuori dal comune.*

Me subí la manga de la chaqueta para mostrarle mi muñeca izquierda.

—¿Me lo podrías escribir en un papel? Para no olvidarlo jamás.

Sonriéndome con la fuerza de mil soles, Alec me tomó de la mano y se la llevó a los labios con dulzura.

—Te lo prometo.

Fin.

TERCER ACTO.— Fin

“Cuando fuimos solo amigues”

AVANCE DEL CUARTO LIBRO

MARCO

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—*Yi qui vinís i Flirinci, ¿pir quí ni is quidís i dirmir in mi cisi?* —resoplé mientras seguía frotando el horno con un estropajo metálico, pese a que ya no sentía las rodillas tras pasar casi una hora arrodillado en la cocina.

Toda la casa apestaba a ensalada con lejía, y pese al frío que entraba por la ventana aquella mañana gris de noviembre, yo estaba sudando la gota gorda.

—Menuda idea de puta mierda. ¿Por qué no me la quitasteis de la cabeza?

—Yo lo intenté —me recordó Jennifer, mi compañera de piso y prima segunda, desde el salón, que estaba fregando como si intentase borrarle las vetas a la madera.

Llevaba la larga melena rizada recogida en una coleta que se mecía al ritmo de sus golpes de fregona. Una camiseta vieja *oversized* con el logo de no sé qué grupo de heavy metal le cubría las generosas curvas, perdiéndose bajo la cinturilla de unos pantalones de chándal que había combinado con un par de gruesos calcetines de lana negros.

—A decir verdad, no pensé que Kim y Ale me dirían que sí. Joder, es que mira este antro. Esto no te lo limpia ni Dios. La cocina es una

mierda, y el salón no va a dejar de oler a maría ni siquiera el día que tiren abajo el edificio.

—Ya, está guapo el olor.

Daniele, nuestro compañero de piso porreta, se apoyó en el marco de la puerta con una expresión beatífica en la cara aún sin afeitar que me tocó todavía más las pelotas. Seguía en pijama, y le caía una maraña de rastas cobrizas por los hombros.

—Oye, Dani, prometiste que no te fumarías ni un canuto mientras estuvieran de visita. ¿Recuerdas?

Miró de un lado a otro unos instantes. Vamos, que no se acordaba de una mierda.

—Pero aún no han llegado, ¿no?

Carraspeó, intentando no perder la poca paciencia que me quedaba.

—Qué observador. Vamos a recordar todo lo que está prohibido hacer durante esta semana, ¿vale? Nada de hierba, nada pasearte por la casa en calzoncillos, nada de llamar por teléfono a tu camello a las dos de la mañana…

—¿¡Qué!? ¿Y qué se supone que voy a hacer yo durante una semana entera? ¿Mirar cómo crece el moho? —se quejó Dani.

—Igual puedes… Igual, ¿eh?, pero ¿y si hablas con ellos? —sugerí, y el pedazo de cabrón tuvo los huevos de resoplar.

—Vale. Por ejemplo, puedo hablar de… ¿Tu sugar daddy?

Jenn cruzó los brazos, dejando tranquila a la fregona un momento.

—De hecho, Dani, esa es una excelente pregunta.

Dejé caer ambos brazos a mis costados.

—Qu… No. Ni de coña. Uno, Nicola *no* es mi sugar daddy. Dos, te agradezco que lo hayas mencionado, Dani, porque ese es uno de los temas que están *prohibidísimos* con Ale y Kim delante. Ni se te puto ocurra. Tres, voy a romper con él, así que ni siquiera hay nada de lo que hablar.

Al oírlo, Daniele silbó.

—Jenn, ¿has oído eso? ¡Que va a romper con el viejo!

Ella se limitó a gemir.

—¿Por qué será que me suena haber oído eso antes?

Muy a mi pesar, no les faltaba razón al dudar de mi palabra. En efecto, ya había intentado romper con Nicola varias veces; y todas ellas habían sido un desastre. Cada vez que lo intentaba, él parecía convencido de que romper no era lo que yo quería. Y, como yo tampoco tenía muy claro qué era lo que quería, terminaba dándole la razón hasta la siguiente vez que me entraban ganas de mandarle a la mierda. Y así en bucle.

Gesticulé amenazante en dirección a mis dos amigos.

—Lo digo en serio, ¿vale? ¿Tanto os cuesta tener la boca callada una semana?

—Venga, va, lo intento —claudicó Daniele, sacando el brick de leche de la nevera para beber a morro—. Pero ¿me dejas que les cuente esa vez que vino a verte al trabajo y se puso en plan Rhett Butler del AliExpress? *Deja este trabajo indigno, Marco. Ya me ocupo yo de todo lo que necesites.*

Vaya, al menos a *alguien* le había hecho gracia aquel momento.

Suspiré, cansado.

Que comience la semana más larga de mi vida, supongo.

Continuará…

Acerca del Autor

Elen Chase es una autora italiana de ficción adulta LGBTQIA+. Oriunda del sur de Italia, tras vivir una temporada en Japón ha dejado allí un trocito de su corazón para siempre. Ahora reside en Florencia, en la región italiana de Toscana.

Le encanta leer romances con tintes serios y, a poder ser, personajes complejos con un pasado tortuoso. Sus libros tienden a hacer llorar a la gente, pero el Felices Para Siempre está garantizado porque Elen es de la opinión de que el mundo necesita más alegría de vivir queer. Las novelas de Elen siempre tocan temas de salud mental, ya que procura darle visibilidad y sensibilizar sobre la importancia que tiene.

Puedes seguirle la pista a Elen en su web,
elenchase.com, o en redes sociales:
Instagram: @elenchase
TikTok: @elenchase

También puedes seguir y apoyar a Elen en Ko-Fi, donde encontrarás escenas extra y contenido exclusivo. Si quieres echarle un vistazo, visita la página **https://ko-fi.com/elenchase**



Otras obras de Elen Chase

SAGA "ROMANCE MADE IN ITALY"

Cuando fuimos mar y estrellas - Libro 1

"Creo que naciste para amar, y que lo haces de una manera hermosa."

Bajo el sol de verano, en una pequeña ciudad costera de Italia del sur, el joven James, de diecinueve años, conoce al hombre de sus sueños.

Roberto es guapísimo, divertido, dulce…, y tiene novio. James no se hace ilusiones sobre su amistad; sabe que es imposible que a él le llegue el amor.

Roberto está lleno de dudas sobre su relación. Sabe que le falta algo en su vida, y no se esperaba encontrarlo en James, su nuevo vecino estadounidense.

Pero si fuera a pasar algo entre ellos, solo el mar, la arena y las estrellas lo sabrían.

Cuando fuimos llamas en la ceniza - Libro 2

"Por primera vez en mi vida me sentía yo mismo… Me sentía real."

Francesco no cree en las segundas oportunidades. Cinco años después de que una ruptura horrorosa le partiera el corazón, está

decidido a concentrarse en su carrera profesional sin dejar que nada ni nadie se interponga entre él y sus metas. Así que cuando su impredecible ex vuelve de pronto a su vida, su cerebro sabe que no debería esperar ningún cambio. ¿El problema? Que su corazón no quiere hacer ni caso.

Los sentimientos de Eric nunca han flaqueado. Francesco es, y siempre será, el gran amor de su vida. Pero en una relación no basta con quererse, y Eric es consciente de que, por mucho que le duela, ser la persona a la que Francesco quiere no significa que sea el hombre al que necesita.

Cuando la ciudad de Milán se viste de luces para recibir la Navidad, las vidas de Fra y Eric se entrelazan una vez más. La suya podría ser una historia preciosa sobre el amor, el odio a uno mismo y el valor de volver a confiarle tu corazón a alguien, pero… ¿Puede alguien entregarle su amor a otra persona si no sabe cómo perdonarse, o quererse, a sí mismo?

Cuando fuimos extraordinarios - Libro 3

"Mereces que te cuiden con tanto cariño como todo el mundo."

Desde que Kim y Alessandro comenzaron a trabajar en plantas diferentes del mismo edificio, han estado inmersos en una guerra silenciosa de bromas pesadas.

Caótico al más puro estilo italiano, Alessandro suele llegar tarde porque se ha quedado dormido, bebe de más y se lo pasa en grande maquinando nuevas maneras de poner de los nervios al director de la escuela de idiomas del bajo. Por su parte, Kim lleva su academia de italiano con la disciplina de acero propia de sus genes surcoreanos, y no aguanta a los payasos. A ninguno, en general, pero menos todavía al bufón que trabaja en el laboratorio del primer piso.

Cuando deciden quedar para celebrar su "rivalniversario", ambos descubren un lado del otro que no esperaban, y mientras viajan por la costa mediterránea su rivalidad se transforma en amistad… Y quizá pueda ser el comienzo de algo extraordinario.

Cuando fuimos solo amigues - Libro 4

Marco tiene claro su objetivo: romper con su pseudo-sugar daddy antes de que acabe el día. Está decidido a terminar con él…, casi tanto como lo está ese hombre a mantener a Marco bajo su puño de hierro.

Luís no tiene un buen día. Por lo general no es tan tonte como para meter las narices en los asuntos ajenos, pero cuando oye al cincuentón de la mesa de al lado hablarle con tanta condescendencia al joven que parece ser su pareja, Luís es incapaz de no meterse de por medio de la peor forma posible.

Que ese chico le suene de algo es pura coincidencia, seguro. Además, la química que sienten no va a llevar a ningún lado. Como mucho, podrían ser amigues. Solo amigues.

Pero ¿desde cuándo quienes son "solo amigues" se miran como Marco y Luís?

Cuando fuimos el plan B - Libro 5

Próximamente…